K. KENYON

ARQUEOLOGÍA EN TIERRA SANTA

ARQUEOLOGÍA EN TIERRA SANTA

K. KENYON







KATHLEEN M. KENYON

ARQUEOLOGÍA EN TIERRA SANTA

EDICIONES GARRIGA, S. A.
París, 143
BARCELONA

La edición original inglesa de esta obra lleva por título
ARCHAEOLOGY IN THE HOLY LAND
habiendo sido publicada por *ERNEST BENN LTD.*, de Londres.

Printed in Spain

N.º de registro 6499-60 Depósito legal B. 10803-1963

G.I.S.A. - Mallorca, 518 - BARCELONA

Prefacio

El énfasis de este libro radica en la primera palabra de su título: arqueología. No pretende ser una historia completa, porque en el período histórico los testimonios literarios pueden dar una visión política, religiosa y económica mucho más detallada que la que hemos intentado dar aquí. Sin embargo, el entramado del libro es una historia de Palestina, en la que se subraya la contribución que puede aportar la arqueología. Hasta el año 3000 A. C. *tan sólo la arqueología puede escribir la historia. Esta ciencia sigue desempeñando un papel importantísimo cuando la historia va haciéndose ciencia. Únicamente en el primer milenio* A. C. *la historia podría bastarse así misma, y aún entonces, sin la ayuda de la arqueología, sería parcial y desequilibrada. Por consiguiente, la aspiración de este libro es señalar los testimonios que componen la historia del período prehistórico; y en los períodos históricos se fija de manera particular en las pruebas que complementan los testimonios escritos, empleándolos tan sólo como telón de fondo del material arqueológico.*

El profesor Albright escribió un libro excelente sobre la arqueología de Palestina[1]*. Se publicó en 1949 y, en consecuencia, daba la imagen que se derivaba de la arqueología de antes de la guerra, porque el campo de la arqueología estuvo prácticamente en un punto muerto entre 1936 y 1952. Desde entonces han sucedido muchas cosas; la arqueología palestinense, tanto en Jordania como en Israel, está en la actualidad en plena efervescencia, como deberían estarlo todas las ramas de la arqueología. Este libro se justifica por las grandes modificaciones y ampliaciones que han aportado los nuevos descubrimientos.*

En cualquier libro de esta clase, es inevitable que el centro del pensamiento y del raciocinio del autor sean los lugares de los que tiene experiencia directa. Se justifica así que Jericó, y también Samaria, aunque ésta en menor grado,

[1] Publicado en esta misma colección bajo el título de ARQUEOLOGÍA DE PALESTINA.

ocupen tanto espacio en el índice; lo mismo ocurrió con Tell Beit Mirsim en el libro del profesor Albright. Además, Jericó ha aportado datos nuevos entrando de lleno en el oscuro período de los comienzos de la vida sedentaria. Es un hecho comprobado que Jericó es independiente en el período comprendido entre el octavo y quinto milenio antes de Jesucristo. Sin embargo, esto es sin duda engañoso; otras excavaciones completarán el cuadro y demostrarán que Jericó fue sólo parte de toda una etapa de progreso, aunque posiblemente fuera una parte importante.

De hecho, los progresos de las exploraciones son tan rápidos en la actualidad que, incluso al corregir las pruebas de este libro, se han hecho nuevos descubrimientos que complementan (aunque no contradicen, en cuanto a mí me consta) las afirmaciones y teorías que ofrecemos; por ejemplo, los descubrimientos llevados a cabo por el Dr. Yadin en Megiddo confirman en su esencia las sugerencias hechas en cuanto a la datación del estrato IV. No obstante, jamás se podría publicar un libro de esta clase si pretendiésemos incorporar en él los resultados de las más recientes investigaciones. Aunque este libro se empezó a escribir hace unos doce años, ha sido revisado cuantas veces ha sido necesario.

Mi deseo es que este libro despierte el interés de todo el público que considera la Biblia como el documento literario más trascendental del universo, y a quien le guste poder entenderla como el testimonio de un pueblo histórico sobre un fondo real. Se ha intentado presentar este fondo. Pero al mismo tiempo he tenido en cuenta a esos estudiosos profesionales de la arqueología palestinense, quienes no poseen una relación moderna y sucesiva de los descubrimientos hechos en Palestina. La mayor parte del material arqueológico básico consiste en objetos áridos, tales como formas de cerámica y costumbres sepulcrales, y por esta razón me he creído obligada a incluir algunos de ellos para esos estudiosos, como guía para sus estudios mucho más áridos sobre los informes de las excavaciones. Al pretender ofrecer algo de interés, tanto al público en general como a los estudiosos, deseo no haberme quedado sin conseguir ni lo uno ni lo otro.

K. M. K.

Marzo de 1960.

Índice general

Capítulo Primero

Introducción: La situación de Palestina en la historia del Próximo Oriente

Al constituirse en 1865 el *Palestine Exploration Fund,* sus fines fueron definidos como «la investigación esmerada y sistemática de la arqueología, la topografía, la geología y la geografía física, los usos y costumbres de Tierra Santa, para ilustración bíblica». La esencia está en las dos últimas palabras. El interés por la historia antigua del Próximo Oriente conoció un despertar vigoroso en Inglaterra a mediados del siglo XIX. Los espectaculares descubrimientos hechos en Mesopotamia y Egipto demostraban que estos países debían ocupar un puesto de honor al lado de Grecia y Roma como cunas de las civilizaciones antiguas más importantes. Sin embargo, para la Inglaterra victoriana, temerosa de Dios, el país de la Biblia constituía en potencia una fuente de interés que superaba en mucho los imperios de Asurbanipal y Sargón o Tutmés y Ramsés, sobre los cuales todavía se cernían muchas sombras. El *Palestine Exploration Fund* fue en realidad la primera sociedad constituida para estudiar las antigüedades de allende los mares; se adelantó en unos veinte años a la *Egypt Exploration Society* y en unos catorce a la *Society for Hellenic Studies.*

Las primeras exploraciones en Palestina tenían como objeto primordial el estudio del medio ambiente y perspectivas generales de la Biblia. Durante noventa años, estas exploraciones han dado como fruto muchos descubrimientos extraordinarios; un trabajo copioso y paciente ha completado los hallazgos más espectaculares. El resultado es que hoy puede escribirse una historia coherente de Palestina

que abarca los siglos que comprenden los libros de la Biblia. Pero mientras se efectuaba este trabajo, el estudio de la historia antigua de otros países del este del Mediterráneo y Asia occidental avanzaba a grandes pasos. En verdad se puede afirmar que a principios del siglo XIX los judíos constituían la única nación del Próximo Oriente antiguo con quienes los europeos estaban familiarizados. En la actualidad, debido en parte al desciframiento de sus textos y en parte también a la excavación de sus ciudades y templos, se conoce casi con la misma exactitud la historia de los egipcios, de los sumerios y otros habitantes del Iraq moderno, de los hititas, los hurritas y otros; además, la posición de los pequeños reinos judíos se ve en una perspectiva mucho mejor, considerados como parte de la totalidad de la gran civilización del Próximo Oriente.

Este es un aspecto de nuestra actual comprensión de la historia y la arqueología palestinense. El otro aspecto es igualmente de gran alcance. En Palestina y en el resto del Próximo Oriente, la arqueología ha retrotraído nuestro conocimiento de lugares y pueblos a miles de años antes de los comienzos de la historia escrita. El desciframiento de la piedra Rosetta en los años 1820 y siguientes, y de la inscripción Behistūn a partir de 1850, ha dado la clave para comprender los numerosos documentos de los imperios de Egipto y Mesopotamia respectivamente, lo cual ha desplazado los principios de la historia escrita al cuarto milenio A. C. La demostración de lo que sucedió antes nos lo da la arqueología pura, sin ninguna ayuda de documentos.

Aunque el primitivo interés por la arqueología de Palestina estaba en íntima conexión con las relaciones que pudieran establecerse con la Biblia, aunque el interés por Egipto y Mesopotamia radicaba en los monumentos espectaculares y en los documentos de sus grandes períodos de civilización, a pesar de esto, decimos, hoy se estudian los períodos anteriores con el mismo vivísimo interés, porque se considera que la primera cuna de toda la civilización europea radica precisamente en esta zona. Suele aceptarse que los primeros pasos en el largo proceso que llevó al hombre a dejar de ser un salvaje, cazador y recolector de alimentos silvestres, para convertirse en habitante de una comunidad civilizada, se dieron precisamente en el Próximo Oriente. Hoy en día podemos afirmar que Palestina fue cuando menos uno de los lugares en el que se dieron alguno de estos

pasos. A fin de que se pueda valorar el significado de los hallazgos de Palestina y al mismo tiempo contemplar con la perspectiva adecuada la narración que exponemos en los capítulos siguientes, debemos dar un breve esquema de cuanto se sabe o se deduce de los primeros pasos dados por el hombre en su progreso hacia la civilización, y así mismo, del lugar que corresponde a Palestina en el fondo general de la historia del Próximo Oriente.

Nuestros primeros antepasados, los primeros representantes del *Homo sapiens*, lo mismo que otras especies de hombre que desaparecieron por una razón u otra durante la lucha evolutiva, vivieron en la edad que se conoce con el nombre de Paleolítico. En el siglo XIX, al intentar los arqueólogos sistematizar, clasificándolos, los restos del hombre antiguo, usaron los utensilios considerados como típicos de las distintas edades, dando así una clasificación primaria de Edad de Piedra, del Bronce y del Hierro. La Edad de Piedra se subdividió en Edad de Piedra antigua, el Paleolítico, en la cual los utensilios se hacían principalmente mediante una técnica de talla; y la Edad de Piedra nueva, el Neolítico, que se caracterizó por las hachas de piedra pulimentada. En Europa occidental estas clasificaciones son totalmente válidas, ya que la sistematización se hizo a base de los materiales hallados en esa región. Hoy en día ha aumentado mucho nuestro conocimiento de las maneras de vivir del hombre en sus distintas etapas. En consecuencia, cuando hoy hablamos del Paleolítico, queremos decir, no sólo, e incluso no necesariamente, que los utensilios típicos son hachas de mano de piedra tallada, sino que la existencia de los hombres de este período dependía del alimento que podían obtener cazando, pescando o de otras fuentes naturales; eran colectores de alimentos. Esta etapa coincide aproximadamente con las últimas etapas de la Época glaciar de Europa. Entre el Paleolítico y el Neolítico se admite hoy la existencia de un período intermedio, el Mesolítico, que en Europa debe adscribirse a una época en que los glaciares ya se habían retirado, y en la que los hombres tenían que adaptar sus sistemas de obtención de alimentos a las nuevas circunstancias ambientales.

El desarrollo más notable del Paleolítico y del Mesolítico subsiguiente se presenta cuando el hombre empieza a producir alimentos en lugar de recogerlos. La importancia de este hecho

radica en que de este modo puede pensar establecerse en un lugar. Los colectores de alimentos tenían que desplazarse de continuo, siguiendo las fuentes de los alimentos, los movimientos estacionales de los animales o los períodos de crecimiento de las hierbas y plantas; las posibilidades cuantitativas de estos alimentos significaban que en determinada región tan sólo podía subsistir una población limitada. Por esta razón los hombres vivían en grupos familiares nómadas. El descubrimiento de la posibilidad de cultivar semillas silvestres y, por tanto, de aumentar mucho su producción, de domesticar animales salvajes y, en consecuencia, de tenerlos bajo el control de su dueño, constituye la base de todo progreso ulterior. Los cultivadores de campos no solamente podían establecerse en un lugar, gracias a que la producción de mieses era suficiente para su sustento, sino que de hecho quedaban ligados a dicho lugar, al menos parte del año, mientras esperaban que madurasen las mieses.

Se cree que este paso adelante se dio en el próximo Oriente, donde se encuentran los cereales que el hombre cultivó y los animales que domesticó. Los trabajos del profesor Gordon Childe han ilustrado este hecho de un modo adecuado. En sus principios, fue arqueólogo en Europa; pero sus trabajos acerca de los orígenes de la civilización europea lo condujeron a los países del Mediterráneo oriental y Asia occidental, y como resultado de ello escribió los mejores libros que se conocen hasta ahora acerca de la sistematización y popularización de las primitivas etapas del progreso en el Próximo Oriente. Porque en realidad, una vez hubo aparecido la agricultura, el progreso fue un fenómeno de aceleración rápida. El Paleolítico, a partir del momento en que el hombre emerge de las bestias, puede haber durado medio millón de años; el Neolítico, unos cinco mil; la Edad del Bronce, dos mil, y la Edad de Hierro tan sólo unos quinientos antes de que nazcan las civilizaciones mediterráneas clásicas. Una vez el hombre se establece en un lugar, todo lo demás llega por sus propios pasos. Tiene tiempo para desarrollar sus habilidades, y una vida sedentaria significa que puede llevar la carga del sostenimiento de una casa con sus productos, con los frutos de sus oficios y artes. Se desarrolla la vida en común, que es la base de la civilización. Ya no se da el caso de un grupo familiar en lucha contra la naturaleza, incluyendo en ella a otros grupos familiares;

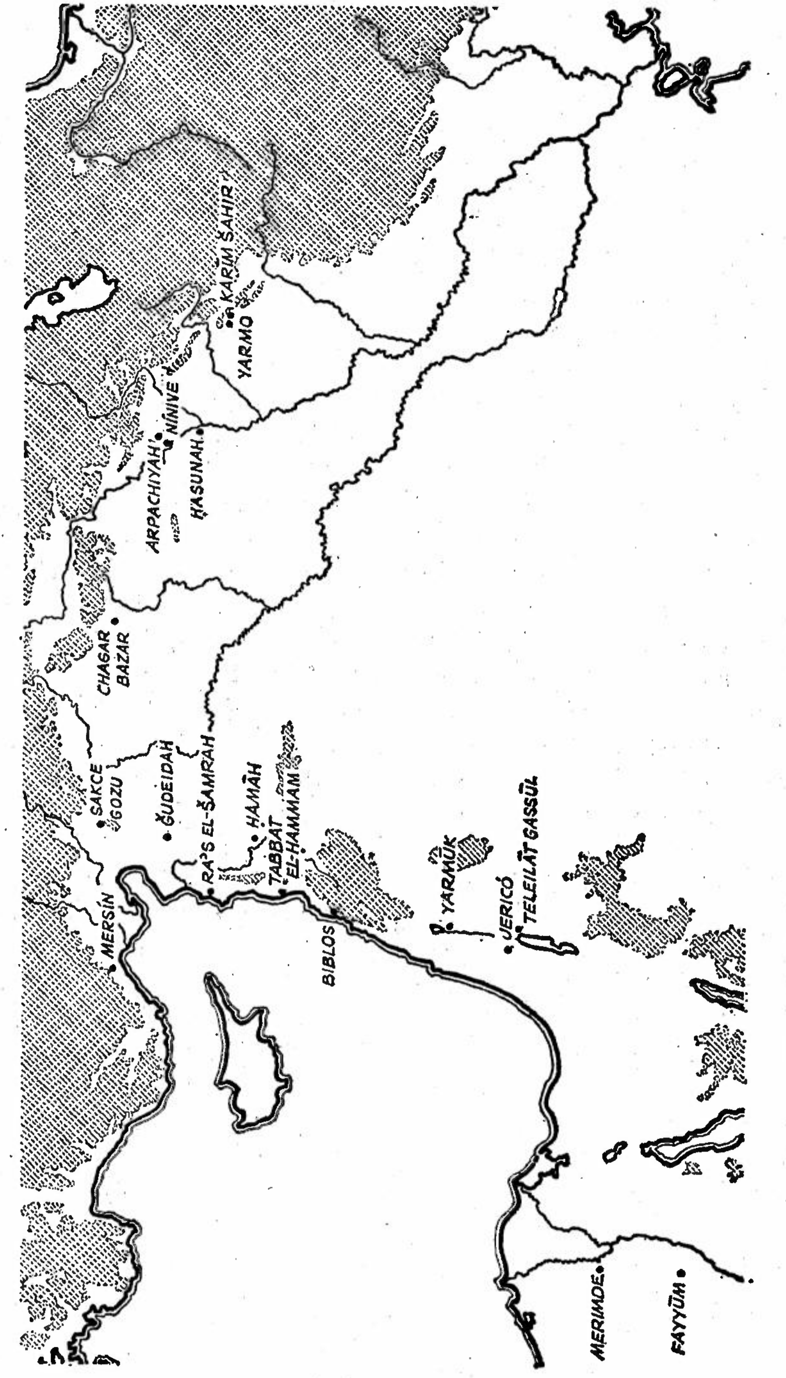


FIG. 1. Mapa del Próximo Oriente, donde se indican los principales poblados primitivos

el hombre alcanza la seguridad de vivir en un grupo cada vez mayor, y en el intercambio que lleva consigo la vida en grupo sacrifica algunas de sus libertades primitivas a cambio de su seguridad; la reglamentación de costumbres y posteriormente las leyes sistematizan este intercambio con lo cual nace una organización comunitaria.

Incluso para gente como los ingleses, que viven tan lejos de los principales centros del Próximo Oriente, es de un interés fascinante el investigar el proceso de esta transición del hombre salvaje al hombre miembro de una comunidad civilizada. Como se verá, Palestina es, cuando menos, uno de los centros en los cuales tuvo lugar dicha transición. Sin embargo, nuestro conocimiento del proceso todavía es de origen reciente; casi todo es posterior a la Segunda Guerra Mundial, e incluso hoy tan solo está en sus primeras etapas. Empiezan a aparecer unas pocas señales, pero el paisaje general sigue cubierto de niebla. Ignoramos todavía si el progreso surge en un centro determinado, o bien si unos avances paralelos, aunque no necesariamente contemporáneos, tuvieron lugar en distintos lugares. Se sospecha que el progreso fue irregular, en ciertos lugares fue progresivo, mientras que en otros procedía a saltos; en todo caso, unos conocimientos más amplios basados en las excavaciones, traerán consigo una mejor comprensión del problema. La única base de conocimiento para estos períodos tan antiguos son las excavaciones, y los excavadores del Próximo Oriente apenas si han comenzado a interesarse por los predecesores de las grandes civilizaciones del período histórico.

Durante los años comprendidos entre las dos guerras mundiales, fuimos adquiriendo información acerca de cierto número de pueblos neolíticos del Próximo Oriente. Nada se sabía del modo cómo se habían desarrollado desde el Mesolítico, del cual de hecho había muy pocos datos en esta zona; pero iban manifestándose las características de pueblos como Biblos, Ras Shamra, Mersin y Hasuna. La característica más notable de una comunidad neolítica radica en un amplio grado de autosuficiencia. Dispone de alimentos propios y fabrica sus propios instrumentos, armas, utensilios y vestidos con materiales existentes en la localidad. El material para armas y herramientas es el sílex u otras piedras locales. Uno de los rasgos que se consideran característicos de estos pueblos asiáticos occidentales y de sus descendientes en Europa fue la manufactura de vasijas de cerámica. Sin duda también se hacían vasijas con madera y piel, pero no han llegado hasta nosotros. Los vestidos pudieron hacerse de piel o tejido, productos de las plantas y de la caza. Ésta autosuficiencia quizá nunca fue completa del todo; a menudo parece que hubo comercio, el cual llevaba a cierta distancia algunos objetos tales como conchas marinas para adornos o amuletos, malaquita para adorno de los ojos e incluso sílex especial para utensilios y armas; fundamentalmente esta suposición es verdadera.

Los datos que la arqueología nos ofreció durante este período de los años veinte y treinta sugieren que estas comunidades neolíticas eran pequeñas. Los poblados parece que se extendían en una superficie de 80 a 120 áreas. Esto parece razonable. Podría creerse que la agricultura neolítica era primitiva, que no producía sino escasas mieses y por tanto bastaba únicamente para sostener una población limitada. El exceso de población debió de formar grupos secundarios, que se separaron del poblado-madre. Además la agricultura primitiva tendía a agotar la tierra, y el poblado original a menudo debió verse obligado a desplazarse a fin de conseguir campos vírgenes para cultivar. Se cree que fue así como el modo de vivir neolítico se difundió paulatinamente desde los centros principales, al principio por un amplio territorio del Próximo Oriente y después por Europa. La imagen que de ello resulta es que este proceso se da en el Próximo Oriente en el quinto milenio A. C., y se extiende con lentitud hasta llegar a las Islas Británicas en el tercer milenio A. C., o incluso en cuanto a sus zonas extremas, en el segundo milenio. Como se verá, quizá sea preciso modificar parte de esta imagen, y con toda certeza la arqueología tiene que enseñarnos todavía mucho acerca de la totalidad de estos problemas.

El área en la cual se encuentran estos poblados neolíticos del quinto milenio A. C., es la que se extiende desde el Valle del Nilo, al oeste, hasta los valles del Tigris y del Éufrates, al este. Estos grandes valles fluviales forman los cuernos de lo que ha sido llamado el Creciente Fértil, enlazado por la franja costera de Palestina y Siria y la fértil estepa que se extiende entre las montañas del Asia Menor al norte y el desierto Arábigo al sur. Esta zona vio nacer un tipo de vida sedentario y, además, las primeras civilizaciones importantes del hemisferio occidental surgieron en ella.

Uno de los estímulos que obligaron a las comunidades a superar la etapa neolítica fue el descubrimiento de los usos de las materias primas, en especial del cobre que cada grupo familiar no podía conseguir por sí mismo en la cantidad necesaria. A partir del instante en que fueron evidentes las ventajas del cobre sobre la piedra para fabricar utensilios y armas, las comunidades se vieron obligadas a empezar a comerciar para procurárselo; como consecuencia de ello tuvieron que producir más alimentos y otros productos naturales para pagar a los comerciantes y también a los herreros que forjaban los utensilios, quienes, como especialistas que eran, no disponían de tiempo para procurarse sus propios alimentos. De este modo empezó a quebrantarse la autosuficiencia de las pequeñas ciudades humanas y empezó a desarrollarse la compleja estructura de las comunidades civilizadas.

Hasta esta etapa, el desarrollo de casi todo el Creciente Fértil, incluyendo, como veremos, Palestina, fue más o menos paralelo. En etapas subsiguientes, aproximadamente a partir del principio del cuarto milenio A. C., los dos extremos del Creciente comenzaron a aventajar al resto. Causa de ello fueron las ventajas que ofrecían los grandes ríos que regaban los dos valles. Los ríos daban la fertilidad que hacía posible aumentar la producción de alimentos; estos, a su vez, se podían cambiar por otras mercancías. Al mismo tiempo, la necesidad de controlar la irrigación y las crecidas provocó el desarrollo de la organización y el gobierno. Por otra parte, los valles fluviales carecían de piedra para la fabricación de utensilios y la construcción, por lo cual las comunidades tuvieron que tomar muy pronto las iniciativas necesarias para obtener estos materiales. De este modo, los poblados de los valles fluviales comenzaron a tomar la delantera a otros situados en lugares menos favorables; en el curso del cuarto milenio fueron convirtiéndose en villas y ciudades. A principios del tercer milenio, el proceso se había completado al asumir la primacía una de las ciudades, y aglutinando el resto en un imperio.

Los dos valles fluviales habían empezado a establecer contacto hacia finales del cuarto milenio, y el intercambio entre estos dos imperios constituyó el tema central de la historia del Próximo Oriente en los tres mil años siguientes. La influencia de las civilizaciones de los dos extremos del Creciente Fértil fue extendiéndose por el

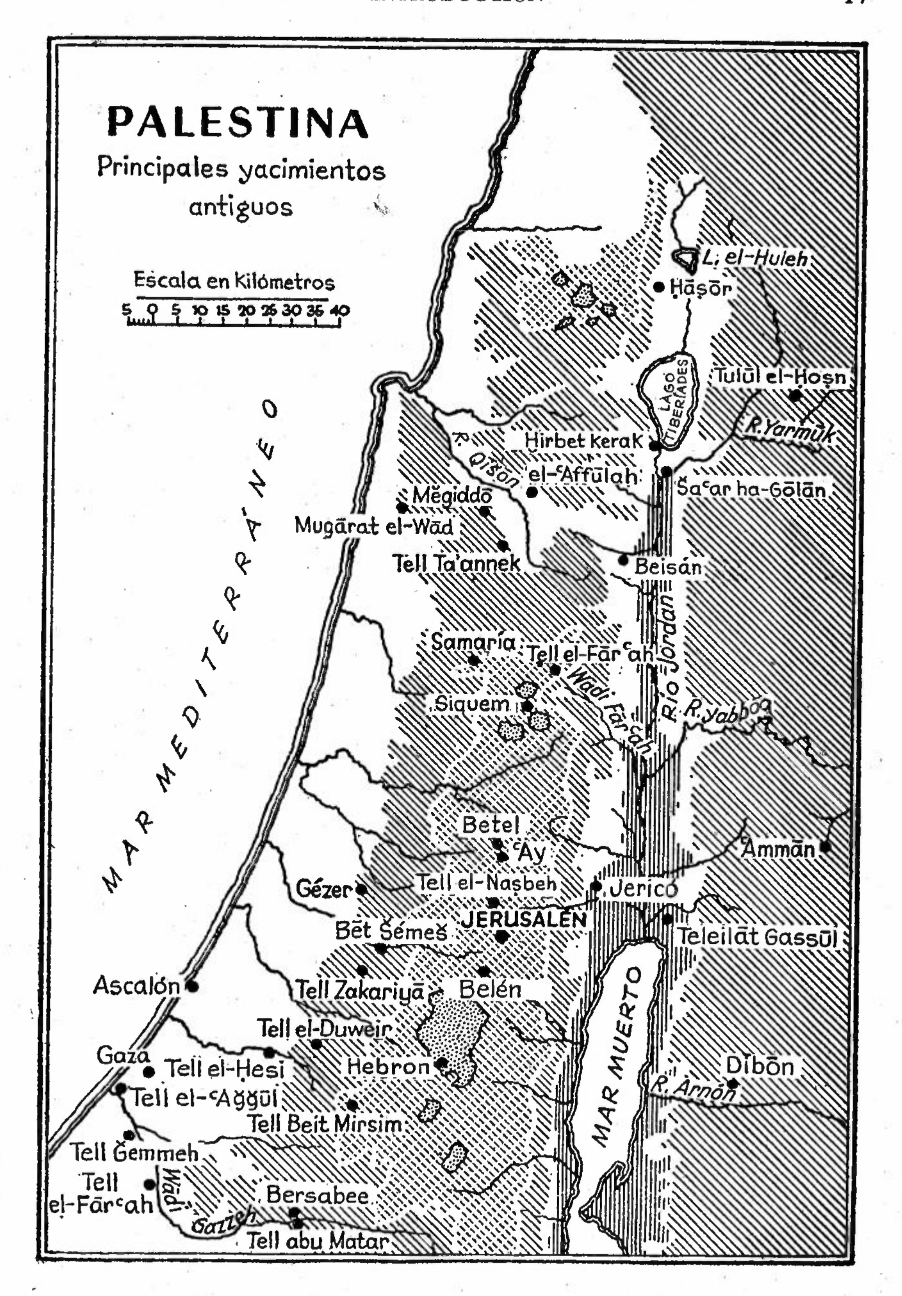


FIG. 2. Mapa de Palestina, con los principales yacimientos antiguos.

resto del Creciente, estimulando las zonas más atrasadas; la rivalidad entre ambos imperios, completado más tarde con la entrada en escena de otras grandes potencias en Asia Menor y regiones adyacentes, ejerció un influjo constante y poderoso en el destino de países como Palestina, situada en la ruta que unía el uno al otro.

Tal es, en esquema conciso, el fondo sobre el que se desarrolla la historia de Palestina. Por su situación, en el extremo sudoeste del Creciente Fértil, participó en el desarrollo hacia la civilización de la población del Creciente. También asimiló influencias de los grandes imperios de ambos extremos del Creciente cuando estos empezaron a afirmarse, en especial de su vecino más próximo, Egipto, aunque también pueden descubrirse puntos de contacto con Mesopotamia. En los momentos de expansión política de ambos imperios estuvo bajo su soberanía, siendo además, la ruta obligada que ambos imperios debían cruzar en tiempo de guerra.

La geografía de Palestina modificó de modo sustancial la intensidad de la influencia que sus vecinos ejercieron en sus distintas partes. Lo mismo que Siria al norte, que forma una unidad física con ella, Palestina se divide en cuatro zonas claramente diferenciadas de norte a sur: la llanura costera; la cordillera central, que desciende desde el Líbano a través de Galilea y las montañas de Samaria y Judea, el valle del Jordán, que se convierte yendo a morir en la meseta del Négeb; el valle del Jordán, que se continúa en el Wādī el-ʿArabah, estrechándose hacia el golfo de ʿAqabah; y, finalmente, la cordillera oriental, que desciende a través del Ḥaurān y las montañas de Galaad y Moab hasta Edom, mientras que hacia el este va a terminar en el desierto Arábigo. La cordillera central va elevándose paulatinamente desde la llanura costera, a través de la Šĕfēlāh o región de colinas bajas, mientras que al este, desde una altura de 700 m sobre el nivel del mar en la montaña de Judea, cae bruscamente hacia el valle del Jordán, el cual alcanza los 370 m bajo el nivel del mar en el mar Muerto; con la misma brusquedad se levanta la cordillera oriental a unos 550 metros.

Esta conformación física ha dado origen a dos importantes consecuencias históricas. En primer lugar, las líneas de comunicación más fáciles son sin duda alguna el norte y el sur, y entre las mismas la principal es la llanura costera. En conexión con esta llanura existe

otro elemento físico de importancia histórica: la llanura de Esdrelón, que se abre paso a través de la cordillera central y constituye la unión entre la llanura costera, el valle del Jordán y las tierras altas de Transjordania. De hecho ésta es la principal ruta entre los dos extremos del Creciente Fértil, porque en Siria la llanura costera es muy angosta e incómoda; los grandes ejércitos de Egipto y sus enemigos siguieron esta ruta de Esdrelón. Además, aunque sus puertos eran pocos e insignificantes, la llanura costera también estaba abierta a influjos provenientes del mar. Por esta razón, influencias extrañas actuaron de un modo especial en la región llana que discurre a lo largo de la costa y de la llanura de Esdrelón, y sus ciudades estaban expuestas a ser destruidas por sus enemigos.

Por otra parte, las tierras altas de la cordillera central, aunque no son totalmente inaccesibles desde el este, tienen tendencia a quedar al margen de las principales corrientes. Las influencias extranjeras penetran con lentitud; los ejércitos extranjeros pueden atravesar la región sin influir en ella, a menos que quieran someter el país en vez de utilizarlo tan solo como camino de paso.

La mayor parte de las influencias civilizadoras a lo largo de la historia de Palestina le llegaron por el Creciente Fértil; sin embargo, no debemos olvidar otra influencia igualmente importante. El Creciente Fértil incluye la meseta del desierto arábigo; esta región, desde el amanecer de la historia, ha servido de vasto depósito de incursiones nómadas en las riquezas del Creciente. La historia de cada uno de los países del Creciente ha sufrido profundas modificaciones como resultado de una serie de incursiones de estos nómadas, que a veces llevaban a cabo incursiones de breve duración, pero más a menudo se trataba de verdaderas incursiones, a las que seguía el establecerse en las tierras ocupadas. Estos nómadas, por turno, destruían la mayor parte de la civilización preexistente, aunque también asimilaban mucho, y con la introducción de sangre nueva revitalizaban la población y a su vez producían una nueva civilización. El estudio de la arqueología de Palestina demuestra palpablemente la existencia de una sucesión de olas de invasores, muchos de los cuales provenían sin duda del desierto. Dos de ellas, la de los hebreos y la de los árabes, las conocemos muy bien, pero no son sino dos entre muchas.

Aunque Palestina sea la cuna del libro más famoso del mundo, nuestro conocimiento de la mayor parte de su historia depende, en cuanto a cronología, de la arqueología. La historia escrita, o al menos los documentos escritos en los que puede basarse la historia, aparecen unos mil quinientos años antes en los valles del Nilo y del Tigris-Éufrates; mas aún en estas zonas, la arqueología retrotrae la historia a siglos antes y al mismo tiempo la complementa mucho, incluso para períodos de los cuales poseemos documentación escrita en cantidad considerable. Al llegar aquí creemos conveniente considerar que es lo que puede hacer la arqueología y cuáles son sus limitaciones, ya que mucho de lo que vamos a narrar en capítulos sucesivos se basa, del todo o en parte, en esa ciencia.

En condiciones razonablemente favorables, la arqueología puede recuperar en un lugar en que vivió el hombre, las construcciones y objetos que han sobrevivido el paso del tiempo. Su primera limitación importante es ésta. Muchos materiales — por ejemplo, madera, tejidos, objetos de mimbre, y casi todos los materiales orgánicos no susceptibles de ser modificados — no sobreviven el paso de los siglos; basta considerar nuestro ambiente para darnos cuenta de cuán incompleta sería su descripción si hubiesen desaparecido todos los objetos hechos con materias orgánicas. Las mismas construcciones sólidas, si se abandonan, muy pronto empiezan a acusar los efectos destructores del tiempo y de la atmósfera. Véase por ello lo que ocurre en las abandonadas casas de los pegujaleros en las Tierras Altas de Escocia. Las paredes sin sus techos se yerguen en medio de montones de restos procedentes del techo caído y de la estructura hundida; cada año más y más piedras desgajadas de las paredes van añadiéndose a las ruinas, hasta formar tan sólo un montón informe y luego la vegetación acaba por completar su sepultura. El arqueólogo podría reconstituir el plano de la casa por los arranques de las paredes, y por los objetos que los habitantes dejaron abandonados al marchar, por considerar que no valía la pena llevarlos, podría hacerse una idea aproximada, aunque limitada, de su cultura. De los restos de sus construcciones anexas podría formarse una idea de la superficie de terreno que cultivaban y cómo la cultivaban. Finalmente, podría calcular cuando el edificio fue ocupado por vez primera y cuando fue abandonado, gracias a las monedas halladas o gracias a los objetos que pudiesen asociarse con determinado período, por ejemplo, un resto de bicicleta o una vieja arma de fuego que se cargase por delante.

Desde luego, en algunos casos, las condiciones son más favorables. Tomemos una ciudad o un edificio abatido por una enorme catástrofe hasta el punto de que sus habitantes tengan que abandonarlo todo; en este caso, el arqueólogo dispone de muchos elementos que le aclaren cómo vivían, sobre todo si la clase de catástrofe es tal que conserva muchas partes de los edificios. Los ejemplos más notables son Pompeya y Herculano, en los que el polvo y la lava volcánicas enterraron las casas a gran profundidad, hasta tal extremo que, en algunos casos, incluso los pisos superiores fueron salvaguardados.

Sobre este material trabaja básicamente el arqueólogo que examina una casa o el emplazamiento de una ciudad, los planos de las construcciones (y desde luego, si se ha conservado lo suficiente, la arquitectura) y su contenido. A veces este contenido incluirá objetos de arte; otras, tan sólo utensilios domésticos ordinarios. De vez en cuando incluirán material escrito, una inscripción de la dedicación de un templo romano, o una piedra conmemorativa de la construcción de un edificio militar, con detalles del Emperador y funcionarios asistentes, mientras que en Asia occidental pueden sobrevivir archivos o documentos literarios escritos en tablillas de arcilla. En estos casos es fácil asociar dentro de un marco cronológico, las construcciones con la historia conocida.

En la excavación de un edificio aislado, perteneciente a una sola época, o de un poblado o ciudad de corta existencia, el problema del arqueólogo es relativamente sencillo, aunque pueda ser necesaria una habilidad manual considerable para recuperar objetos delicados. Sólo tiene que inferir la forma primitiva de los edificios y hallar y preservar (y desde luego interpretar) los objetos. Pero, muy a menudo, incluso un edificio aislado puede tener una historia compleja de reconstrucciones y alteraciones. Todo debe ser reconocido e interpretado para averiguar la historia total del edificio, así como para asociar los objetos descubiertos en la época exacta a que pertenecen. En ocasiones, la interpretación puede ser relativamente fácil. Volvamos a nuestro ejemplo de la casa solariega

del pegujalero. Si después del desmoronamiento de la primera casa solariega llega un segundo pegujalero y construye su casa encima del montón de ruinas, las dos casas quedarán separadas por los restos de la primera. Con toda probabilidad no sería muy difícil distinguir los objetos pertenecientes a cada uno de los dos períodos, a no ser que los fundamentos de las paredes de la segunda casa estuviesen asentados a bastante profundidad en las ruinas primitivas. Sin embargo, muy a menudo la cuestión es mucho más compleja. Un núcleo primitivo puede haber sufrido toda una serie de añadiduras, con lo cual una simple cabaña puede haberse convertido en una complicada granja o también en una mansión residencial. Casas sucesivas pueden haber sido intercaladas entre las primeras, más o menos al mismo nivel, o incluso terraplenadas por debajo del nivel de los pisos primitivos. Para poder interpretar correctamente el cuadro del desarrollo social y económico es preciso poder afirmar qué objetos deben asociarse en cada estudio; en caso contrario, se podría atribuir el edificio primitivo a una fecha demasiado tardía, o bien si su datación exacta parece evidente, se podría errar al dar una fecha demasiado temprana a objetos que, equivocadamente, se creen pertenecientes a un determinado período. Se podría afirmar, por ejemplo, que a uno le consta que las bicicletas se usaban en las Tierras Altas hacia 1800, porque se ha encontrado el cuadro de una bicicleta frente a la puerta exterior de una casa solariega, fechada en esa época gracias a hallazgos de monedas, cuando en realidad ha sido encontrada en la bodega de una casa solariega posterior, construida en 1910.

En el Próximo Oriente, la situación suele ser mucho más complicada. En primer lugar, en esta zona la vida sedentaria empezó mucho antes que en Occidente. Además, la tendencia es que pueblos y ciudades conserven la misma situación durante cientos e incluso miles de años, de ordinario porque el lugar es favorable por razones militares o económicas, tales como por ejemplo su proximidad a un depósito natural de agua potable. A causa de la decadencia natural, de la destrucción a mano de enemigos, por terremotos, o incendios fortuitos, las casas y edificios públicos se van sucediendo una y otra vez. Cada uno se levanta sobre las ruinas del anterior, a veces a unos pocos centímetros más alto, y en otras a su mismo nivel. La tendencia general de las ciudades ha sido elevar el nivel de construcción, a pesar de que a veces deliberamente se ha intentado construir sobre los fundamentos primitivos. Por consiguiente, gran parte del Próximo Oriente está cubierta de ruinas que indican la situación de antiguas ciudades y pueblos, a veces abandonados, mientras que en otras ocasiones se encuentran nuevas edificaciones encima de dichas ruinas. En las regiones de lengua árabe estos montones de ruinas artificiales se conocen con el nombre de «tells». Así, la antigua Jericó es Tell el-Sulṭān, Megiddo es Tell el-Mutesellim, y el montículo central de Ur es Tell el-Muqayyar. El crecimiento de estos «tells» es una característica particular de estas zonas, en las que el material de construcción local era el adobe, porque un edificio de adobes destruido se convierte otra vez en barro, el cual no puede usarse de nuevo de la misma manera como por ejemplo se hace con las piedras de un edificio de piedra. El crecimiento del «tell» es, por consiguiente, más rápido. La tarea del arqueólogo consiste en excavar estos «tells» de tal modo que pueda reconstruir su historia a partir de los restos que subsisten.

Esto depende por completo del reconocimiento de las distintas capas del terreno y de su asociación correcta con los edificios sucesivos. De este modo se sabe qué objetos se hallan en los pisos de un edificio, y cuáles pertenecen a los restos del edificio de debajo. Hace ya mucho tiempo, en 1890, Sir Flinders Petrie estableció para la arqueología del Próximo Oriente el principio básico de la sucesión de niveles de construcción, en la excavación que llevó a cabo en Tell el-Ḥesi, en Palestina meridional. Sin embargo, la perfección plena de este sistema de excavaciones estratigráficas es fruto de la arqueología de Europa occidental, especialmente de la británica, alemana, escandinava y holandesa. Debido a la escasez de los restos de las antiguas edificaciones, y a causa también de la relativa parquedad y trivialidad de los descubrimientos, el desarrollo de sutilezas en la técnica de la excavación fue esencial para poder deducir informaciones mínimas. El excavar en el Próximo Oriente encierra en potencia valiosas recompensas —templos, palacios y archivos reales— pero también exige un trabajo cuantioso y barato, por lo cual se ignoraban las minucias de la observación arqueológica. En Palestina, en cambio, no son de fiar la mayor parte de los resultados

de las excavaciones más importantes llevadas a cabo antes de la Primera Guerra Mundial en lugares como Gézer, Samaria y Jericó; asimismo, los resultados de las excavaciones efectuadas entre las dos guerras requieren una revisión concienzuda, aunque el perfeccionamiento de la técnica ha suministrado suficiente información para una adecuada revisión de la interpretación. En los capítulos siguientes nos referimos a algunas de estas revisiones de interpretación.

Por tanto, con una técnica adecuada, el arqueólogo debería poder reconstruir la historia de la sucesión de acontecimientos y culturas del yacimiento que investiga. Pero esto es sólo el principio. El yacimiento debe colocarse en el marco cronológico y geográfico que le corresponda. Incluso en períodos muy primitivos, en el Paleolítico, ciertos aspectos de la técnica de fabricación de utensilios de piedra son una prueba de culturas regionales; su sucesión nos da un amplio marco cronológico, que puede relacionarse con fases de la época glaciar y los rasgos geológicos que con ella tienen conexión. En las primitivas fases post-glaciales, las técnicas de trabajo del sílex y de la confección de utensilios de hueso siguen siendo la base para establecer relaciones culturales; pero una vez divulgada la manufactura de objetos de cerámica, ésta se convierte en el medio más importante para diagnosticar. La utilidad de vasijas de cerámica las hacen indispensables en el uso doméstico: su relativa fragilidad es garantía de la presencia de muchísimos fragmentos en todos los lugares habitados; y, por fin, la indestructibilidad práctica de un fragmento cerámico asegura a los arqueólogos la supervivencia de las pruebas de la clase de objetos de cerámica que se usaban. Además el conservadurismo y el espíritu de imitación, características humanas, han dado como resultado la expansión del uso de formas similares de vasijas entre pueblos aliados, y también la difusión simultánea de los tipos nuevos que se iban introduciendo. Por tanto, podemos afirmar que, por ejemplo, grupos de gente, digamos de la Palestina del Bronce antiguo que usaban los mismos tipos de cerámica, son más o menos contemporáneos, y que la aparición de un nuevo tipo en diferentes lugares indica un punto cronológico concreto. Con la ayuda de la excavación estratigráfica podemos asociar ese mismo punto cronológico con una fase estructural en la historia de los distintos yacimientos. También puede demostrarse que otros objetos poseen un significado regional y cronológico, por ejemplo, tipos de alfileres y puñales de bronce; de todos modos, la cerámica es mucho más común, hasta tal extremo que su importancia es superior a la de todos los demás hallazgos.

Entre las dos guerras fue eleborándose un conocimiento bastante completo y preciso de la sucesión de las formas cerámicas palestinenses. Pero una sucesión no es una cronología. Hasta llegar a una época relativamente tardía, no puede hablarse de cronología palestinense como de algo firme y seguro. Hasta el primer milenio A. C. depende en gran parte de sus puntos de contacto con los países vecinos. De este mismo capítulo hicimos notar que, hacia fines del cuarto milenio, las ciudades de los valles de los grandes ríos Nilo y Tigris-Éufrates empezaron a tomar la delantera con relación al resto del Creciente Fértil. Las complejidades cada vez más intrincadas de la organización del estado y de las ciudades trajeron consigo, entre otras cosas, la elaboración de un calendario. El primer calendario vio la luz en Egipto, quizás ya hacia el año 3000 A. C.; una combinación de fuentes literarias y pruebas arqueológicas hace posible fechar con bastante exactitud las dinastías y épocas de Egipto y Mesopotamia hasta ese año más o menos. Por el contrario, no tenemos fuentes literarias primitivas o listas de reyes de Palestina. Incluso en las épocas a que se refiere el relato bíblico, las pruebas genealógicas no son de fiar — discutiremos este tema en otro capítulo — hasta la época de David (hacia el año 1000 A. C.); además, en modo alguna se emplea un verdadero calendario. Se dice allí que los acontecimientos ocurren, por ejemplo, «en el trigésimo primer año del rey Asá de Judá»; y aunque la cronología de los reyes de Judá a Israel puede establecerse hoy, dentro de unos límites bastante exactos, esto se debe a la posibilidad de relacionar ciertos hechos de sus reinados con Egipto.

No obstante, todavía está por establecer la conexión de los restos arqueológicos con los reinados de estos reyes bíblicos; hasta ahora, cuanto se ha hecho a este respecto rara vez ha ofrecido garantías suficientes. Samaria constituye una excepción. Omri la fundó en un lugar virgen en el sexto año de su reinado; por sus relaciones con el calendario egipcio este año puede fijarse en el 880 A. C. Tam-

bién pueden establecerse las fechas de la destrucción de Samaria (720 A. C.) por obra de los asirios y de la de otras ciudades, como Lākīš por los babilonios (596 y 588 A. C.) y además relacionarla con niveles arqueológicos. Por lo demás, es cuestión, incluso en estas épocas bastante tardías, de establecer una sucesión de hechos y tratar de acomodarla y encajarla lo más estrechamente posible en los sucesos conocidos. Es cierto que se ha descubierto cierta cantidad de material epigráfico del período de los reinos hebreos. Sin embargo, en sí mismo, ninguno de ellos nos permite datar una fase de la historia de un lugar; ninguno que ofrezca unos datos cronológicos exactos ha sido hallado «in situ», en un lugar determinado[1], contando además con que todavía no es exacto el conocimiento de la antigua epigrafía hebrea. Por consiguiente el resultado es que el material epigráfico ha de datarse según el lugar de su descubrimiento, y no al revés.

En cuanto a las épocas primitivas, tanto las que preceden a la época bíblica como las que pertenecen al período en que el relato bíblico presenta forma de narración tradicional en vez de ser una crónica contemporánea, tienen como único marco la sucesión arqueológica. Para poder dar a dicha sucesión un significado cronológico amplio es indispensable relacionarla con Egipto y, de vez en cuando, con Mesopotamia. Hacia finales del cuarto milenio y durante el tercero, se importaron a Palestina ciertos artículos que sirven para enlazar los períodos palestinenses, con los de aquellos países que ya habían entrado en la época histórica. Además, es evidente que el sino del litoral de Palestina y Siria fue enlazándose ampliamente con el de Egipto, una vez establecido el Imperio Antiguo hacia el año 3200 A. C.[2] Bajo el Imperio Antiguo, e incluso antes, se establecieron contactos cuando menos hasta Biblos, al norte de Beirut, y quizá se ejerció cierto control en las tierras costeras. Estas conexiones en Palestina prueban suficientemente que el período del desarrollo sedentario y urbano del Bronce antiguo de Palestina es más o menos contemporáneo del Imperio Antiguo. La época entre el Bronce antiguo y el Bronce medio de Palestina, caracterizada por las invasiones nómadas, corresponde a la interrupción de civilización del Primer Período Intermediario de Egipto, debido a la misma causa y posiblemente a los mismos grupos de pueblos. La restauración de la civilización en el Bronce Medio de Palestina corresponde al Imperio Medio de Egipto, y cuantiosas importaciones indican una estrecha conexión. En Palestina puede hallarse la prueba de la invasión de Egipto por los hiksos hacia 1730 A. C., lo mismo que la de los acontecimientos ocurridos cuando los primeros reyes de la Dinastía 18.ª de Egipto de nuevo expulsaron a los hiksos a Palestina, hacia 1580 A. C. Desde el año 3000 A. C., la sucesión arqueológica en Palestina puede relacionarse ampliamente con la cronología establecida de Egipto; pero sólo de un modo aproximado, ya que cualquier intento de asignar fechas exactas en años, dentro de esos límites amplios, sólo serían conjeturas.

[1] La inscripción Siloé, que podemos asociar con fundamento con los trabajos del rey Ezequías (cf. págs. 288-290) permite fechar el túnel de Siloé; pero no cualquier fase de la historia de la misma ciudad de Jerusalén. La estela moabita fue un hallazgo fortuito. Los óstraca Samaria de los años de la subida al trono del rey nos dan los límites de los reinados del rey al cual se refieren; sin embargo, el lugar donde fueron hallados no fue descrito con esmero con relación a las fases estructurales de la ciudad.

[2] Todavía no existe seguridad absoluta en cuanto a la cronología egipcia de estas fechas primitivas; distintas autoridades en la materia sugieren como fechas iniciales de la Dinastía entre el 3200 y el 2900 A. C.

Sin embargo, cualquier cronología basada en un calendario antiguo, puede permitirnos retroceder hasta más allá del año 3000 A. C. Hasta hace muy poco no teníamos más que esto. Cuanto fuese anterior no eran sino arreglos y las fechas en años que se atribuían a cualquier fase eran también meras conjeturas. Sin embargo, desde 1944, ha surgido un nuevo método, desarrollado por primera vez por el Dr. Libby en Chicago. Suele conocérsele con el nombre de método del carbono-14, o carbono radiactivo. Se basa en el hecho de que todos los organismos vivos, seres humanos u otros animales, árboles y plantas, mientras están vivos absorben radiactividad; después de su muerte, la van perdiendo en una proporción que puede ser establecida. La cantidad que subsiste puede medirse en los materiales orgánicos recuperados en las zonas arqueológicas. Por diversas razones técnicas el carbón vegetal y también las conchas, aunque en menor grado, son los materiales más convenientes. La fecha en que murió el organismo, por ejemplo, la fecha en que el árbol fue talado, puede establecerse al comparar la cantidad de radiactividad que subsiste con la cantidad de pérdida anual fijada. El método no ofrece garantías absolutas; sin embargo, una serie de resultados

coherentes, incluyendo algunos que pueden comprobarse mediante documentos provenientes de otras fuentes, permite pensar que podrá ser muy útil para los arqueólogos. No obstante, siempre hay un margen medio de desviación, en general, de ciento cincuenta a doscientos años a ambos lados de la fecha central. Por consiguiente, para los períodos posteriores al año 3000 A. C., es improbable que el método del carbono-14 de resultados tan exactos como las pruebas basadas en otros criterios arqueológicos; pero para períodos anteriores constituye nuestra fuente exclusiva. Como se verá, poseemos ya fechas que remontan hacia el año 8000 A. C., y, a medida que observaciones adicionales vayan acumulando pruebas, iremos ganando seguridad, tanto si esos resultados aislados son dignos de crédito como si no lo son, y al mismo tiempo podremos ir acomodando otras fases y culturas en el esquema general.

CAPÍTULO II

Los comienzos de la vida sedentaria

En las laderas del monte Carmelo que miran al mar hay cierto número de cuevas que han aportado pruebas evidentes de haber sido ocupadas por el hombre durante decenas de miles de años durante el Paleolítico (lám. 1). Estas cuevas fueron cuartel general de cazadores parecidos a los de Europa, tanto por su constitución física como por los utensilios que empleaban. Sobre estos estratos paleolíticos hay otros pertenecientes al Mesolítico, el período en el que, en Europa, el hielo de los glaciares iba retirándose, y los descendientes de los cazadores del Paleolítico iban adaptándose a las nuevas circunstancias ambientales. En las cuevas del monte Carmelo hay pruebas de que también en Palestina el hombre adoptó un nuevo sistema de vida.

Sobre los estratos que contienen utensilios paleolíticos hay pruebas de la aparición de un nuevo grupo. No parece que la industria del sílex derive directamente de alguna cultura del Paleolítico superior; sus orígenes todavía no han sido descubiertos. Parece, sin embargo, que hubo una cultura palestinense indígena, que por el norte sólo llega al Líbano medio, mientras que en el sur hay restos en Ḥelwān, en Egipto. A esta cultura se la ha llamado natufiense, según el nombre del lugar en que fue descubierta, Wādī el-Naṭūf. Al igual que la industria mesolítica de Europa, entre los sílex figuran gran cantidad de microlitos, pequeñas lascas de varias formas, la mayor parte de los cuales probablemente formaban parte de utensilios compuestos. Los más característicos son las lunetas, delicadísimas laminillas con un ángulo recto y la parte posterior

ligeramente arqueada. Más de cuatro mil fueron halladas en una cueva del monte Carmelo (lám. 6).

Los natufienses del monte Carmelo y de los abrigos rocosos de las laderas oriental y occidental de las colinas de Judea vivían principalmente de la caza. Cantidades enormes de huesos de gacela se hallaron en las cuevas del monte Carmelo. Las gacelas viven al aire libre y en lugares bastante secos, con lo cual se ve que, de la misma manera que en Europa las condiciones ambientales cambiaban al retirarse los hielos, así también en la zona mediterránea el período fluvial, contemporáneo de aquél, desaparecía. La pesca también era un medio de subsistencia; lo demuestra el descubrimiento de puntas de arpón y anzuelos, unos y otros de hueso.

Llama particularmente la atención, por el interés que ofrece, un tipo de utensilio usado por los natufienses: la hoz. Se descubrieron numerosísimos fragmentos de hojas con una ancha franja en el filo, brillante por el uso y, en general, con la parte posterior adornada con un espolón, que se ajustaba al mango mediante una ranura en forma de V. Se han encontrado trozos de mango de hueso con los sílex montados, así como dos mangos enteros, ambos con una cabeza o figura de animal esculpida en la extremidad de la empuñadura (láms. 2 y 5).

La presencia de hoces no prueba que conociesen la agricultura, ya que las hoces pueden utilizarse para recoger semillas silvestres. Sin embargo, no pocos especialistas aceptan la posibilidad de que los natufienses del monte Carmelo habían empezado a cultivar cereales. Algunos pretenden que las hierbas silvestres no podían segarse con tales hoces, puesto que la parte superior es demasiado áspera, por lo cual las semillas se perderían. También se arguye que, dado el excesivo cuidado con que se confeccionaban las hoces y la enorme cantidad de hojas de hoz halladas, debían representar algo de considerable importancia en la vida de la comunidad. También es cierto que el grupo natufiense habitó durante muchísimo tiempo en la zona del monte Carmelo, por lo cual se supone que algo los ataba a ese lugar. Por lo tanto, se puede defender la hipótesis de la existencia de unos primeros experimentos agrícolas en Palestina durante la etapa de transición que siguió al fin de la época glaciar.

Las prácticas funerarias constituyen el otro punto principal de

interés acerca de los natufienses. Los muertos eran enterrados debajo de la zona habitada. En Mugāret el-Wād, en el monte Carmelo, más de sesenta personas fueron enterradas en la caverna o en la terraza que hay frente a ella. Los sepulcros primitivos fueron con toda probabilidad colectivos, con los cuerpos totalmente doblegados; más tarde fueron individuales, con los cuerpos menos doblegados. Los enterramientos colectivos, de manera especial, demuestran el gusto de los natufienses por los adornos personales. En cada grupo un esqueleto, probablemente el del miembro más importante de la familia, lleva unos complicados adornos de conchas y pendientes. Los adornos más frecuentes estaban hechos de conchas *dentalia,* pequeños tubos que aún hoy se pueden coger en las playas palestinenses. Estos materiales eran de fácil acceso para los habitantes de las cuevas del monte Carmelo, aunque también se encuentran en yacimientos de las laderas de las colinas de Judea, lo cual demuestra que, incluso en épocas tan remotas, los objetos podían recogerse y comerciar con ellos en lugares bastante alejados. El adorno más alambicado hecho con estas conchas consiste en una especie de casco que tenía a cada lado de la cabeza una disposición en forma de abanico (lám. 3). Los cuerpos ostentaban también collares de zarcillos, hechos con dientes perforados o huesos de pequeñas gacelas, o labrados en hueso y dispuestos a pares, algo así como cabezas opuestas de palos de golf de madera (lám. 4).

El entierro de un muerto suponía, al parecer, ciertas ceremonias. En el Mugāret el-Wād, una pared, pavimento, y algunas cubetas excavadas en la roca se relacionaron aparentemente con un sepulcro colectivo, y en ᶜErq el-Aḥmar un grupo semejante también estaba cubierto por un pavimento. En ᶜAin Mallāhah, a orillas del lago el-Ḥūleh en el valle del Jordán, un sepulcro casi idéntico al del monte Carmelo, con una corona de conchas *dentalia,* estaba situado en un hoyo revestido de yeso, cubierto con un pavimento sobre el cual se habían dispuesto piedras en círculos.

En el período que siguió el final de la época glaciar, Palestina estaba por consiguiente, habitado por un grupo cuyo sistema de vida se parecía mucho al de los grupos mesolíticos de Europa, especialmente en su depender de la caza y la pesca y en su uso de utensilios microlíticos. Los adornos que se llevaban eran peculiares

del grupo; pero ni esos adornos ni las tallas en hueso y piedra estarían desplazados entre comunidades europeas semejantes. En cambio es exclusiva de ese pueblo la probabilidad de que estuviesen experimentando la agricultura. Los hallazgos del monte Carmelo representan los primeros indicios de cultivo de alimentos hallado hasta el presente.

Los natufienses del monte Carmelo y de otros lugares duraron mucho. Por el desarrollo de los tipos de utensilios podemos distinguir un natufiense medio y un natufiense superior. En conjunto, esos tipos suponen una decadencia, sobre todo en los utensilios de hueso. Otra característica del natufiense superior es la introducción de una punta de flecha que ha podido ser reconocida, y el esqueleto de un perro hallado en un estrato del natufiense medio es la prueba más antigua de la domesticación de animales.

Pero hoy en día se tiene cada vez por más probable que la sucesión de una característica, como la mencionada desde el natufiense inferior hasta el medio y el superior, no es la única línea de desarrollo. En 1957 la profesora Dorothy Garrod podía decir: «no hay huellas de una ocupación natufiense en la base de ninguno de los «tells» palestinenses»[1]. Los últimos descubrimientos realizados en Jericó han modificado esta posición.

La antigua Jericó es hoy un montículo de unas 4 hectáreas de superficie y unos 21 metros de altura, en las cercanías del oasis de la moderna Jericó. Debe su existencia, al igual que la Jericó actual, al magnífico e inagotable arroyo que fluye a sus pies, cuyo manantial es posiblemente algún depósito subterráneo, alimentado por las lluvias de las tierras altas de Judea; es vital para la vida de Jericó. En el valle del Jordán las lluvias pueden ser violentas en invierno, pero en verano el implacable calor de esta zona — Jericó está a unos 270 metros bajo el nivel del mar — lo seca todo. Tan sólo en áreas regadas por las aguas de algún manantial permanente — como el venero de ʿAin el-Sulṭān en Jericó — puede ser verdaderamente productivo el rico terreno del valle.

El montículo de la antigua Jericó (lám. 7) es un testigo categórico de la importancia del venero. La totalidad de esos 21 metros son el

1 *Proceedings of the British Academy*, XVIII, pág. 214.

FIG. 3. Plano de Jericó, que muestra las murallas de la Edad del Bronce y las zonas excavadas

resultado de la ocupación humana, que abarca un período de unos siete mil años. El venero hoy en día sale a la superficie por el lado oriental del «tell», abriéndose paso por una zona bastante amplia de terreno. El manantial originario, que quizás sea una cueva de piedra caliza, probablemente está sepultado bajo las ruinas, y no ha sido hallado. Es evidente, sin embargo, según consta por las pruebas aparecidas en varias zonas excavadas hasta el lecho de roca que, antes de que estuviese ocupada por el hombre, la superficie de la roca, estaba ligeramente inclinada desde las remotas laderas del muro rocoso que ciñe el valle del Jordán, y que el venero debe haber salido a la superficie precisamente en el punto en que la colina se inclina y se allana hacia la llanura aluvial del lecho del valle.

Los cazadores quizá visitaron el venero desde las etapas más remotas del Paleolítico, como sin duda lo hicieron los animales que aquellos cazaban. En efecto, en el estrato neolítico, apareció un hacha de mano paleolítica; lo que es imposible decir es si procedía de la vecindad o bien de un lugar más remoto. Las primeras pruebas concretas del yacimiento pertenecen al mesolítico. Las excavaciones de 1958 dieron a conocer una curiosa estructura en el lecho de roca de la extremidad norte del «tell» (lugar E de la fig. 3). En esta zona la caliza básica en estado natural estaba cubierta por una capa de arcilla de unos 30 centímetros de espesor. En la casi totalidad del área excavada esta arcilla ha sido extraída por el hombre, y la superficie de la caliza ha quedado al descubierto. Sin embargo, en la extremidad sur del área excavada quedó un rectángulo de arcilla de 3,50 metros de anchura por más de 6,50 de longitud, y fue cercado con una resistente pared de piedra, en la cual se colocaron a intervalos unos postes de madera. Esta construcción es completamente distinta de cualquier vivienda hallada en el yacimiento. Además había otras dos características dignas de tenerse en cuenta. Insertos en la pared había dos grandes bloques de piedra, a través de los cuales se habían hecho agujeros, cuya profundidad era de unos 75 centímetros. Sin duda servían para sostener postes, y dado su parecido con las bases de un asta de bandera, nos sentimos inclinados a sugerir que sostenían astas de totem, el equivalente de entonces a las astas de bandera. En segundo lugar, aunque la superficie rocosa adyacente estaba cubierta de ruinas y escombros, la superficie de la plataforma de arcilla se mantuvo escrupulosamente limpia durante todo el tiempo que se utilizó. Por tanto, es posible que esta curiosa construcción fuese un santuario o algún tipo de lugar santo.

La interpretación de la construcción es hipotética; por el contrario, su significado cultural es cierto. Una colección de objetos, con toda certeza natufienses, se hallaron en las ruinas contiguas. Entre los numerosos microlitos había una hermosa cuneta de pequeño tamaño, y lo que todavía es más característico, había una cabeza de arpón de hueso (lám. 14). Esto tiene especial importancia, puesto que en el monte Carmelo las cabezas de arpón tan sólo se encontraron en los estratos del natufiense inferior. Por consiguiente, es seguro que la primera construcción de Jericó fue levantada por gente aliada al primer grupo mesolítico de las cuevas del monte Carmelo. Así, pues, se puede deducir razonablemente que era un santuario que los cazadores mesolíticos fundaron al lado de las fuentes del venero de Jericó. Los pueblos primitivos, a lo largo de las distintas edades, consideraban sagrados los manantiales de agua. Se han encontrado bellos objetos votivos y de reducido tamaño en las fuentes del Sena; muchos y hermosos objetos britanorromanos han aparecido en el manantial de Coventina en la Muralla Romana de Inglaterra; e incluso hoy en día, en Oriente, se cuelgan de un árbol andrajos al lado de un venero para propiciarse su espíritu.

Gran suerte fue para los arqueólogos que esta construcción fuese casualmente destruida por el fuego. La zona circundante quedó cubierta por el carbón vegetal de las vigas que formaban parte de ella. Este carbón vegetal se ha fechado gracias al carbono-14 en el año 7800 A. C., con un error de ± 210 años. Aunque en el estado actual de nuestros conocimientos se debe usar con cautela la datación por medio del carbono-14, ya que su precisión todavía tiene que ser comprobada por una experiencia más completa, esta datación nos ha dado por primera vez un punto relativamente fijo para la etapa de transición en la transformación del hombre en un ser civilizado.

El ambiente general de los constructores mesolíticos de ese edificio es con certeza el de cazadores y colectores de alimentos. Pero, como hemos visto, los habitantes de las cuevas del monte

Carmelo quizá habían llevado a cabo algún experimento en el campo de la agricultura, requisito indispensable para cualquier ocupación estable. Los descubrimientos de Jericó demuestran que estas experiencias fueron la base del éxito. Hacia el centro del «tell» (lugar M de la fig. 3) se hizo un descubrimiento altamente significativo. Se encontraron allí una serie de construcciones neolíticas que describimos más adelante; pero entre ellas y el lecho de roca había un depósito de unos cuatro metros, que no ha revelado ninguna huella de ninguna construcción sólida. Un estudio concienzudo demostró que estos 4 metros estaban compuestos de innumerables pisos limitados por ligeras pendientes que constituían los únicos restos de las ligeras construcciones, a modo de cabañas. Por consiguiente, durante bastante tiempo la gente vivió al lado del venero de Jericó; vivieron en el mismo sitio, aunque en un tipo de viviendas más adecuadas para un género de vida nómada, de cazadores. Tan sólo después de cierto tiempo, al parecer bastante largo, a juzgar por el número de pisos que fueron construyéndose en este núcleo del «tell» de 4 metros, empezaron a construir edificios sólidos.

Finalmente algún genio introdujo el sistema de construir casas sólidas, con lo cual podemos afirmar que aparece la primera arquitectura palestinense. Es obvio que estas primeras casas derivan de los refugios primitivos; como ellas, tienen una planta redonda o curvilínea y la inclinación hacia el interior que presentan los restos de las paredes que han llegado hasta nosotros, sugieren la posibilidad de que tuviesen techos con cúpula (lám. 9). Son un trasplante, en materiales sólidos, de las cabañas transitorias de la población nómada. Todas tienen un vestíbulo saliente, en el cual hay una entrada con peldaños o en forma de rampa que conduce hacia el interior desde el nivel exterior, más elevado (lám. 11). Las paredes están construidas con ladrillos modelados a mano, del tipo llamado planoconvexo, que tiene la base plana y el extremo superior curvo, presentando a menudo la silueta de una espalda de cerdo. A veces se incorporan a las paredes unos postes y entramado de madera.,

La extensión de este asentamiento de transición o protoneolítico que produjo los 4 m de depósito carentes de toda construcción sólida, al parecer no fue considerable, ya que el depósito se encontró en una sola zona. Mayor expansión siguió a la etapa en la cual

se desarrolló la arquitectura sólida. Se han encontrado casas circulares de un extremo a otro del «tell», abarcando una superficie de unas 4 hectáreas [1].

El interés máximo de esta evolución radica en el hecho de que se deriva directamente de las primeras visitas de los cazadores mesolíticos natufianos; así se deduce de las construcciones mesolíticas. La misma industria del pedernal y del hueso (lám. 14), unida al natufiano inferior del monte Carmelo, pasa rápidamente en la etapa transitoria Proto-Neolítica, hasta llegar a un establecimiento en gran escala, al cual se le ha dado el nombre de Neolítico Pre-cerámico A (lám. 15 y 16). Jericó ha demostrado, pues, el proceso, que durante tanto tiempo buscaron los arqueólogos del paso del hombre cazador al hombre miembro de una comunidad sedentaria.

Cuando este poblado se hubo expandido al máximo, fue rodeado por sólidas defensas y adoptó un aire urbano. La muralla de la ciudad era un armatoste de piedra, robusto, autónomo, de unos dos metros de anchura. Los extremos de norte y sur, tal como han sido halladas, están destruidos hasta las hiladas inferiores, mientras que el lado occidental se ha conservado hasta una altura de unos 3,5 metros. En este punto la zona excavada coincide con la ubicación de una gran torre de piedra, adosada al interior de la muralla, conservada todavía hasta nueve metros de altura (lám. 12). Se supone que tendría una finalidad defensiva; se tuvo la previsión de dotar su parte superior de un pasadizo procedente del lado oriental, que, mediante un empinado tramo de veintidós peldaños, llevaba hasta lo más alto de la torre. El conjunto constituye una sorprendente pieza arquitectónica.

La torre y las defensas tienen una larga historia. Se pueden rastrear tres fases en la construcción de la torre y la muralla. A la segunda muralla pertenece un foso excavado en la roca, de 8 m de ancho por 2,70 de profundidad. La lámina 8 muestra la tercera y última fase de la muralla. Al terminar su construcción, el nivel interior se había elevado considerablemente, y por el interior, la parte baja ya no era independiente, sino que estaba adosada a un terraplén. Ha llegado hasta nosotros en una altura de unos 7,5 me-

[1] Esto es tan sólo una apreciación; los límites son inciertos en la parte oriental debido a la intrusión de la carretera moderna.

tros. A continuación se construyeron una serie de casas del trazado curvilíneo habitual, adosadas a la torre y a la muralla. La tercera de estas casas fue destruida por el fuego; el maderamen convertido en carbón que se halló en el suelo sometido a la prueba del carbono-14 de la fecha 6850 A. C., con un error de ± 210 años. Esta fecha, desde luego, es posterior a la de la historia de la torre y sus defensas, que pertenecen al año 7000 A. C. aproximadamente.

Por consiguiente, los descendientes de los cazadores mesolíticos que habían establecido su santuario cabe el venero de Jericó habían hecho notables progresos. Durante cierto período de tiempo, que la prueba del carbono-14 indica que debió durar un millar de años, llevaron a cabo la evolución completa desde una existencia nómada a una vida sedentaria, en la que debió haber una comunidad bastante compleja, ya que las impresionantes defensas son prueba de una organización pública eficiente. Según veremos, los poblados más primitivos de otras zonas, probablemente deben fecharse más de dos mil años después; y las pirámides de Egipto, que son los primeros grandes edificios de piedra del valle del Nilo tienen cuatro mil años menos que la gran torre de Jericó. Es indudable que las causas de este desarrollo son de gran interés.

Con toda probabilidad puede deducirse que este poblado de la Jericó del Neolítico precerámico A se basaba en un sistema agrícola próspero. Todavía no tenemos pruebas evidentes de ello, pues aún no han sido examinadas las muestras que esperamos que ofrezcan información acerca de los cereales. La deducción puede hacerse a base de la extensión del asentamiento. Una zona de unas 4 hectáreas, construida en forma compacta, podría, según las medidas orientales modernas, albergar una población de unas dos mil personas; y, sin duda alguna, una población tal no podía sostenerse con las provisiones de cereales silvestres y animales salvajes que podían conseguirse al alcance del poblado. En determinado momento de la ocupación del lugar, que posiblemente coincidió con el desarrollo del núcleo del «tell» de 4 metros de depósito, los natufienses de Jericó convirtieron en práctica de producción regular de alimentos los primeros experimentos agrícolas que se atribuyen a sus antecesores de vida cavernícola en el monte Carmelo y en otros lugares. Esta producción regular producía suficientes alimentos para permitirles

establecerse de modo permanente en dicho lugar y construir la larga serie de refugios en forma de cabaña. Sin embargo, las aguas del venero en su estado natural sólo habían alcanzado una zona limitada. Hoy en día, un elaborado sistema de irrigación ha permitido extender el oasis. Por tanto se puede sacar otra conclusión acerca de la economía de Jericó en el Neolítico precerámico A: en la etapa en que el crecimiento de población exigía mayor superficie de campos, debieron construirse canales de irrigación para llevar las aguas del venero mucho más lejos.

Esta conclusión contiene importantes consecuencias. La práctica acertada de la irrigación supone un elaborado sistema de control. Un sistema de canales principales alimenta otros canales subsidiarios que riegan los campos cuando la compuerta necesaria está cerrada. Por lo tanto, los canales deben ser proyectados, calculando el tiempo en que cada agricultor puede tomar agua cerrando las compuertas, y también debe haber alguna sanción contra los infractores de las normas. Se sigue, pues, que debe haber alguna organización pública central y un esbozo de código legal impuesto por la organización. Durante mucho tiempo se ha admitido que una de las causas más importantes de la transformación de los poblados de los valles del Nilo y del Tigris-Éufrates en ciudades y estados fue su interdependencia en cuanto a la irrigación, la cual, a la vez que les proporcionaba grandes riquezas, estimulaba la evolución de las características urbanas.

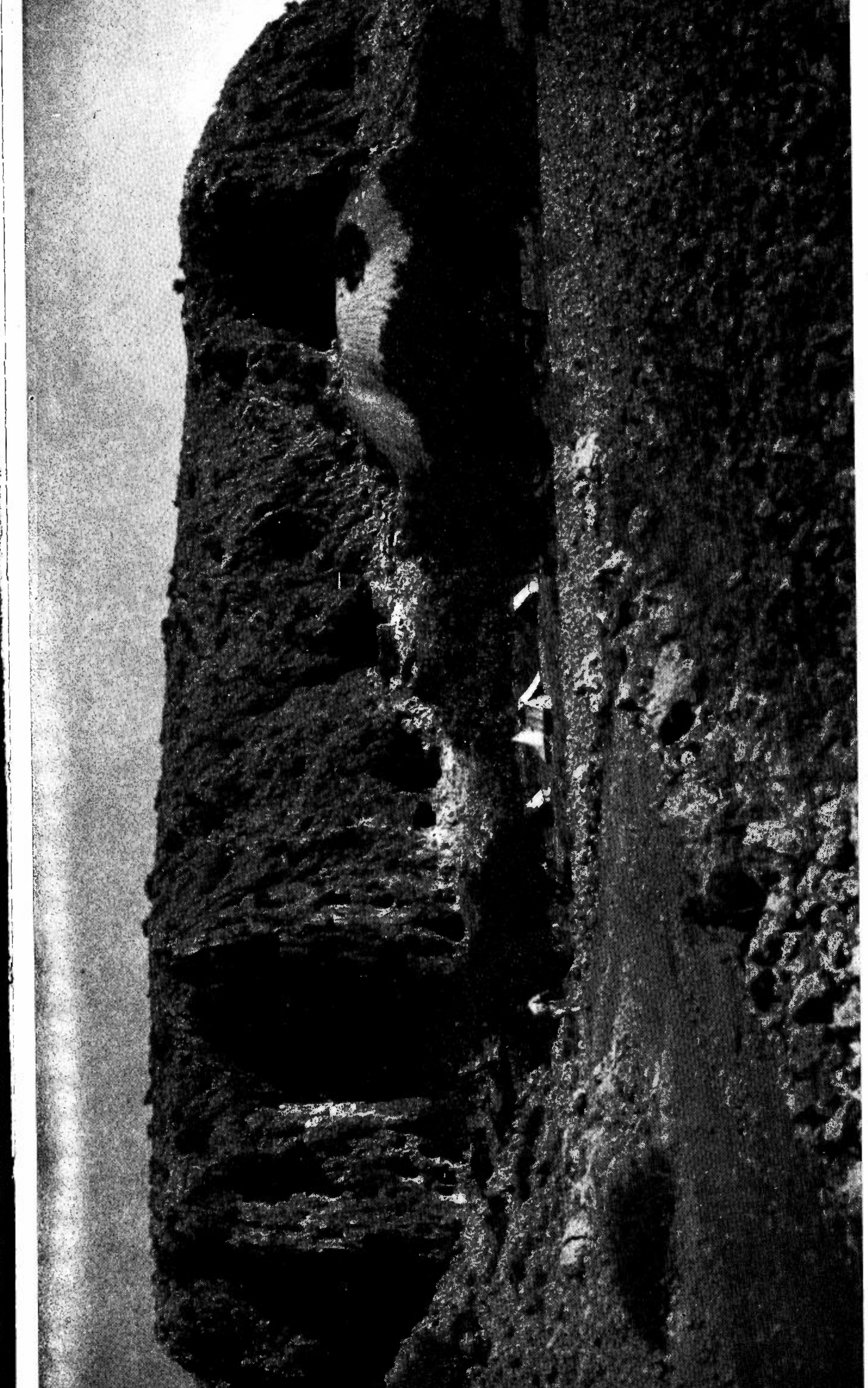
La deducción es que algo parecido se produjo en Jericó. Sin embargo la prueba de la existencia de una verdadera irrigación, nunca podrá ser más que una deducción, ya que toda la zona interesada está cubierta actualmente por campos modernos y canales de irrigación. La prueba de que tenían una organización pública eficiente debe verse en el enorme sistema defensivo. Esto nos da una prueba visual que se enlaza con el razonamiento basado en el tamaño del poblado. La expansión del mismo antecede a la construcción de las defensas y, por esto, la necesidad de irrigación exigió la existencia de la organización de la cual las defensas son prueba.

Había, pues, los mayores contrastes posibles entre el poblado urbano de Jericó y otros poblados en los cuales se han descubierto pruebas de las etapas derivadas del natufiense inferior. Parece como

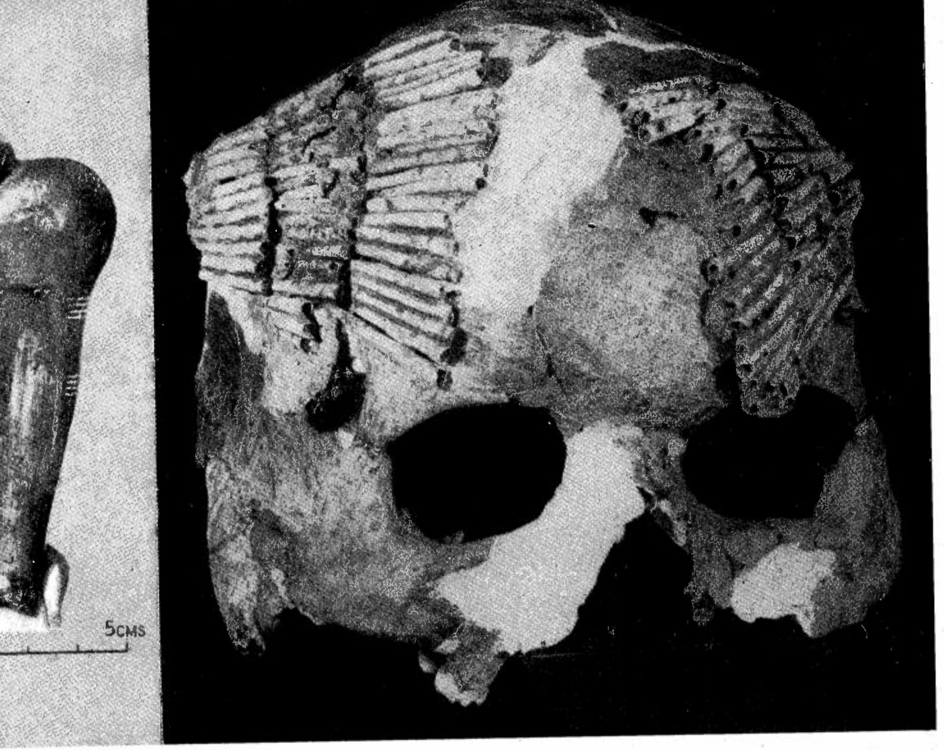
si hubiera dos líneas de desarrollo. Un grupo natufiense inferior se estableció en Jericó, y podemos suponer con seguridad que otros grupos establecieron poblados en lugares parecidos. Es difícil de creer que el desarrollo de la Jericó del Neolítico precerámico A fuese aislado; debe haber lugares parecidos, pero han escapado a toda observación, quizá porque no son tan extensos. Pero los primos de los grupos sedentarios, que preferían vivir en las colinas, en zonas menos propicias para la agricultura, siguieron con su sistema mesolítico de vida, como cazadores y recolectores de alimentos. Las cuevas y refugios en que vivían han proporcionado los utensilios que han sido atribuidos al natufiense medio y superior.

Se pretende que uno de estos yacimientos, el-Ḫiyām, cerca de Belén, indica una transición ulterior. La industria del sílex, que desde hace largo tiempo ha sido aceptada como la clásica industria neolítica de Palestina, se llama tahuniense. En el-Ḫiyām se pretende que deriva de la última industria natufiense. De ser así, debería aceptarse que los grupos natufienses procedían de los descendientes de los primos de los pobladores de Jericó. No todos los especialistas aceptan esta derivación; sugieren como alternativa que el tahuniense es una superposición sobre el natufiense. En tal caso debemos aceptar que los tahunienses venían de fuera, de una fuente todavía no descubierta.

En todo caso, aunque es posible que los tahunienses sean los descendientes de los natufienses que durante largo tiempo siguieron llevando una vida nómada, no son ciertamente los descendientes de los pobladores de Jericó. Los tahunienses aparecen en este lugar, pero sólo con solución de continuidad. Dondequiera que ha sido examinada la ciudad de Jericó del Neolítico precerámico A, a lo largo de los límites del montículo, los estratos han sufrido una considerable erosión. En la zanja I, en el lado oeste del «tell», es evidente que la parte superior de la muralla se derrumbó en los últimos tiempos. Los estratos que representan las casas sucesivas, construidas adosadas a su parte interior, estaban desgastadas, al igual que la cima de la torre; los escombros resultantes rellenaron el foso y se amontonaron junto a la base de la muralla. Cuando los escombros alcanzaron su posición de reposo, la muralla estaba ya completamente cubierta. En el punto E, hacia el extremo norte del

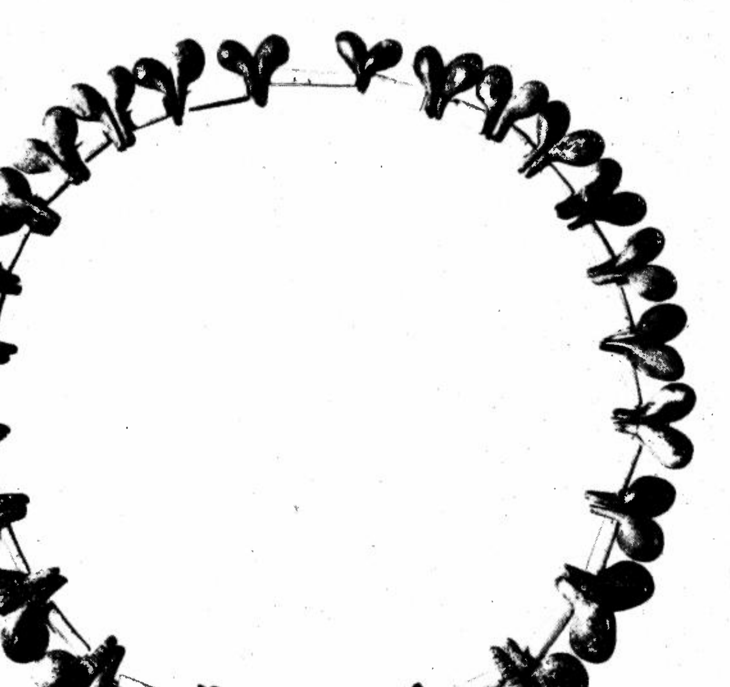


LÁM. 1. Las cuevas de Wādi Mugārah, en el monte Carmelo.

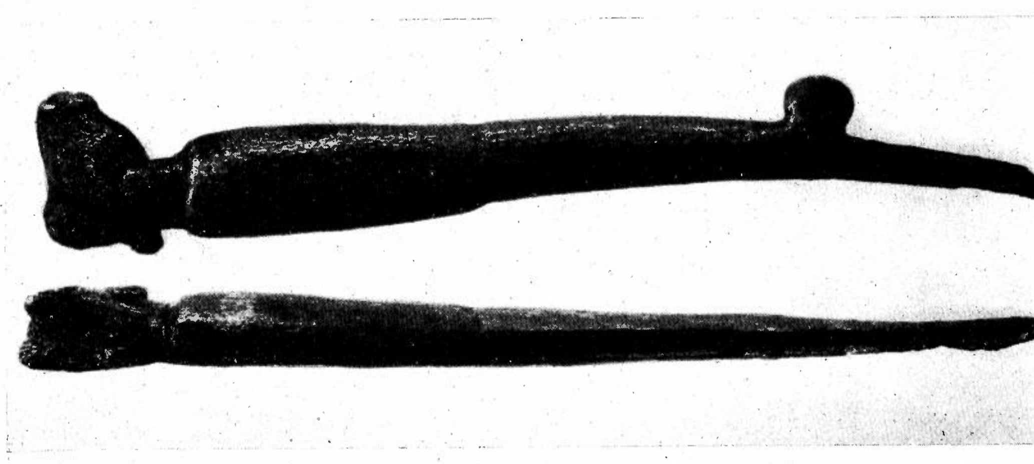


Talla de un cerva-
Mugārat el-Wād.

LÁM. 3. **Calavera con corona de conchas dentalia, del mismo periodo y lugar.**



LÁM. 4. **Collar de colgantes gemelos hechos de hueso de Mugārat el-Wād.**



LÁM. 5. **Mango de hoz de hueso, con empuñadura en forma de cabeza de animal, de Mugārat Kebara.**



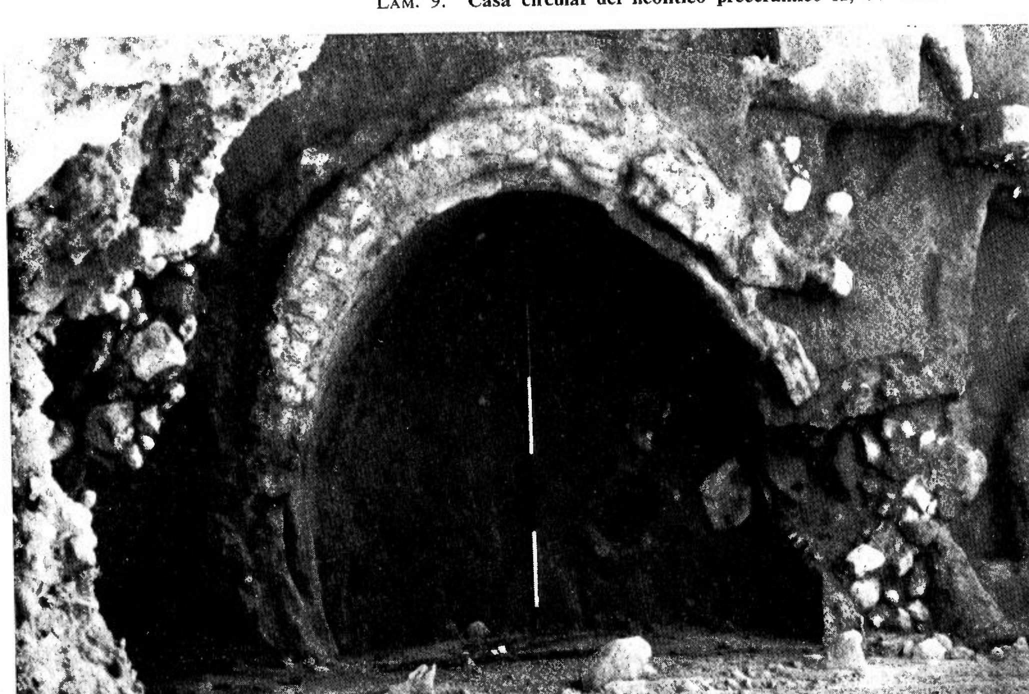
LÁM. 6. **Utensilios de hueso y sílex, del natufiense inferior, hallados en Mugārat Kebara.**

LÁM. 7. Montículo de la antigua Jericó, desde el oeste. En segundo término, el oasis de la moderna Jericó, y en el fondo la muralla oriental del valle del Jordán.

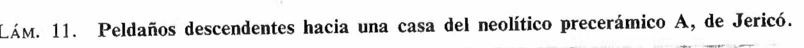
LÁM. 8. Una construcción mesolítica, de Jericó.



LÁM. 9. Casa circular del neolítico precerámico A, de Jericó.





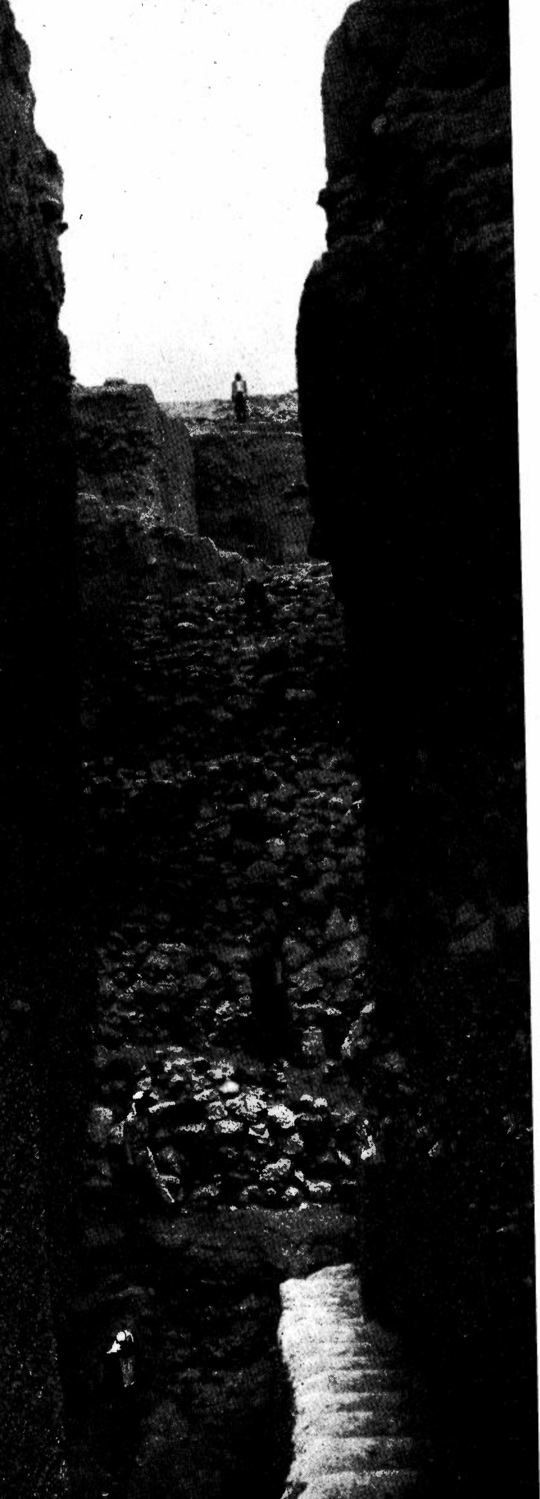


LÁM. 10. **Casa del neolítico precerámico A, de Jericó.**

LÁM. 11. **Peldaños descendentes hacia una casa del neolítico precerámico A, de Jericó.**



LÁM. 12. **La gran torre de las murallas del neolítico precerámico A, de Jericó.**



LÁM. 13. **Las murallas de Jericó durante el periodo neolítico precerámico A.**

yacimiento, una fase paralela de erosión está representada por un lecho fluvial, el cual, en tres fases sucesivas, se introduce en los niveles de la casa antes de obstruirse definitivamente. En otras partes tenemos pruebas semejantes.

Es imposible precisar la duración de esta fase de erosión. Quizá fue muy rápida, o quizá se prolongó durante un cierto número de años o siglos. Sin embargo, es evidente que señala el fin de la ocupación de las gentes del Neolítico precerámico A. Tal vez sus sucesores los expulsaron y destruyeron la ciudad, o alguna catástrofe, cual pudo ser un terremoto que desviase temporalmente el suministro de agua y destruyese el sistema de irrigación, pudo haberles obligado a abandonar el lugar.

Les sucedió un grupo enteramente distinto, al que se le da el nombre de Neolítico precerámico B, y cuya industria lítica es tahuniense. Casi todo el resto de su equipo también era diferente, por ejemplo, incluso la forma de los molinos de mano y de sus correspondientes muelas. Pero lo más notable de todo es la diferencia en la arquitectura, que describimos más adelante, con casas espaciosas, con muchas habitaciones y de planta rectilínea.

Históricamente, el detalle más importante es que los recién llegados venían con esta arquitectura ya completamente desarrollada. Inmediatamente encima de los estratos de erosión aparecen casas de planta notablemente estereotipada, que se encuentra en Jericó durante todo el Neolítico precerámico B. Esto significa que los recién llegados tenían tras ellos un período suficientemente largo de ocupación sedentaria para poder desarrollar una arquitectura, e incluso un detallado modelo de casa, que iba a satisfacer sus necesidades en Jericó durante unos mil años o más. Por consiguiente, no eran descendientes directos de los tahunienses que vivieron en el-Ḫiyām, sino grupos que se habían creado su propia forma de vida sedentaria.

Se podría conjeturar que sus poblados no estaban lejos, y que precisamente contra ellos habían fortificado su poblado las gentes del Neolítico precerámico A, pero con esto entramos de lleno en el campo de la hipótesis.

Las casas del Neolítico precerámico B son de trazado arquitectónico en verdad sorprendente. La mayor parte de las habitaciones

eran espaciosas, con puertas anchas, a veces flaqueadas por postes de madera. La planta de estas habitaciones era rectangular, con ángulos ligeramente curvos, y con paredes rectas y macizas (lám. 17). Los ladrillos utilizados en la construcción de las paredes (lám. 18) estaban hechos a mano (no en moldes, como se hizo después) y con forma parecida a un cigarro aplanado; en la superficie llevaban estampada una impronta de espina de arenque con las huellas digitales o pares de los pulgares del ladrillero; se facilitaba así la colocación de la argamasa, lo mismo que ocurre con los agujeros de los ladrillos actuales. Esos ladrillos diferían totalmente de los que empleaba el pueblo A. El piso estaba cubierto con una mezcla de caliza dura, a menudo de un color más o menos rojizo, que extendían también por las paredes, acabando su superficie con un bruñido intenso. Las habitaciones principales lindaban con aposentos pequeños, algunos de los cuales al parecer se usaban como lugar de almacenaje, y el agua de lluvia se conservaba en tinajas revocadas adosadas a las paredes. Las casas se construían alrededor de patios; en ellos, al parecer, se solía cocinar, ya que se encontraron los pisos cubiertos con gruesos estratos de carbón vegetal.

Los únicos utensilios pertenecientes a estas gentes que han llegado hasta nosotros son boles de piedra de distintas formas; la mayoría son de piedra caliza blanca, delicadamente trabajados y acabados. Sin duda alguna, estos recipientes se complementaban con otros de materiales más deleznables, probablemente de piel, y quizá también de madera, aunque es curioso que entre los instrumentos descubiertos muy pocos son adecuados para trabajar la madera dura. Los utensilios (lám. 19) son casi todos de sílex o de una variedad de calcedonia. En su mayoría son hojas formadas a partir de lascas, que con anterioridad habrían servido de cuchillos de todos los tamaños y tipos. Algunas hojas tienen el filo dentado, y por el brillo característico que casi todas ellas poseen, resulta evidente que se usaron como hoces para segar mieses o hierba; la mayoría son trozos cortos que probablemente iban montados en mangos de madera; las más largas quizá estaban provistas de empuñaduras, al igual que un cuchillo. Otros utensilios son punzones y raspadores para trabajar las pieles. Pero, otra vez en contraste con el grupo A, rara vez hay utensilios pesados que pudiesen usarse

como hachas, azuelas o azadas; es difícil imaginarse qué instrumentos se empleaban para talar árboles. La utilización de maderamen queda atestiguada por la presencia de huecos para postes en las paredes, pero parece probable que la madera no se usaba de manera intensiva. Además de los objetos cortantes, hay innumerables piedras de martillo, así como piedras para majar y pulir de todos los tamaños (lám. 20).

Las hoces ya mencionadas, y el hallazgo de gran cantidad de molinos de mano y muelas, y de restos de cereales auténticos son la prueba de la existencia de la agricultura (lám. 20). Los molinos de mano adoptan siempre la misma forma, casi rectangular, de borde ancho y liso en tres de los lados, y el agujero para moler cerca del borde de un extremo. El cultivo del suelo probablemente se realizaba con palos para cavar, bastones puntiagudos, a los que se daba paso por medio de piedras, según prueban las pesadas piedras agujereadas que se han descubierto.

Los objetos hallados incluyen puntas de flechas, algunas delicadamente talladas; pero, en proporción con el resto, su cantidad es escasa. Por consiguiente, la caza fue un elemento de la economía de los habitantes, aunque probablemente no importante. Sin embargo, la gran cantidad de huesos de animales encontrados en estos lugares demuestran que ciertamente eran carnívoros. El único animal del que hay restos óseos que, en opinión del profesor Zeuner[1], superan la existencia de la domesticación, es la cabra. Sin embargo, hay además cantidades considerables de huesos de cerdo, oveja y vaca. Estos animales podrían considerarse como domesticables en potencia, pero todavía no se conoce lo suficiente acerca del efecto de la domesticación, tal como lo revelan los huesos, para decidir si eran aún salvajes o ya vivían en manadas. También hay muchos huesos de gacela; quizá eran cazadas, pero el profesor Zeuner[2] sugiere que es también posible que estos animales vivieran en manadas, pudiendo de este modo tenerlos bajo control. Por tanto, no se puede responder a la pregunta de hasta qué punto los habitantes de Jericó se dedicaban al pastoreo; de todos modos, lo escaso de las puntas de flecha en comparación con la gran cantidad de huesos

[1] *P.E.Q.*, 1955.

[2] *P.E.Q.*, 1955.

de animales (y otros utensilios de sílex), sugieren que en realidad era así.

La economía descubierta hasta ahora, es la típica de una comunidad neolítica: agricultores autónomos, en posesión de algunos animales domésticos, aunque, en parte, seguían todavía alimentándose de la caza. La autonomía no era completa, ya que algunos de los utensilios eran de obsidiana, mineral que probablemente provenía de Anatolia. También se han encontrado pequeños conglomerados de turquesas, con toda seguridad importadas de la península del Sinaí, y conchas de cauri, quizá provenientes del Mediterráneo. Tales excepciones son muy frecuentes en muchas comunidades neolíticas, ya que incluso en esas edades remotas parece que ciertos artículos de lujo procedían de fuentes lejanas.

Que estos primitivos habitantes de Jericó formaban una comunidad próspera y muy organizada lo demuestran su agricultura, su esmerada arquitectura, y sus materiales relativamente lujosos (aunque no haya cerámica). También hay algunas pruebas de su desarrollo estético y espiritual.

La principal preocupación de una comunidad tal era, sin duda alguna, la feracidad de sus tierras y la abundancia de su ganado. Entre los objetos hallados, hay cierto número de figurillas de arcilla representando animales que probablemente eran exvotos ofrecidos a un poder sobrenatural que se creía que gobernaba estas cosas. Más notable es una figurilla de mujer, de unos 5 cm, representando a una pequeña señora, elegante, con una falda suelta sujeta a la cintura, con los brazos en jarras y las manos debajo de los pechos; desgraciadamente le falta la cabeza. Por su actitud la figura es característica de las representaciones de la Diosa Madre, frecuente en muchas culturas posteriores. Demuestra que nuestros primitivos habitantes ya imaginaron una deidad personificada.

Otro aspecto de su acercamiento a la deidad nos la ofrece un pequeño santuario en una casa particular. El santuario estaba formado por aberturas tapiadas en las paredes de una de las habitaciones grandes. En una de las paredes de la pequeña habitación resultante había una hornacina semicircular, en cuya base estaba colocada una tosca piedra para servir de pedestal. En las ruinas de la casa, no lejos de este lugar, se descubrió una interesante piedra que encajaba

perfectamente en la hornacina. Era de roca volcánica, de los alrededores del Mar Muerto. Había sido cuidadosamente pulida para poder colocarla en una columna de sección oval puntiaguda, cuya altura era de unos 45 centímetros. Lo desusado de este objeto, y su probable relación con la hornacina, sugiere la vehemente idea de que tenía un significado cultual, probablemente como representación de la deidad. De este modo prefigura las «maṣṣēbōt» de la religión cananea de muchos siglos después, las columnas de piedra que se encuentran en los lugares donde estaban situados tantos santuarios semitas.

Otra construcción que podría tener una finalidad religiosa era un edificio con una cámara central de unos 6 metros de longitud y más de 3,60 metros de anchura, en medio de la cual había una cubeta rectangular cuidadosamente enlucida y modelada. A cada extremo de la pieza principal había dependencias de paredes circulares. Su tamaño, su perfección, su insólita distribución, la cubeta central, todo indica que tenía una finalidad ritual.

Los descubrimientos más notables llevados a cabo en Jericó contienen referencias a la aptitud tanto religiosa como artística de sus habitantes neolíticos. En 1952 se hizo un descubrimiento que indicaba que se daba una reverencia especial a las calaveras humanas. Se deduce esto de la calavera de un hombre anciano que había sido colocada cuidadosamente debajo del piso de una de las habitaciones en el ángulo que forman las paredes. El hallazgo indica que lo que se pretendía era que su espíritu permaneciese en la casa y que su sabiduría se transmitiese a sus habitantes. En 1953 otro descubrimiento ofreció pruebas todavía mayores de la importancia que se daba a las calaveras.

En los restos situados debajo de una de las casas del período precerámico B, vino a la luz un depósito de siete calaveras humanas. Posteriormente se hallaron otras dos calaveras semejantes en otra habitación de la misma casa. La parte inferior de estas calaveras había sido recubierta con yeso, moldeándolas a semejanza de las facciones humanas. Cada cabeza tiene un carácter peculiar; no se puede eludir la impresión de que uno está contemplando verdaderos retratos. Los ojos están formados por conchas. En seis de estas cabezas, los ojos están hechos de conchas bivalvas corrientes, con una

ranura vertical entre las dos partes, que da así la apariencia de la pupila. La séptima cabeza tiene conchas de cauri, y la abertura horizontal de las conchas le da una expresión somnolienta. El moldeado de las facciones, boca, nariz, oídos y párpados es suave y delicado, dando la impresión de que la gente cuyos retratos vemos tenía unos rasgos bien delineados y finos. La parte superior de la calavera siempre queda intacta, aunque en un caso el cráneo está pintado con anchas franjas de pintura oscura, quizás para representar un peinado. Un hecho curioso es que tan sólo en un caso encontramos el maxilar inferior. En los demás casos, el mentón está moldeado sobre los dientes superiores, con lo cual las cabezas toman un aspecto algo rechoncho (láms. 21 y 22).

Estas cabezas dan una asombrosa impresión de la habilidad técnica y capacidad artística de sus artífices, completamente inesperada en una época tan remota. No son las representaciones más antiguas de la forma humana, y posiblemente tampoco los retratos más antiguos, ya que existen representaciones en el arte paleolítico y mesolítico. De todos modos, son mucho más naturales que cualquier ejemplo anterior. Además, pueden presumir de ser los más primitivos retratos humanos de los cuales haya derivado directamente el arte moderno. El arte de las épocas primitivas queda separado de los desarrollos subsiguientes por un vacío de algunos miles de años, mientras que, a partir del período neolítico, la civilización se desarrolla en una sucesión ininterrumpida, y la línea de realizaciones artística conduce, a través de los antiguos mundos sumerio y egipcio, al mundo helénico y, por él, al moderno.

La importancia artística de estas cabezas es evidente. Sin embargo, su significado cultural es más oscuro. Al ser descubiertas, las siete primeras estaban en un montón desordenado, obviamente dejadas de lado, cuando la casa en la cual habían sido guardadas se derrumbó y le sucedió la siguiente, bajo cuyo piso fueron sepultadas. En la parte baja de la casa descubierta no había nada que demostrase que habían sido colocadas en un santuario o, sencillamente, conservadas en una vivienda. Pero lo que sí se descubrió es la fuente de la cual procedían las cabezas.

Bajo el piso de la casa inferior apareció una gran cantidad de sepulcros. La práctica corriente parece haber sido la de enterrar bajo

los pavimentos. Lo excepcional era el gran número de personas que había en este lugar concreto, unas cuarenta o más en un espacio muy reducido. En algunos casos los esqueletos estaban intactos. En otros se habían separado las calaveras, dejando el maxilar inferior, y en otros, la confusión era mucho mayor; apenas si se encontraban calaveras, y parecía como si hubiesen estado buscando en un montón de cuerpos, en parte deteriorados, con el propósito concreto de separar las calaveras. Las nueve cabezas enyesadas no dan cuenta en absoluto de todas las calaveras que faltan; sin embargo, el hecho de que las calaveras fuesen cuidadosamente extraídas de los sepulcros demuestra que recibían un trato especial, y casi con certeza podemos afirmar que ésta es la fuente de donde provenían las nueve calaveras.

Los paralelismos antropológicos modernos sugieren que las cabezas conservadas ya sean las de venerados antepasados o las de enemigos, eran guardadas como trofeos. En todo caso, lo único que queda claro es que tal cantidad de personas enterradas nos hablan de algún desastre. La época en que fueron enterrados los cuerpos coincide con el momento en que fue construida la primera de las murallas de la ciudad, perteneciente al Neolítico precerámico B; antes de este período no parece que la ciudad del pueblo B hubiese sido defendida. Esto podría indicar que una matanza llevada a cabo por enemigos había demostrado la necesidad de proveerse de defensas. Se puso demasiado cuidado en la conservación de las cabezas para que sea probable que fuesen de enemigos; más bien parecen ser de gente importante, muerta en la matanza. De todos modos las pruebas son insuficientes y la ausencia de cualquier señal de heridas en los esqueletos no corrobora las pocas que poseemos.

En 1958 se descubrió otra calavera enyesada, bastante lejos, en la extremidad septentrional del «tell». Además, al ir excavando estratos sucesivos en todas las distintas zonas, se fueron descubriendo esqueletos de los que había sido separado el cráneo. Es evidente que la separación del cráneo era una práctica normal, aun cuando no se ha descubierto el origen de dichas calaveras enyesadas; es posible que fuesen llevadas a un depósito central o santuario, que no ha sido localizado. Por lo tanto, podemos establecer con seguridad que las calaveras halladas en Jericó pertenecieron a antepasados venerados y que no se trataba de trofeos.

La práctica de hacer retratos, con una calavera verdadera como base, parece probar la existencia de un desarrollo estilístico. En las excavaciones efectuadas durante los años 1930-1936, se descubrió un modo muy distinto de representar al hombre. Se componía aparentemente de tres figuras de yeso casi de tamaño natural, aunque sólo pudo salvarse la cabeza de una de ellas. Esta cabeza (lám. 24), se parece a las cabezas enyesadas tan sólo por el uso de conchas para representar los ojos, pero en nada más. La cabeza, de perfil, es un disco plano; por tanto, es una representación muy estilizada. Hubo cierta incertidumbre en cuanto a su procedencia, dudándose entre las capas del Neolítico precerámico B y las del Neolítico cerámico subsiguiente. Los descubrimientos de 1958 hacen más probable la primera hipótesis, porque al parecer estas figuras representan un grado de estilización más avanzado, y provienen de la parte más alta de los estratos precerámicos. También podrían haber sido representaciones de figuras completas, de tamaño natural, puesto que se encontraron muchos fragmentos; pero la única de que pudo recuperarse una parte sustancial abarca sólo el busto (lám. 23). La cabeza (y otros numerosos fragmentos de cabezas) está completamente estilizada; es un disco en forma de pala que no pretende en absoluto representar las facciones, y está pintado de una manera totalmente esquemática. Sin embargo, los hombros y el busto están moldeados con bastante realismo. Los tres tipos de figuras son una prueba muy interesante de la evolución del arte primitivo.

El primer poblado del Neolítico precerámico B establecido en Jericó al parecer no estuvo defendido. Las casas se recostaban en las laderas del montículo que el poblado anterior había elevado a una altura de unos 7 metros sobre el nivel de la planicie; en la zanja I, donde puede estudiarse la ilación, se suceden diez pisos de casas sin ninguna huella de muralla de recinto. Entonces surgió, al parecer, la necesidad de defenderse. Puede ser significativo que esto ocurriera inmediatamente después de los sepulcros ya mencionados (pág. 45); de todos modos, como allí indicamos, los esqueletos no presentan ninguna señal de heridas que probarán la muerte en manos de enemigos. La muralla defensiva, que fue construida entonces, era maciza; sin embargo, no se edificó con tanta uniformidad como las murallas del Neolítico precerámico A, ni tampoco ha llegado hasta nosotros hasta una altura tan considerable como la muralla final de ese período, aunque emplearon piedras mucho mayores. Una, que se ve en la lám. 16, era un enorme ortostato de 150 por 90 centímetros; otra, en la que probablemente es la continuación de la muralla a unos 42 metros al norte (en el recuadro M I), tenía unos 3 por 1,80 metros. Hasta la altura que ha llegado hasta nosotros, la muralla era independiente tan sólo en su parte exterior. Fue construida excavando los estratos de casas de la parte interior, destruyendo los estratos correspondientes de la parte exterior, y amontonando los restos en la parte interior para formar una plataforma. En esta plataforma se edificaron casas adosadas a la parte interior de la muralla.

Esta muralla ha sido localizada solamente en los dos lugares del lado occidental ya mencionados, zanja I y recuadro M I. En las zanjas II y III, respectivamente, en los extremos septentrional y meridional del «tell», las casas de la época llegan hasta los extremos de las zanjas, donde quedan truncadas por el gran muro de contención de la Edad de Bronce Medio (págs. 177-8.). No se puede demostrar, por tanto, que fuese una muralla de protección de la ciudad y no una muralla de una ciudadela, aunque el perfil del «tell» indica que se trataba de una muralla de protección de la ciudad, que abarca toda su superficie; por consiguiente, era bastante mayor que la superficie de la mayor ciudad de la Edad de Bronce, porque el muro de contención del Bronce Medio constituía la base de una zona de defensas de al menos 40 metros de anchura, y las dimensiones de la ciudad neolítica superaban las de la ciudad de la Edad de Bronce en la misma cuantía, cuando menos, en los extremos septentrional y meridional.

Esta muralla quizá no duró mucho. En la zanja I parece haberse venido abajo, posiblemente debido al peso de la tierra de la plataforma situada a su espalda; también parece que le sucedió otra muralla parecida, aunque unos 12 metros más adelante. Quizá aún hubo una tercera fase, según parece probarlo una elevación ulterior en el nivel de las casas; en todo caso, si así fuese, ha desaparecido en un despojo posterior.

El poblado del Neolítico precerámico B de Jericó posee, en consecuencia, todas las características urbanas de su predecesor, tanto en su larga ocupación, como en sus dimensiones y en la prueba de

una organización pública. El posible templo de la zanja I también puede ser una demostración de la existencia de edificios públicos, que constituyen uno de los caracteres que se consideran necesarios[1] para apoyar la pretensión del título de ciudad. La arquitectura doméstica, de plantas grandes y rectilíneas, indudablemente está mucho más sofisticada que la de la fase A. Dos fechas del carbono-14 dan algunas indicaciones acerca de la cronología absoluta de la fase. En los recuadros E I, II, V, se descubrieron diez y nueve estratos sucesivos de edificios de esta fase; ésta no es, sin embargo, la serie completa, ya que el estrato superior fue destruido en las excavaciones de 1930-1936. En el estrato décimosexto, contando desde abajo, se obtuvo material que dio la fecha del 6250 A. C., con un error de 200 años. En la zanja I se descubrieron veintiséis estratos de edificios, y el material del estrato noveno, empezando por abajo dio la fecha del 5850 A. C. con un error de ± 160 años. Este material procede de un estrato que precede inmediatamente la construcción de la primera muralla del Neolítico precerámico B.

Esta evolución de Jericó no puede compararse con la de ningún otro lugar de Palestina o de otra parte. Hasta ahora, por lo tanto, la historia de la evolución del asentamiento en Palestina sólo ha sido esclarecida en el caso de Jericó. Como ya hemos indicado, esto se debe probablemente sólo al azar de los descubrimientos. Es muy posible que Jericó fuese el lugar más importante de Palestina, aunque ciertamente no fue el único. Por lo menos en cuanto al período neolítico precerámico B, puede aceptarse con considerable seguridad la existencia de otros poblados.

Por otra parte, es igualmente cierto que no todos los grupos neolíticos de Palestina compartieron los notables progresos de Jericó. Mucho antes de que las excavaciones de 1935-1936 demostrasen por primera vez la relación de la industria tahuniense con una población firmemente establecida, los utensilios de esta industria habían sido aceptados como típicos de una población que vivía en cuevas, abrigos y pequeños poblados, que presentan solamente los primeros rudimentos de una economía neolítica. Por tanto, como en el caso de los natufienses, pudieron darse dos líneas de evolución: un grupo, en

1 V. G. Childe. *Antiquity*, marzo 1957.

progresión hacia un estado que, en Jericó, podríamos atrevernos a llamar urbano; y otro, posiblemente con una economía más agrícola que pastoril, y que vivía más en las colinas que en el valle del Jordán, y que suministra pruebas únicamente de poblados muy pequeños. A medida que surgen más pruebas, más compleja se hace la historia.

Capítulo III

De los primeros poblados a los comienzos de la civilización

Palestina, representada por Jericó, puede, pues, sostener la pretensión de ser uno de los lugares donde tuvo lugar la transición de la vida nómada a la sedentaria, que es el requisito previo de todo progreso hacia la civilización. Sin embargo, no debemos pretender que fue la única zona y el único lugar en el cual tuvo lugar esta evolución y desarrollo.

En el capítulo introductorio dimos un esquema de las etapas de la evolución que, según ha demostrado la arqueología de los últimos veinte años, desemboca en la aparición de los imperios de los valles de los grandes ríos en el tercer milenio A. C. Una etapa importante de esta evolución es aquella en la que una serie de poblados van extendiéndose alrededor de la parte norte del Creciente Fértil, desde las faldas de las montañas de Irán hasta la costa del Mediterráneao (véase el mapa de la fig. 1). La cultura y economía de estos poblados no es en modo alguno uniforme; la arquitectura y el equipo varían considerablemente. Sin embargo, todos parecen formar grupos de dimensiones reducidas, asentados con bastante estabilidad. Característica común es el uso de objetos de cerámica sencillos y fabricados a mano. En la mayoría de los yacimientos, estos objetos de cerámica son de varias clases; sin embargo, y por fortuna para las necesidades de los paralelismos arqueológicos, en muchísimos lugares aparece un mismo tipo; vasijas con una cara oscura pulida, y en forma sencilla de bolsa. Parece ser característico de las llanuras sirocilicias; en el tipo dominante en Mersīn y en lugares como Ǧudeidah, en el valle

de Amuq, mientras que por el este, hasta Hasuna, y por el sur, hasta Biblos, es mucho menos frecuente, hasta convertirse en un elemento secundario entre otros objetos locales mucho más típicos. Todos estos yacimientos se excavaron antes de introducirse la técnica del carbono-14 como método para fijar una cronología absoluta. Una fecha hacia mediados del quinto milenio A. C., parece convenir a estas etapas, que fueron sucediéndose hasta los comienzos del período histórico, al final del cuarto milenio.

En Iraq parece posible determinar una serie de etapas precedentes que demuestran la evolución de estos pueblos a partir de la última etapa de los colectores de alimentos[1]. Una industria conocida por el nombre de zarciense es el descubrimiento más reciente en cuevas y puede corresponder, en su establecimiento, a la natufiense del monte Carmelo. Hay poblados abiertos, como Karīm Šāhir, en los que no hay huellas de moradas permanentes, aunque pueden ser representativos de la etapa de agricultura incipiente. El primer poblado fijo, permanente, aparece en Yarmo, y abarca una superficie de 40-120 áreas, con construcciones rectangulares sólidas. Yarmo comparte la característica de las primeras etapas de Jericó, a saber, la ausencia de cerámica, aunque los habitantes ciertamente no pertenecen a ninguno de los dos grupos de Jericó, ya que la arquitectura y los materiales son completamente distintos. Esta etapa se considera anterior a Hasuna, que la sustituye en la expansión de las comunidades lugareñas descritas en el párrafo anterior. En esta sucesión, en Iraq ningún yacimiento ofrece una prueba evidente de evolución, y hay también con certeza lagunas evolutivas entre cada uno de los yacimientos. Sin embargo, en líneas generales corresponde aunque es más completa, a la evolución de Palestina, según expusimos en el capítulo anterior.

Yarmo fue uno de los primeros yacimientos del Próximo Oriente datado por medio del carbono-14. Una serie de seis pruebas dio la fecha aproximada del 4750 A. C. Algunas comprobaciones posteriores sugieren una fecha más temprana[2]. Dos de ellas dan fechas del décimo milenio, y otras tres, fechas entre el 5990 y el 7080 A. C. El profesor Braidwood ha escogido estas últimas como las más

[1] R. J. y L. Braidwood, *Journal of World History*, I, 1953.
[2] R. J. Braidwood, *Science*, vol. 127, n.° 3512.

adecuadas para la duración exacta, y da a Yarmo una vida de unos quinientos años, cuyo centro se situa en 6500 A. C. Sus argumentos no convencen plenamente[1]; para la expansión del establecimiento de poblados en la parte septentrional del Creciente Fértil parece todavía más probable una fecha hacia mediados del quinto milenio.

Sin embargo, el punto importante no es tanto la fecha cuanto la prueba de que hubo varias líneas diferentes de evolución. La de Palestina es con toda claridad independiente de la del Iraq. En Siria e Iraq septentrionales hubo también probablemente varias líneas diferentes; la prueba está en la notable diversidad de los estilos arquitectónicos de las comunidades lugareñas resultantes, aparte de que la mezcla de tipos de cerámica descubiertos en la mayoría de ellos, sugiere na continuación de elementos anteriores. Esta diversidad de fondo queda confirmada por las etapas que en Palestina siguieron al Neolítico precerámico.

La ciudad de Jericó del Neolítico precerámico B, al igual que su predecesora, acabó de un modo brusco. Su destrucción fue mucho más desastrosa para el progreso, ya que la ocupación que siguió señala una gran regresión. Los recién llegados trajeron consigo el uso de cerámica, pero en todos los demás aspectos eran mucho más primitivos que sus predecesores. Lo mismo que en el caso del fin de la ciudad del Neolítico precerámico A, a la destrucción de la última del período B sigue un período de erosión, con el acostumbrado desgaste de los distintos niveles en los ángulos del montículo, hasta que los restos alcanzan su punto natural de reposo. Sobre estas ruinas, siempre después de un intervalo imposible de determinar, aparecen las pruebas de los recién llegados. Estas pruebas son de una clase muy singular. En todas partes los primeros objetos de cerámica aparecen en hoyos excavados en las ruinas de la ciudad anterior. Estos hoyos convierten literalmente todas las partes excavadas del montículo en un panal. En las primeras campañas de la excavación, se creía que los hoyos eran hoyos de cantera para obtener materiales para la confección de adobes, en una época en que una existencia con edificios estables sucedía a otra de vida de campamento. Un examen ulterior ha demostrado lo equivocado de esta interpretación.

[1] K. M. Kenyon; *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1959.

Los hoyos son, de hecho, hoyos para viviendas. Se encuentran en ellos series de pisos, y sus bordes están revestidos con delgados tabiques de tierra apisonada y piedra. Los recién llegados eran, por tanto, casi trogloditas; donde quiera que se encuentren estratos pertenecientes a este período en los que no haya hoyos, consisten tan sólo en superficies y lugares, y no en construcciones sólidas. Una manera tal de vivir es muy sorprendente; aunque esta sorpresa ha disminuido con el descubrimiento del poblado subterráneo del período calcolítico cerca de Bersabee (págs. 72 y sigs.).

El producto más notable de los recién llegados, el pueblo del Neolítico cerámico A, es la cerámica. Consta con certeza que cuando llegaron a este lugar, ya conocían este arte. Las vasijas se clasifican en dos grupos principales; objetos toscos y objetos delicadamente decorados. Las formas son más o menos las mismas en ambas clases, sencillas y primitivas (fig. 4). Las vasijas más comunes son unos boles de base plana y paredes abocinadas, de distintos tamaños. Hay también unos cuantos boles de paredes ligeramente curvas. Las jarras son de base plana y cuerpo esférico, cuello largo que va estrechándose hacia arriba y con el borde sin moldear. De ordinario tienen dos pequeñas asas en la base del cuello; sin embargo, tanto en las jarras como en los boles se encuentran asas tanto ligeras como abultadas.

Las piezas del grupo de vasijas toscas son imperfectas en su extremo, y ciertamente indican que la habilidad en la confección de vasijas no había progresado mucho. Tienen muchas asperezas, quizás debida a la arcilla empleada y, para darle la cohesión necesaria, se añadía paja en cantidad considerable. Indudablemente, la cocción se hacía a baja temperatura y, por lo tanto, las vasijas son blandas y frágiles. A menudo pulían la superficie con un puñado de hierba.

La cerámica más delicada es muy distinta en apariencia. Sigue siendo frágil y contiene mucha paja, aunque está mejor cocida y es de arcilla más limpia. Pero la diferencia principal está en el acabado. La superficie es relativamente suave, y suele estar cubierta con un engobe de color crema. Este engobe a su vez está cubierto por otro engobe rojo, de manera que las partes reservadas del engobe color crema formen un motivo, que es casi siempre una combinación de

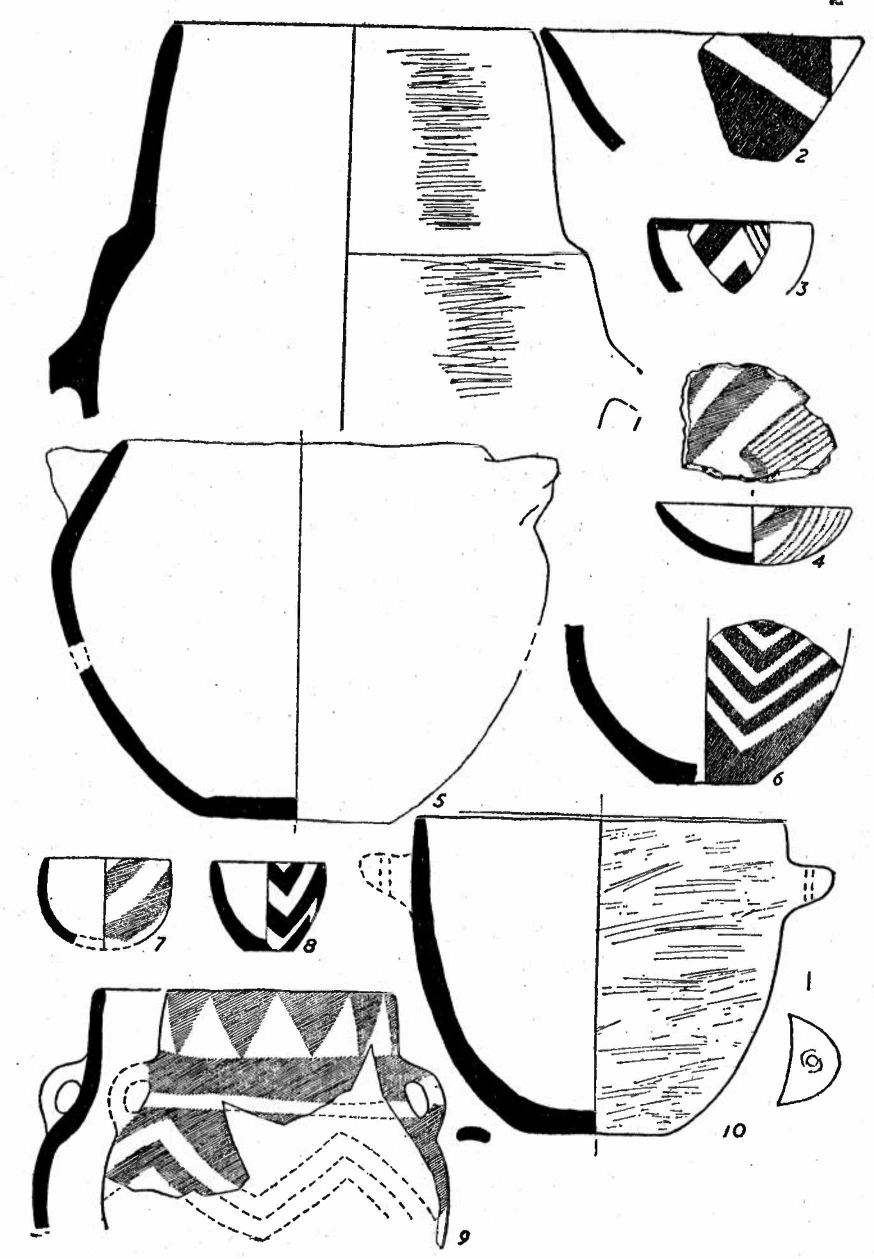


FIG. 4. Cerámica del neolítico cerámico A de Jericó.

cheurrones o triángulos. Para acentuar el contraste, el engobe rojo está admirablemente pulido con un acabado muy lustroso. En conjunto, constituyen vasijas muy atractivas que contrastan vivamente con la cerámica tosca.

El pueblo del Neolítico cerámico A se distinguía de sus predecesores no sólo por el uso de cerámica sino también por los demás utensilios, totalmente distintos. Desaparecen los bellos molinos de mano, las manos de almirez y boles de piedra; parece que sólo se usaron vasijas de piedra toscamente trabajada. La industria del sílex también era completamente diferente; el cambio más notable fue el uso de una hoja de hoz con una serie de dientes toscos, en lugar del filo de hoja delicadamente dentado utilizado en la fase precerámica B. Este tipo de hoja de hoz sigue usándose en Palestina a lo largo de toda la Edad de Bronce antigua, y, por consiguiente, es probable que los descendientes de este grupo constituyesen un elemento de la población de la Edad de Bronce.

Todavía desconocemos cuáles fueron los antecedentes de estas gentes. Rara vez se han hallado en otros lugares objetos de esta cerámica característica: en Tell el-Duweir, en el sur de Palestina[1], un solo fragmento; dos fragmentos en Wādī Rabbah, en las laderas occidentales de la zona central, cerca del manantial del río Yarqōn[2]; y en los estratos inferiores de Megiddo[3] unos pocos fragmentos probables. A pesar de que estos hallazgos son escasos, su amplia distribución geográfica puede ser una indicación de que quizá se descubra que las gentes de la Jericó del Neolítico cerámico A, se habían establecido en una parte considerable de Palestina.

En Jericó, los hoyos que contienen estos objetos de cerámica se encuentran por todo el «tell»; por consiguiente la población era cuantiosa. Pero a lo largo de todo el período de ocupación de Jericó, no parece que las gentes del Neolítico cerámico A haya construido edificios sólidos e independientes. Les sucedió otro grupo, el pueblo Neolítico cerámico B, que, cuando menos al empezar, parece que fue casi tan primitivo, porque, al parecer, construyeron sus chozas en las capas superiores de los hoyos ocupados por sus predecesores. Todavía no consta con certeza el rigor del vacío creado entre ambos

[1] *Lachisch*, IV, fig. 1 y pág. 300. Cueva 6019.
[2] *I.E.J.*, 8, fig. 4.
[3] *M. II*, lám. 2, 30, 31, 34-36.

grupos; las pruebas no han sido plenamente elaboradas. En todo caso, aparece una nueva cerámica, mucho más elaborada, importada por los recién llegados, quienes, o bien reemplazaron al grupo A, o, con mayor probabilidad, se mezclaron con él. Esta cerámica está mucho mejor cocida, las vasijas son más delgadas y no contienen tanta paja como las piezas anteriores; sus formas son también más avanzadas. Muy característicos son los jarros con rebordes cóncavo por el interior, al que se ha denominado «reborde arqueado» y asas que se ensanchan en su punto de inserción con la vasija. Desaparece el pulimento y la ornamentación roja sobre fondo crema, típica de las vasijas más delicadas de épocas anteriores; de todos modos, muchos de los vasos están recubiertos con engobe color rojo oscuro, a veces pulido y otras mate. La ornamentación más característica hallada en jarros y boles está distribuida en franjas de incisiones de espinapez. Las franjas suelen estar diseñadas por medio de surcos, y muy a menudo están recubiertas de engobe banda de color crema, mientras que el resto de la vasija está recubierto de engobe rojo. (fig. 5)

No parece que las gentes del Neolítico cerámico B trajeran consigo el uso de una arquitectura sólida. Pero a su debido tiempo empezaron a construir casas independientes. Sus cimientos eran de piedra y la superestructura de adobes. Estos ladrillos todavía estaban hechos a mano, y no moldeados, pero son completamente distintos de los empleados en las fases precerámicas. Son planos convexos y presentan forma de panecillos redondos en la base y abultados por encima. Los restos de construcciones que han llegado hasta nosotros son relativamente escasos, debido al despojo que sufrieron los estratos después del final del período. Parece que algunos edificios eran rectilíneos, mientras que algunas paredes eran curvas; en todo caso no se ha recuperado ninguna planta completa de casas. Hubo diferentes etapas de construcción; a la segunda pertenece un muro de 2,25 metros de anchura, cuyo trazado puede seguirse a lo largo de 19 metros, y que ciertamente es un muro de cerca; incluso pudo haber sido una muralla de protección de la ciudad. En una etapa posterior se construyeron edificios de paredes de piedra rectilíneas, sólidas, pero de nuevo debemos decir que no nos ha llegado casi nada de la planta.

La gran importancia de esta etapa es que, por fin, nos ofrece un

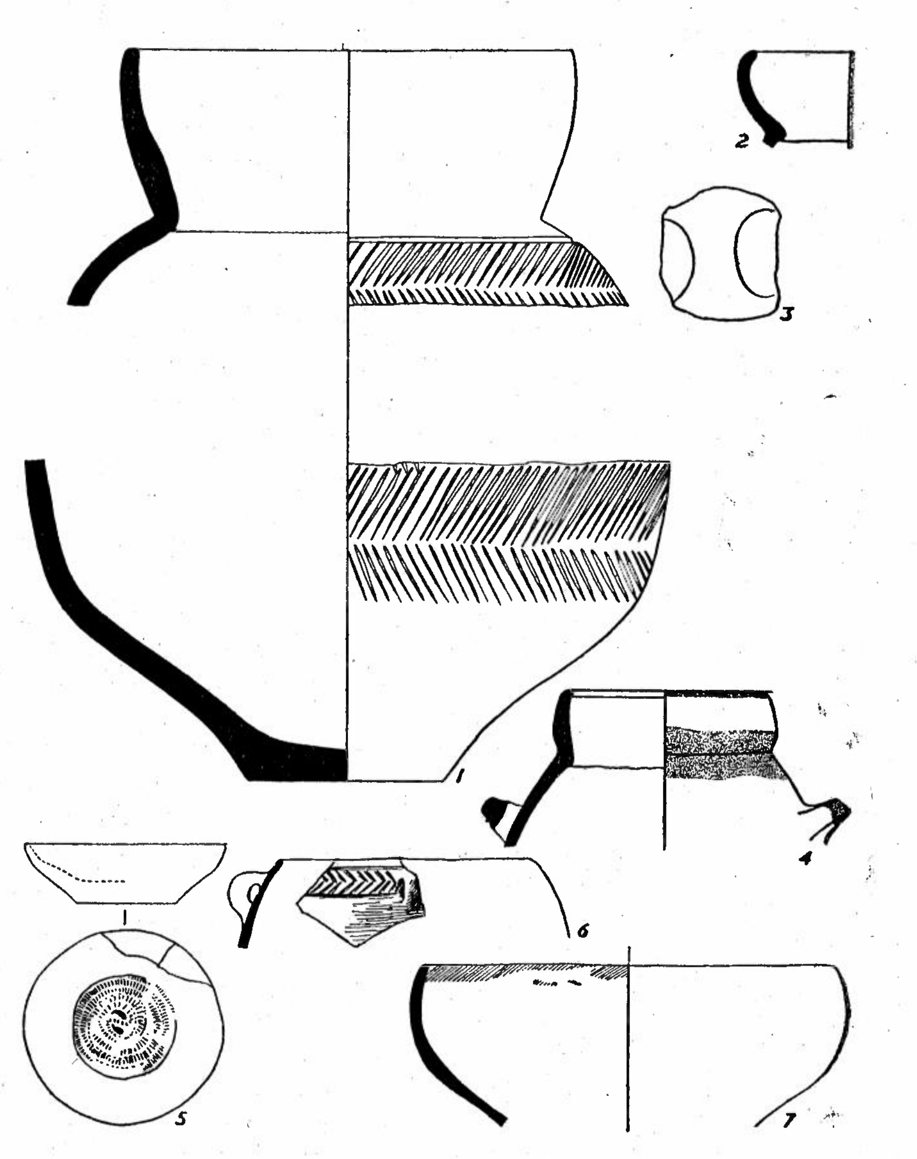


FIG. 5. Cerámica del Neolítico cerámico B de Jericó.

punto de referencia con otros lugares. Otro yacimiento del valle de Jordán ha revelado una cerámica muy parecida. Está cerca de una colonia llamada Šaʿar ha-Ǧōlān, donde el río Yarmūk se une al Jordán, al sur mismo del lago Tiberíades. Los descubrimientos provienen, no de una excavación arqueológica, sino de la construcción de una zanja defensiva y de los subsiguientes desmontes de tierra. El material procedía de un estrato de tierra oscura que cubría la grava del río con utensilios paleolíticos. No se hallaron rastros de construcciones, pero sí grandes cantidades de cerámica, utensilios de sílex y huesos de animales. Los habitantes del poblado ciertamente cosechaban cereales, pero no está claro si se trata de cereales silvestres o de cultivo, y, aparentemente, dependían en grado considerable del alimento que les proporcionaban los animales salvajes. El tipo de cultura y economía del grupo no parece haber sido avanzado. Parte de la cerámica es muy parecida a la de la Jericó del Neolítico cerámico B, sobre todo las vasijas exornadas con bandas de incisiones en espinapez (lám. 26). Sin embargo, el conjunto de formas de los dos yacimientos no es igual, o sea, que los grupos tienen puntos de contacto, pero no son de composición idéntica. Un tipo de hallazgo muy característico que ha aparecido en Šaʿar ha-Ǧōlān, es la gran cantidad de figurillas muy esquemáticas, hechas de pedrezuelas (lám. 18); no obstante, las pedrezuelas de las que están hechas se hallaban en estado natural en esa zona, cosa que no ocurría en las proximidades de Jericó; por lo cual su ausencia en Jericó no tiene necesariamente un significado especial.

Esta interconexión entre el yacimiento del Yarmūk y Jericó es interesante, ya que por primera vez, en el estado actual de las investigaciones, Jericó deja de estar en posición de solitario esplendor. Pero más importante es el hecho de que los objetos de cerámica con bandas de incisiones en espinapez también aparecen en Biblos. La antigua Biblos fue una de las ciudades más famosas de la costa Siria. Su puerto era la principal vía de exportación de los recursos naturales del Líbano, en especial su famosa madera de cedro, al resto del Mediterráneo. Esto ofrecía un interés especial para Egipto, país desprovisto de árboles; hay pruebas evidentes de que hubo relaciones comerciales entre Biblos y el valle del Nilo en los tiempos predinásticos, o sea, en el cuarto milenio A. C. Durante muchos años

se han llevado a cabo concienzudas excavaciones del montículo junto al bello y pequeño puerto natural; se han descubierto dos estratos en la base, a los que se ha dado el nombre de Enolítico (o Calcolítico) A y B. El inferior, Enolítico A, consiste en un poblado de casas de trazado casi rectangular, con pavimentos cuidadosamente enlucidos. Estos pavimentos tienen cierto parecido con las casas del Neolítico precerámico B de Jericó, donde se pulían las superficies; pero el parecido termina aquí. La superestructura de las casas era en apariencia extremadamente endeble, quizá un poco más que una choza de ramas cubiertas con pieles. La cerámica de este estrato incluye una cantidad asombrosamente grande de tipos de vasijas muy diversos. Quizá esto sugiere la idea de que la población de Biblos ya era cosmopolita, y que cierto número de grupos distintos habían sido atraídos por las ventajas naturales de su situación. Un tipo de vasija con decoración incisa, a menudo en forma de espinapez, al parecer tiene afinidades concretas con las vasijas de Šaʿar ha-Ğōlān y del Neolítico cerámico B de Jericó. Otra conexión más la constituye el hecho de que también se encuentren en Biblos las figurillas de pedrezuelas de Šaʿar ha-Ğōlān, lo cual da más peso a las pruebas basadas en la cerámica.

Otro de los lotes de cerámica de Biblos lo forman las vasijas oscuras pulidas ya mencionadas (pág. 53), y que, según decíamos, aparecen en los poblados neolíticos que se extienden alrededor de la parte septentrional del Creciente Fértil. Este es un punto de gran trascendencia. Por primera vez se puede establecer un enlace cronológico aproximado, independiente de cualquier problema relativo a la datación mediante el carbono-14, entre Jericó y el resto del Creciente Fértil septentrional. Se diría que se desarrolló entonces un sistema de vida que se extendía desde las faldas de la meseta iraniana y, bordeando Anatolia, llegaba hasta Palestina. Era un sistema de vida de características bastante simples, de pequeños poblados, construcciones permanentes, aunque rústicas, y de economía agrícola modesta. Lo interesante son las divergencias y los puntos de contacto. Como ya dijimos, las divergencias indican que no fue único el camino que siguieron los antepasados de las comunidades lugareñas en su evolución de la vida nómada a la sedentaria. Pero hacia mediados del quinto milenio (o quizás antes, si hemos de aceptar las dataciones más recientes del carbono-14), los distintos caminos habían convergido en una única vía. Se estaba formando un sistema de vida parecido, y los contactos que al parecer tenían entre sí los pueblos estimulaban las semejanzas.

Por lo que respecta a Palestina, representada por Jericó, este sistema de vida significó un retroceso. No se encuentra nada que esté a la altura de las ciudades de Jericó del Neolítico precerámico A y B. Por alguna razón la luz del progreso parece vacilar. Es posible que los habitantes de las ciudades viniesen a menos, y cayesen víctimas de elementos más bárbaros, ya fuesen los descendientes de sus parientes que habían continuado la vida nómada, ya aventureros provenientes de una zona septentrional mucho menos avanzada. Otra posibilidad es que ocurriera algo que trastornase su economía, un empeoramiento del clima al que no acertasen a adaptar sus sistemas agrícolas, o bien, en Jericó, alguna interferencia en el curso del venero. En cualquier caso, los monótonos poblados, que eran la obra más importante de la época en el resto del Creciente Fértil, sucedieron a las realizaciones mucho más importantes de la Jericó del séptimo y del sexto milenio.

Sin embargo, aunque para Palestina esta etapa sea de retroceso, sigue siendo interesante, precisamente porque todas esas diversas vías de desarrollo hacia la vida sedentaria empezaban a convergir. El progreso es de competencia y de imitación a la vez, y el desarrollo de un sistema de vida semejante en una amplia zona era un estímulo para progresar. La etapa siguiente fue la del Calcolítico. La palabra calcolítico significa que, al mismo tiempo que la piedra, se empleaba un metal, el cobre. La importancia de esto es mucho más profunda que la mera circunstancia de que con ello pudiesen disponer de instrumentos y armas más eficientes. Radica en el hecho de que las fuentes del cobre son geográficamente limitadas. El comercio regular para el suministro del nuevo material constituyó un gran acicate para la desaparición del aislamiento y para la difusión de ideas y culturas. Junto con esto se dieron las mutaciones económicas ocasionales por la necesidad de especialistas que tratasen el nuevo material; a esto nos referíamos en el capítulo I.

La actual confusión en la nomenclatura refleja la dificultad que se presenta al querer decidir dónde debe situarse la transición del Neo-

lítico al Calcolítico. Grupos semejantes reciben nombres distintos, según los casos. De hecho, la transición es gradual. El amanecer de la nueva era no está señalado por la aparición repentina de utensilios de cobre en un lugar, sino por la gradual desaparición del aislamiento y la consiguiente expansión de ideas y culturas en una zona considerable. De hecho, en Palestina, por lo que las pruebas dicen, no parece que el metal haya representado un papel importante entre los distintos materiales hasta una fecha muy tardía, a saber, hacia finales del tercer milenio. Pero, a pesar de esto, el cambio de perspectivas se refleja en el desarrollo gradual de culturas comunes, y la eventual fusión de grupos aislados en un todo cultural.

En la parte septentrional del Creciente Fértil, esta etapa se caracteriza por la aparición de una vasta cultura, llamada Halafiense, del nombre de lugar donde fue descubierta Tell Ḥalāf en Iraq septentrional. Desde Mesopotamia hasta la costa mediterránea, un yacimiento tras otro han demostrado que, después de la etapa de los poblados neolíticos con sus distintos sistemas de vida, aparece una economía notablemente parecida, cuyo rasgo característico es un tipo de cerámica con decoración geométrica roja sobre fondo claro. Suele fecharse a fines del quinto milenio; en Mesopotamia siguen a esta fase las etapas que conducen al desarrollo de las ciudades libres, a las que se ha llamado «protoliterarias».

La cultura halafiense no se extendió hasta Palestina. Hace veinte años puede creerse que en Palestina no hubo nada que correspondiese a esa cultura. Pero cada año aporta nuevos descubrimientos, que han de situarse en el período que media entre el Neolítico cerámico B de Jericó y los comienzos de la Edad del Bronce antigua. Quedan todavía muchas cosas por aclarar. Conocemos cierto número de hechos aislados, y sabemos también que hay cierta cantidad de comunidades con culturas peculiares, que han de adscribirse a ese crepúsculo de la prehistoria antes de adentrarnos en el amanacer de la historia, con rasgos razonablemente clasificados, alrededor del año 3000 A. C. Al tratar de situar las culturas que estas comunidades representan, deberíamos aprender la lección que nos enseña el progreso de las investigaciones de la prehistoria europea. Los primeros estudiosos europeos intentaban situar cada cultura examinada en una sucesión regular. Hoy se admite que muchas culturas representan desarrollos regionales, y pueden haber existido varios en estrecha continuidad. El antiguo método de la sucesión regular solía originar cronologías muy exageradas, que ha sido preciso reducir considerablemente ahora que la imagen se ha hecho más coherente. Deberemos tener presente esto al tratar de ensamblar ese rompecabezas de piezas irregulares que representa nuestros actuales conocimientos acerca de Palestina; de hecho, algunas de las nuevas piezas del rompecabezas, que casi cada año ven la luz, sugieren que la imagen total representará, con el tiempo, cierto número de grupos humanos, viviendo en proximidad espacial, cada uno con su cultura peculiar, pero con suficiente número de puntos de contacto para permitir suponer que son contemporáneos.

El primer descubrimiento de un grupo que parecía pertenecer a este período se efectuó en Teleilat Gasul, que ha dado su nombre a la cultura gasuliense. La cerámica de este yacimiento presenta algunas afinidades con la de Jericó del Neolítico cerámico B. Un tipo de recipiente, de forma sencilla, parecida a un saco, y con el borde curvado, que los arqueólogos llaman *hole-mouth,* se encuentra en ambos lugares. En ellos los alfareros confeccionaban a menudo sus vasijas, colocándolas sobre una estera. En Gasul apareció una vasija característica en forma de cornete para helados, y también en Jericó se descubrieron algunos fragmentos de este tipo; y hay algunas semejanzas más. Sin embargo, muchas formas, totalmente singulares, halladas en Gasul, no aparecen en Jericó, pero no sabemos si ello se debe a diferencia de época o a diferencia de grupo. Quizá Gasul pertenece principalmente a un período en el que hubo una laguna en la operación de Jericó, probablemente después del Neolítico cerámico B, o quizás se trate de un poblado de un grupo diferente. Las pruebas actuales sugieren que los gasulienses procedían de fuera de Palestina, y el hecho de que, en las proximidades de Jericó sólo haya pruebas insignificantes de relación con ellos, puede apoyar la idea de un vacío que abarque la mayor parte del período.

Teleilat Gasul, como Jericó, está situada en el valle del Jordán, hacia el noroeste del Mar Muerto y a unos 5,5 km al este del Jordán. El lugar no es grandioso. Hay que escarbar durante mucho tiempo en los restos arenosos para poder localizar los bajos oteros, de unos dos metros solamente, que señalan el lugar. La zona no parece de-

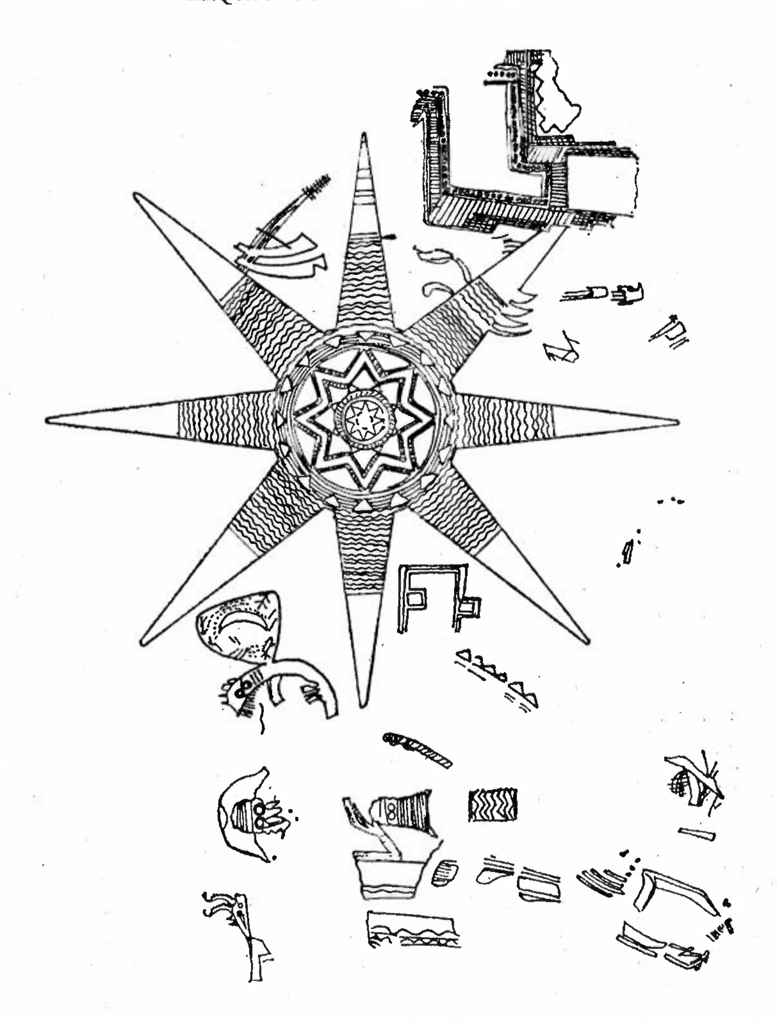


Fig. 6. Teleilat Gasul. Enlucido de pared pintado.

masiado atractiva; hoy en día la mayor parte de los alrededores están yermos, y las únicas señales de vida las dan los campamentos beduinos. Pero el agua no está lejos, pues baja por las escarpadas colinas del lado oriental del valle del Jordán; los restos excavados demuestran que en la antigüedad los recursos de los alrededores podían sostener una población sedentaria.

Las excavaciones que entre 1930 y 1938 realizó el Pontificio Instituto Bíblico descubrieron un poblado que ocupaba una superficie total de unos 800 por 425 m, aunque dividido en tres aldeas; cada uno de ellas construyó su pequeño baluarte durante el período en que el lugar estuvo habitado. La excavación probó que había cuatro estratos principales de ocupación, cada uno de ellos indicado por la reconstrucción de las casas, aparentemente después de ser destruidas por el fuego, y también por la elevación del nivel del lugar sobre las ruinas de las casas anteriores.

Solamente el estrato superior de casas se excavó en su totalidad. Las pruebas que este estrato aporta indican que estamos ante una comunidad agrícola firmemente establecida. Las casas son de tamaño regular, construidas en contigüidad total; cada una de ellas presenta el aspecto de un conjunto estrechamente trabado; no hay pruebas de la existencia de ninguna muralla de cerca. La planta de las casas es irregular, y las habitaciones adoptan formas distintas, desde las que son casi rectangulares hasta las trapezoidales. Las paredes tienen sólidos cimientos de piedras, siendo su superestructura de ladrillos moldeados a mano o, en algunos casos, de *terre pisée*. Podría creerse quizás que el aspecto general era de construcciones toscas, algo sencillas, si no fuese por el hecho de que se recogieron algunos fragmentos de revoque de pared muy bien pintados. Un fragmento muestra una vívida representación de un pájaro algo parecido a un faisán. Otros fragmentos podrían ser reunidos para construir una extraordinaria composición futurista, con formas humanas estilizadas, rayos solares y cierta impresión de algún rito religioso (fig. 6).

El ajuar de las casas parece estar casi unificado. Todos poseían hoyos para almacenaje, muy bien acabados, grandes tinajas para conservar cereales u otros alimentos, espacios planos empedrados que quizá fueran pisos para la trilla, y molinillos de mano para triturar cereales. Se cocinaba tanto en lugares al aire libre como en hornos calentados por cámaras de combustión ocultas, lo cual representa un progreso considerable en el uso del fuego. En los hoyos de almacenaje se hallaron granos de cereal y, lo que aún es más importante, huesos de dátiles y de aceitunas. Su importancia estriba en que los gasulienses poseían huertos, lo cual implica necesariamente una ocupación estable mucho más permanente que el cultivo del grano,

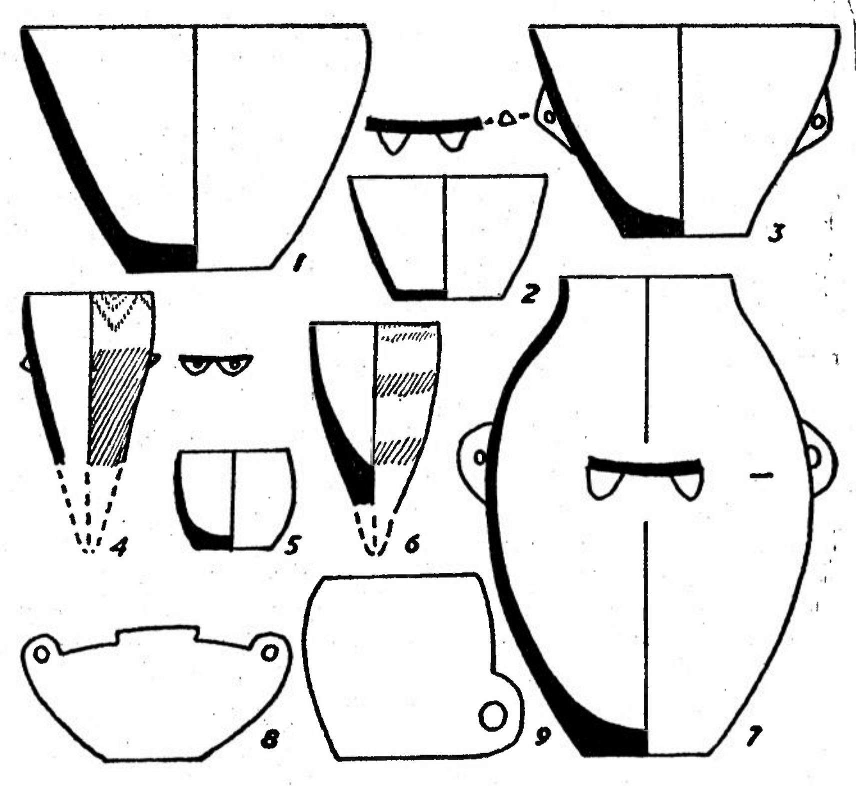


FIG. 7. Cerámica de Teleilat Gasul.

porque los árboles exigen muchos años para madurar. Hoy en día, el olivo no florece en el valle del Jordán, aunque puede crecer en él; quizás las aceitunas fueran importadas de alguna comunidad de las colinas que cultivase huertos, lo cual constituiría una interesante consecuencia de la desaparición de la autosuficiencia. Las palmas datileras, desde luego, crecen en zonas del valle convenientemente irrigadas.

Los efectos domésticos, utensilios y armas de los habitantes de Gasul difieren mucho de los de cualquiera de las etapas de Jericó. Incluso los molinos de mano son distintos, pues son del tipo común de molino con soporte, un sencillo bloque de piedra con superficie cóncava de moliente, completamente diferentes de los de Jericó

FIG. 8. Cerámica de Teleilat Gasul.

que hemos descrito antes. Ya hemos citado los pocos puntos de contacto entre la cerámica de Gasul y la de Jericó del Neolítico cerámico B; sin embargo, tanto en las piezas como en el variado repertorio de formas, la cerámica de Gasul presenta un aspecto mucho más avanzado y elaborado. A una vasija se le dio el nombre de tinaja-pájaro. Tenía una asa a cada lado del cuerpo que podría recordar el de una gallina sentada, y un cuello central; basándose en la costumbre árabe moderna se ha dicho que era una mantequera para hacer mantequilla por medio de suspensión y balanceo. Se descubrieron dos tipos de decoración. Se da un empleo frecuente de bandas adosadas, casi siempre decoradas con improntas lunares, a veces en forma de serpientes; también abundan las incisiones en el cuerpo de la vasija. La segunda clase es de decoración pintada, de color oscuro, en general rojo, sobre un fondo claro, crema o rosa. Los dibujos son sencillos y geométricos.

Las vasijas de piedra también están labradas. Hay muchos bellos platillos de piedra; un tipo notable lo constituye una vasija en forma de brasero, de base cónica perforada, cuyo tallado en basalto duro debió exigir una manipulación hábil.

La industria lítica es rica (fig. 9). El tipo más sorprendente es un raspador en abanico, una lámina grande y delgada con borde semicircular, extraído de un bloque de sílex tabular, de modo que la corteza (o capa exterior) del bloque no se trabaja y sólo se talla someramente el borde semicircular. Hojas de cuchillos y hojas de hoz dentadas son frecuentes, al igual que azadones y azuelas de aspecto eficiente, que, según su tamaño, se utilizarían sea como herramientas para trabajar la madera, sea para la agricultura. Solamente se hallaron unas pocas puntas de flechas, lo cual demuestra que la caza no constituía parte importante de la economía.

Un hallazgo importante fue el de dos hachas de cobre de forma sencilla, que demostrarían que con razón se atribuye esta cultura a la fase Calcolítica, cuando empezaba a aparecer el metal.

Cuando las excavaciones del *Pontificio Instituto Biblico* revelaron por primera vez la cultura de los habitantes de Gasul, pareció que se trataba de un fenómeno aislado, que podría ser contemporáneo de una de las demás épocas culturales importantes, mientras que la perfección de muchos de los utensilios indicaban que podría corres-

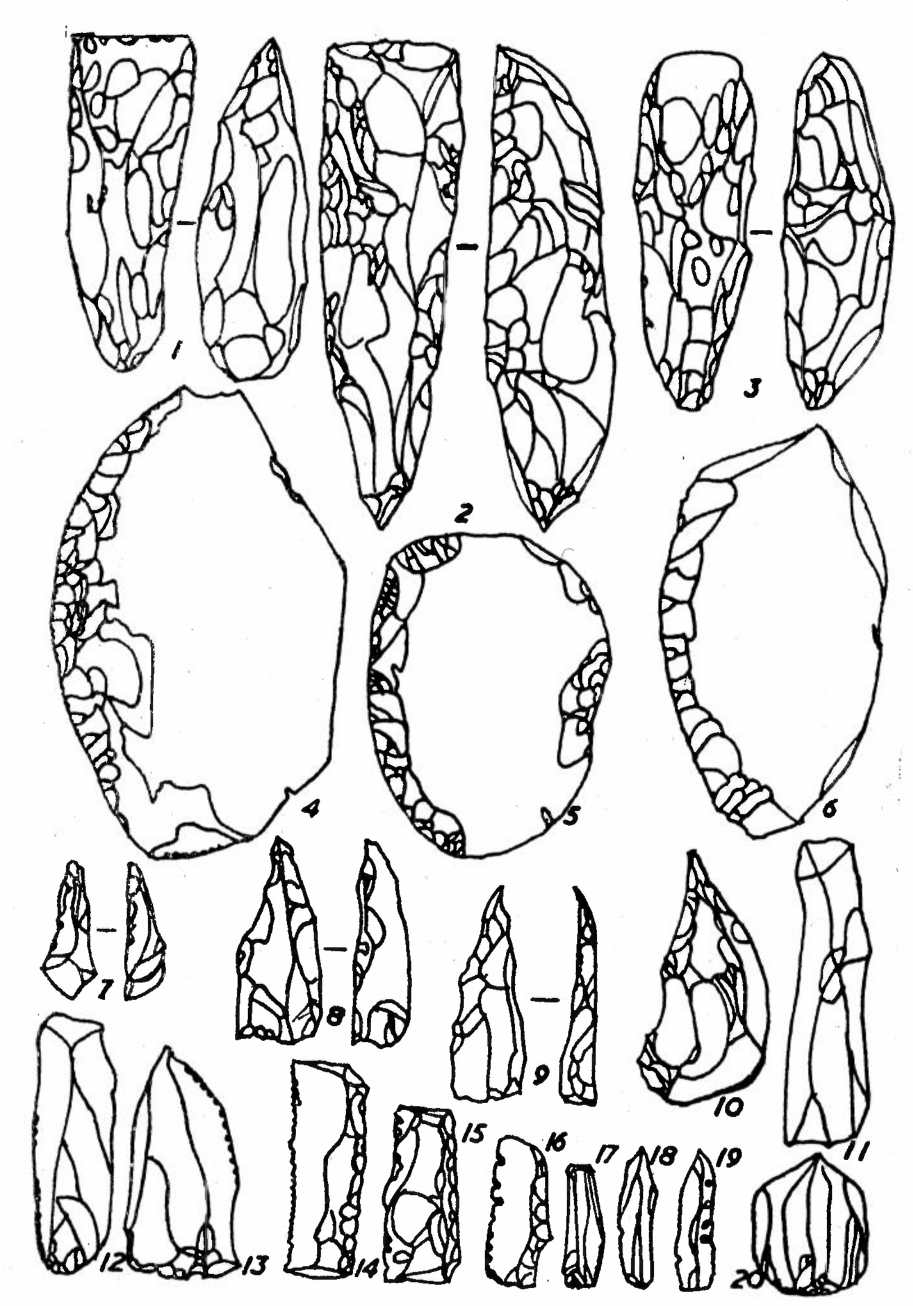


FIG. 9. Sílex de Teleilat Gasul.

ponder a la Edad de Bronce antigua, en el tercer milenio. Pero los descubrimientos subsiguientes, y la revisión de otros anteriores, demuestran que la gente que compartía la cultura estaba extendida por toda Palestina. Hallazgos de la cerámica característica han aparecido en lugares tan distantes entre sí como el-ᶜAffūlah (el valle de Esdrelón), en la llanura costera, y en las inmediaciones de Bersabee en el sur, por mencionar sólo unos pocos. Un descubrimiento interesante relacionado con la cerámica gasulense se dió en el-Ḥeḍerah (en la llanura costera); se trata de un cierto número de osarios de cerámica para conservar los huesos de los muertos. Algunos tenían forma de casas normales, con tejados ligeramente circulares o con frontón, lo cual constituye una valiosa prueba de cómo eran las casas de entonces, y al mismo tiempo demuestran que se consideraba que los muertos necesitaban mansiones lo mismo que durante la vida.

En Wādī Gazzah, Palestina meridional, no lejos de Gaza, hay un grupo de yacimientos interesantes por otra razón. Aquí Sir Flinders Petrie excavó unos cuantos yacimientos. Muchos de los hallazgos, son casi idénticos a los de Gasul. Se dan las características formas de vasijas antes descritas, como la «tinaja-pájaro» o mantequera, el cornete, y los mismos tipos de decoración. Las vasijas de piedra incluyen el mismo tipo refinado de brasero, y las industrias líticas los bellos raspadores en abanico, y las características azadas. Pero estos descubrimientos, en lugar de proceder de un yacimiento como Gasul, con todas las pruebas de un poblado establecido durante mucho tiempo, proceden de unos cuantos poblados que no ofrecen pruebas de construcciones sólidas y de hecho son claramente lugares de acampada. Se trata, pues, de grupos nómadas, que posiblemente practicaban un tipo de agricultura estacional, tal como lo permitían las lluvias esporádicas de la región; sin embargo, nunca se establecían en un lugar el tiempo suficiente para que les pareciese que valía la pena construir casas permanentes. Encaja perfectamente con este género de vida nómada una diferencia entre el equipo de estas gentes y las de Gasul, a saber, la presencia de muchísimas más puntas de flecha.

En Tell Abu Matar, al sur mismo de Bersabee, se ha realizado el descubrimiento más reciente de un poblado emparentado con el de Gasul. Es un asunto interesantísimo. El yacimiento es un montículo

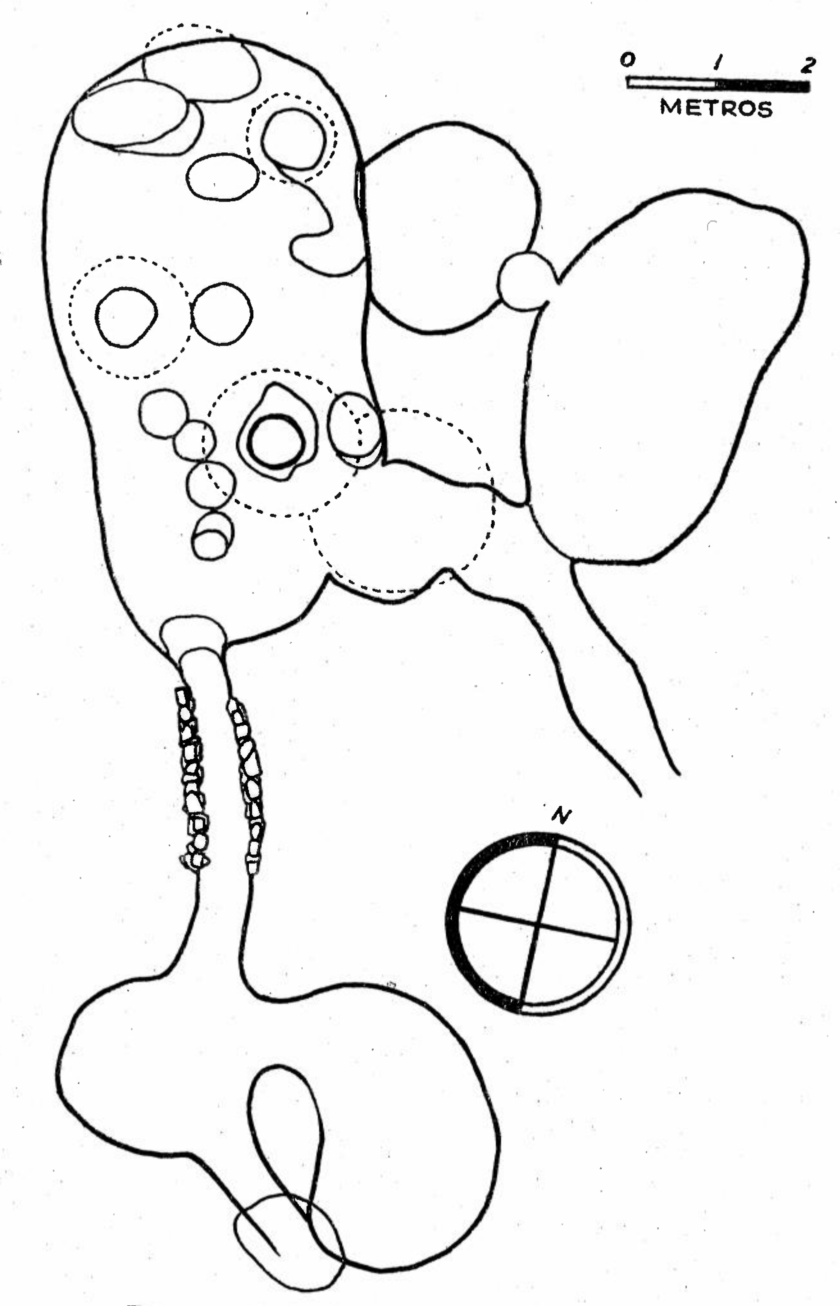


FIG. 10. Tell Abu Matar. Morada subterránea.

natural, integrado por un estrato de barro aluvial y otro de loes entremezclados hasta unos 4 m por encima del lecho de roca. En estos estratos se han construido una serie de cuevas artificiales para morada. En algunas de ellas se entraba por pasadizos horizontales desde el borde del montículo; en otras, en cambio, por pozos verticales (a cuyos lados excavaban asideros para las manos y los pies), que daban a las galerías horizontales. Por término medio, el tamaño de las cuevas era de 4 por 3 metros y estaban comunicadas por medio de galerías, formando grupos de cinco, seis o siete cámaras. A lo largo de las paredes había hoyos, algunos revestidos de yeso, probablemente para almacenar agua; en el centro de las cámaras o en las galerías anexas había silos en forma de campana con capacidad de 1500 a 2000 litros. En la superficie del montículo había pozos y hogares. Las principales cámaras para viviendas presentaban numerosos estratos de ocupación, con cenizas diseminadas y materiales de ocupación separados por depósitos de arena; podrían asignarse hoyos y silos a los sucesivos estratos. También hay una sucesión de fases estructurales. El material relativamente blando en el que estaban excavadas las cavernas tendía a desintegrarse y los tejados a hundirse. Una vivienda podía ser, pues, reemplazada por otra, o bien se erigía una nueva en el hoyo formado por el derrumbamiento de la cueva, posiblemente con una sobreestructura en parte más alta que el piso. En conjunto, se podrían reconstruir tres fases principales de viviendas subterráneas. La cuarta fase ubicada en este lugar supone un cambio mayor, ya que, sobre los hoyos rellenados de las etapas anteriores, se encontraron casas rectilíneas con paredes edificadas sobre fundamentos de piedra.

Esta curiosa comunidad troglodita, de unas doscientas personas, según se deduce de las veinte casas descubiertas, parece que vivía básicamente de la agricultura. Su industria lítica no incluye puntas de flecha; no eran, por lo tanto, cazadores, mientras que los numerosos silos demuestran que tenían abundantes provisiones de cereales, a pesar de lo semiárido de las cercanías. Pero lo más notable de estas gentes es que trabajaban el cobre. Se han hallado pruebas del proceso entero. La reducción preliminar se realizaba en hogares abiertos. Se fundía luego el mineral en hornos especialmente construidos, de cavidad esférica de 30 a 45 centímetros de diámetro, y gruesas paredes de tierra mezclada con paja; según ha aparecido, el interior de estas cámaras estaba alisado con una mezcla del metal fundido, sílice y materias residuales. A continuación, el mineral era refinado en catines, y finalmente, debía verterse en moldes, aunque estos no han sido hallados. Esto representa el primer impacto indudable de la edad de los metales en Palestina. La mina más próxima de donde podía obtenerse el mineral se halla a 90 kilómetros al sur; por tanto, debió existir un comercio regular de materiales brutos; los habitantes de Tell Abu Matar debían producir suficientes alimentos para financiar las expediciones que iban a buscar dichos materiales, o bien para comprarlos a los mercaderes de paso. Además, el trabajo del metal era una tarea de especialista, y también éste tenía que ser mantenido con la producción de alimentos del resto de la comunidad. Por consiguiente, con ello tenemos la prueba de una importante etapa de transición del sistema de vida autónomo del Neolítico al de una comunidad compleja. Pero las pruebas demuestran que el uso del metal todavía no se había convertido en un factor dominante. Los instrumentos y utensilios de los habitantes de Tell Abu Matar seguían siendo de sílex. Los objetos de cobre manufacturados descubiertos, son cabezas de maza (que probablemente tenían un significado ceremonial más que guerrero) alfileres, anillos, cilindros ornamentales y asas. Todavía se consideraba que el metal era demasiado precioso para ser usado de un modo general y cotidiano.

No hay duda de que estas gentes tuvieron algunos contactos con los habitantes de Gasul. Su industria lítica no es idéntica, ya que la mayoría de los utensilios eran toscas cuchillas hechas de pedrezuelas que se podían obtener allí mismo; sólo había unos pocos raspadores en abanico tan frecuentes en Gasul, aunque también usaron los picos de lomo encorvado típicos de Gasul. Sus vasijas de piedra incluyen boles de basalto de base en forma de brasero, que eran muy característicos de Gasul y de los yacimientos de Wādī Gazzah. La cerámica tampoco es idéntica, aunque incluye una serie de formas semejantes, en especial la típica «tinaja-pájaro» o mantequera.

Se ha sugerido que las casas rectangulares, última etapa de Tell Abu Matar, corresponden a las casas de Gasul, que pertenecen a la cuarta etapa de este yacimiento; y también que en los estratos inferiores de Gasul, que apenas si han sido examinados, puede haber

etapas en las que hubiese cavernas que corresponderían a las etapas primeras del otro yacimiento. Es, desde luego, una posibilidad, pero no una certeza, porque, como recalcamos en el párrafo anterior, hay muchas diferencias entre los dos grupos.

De hecho se pueden sacar tres conclusiones del estado actual de los conocimientos acerca de la cultura de Gasul. La primera es que no es indígena de Palestina sino intrusa. Su cerámica, tan desarrollada y especializada, no deriva de nada ya existente en Palestina, al menos en cuanto nos consta. La industria del sílex, sobre todo en la misma Gasul, también es muy peculiar. Se han hecho tentativas para encontrar paralelismos, tanto para la cerámica como para la industria lítica, aunque sin ningún éxito real. Algunas semejanzas pueden hallarse en Egipto, pero son tan genéricas que se debe concluir que el grupo no procedía de esa dirección. La consecuencia es, que deben haber venido del este o del nordeste, aunque el material de dichas zonas, correspondiente a este período es casi desconocido por falta de exploraciones.

La segunda conclusión es que había cierto número de grupos relacionados entre sí, aunque de un modo más bien vago. No hay identidad, ni en los utensilios ni en el sistema de vida, entre los habitantes de Gasul, de Wādī Gazzah y de Tell Abu Matar. Se ha sugerido que todos estos grupos habitaban en zonas marginales. Pero la fertilidad potencial del valle del Jordán, cuando una población sedentaria controla los suministros de agua, es indudable, y cuando uno se acerca en primavera a las proximidades de Bersabee desde el sur se da cuenta de por qué los israelitas consideraban que Palestina era un país donde fluía leche y miel. Por otra parte, la zona de Wādī Gazzah constituye el verdadero límite del desierto (lámina 28). El contraste económico entre sus poblados y los de Gasul y Tell Abu Matar se acentúa por la gran proporción de puntas de flechas halladas en el primero, mientras faltan casi por completo en los otros dos lugares. También en el norte se encuentran poblaciones afines, en el-ᶜAffūlah (en los bordes del valle de Esdrelón), y en el-Ḫederah en la llanura de Sarón, zonas de agricultura relativamente rica. Por consiguiente, grupos inmigrantes se establecieron por todo el país, aunque, según las pruebas actuales, más en el sur que en el norte, y adaptaron su sistema de vida al medio ambiente.

La tercera conclusión, a pesar de que según el testimonio de Tell Abu Matar, estos grupos evidenciaban una economía de transición hacia los grandes adelantos de las edades del metal, contribuyeron de modo directo en muy escasa medida a la civilización esencial de Palestina. Hasta el presente, nunca se han encontrado pruebas de ocupación gasuliense en los estratos inferiores de ninguno de los lugares que posteriormente se convirtieron en ciudades. Parece, sencillamente, como si sus poblaciones se hubiesen evaporado. Las formas cerámicas gasulienses y los utensilios de sílex no tienen herederos en la forma de la Edad de Bronce antigua. Deben buscarse en otra parte los orígenes de los constructores de ciudades del Bronce antiguo.

Hasta ahora no hay pruebas directas para fechar la cultura gasuliense. Todavía tratamos de una época relativamente temprana; el comercio aumenta, pero al menos en cuanto se refiere a Palestina, todavía no cubre distancias suficientes para proporcionar ciertas conexiones con Egipto y Mesopotamia, donde la sucesión cronológica está bien determinada. Se ha sugerido que la cerámica decorada de Gasul con sus dibujos geométricos en rojo sobre fondo crema, se parece a la cerámica halafiense de la extensa cultura calcolítica de la parte septentrional del Creciente Fértil; ésto, si se admite un retraso temporal en su avance hacia el sur, indicaría una fecha de principios del cuarto milenio. Sin embargo, las formas cerámicas son totalmente distintas, y las semejanzas en la decoración sólo muy genéricas, de modo que la conexión es dudosa. Sin embargo, una fecha de la primera mitad del cuarto milenio parecería probable. Hay una ligera conexión con el Neolítico cerámico B de Jericó con las vasijas en forma de cornete que se encuentran en ambos lugares, aunque no ocurre lo mismo con otros tipos gasulienses; por consiguiente, la fase principal de Gasul debería corresponder con un vacío en la ocupación de las cercanías de Jericó. En el otro extremo, los cornetes nos dan una conexión con un yacimiento del que pronto trataremos, Tell el-Fārᶜah cerca, de Nāblus, donde aparecen en el Calcolítico medio. El Calcolítico superior de este yacimiento, como veremos, cae dentro del último tercio del cuarto milenio. Las pruebas en conjunto señalan, por tanto, la primera mitad del cuarto milenio como la época en que los gasulienses penetraron en Palestina.

Eran sin duda inmigrantes, tal como señalamos. Ciertamente no abarcan todos los grupos que van apareciendo poco a poco, gracias a las exploraciones, grupos que deben situarse entre el Neolítico y las etapas que precedieron la plena Edad del Bronce. Algunos de ellos probablemente deben considerarse descendientes indígenas de los habitantes de Šaᶜar ha-Ğōlān y de la Jericó del Neolítico cerámico B. Los estratos inferiores de Beisán y Megiddo y algunos depósitos en Jericó, hasta ahora no descritos, sugieren algo parecido, mientras que un reciente estudio del valle del Jordán demuestra que hay unos cuantos yacimientos antiguos que deben caer dentro del período general. Palestina a principios del cuarto milenio debe considerarse ocupada por cierto número de grupos de procedencia diversa, viviendo en estrecha continuidad.

Hacia fines del milenio llegamos a un período del que tenemos pruebas mucho más claras gracias a las excavaciones. Llegamos al período en el que, al parecer, fueron fundadas muchas de las ciudades posteriores. Ya hemos señalado que hasta ahora no se ha descubierto ninguna ocupación de carácter gasuliense en la base de ningún «tell». El material nuevo aparece en los estratos inferiores de cierto número de yacimientos importantes, y, gracias al mismo, se puede demostrar una sucesión directa hasta la plena Edad del Bronce. Nos hallamos, pues, en los albores de un nuevo período.

Capítulo IV

La época protourbana

El nuevo período se inicia con la invasión de cierto número de grupos nuevos, tema que se repite periódicamente en la historia de Palestina. Llegan como hombres de tribu migratorios, probablemente desde zonas distintas y con utensilios diversos, y no traen consigo una civilización urbana ya a punto. Pero, como indicamos en el capítulo anterior, los poblados que establecieron se convirtieron en las ciudades libres de la Edad del Bronce antiguo. Estas invasiones ocurrieron en el último tercio del cuarto milenio A. C. Por razones de las que hablaremos más adelante, el nombre que mejor cuadra para la fase en que ocurrieron parece ser el de época protourbana.

Las primeras pruebas de los nuevos grupos proceden de tumbas. Su presencia en cantidades considerables y en una amplia zona en el norte y centro del país queda atestiguada por sus cementerios, aunque hasta ahora son muy tenues las pruebas de sus verdaderos poblados. En cierto número de lugares, que luego se convirtieron en ciudades, por ejemplo Megiddo, Jericó, Beisán, Tell el-Fārᶜah, la cerámica y los niveles de ocupación se encuentran en la base de los estratos de los montículos de las ciudades, aunque pocos en forma de construcciones. En otros lugares, por ejemplo, Tell el-Naṣbeh, unos pocos kilómetros al norte de Jerusalén y Samaria, se encuentran huellas de ocupación, pero más tarde estos lugares quedaron desiertos, en ambos casos hasta la Edad del Hierro; los primeros habitantes lugareños fueron quizá absorbidos por alguna otra ciudad en otra parte.

La aparición de los sepulcros es interesante en sí misma, y representa una prueba accesoria fuerte, por encima y además de los nuevos tipos de cerámica, de la llegada de grupos totalmente nuevos. Por primera vez en Palestina, los sepulcros están excavados en la roca, o bien se usan cuevas naturales, y en ellas se entierran hasta tres o cuatrocientas personas durante mucho tiempo. En Jericó el contraste es muy acentuado. En toda la amplia zona que ha sido examinada en busca de sepulcros, no se ha encontrado ninguno de época anterior. Los pueblos de los dos grupos del Neolítico enterraban bajo el piso de sus casas. No hay pruebas acerca de cómo cada uno de estos grupos acondicionaba sus muertos; de esto se puede deducir con cierta probabilidad que no eran en modo alguno enterrados, sino que depositaban sencillamente los cuerpos, salvo que fuesen enterrados en simples hoyos, sin ajuar funerario, en las tierras cultivadas al este y al sur del «tell», lo cual no es muy probable. Todavía no poseemos pruebas claras de la hipótesis de que los enterramientos gasulienses estaban relacionados con monumentos megalíticos. Con los recién llegados, en la última parte del cuarto milenio, viene la nueva práctica de los enterramientos múltiples en un mismo sepulcro, y, para provecho de los arqueólogos, esto se asocia con la práctica de presentar ofrendas que acompañan al muerto. Probablemente estas ofrendas en un principio fueron comida y bebida, o quizá esencias y perfumes, pero lo único que queda son los recipientes de cerámica. Estas vasijas nos sirven para definir la cultura del grupo que usó el sepulcro. Dado que las vasijas halladas en las tumbas a menudo están casi intactas, mientras que en los lugares de ocupación sólo se encuentran fragmentos rotos, los depósitos funerarios constituyen un elemento muy importante para nuestro conocimiento de la cerámica. Sin embargo, es preciso recordar que no todos los tipos de vasijas se colocaban en los sepulcros (por ejemplo las marmitas para cocinar son siempre raras), por lo cual, puede haber diferencias entre lo descubierto en las tumbas y los hallazgos efectuados en los depósitos contemporáneos de la zona habitada.

Es probable que los recién llegados viniesen del norte y del este, porque hasta ahora se han encontrado pocas pruebas de su presencia en Palestina meridional, a excepción de Gezer, fácilmente

asequible desde la llanura costera; podemos suponer que los descendientes del pueblo gasuliense siguieron viviendo en estrecha vecindad con ellos en esa zona. Para los grupos procedentes del este, Jericó sería el punto de entrada natural, y las pruebas indican que algunos de ellos vinieron de hecho por este camino.

Una media docena de sepulcros de Jericó contienen cerámica de los mismos tipos nuevos. Las tumbas están excavadas en arcilla blanda, en las laderas que rodean el poblado. Han desaparecido los techos de todas las tumbas de este período descubiertas hasta ahora; esto indica que hubo posteriormente una erosión de la roca muy considerable, detalle al cual nos referiremos más adelante. Lo que ha llegado hasta nosotros son los basamentos y paredes de grandes cámaras, de unos 4,50 por 3 metros, además de las partes inferiores de los túneles de entrada, que daban acceso a las mismas. En cuanto a su construcción, parecen semejantes a los sepulcros posteriores, que tienen un túnel vertical de acceso, ligeramente esférico, desde cuya base una entrada conduce a la cámara funeraria; así lo podemos juzgar teniendo en cuenta la altura de las paredes que ha llegado hasta nosotros, que alcanza hasta 2 metros.

Las prácticas funerarias en estas tumbas eran extrañas. Todas ellas contenían restos de una gran cantidad de personas, en un caso de ciento cuarenta y en otro más de cuatrocientas. Pero aunque podemos decir que están representadas cuatrocientas personas, no tenemos, desde luego, los restos completos de cuatrocientos cuerpos. El recuento se hace a base de los cráneos. Los encontramos casi siempre totalmente separados de los cuerpos y cuidadosamente alineados alrededor del borde del sepulcro. En el centro del sepulcro hay un revoltillo de los demás huesos, casi en desorden total, pero a veces se encuentra un miembro entero, una pierna o un brazo, articulado, aunque separado del resto del cuerpo. En un sepulcro, estos huesos de la zona central fueron incinerados, y unos pocos de los cráneos más próximos se chamuscaron, aunque no por estar incluidos en la incineración; sin embargo, en los demás sepulcros no hay señales de fuego. Otro hecho notable es que casi no hay bastantes huesos largos que correspondan a todos los cráneos. Todo esto apunta a que los sepulcros, tal como los hallamos, eran secundarios. Es decir, los huesos se colocaban en su posición actual

tan sólo después de que la carne se había descompuesto totalmente. Es difícil decidir cuáles fueron las primeras etapas. ¿Fue largo el proceso, con continuo enterramiento en cada tumba, y, al descomponerse los cuerpos y hacer nuevos enterramientos, colocaban los cráneos alrededor del borde y dejaban los demás huesos en el centro? ¿O bien, a intervalos, se recogían los esqueletos de otras tumbas o después de haber permanecido expuestos, se colocaban los cráneos y algunos otros huesos en tumbas-osarios colectivos? En conjunto, el último sistema parece el más probable, porque si se hubiese hecho un uso continuo y prolongado, parece difícil que los primeros cráneos no hubiesen quedado aplastados en el proceso, mientras que, por el contrario, algunos de ellos todavía conservaban los frágiles huesos de la cara. Por otra parte, en tumbas posteriores, de la Edad del Bronce antigua, parece bastante claro que se enterraban los cuerpos íntegros, y que, cuando había que hacer sitio para otros enterramientos, se arrojaban muchos de los huesos largos. Sin embargo, en esta etapa no existía la práctica de alinear cuidadosamente los cráneos, por lo cual el proceso pudo no haber sido el mismo. El problema queda, pues, sin respuesta por el momento.

Las vasijas de cerámica colocadas en estos sepulcros, no comprenden muchas formas. La mayoría son boles superficiales de lados ligeramente curvos y pequeños jarros en forma de saco con asa bastante grande, que a veces se levanta bastante por encima del borde de la vasija (fig. 11, *10-11*); algunos de estos jarros y boles presentan una decoración muy imperfecta de trazos rojos o marrones. Además hay algunos jarros con asas horizontales, otros de pitorro muy saliente, y en una tumba, la A 94, que podemos considerar representativa de este grupo, se encuentra también una vasija muy original en forma de colmena con pitorro y dos asas a un lado (figura 11, *24*).

Este tipo de cerámica se encuentra en sepulcros situados en otros varios lugares. En Tell el-Naṣbeh, la cantidad de formas de los sepulcros 32, 52 y 67 parece haber sido muy parecido, y el mismo grupo de gente puede haber ascendido desde Jericó hacia las tierras altas centrales. Pero, en otro sepulcro del mismo yacimiento, cueva sepulcral 5-6, y en ʿAy, no lejos de Tell el-Naṣbeh, en los sepulcros B, C

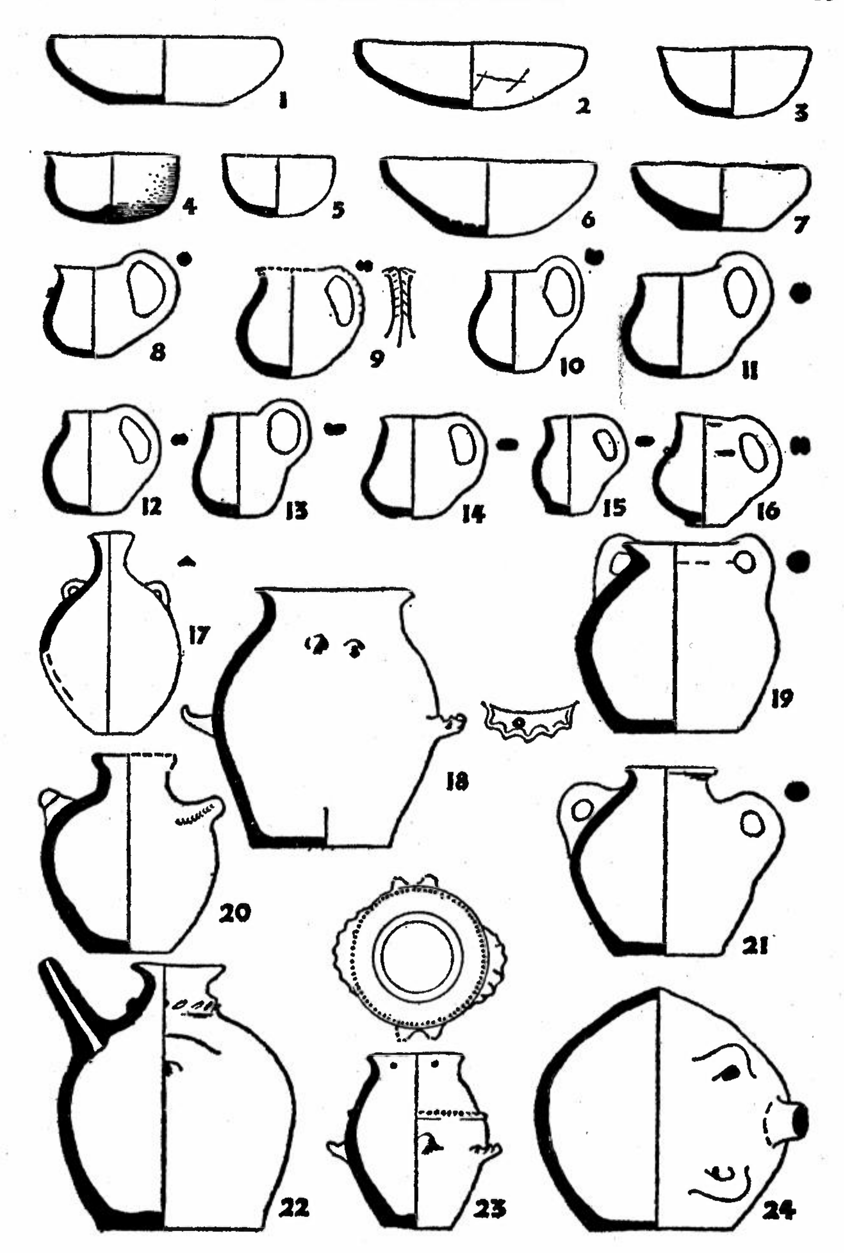


FIG. 11. Cerámica del período Protourbano de Jericó.

y G, la misma cerámica aparece en relación con un tipo totalmente distinto, que no se ha hallado en el sepulcro A 94 de Jericó y en el grupo relacionado con él. Caracteriza a este tipo una decoración consistente en motivos bastante delicados formados por bandas agrupadas, que en nada se parecen a los trazos imperfectos, que es todo lo que se halla en el otro grupo. Las formas de boles hondos, vasijas con asa de cesto y pitorros verticales, y botellas de base circular, también son distintas.

La distinción aún queda más clara por el hecho de que en Jericó sólo se descubrió un sepulcro, el A 13, en el que, sobre los estratos inferiores que contienen cerámica como la del A 94, se halla también esta otra cerámica, no mezclada con la del A 94. Por consiguiente, basándonos en las pruebas aportadas por la cerámica, tenemos dos grupos de gentes, y podemos clasificar el pueblo del A 94 como protourbano A y el pueblo del A 13 como protourbano B. Son distintos en Jericó y en algunos de los sepulcros de Tell el-Naṣbeh, pero deben haber vivido en estrecha contigüidad y, según las pruebas aportadas por la cueva sepulcral 5-6 de Tell el-Naṣbeh y por el sepulcro de ᶜAy, deben haberse mezclado a su debido tiempo. La cerámica del pueblo B también se encuentra en Ofel, espolón sur de la actual ciudad de Jerusalén, que era el emplazamiento del poblado más primitivo; en todo caso, no consta con plena certeza si en este lugar se mezclaron con el pueblo A.

El pueblo protourbano A también se encontró mucho más al sur. En 1946, la *École Biblique* de los Dominicos de Jerusalén empezó a excavar el imponente yacimiento de Tell el-Fārᶜah. Este yacimiento, que no debe confundirse con el lugar del mismo nombre en Palestina meridional en este libro, para distinguirlo, nos referimos a él con la grafía inglesa, Tell Fāra, está ubicado en el Wādī Fārᶜah, uno de los valles principales que penetran en el lado occidental del valle del Jordán cerca de Nāblus. Tiene una larga historia, aunque con algunas interrupciones, desde la época que estamos estudiando hasta la Edad del Hierro, momento en el que ocupa un puesto de especial importancia en relación con la historia bíblica (capítulo 11). Además de estar situado en esa importante vía de comunicación entre las tierras altas centrales y el Jordán, el lugar tiene la ventaja de poseer dos excelentes veneros al pie de la colina

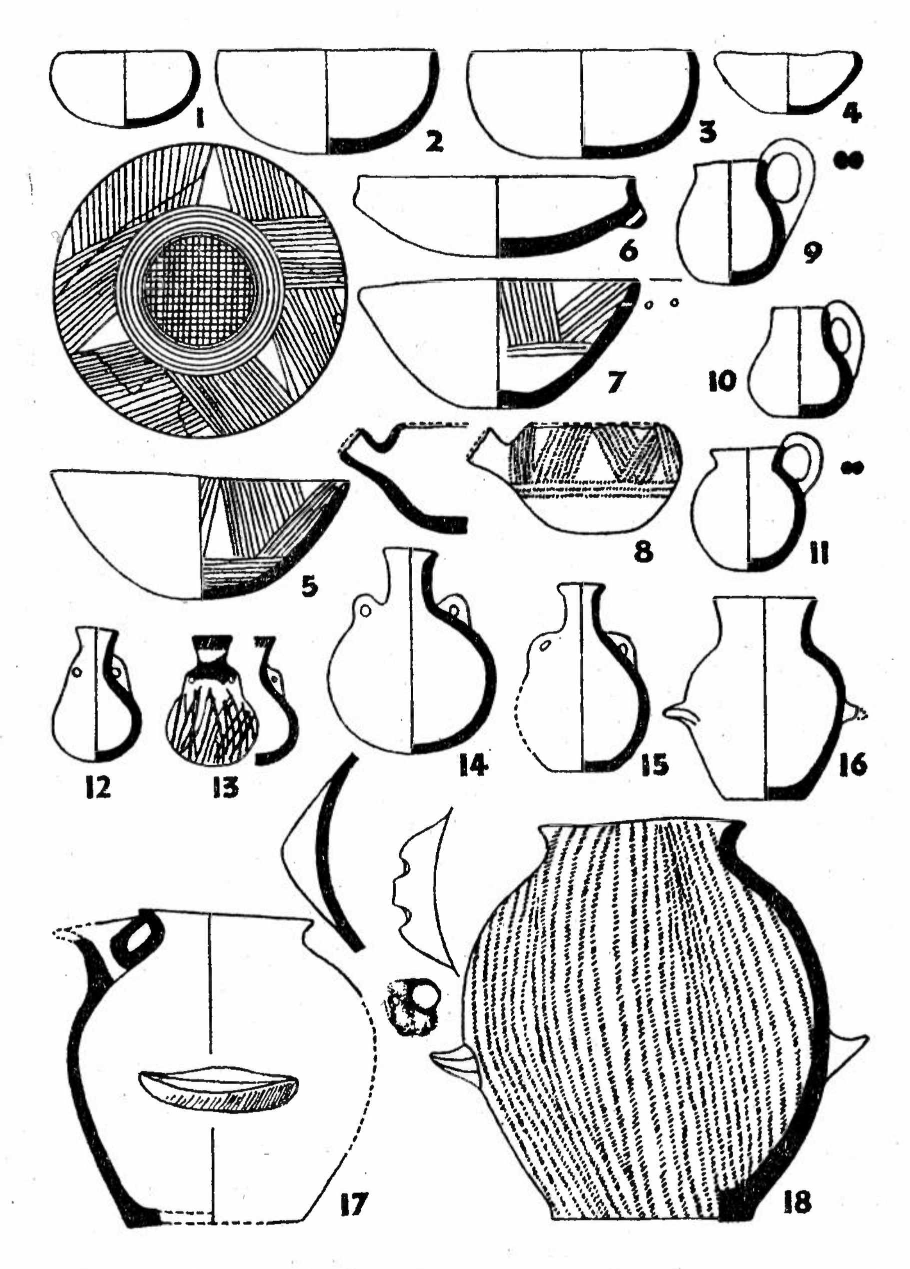


FIG. 12. Cerámica del período Protourbano procedente de los sepulcros G y C (10) de ᶜAy.

sobre la que estuvo situado el poblado. Hasta ahora sólo ha sido excavada hasta el lecho rocoso una zona muy pequeña del enorme «tell». El padre R. De Vaux, su excavador, llamó Calcolítico medio a la primera ocupación. Sobre ella hay un estrato al que llama Calcolítico superior. Los restos de construcciones de este período no son muy sólidos, aun cuando indican que se trata de una ocupación firmemente establecida. La mayor parte de los hallazgos de este período proceden de sepulcros situados en grandes cuevas naturales en las laderas de las colinas circunstanciales. Los sepulcros parecen ser los típicos del período, pues contienen múltiples enterramientos, semejantes a los de Jericó, aunque por haberse usado de nuevo posteriormente, han quedado muy alterados.

Estos sepulcros contienen cerámica íntimamente relacionada con la que apareció en los sepulcros protourbanos A de Jericó. Son los mismos innumerables jarritos en forma de saco, los mismos boles superficiales de lados curvos, las mismas jarras de pitorro alto y curvo, e incluso un jarro casi idéntico en forma de colmena y pitorro lateral. Hay, sin embargo, algunas diferencias. Las formas son algo más refinadas, más altas las asas anulares de los jarritos, algunos de los boles presentan una protuberancia cónica en el centro, y hay un tipo de jarro que ha sido comprimido lateralmente en la boca (fig. 13, *22*). Otra diferencia es que una cantidad bastante elevada de vasijas tiene engobe rojo pulimentado, que es raro en Jericó; esto puede indicar que los sepulcros de el-Fārᶜah son algo más tardíos, ya que es una práctica muy corriente en la Edad del Bronce antigua.

Hay una última diferencia muy importante. Con la cerámica protourbana A aparece un tipo que no figura en Jericó ni tampoco en los yacimientos de las tierras altas centrales en las que se encuentran los grupos protourbanos A y B. Es un tipo de formas peculiares (fig. 13, *23-25*), caracterizado por un engobe gris intensamente pulimentado. Se ha hallado en cierto número de yacimientos de Palestina septentrional, y debido a que fue reconocido por primera vez en un grupo de yacimientos del valle de Esdrelón, suele conocérsele con el nombre de vajilla de Esdrelón. En Tell el-Fārᶜah todos los sepulcros que contienen cerámica protourbana A también contienen vasijas esdrelonianas, lo mismo que los estratos del «tell»

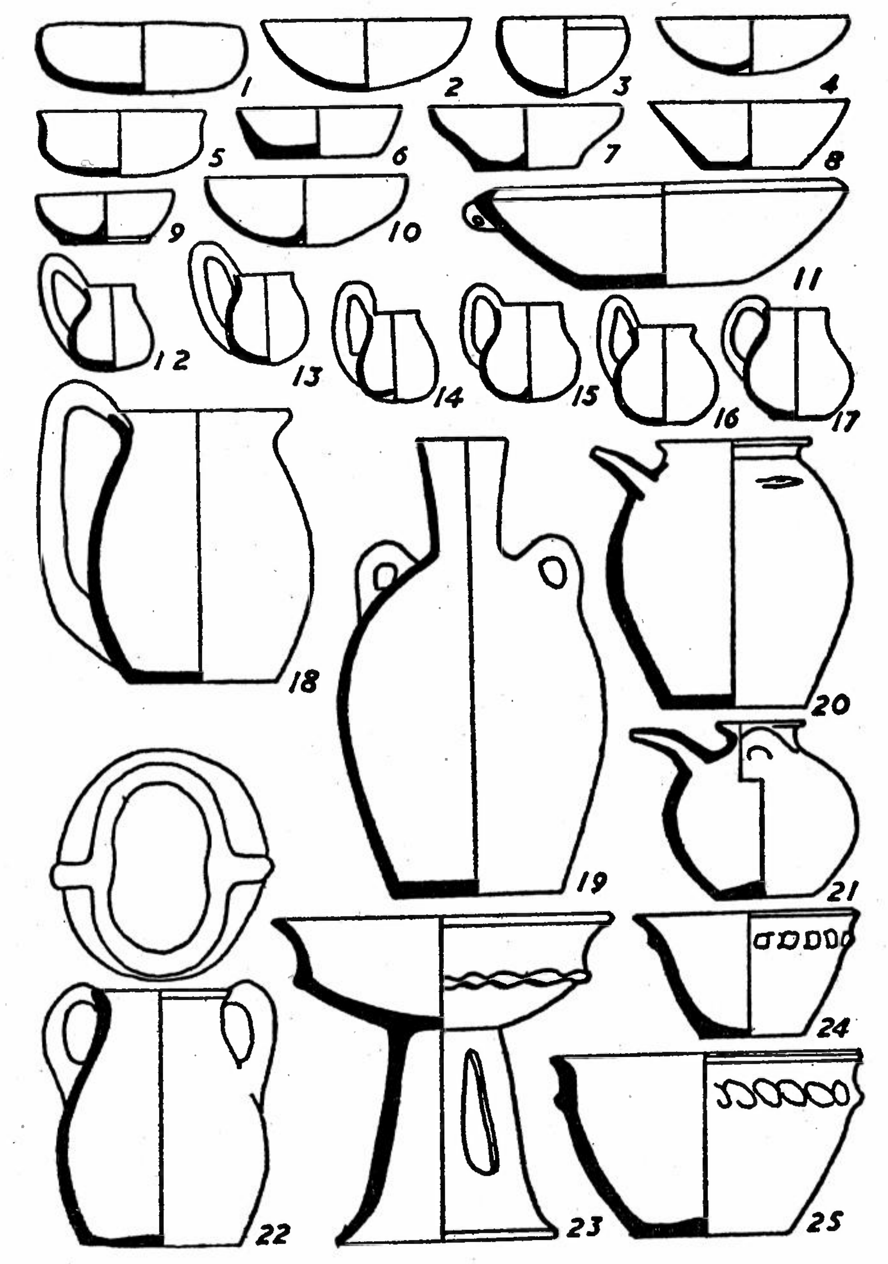


FIG. 13. Cerámica del período Protourbano de Tell el-Fārᶜah.

del Calcolítico superior; se supuso, por lo tanto, que pertenecía a la misma cultura. Las pruebas halladas en Jericó demuestran que no tienen que ser necesariamente así. Podemos, pues, identificar un tercer grupo que designaremos con el nombre de Protourbano C.

En esta etapa llegamos por primera vez al gran yacimiento de Megiddo, donde se encuentra la misma combinación de Protourbano, A y C. La ciudad antigua, citada varias veces en el Antiguo Testamento, está representada hoy en día por el «tell» más impresionante de toda Palestina (lám. 29); un gran montículo oval que mira en dirección norte al valle de Esdrelón. En los tiempos históricos su gran importancia estaba en el hecho de que custodiaba el camino que pasaba por el desfiladero inferior entre el monte Carmelo, proyectándose hacia el mar, y la cordillera central. Este paso formaba parte de la ruta entre Egipto y Siria, de histórica importancia durante siglos; se comprende, pues, el interés de Egipto por el control de Megiddo, interés que se repite en muchas épocas, según consta en los documentos egipcios. Sin embargo, la excavación ha demostrado que la primera ocupación del lugar data de mucho antes de que el Imperio egipcio empezase a interesarse por entrar en contacto con el exterior.

Megiddo, como Jericó, ha sido el centro de interés de más de una expedición arqueológica. El intento más ambicioso está representado por las excavaciones que empezó en 1925 el *Oriental Institute* de Chicago. El proyecto era excavarla en su totalidad. Pero el montículo de Megiddo ocupa algo más de 5 hectáreas en su cima, y su profundidad en el centro es de unos 16,5 metros. El plan excedía la capacidad incluso del *Oriental Institute* Debido a la depresión financiera de los años treinta fue preciso adoptar un plan mucho más reducido, y, en consecuencia, sólo se excavó una zona muy limitada de la base del montículo.

En esta pequeña zona bajo el montículo, y también en las laderas de la colina en la cual está situado, en una zona que fue descombrada antes de verter en ella las tierras de excavación, se encontraron pruebas de períodos muy anteriores a la conversión de Megiddo en ciudad amurallada. La primera de todas las ocupaciones fue bastante curiosa. Se descubrió en una cueva en la superficie rocosa. Los depósitos contenían solamente sílex y utensilios de hueso,



LÁM. 14. **Utensilios mesolíticos y proto-neolíticos de sílex, y cabeza de arpón de hueso, procedentes de Jericó.**

LÁM. 15. **Sílex del neolítico A, de Jericó.**



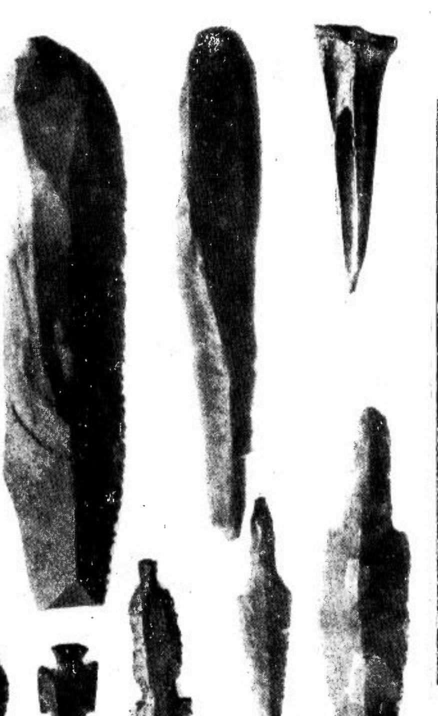


LÁM. 16. **Instrumentos de hueso del neolítico precerámico A, procedentes de Jericó.**

LÁM. 17. **Una casa del periodo neolítico precerámico B, de Jericó.**



ÁM. 18. **Pared típica del neolítico precerámico B, de una casa de Jericó.**

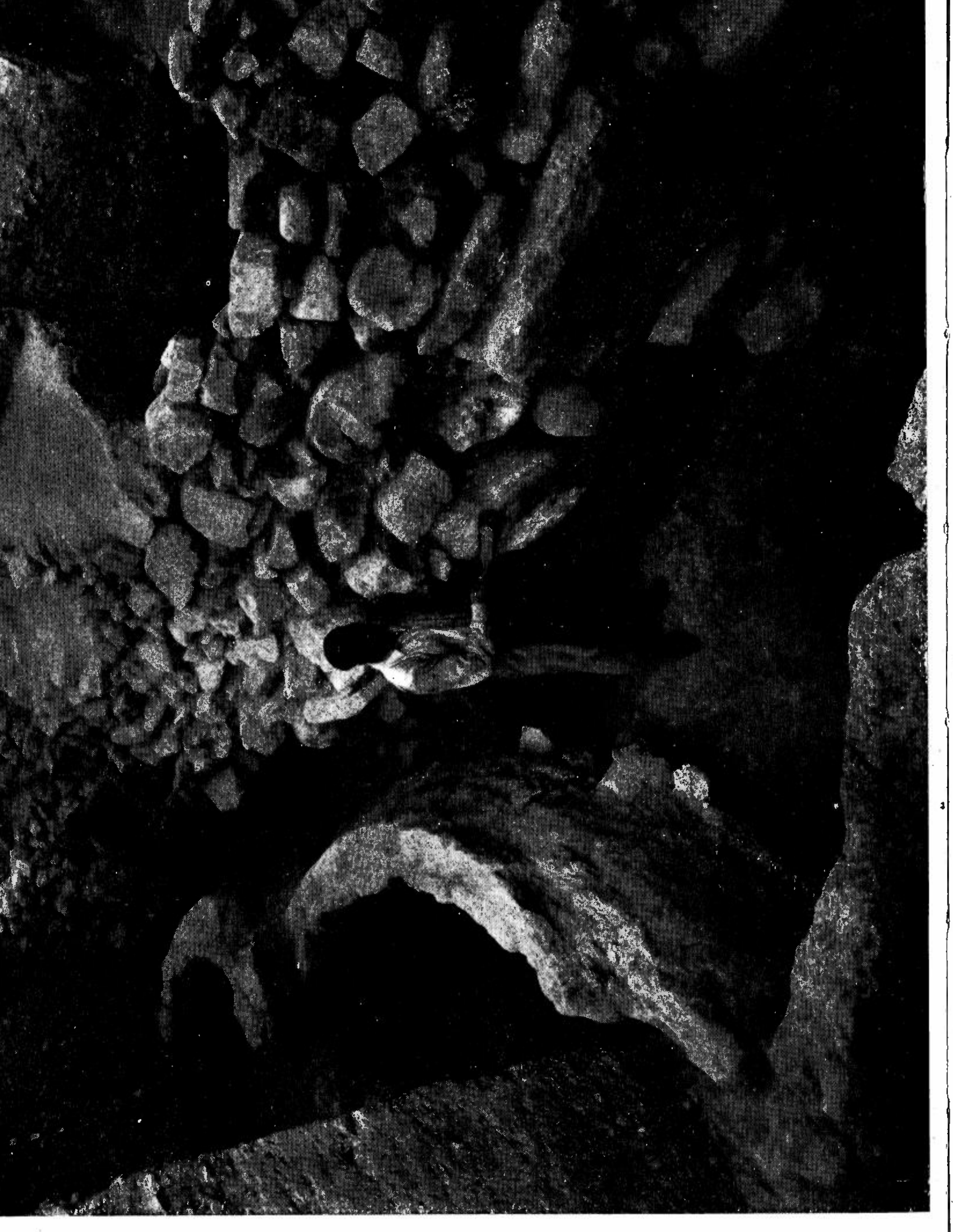


LÁM. 19. **Utensilios de sílex y de hueso del neolítico precerámico B, de Jericó.** ←



LÁM. 20. **Molino de mano, piedras para machacar y otros útiles, procedentes de Jericó.**

LÁM. 21. **Cabeza-retrato del neolítico, con las facciones de yeso aplicado sobre un cráneo humano, procedente de Jericó.**



Lám. 25. **Muralla del neolítico precerámico B, de Jericó.**

pero ningún objeto de cerámica. Los sílex son del mismo tipo que en la ocupación de la superficie de la roca, están asociados con cerámica de la segunda mitad del cuarto milenio, como veremos, y no son, en consecuencia, muy anteriores a esta fase. Por este tiempo, estaban extendidas por toda Palestina las culturas que acabamos de describir y que utilizaban plenamente la cerámica; parece, pues, extraño que todavía hubiese en Megiddo un grupo en el estadio precerámico. Una explicación podría ser que la cueva tuviese un uso especial, o bien puede ser una ilustración ulterior de los grupos independientes que vivían en Palestina y que evolucionaban hacia la civilización a distinto paso.

Aunque estos primitivos habitantes de Megiddo al parecer vivían en cuevas, y aunque en la zona excavada no hay construcciones que se les puedan atribuir, no eran en modo alguno completamente primitivos en sus utensilios y materiales. Entre los instrumentos de sílex y calcedonia descubiertos, había puntas de jabalina, que demostraban que la caza desempeñaba un papel importante en su economía; pero también había cierto número de hojas de hoz, lo cual indica que eran agricultores. Lo que aparentemente eran dos juegos de dientes de hoz demostraban que poseían filos cortantes de unos 32 centímetros de longitud. Todavía más interesantes son unas cuantas largas «varas» de hueso, cuidadosamente extraídas de huesos largos de animales, afiladas por un extremo y con un agujero circular en el otro. Se ha sugerido que se empleaban como agujas de lanzadera para tejer, o también para mullir la trama. Los productos textiles deben haber sido ligeros, delgados, puesto que los utensilios eran débiles, y pueden haber sido de un material equivalente al lino. Utensilios semejantes se encontraron en Gasul, donde cualquier trozo de tejido era probablemente de alguna fibra vegetal.

El pueblo que sucedió a éste y que vivió en la superficie de la roca, todavía tenía una cultura característicamente primitiva. Todo lo que queda a modo de construcciones son algunos fundamentos irregulares, débiles e incoherentes, que dan una idea de edificios endebles. Además de éstos, hay cierto número de pozos excavados en la roca, algunos de los cuales sin duda corresponden en su función como silos (pozos de almacenaje), a los pozos revestidos de ladrillo o piedra de Gasul. Otros pueden haber tenido distinta fina-

lidad, por ejmplo, para el prensado de aceitunas para hacer aceite, porque dos pozos adyacentes a menudo están unidos por canales. La ocupación de este período debe haber sido amplia, porque la zona en la cual se descubrió se extiende hasta bastante abajo por la ladera de la colina.

El material procedente de los estratos inferiores del «tell» que ha sido publicado es, propiamente hablando, una mezcla[1], porque los depósitos estratigráficos no fueron analizados adecuadamente. Contiene material relacionado tanto con el Neolítico cerámico A y B de Jericó como con los restos calcolíticos, con algunos puntos de contacto con el *gasuliense*. Con esta mezcla, y también en los estratos inferiores de la primitiva ocupación que se extendió colina abajo por las laderas antes de estar determinado el poblado posterior[2], se han publicado (aunque ciertamente no han sido en verdad relacionados) vasijas de la vajilla esdreloniana y material protourbano A. Parte de la ocupación del período se asentó en cuestas, porque en el sepulcro 903 [3] y en otras partes se encuentra la misma cerámica en los estratos de ocupación subyacentes a los sepulcros de un período posterior.

El ᶜAffūlah y Beisán son otros yacimientos del valle de Esdrelón en que se encuentran objetos del protourbano C. En el-ᶜAffūlah las pruebas son tenues, debido a la naturaleza de la excavación. En Beisán, los estratos inferiores debajo del gran «tell», que corresponden a la ciudad que más tarde iba a rivalizar en importancia con Megiddo, fueron examinados tan sólo en una pequeña cota. Los estratos inferiores, depósitos en pozos y estrato XVIII, contenían material que puede relacionarse con el Neolítico cerámico B de Jericó, y puede representar el Calcolítico indígena que probablemente existió en estrecha contigüidad con el gasuliense y en los cuales, en su etapa más primitiva, también eran habituales las viviendas-hoyos. En el estrato XVII aparecen vasijas esdrelonianas, y todavía son más comunes en el XVI[4]. Sin embargo, el material publicado de este yacimiento no indica ninguna mezcla con el Protourbano A, sino más bien con el Calcolítico indígena precedente. Esto es un indicio auxiliar de la identidad independiente del grupo protourbano C.

[1] *M. II,* láms. 1-2, 92-95.
[2] *M. Tombs,* lám. 3.
[3] *M. Stages,* fases VII-IV.
[4] *Museum Journal,* Philadelphia, XXIV, lám. III.

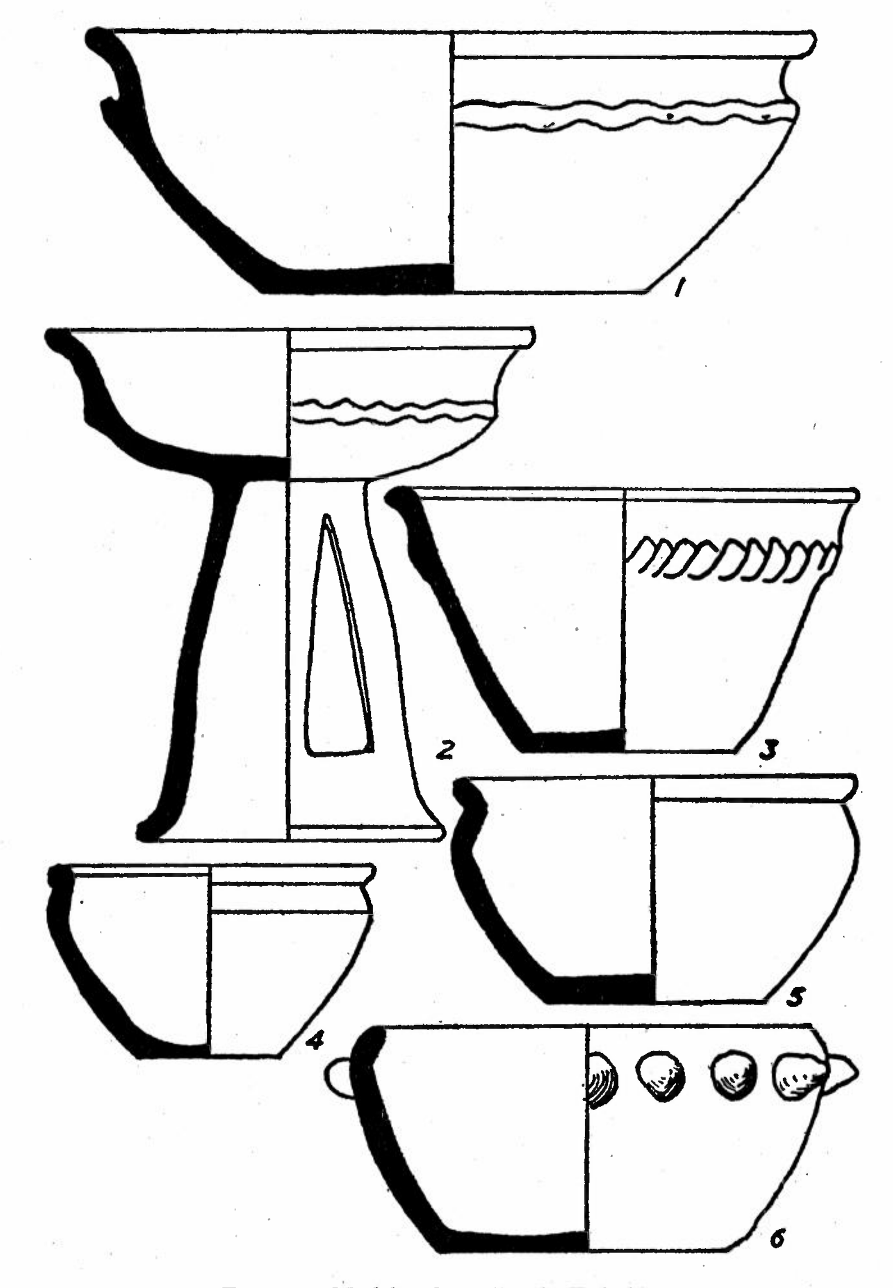


FIG. 14. Modelos de vasijas de Esdrelón.

La cerámica del Protourbano C falta por completo en Jericó, tanto en los sepulcros como en el «tell». Pero, hecho bastante curioso, se encuentra en cantidades apreciables en un depósito debajo de la Jericó herodiana, a 1,5 kms al sur de Tell el-Sulṭān[1]. Las pruebas publicadas no son muy claras, pero no está atestiguada ninguna de las formas características del Protourbano A, y el material que las acompaña puede también pertenecer al Calcolítico indígena. Puesto que las pruebas de Tell el-Fārᶜah demuestran que los dos grupos deben haber sido aproximadamente contemporáneos, el contraste completo entre los dos lugares, por otra parte tan próximos, puede indicar hostilidad mutua en esta zona.

La relación de los tres grupos protourbanos y del supuesto Calcolítico indígena demuestra que estaba en curso un proceso de entreveración. Por supuesto, este proceso pudo ser lento. G. E. Wright[2] ha demostrado que es muy probable que puedan admitirse etapas sucesivas en las formas de los boles esdrelonianos: a la forma 1 (figura 14-*1*) hallada en Beisán y solamente en un sepulcro, el 3, en Tell el-Fārᶜah[3]; le sucede la forma 2, hallada en la base de los sepulcros de Tell el-Fārᶜah; las formas 3 y 4, descubiertas en Megiddo[4], vienen más tarde. Ya se ha indicado que los sepulcros de Tell el-Fārᶜah pueden ser posteriores al sepulcro protourbano A de Jericó. Cuando se disponga de más material, será posible elaborar una evolución completa.

Hasta ahora, hemos discutido casi siempre los diferentes elementos basándonos en los distintos tipos cerámicos. La experiencia arqueológica reunida ha demostrado que un grupo característico de tipos de cerámico es la prueba, a veces la única prueba, que sobrevive de un grupo de gente característico. Por consiguiente, podemos atribuir nuestros tipos de cerámica A, B y C a tres grupos de gente que aparecen en Palestina por este tiempo. Entran como grupos independientes, como demuestran las pruebas de Jericó, y, al penetrar en el país, algunos de ellos se entremezclan. Quizá, puesto que los sepulcros de Jericó demuestran que en ella estaban separados los grupos A y B, Jericó fue en realidad el punto de entrada de estos grupos, lo cual indica que procedían del este, como

[1] *A.A.S.O.R.*, XXXII-XXXIII, lám. 37.
[2] *Eretz Israel*, V, págs. 41 y sigs.
[3] *R.B.* LVI, fig. 2, 1-7.
[4] Por ejemplo *M. Tombs*, láms. 3, 26 y 31.

muchos otros grupos en la historia posterior de Palestina. Desde ahí pueden haber penetrado casi necesariamente hacia el oeste, hacia las tierras altas, donde, en Tell el-Naṣbeh y ᶜAy, algunos de ellos se establecieron juntos. Otros del grupo A quizá se dirigieron hacia el norte, remontando el valle del Jordán, y luego hacia el oeste por el Wādī el-Fārᶜah donde encontraron el grupo C. Este último, casi con certeza procedía del norte, ya sea directamente de la zona alta del Líbano o quizá desde el interior de Siria en dirección nordeste, atravesando el valle del Jordán, cerca del lago Tiberíades hacia el valle de Esdrelón. Desgraciadamente no es posible identificar satisfactoriamente el país de origen de ninguno de estos grupos, ya que podemos encontrar la misma cerámica en otras partes. Pero hay una ligera probabilidad de que se pueden llegar a ello, cuando hayan sido plenamente examinados los estratos inferiores de los lugares de gran ocupación de los países fronterizos de Palestina. Hasta que no sepamos más acerca de su país de origen, tendremos que contentarnos con dejarlos en el anonimato designándolos con letras del alfabeto.

Hasta el momento no hemos dicho nada de la fecha de esta fase. Para la precedente, la de la tercera etapa de Jericó y Gasul, se ha indicado a modo de tanteo la primera mitad del cuarto milenio. Para esta fase tenemos dos pruebas más concretas. Carbón vegetal procedente del sepulcro protourbano de Jericó, en el que fueron incinerados algunos huesos (pág. 81), ha sido sometido a la prueba del carbono-14 y ha dado la fecha 3260 A. C. con un error de ± 110 años. La segunda prueba proviene de Megiddo. En el último de los tres estratos del Calcolítico reciente, antes de la aparición de la primera prueba de la fase siguiente, se encontraron un cierto número de sellos impresos en jarras. Estos son de un tipo que casi todos los especialistas en la materia asignan el período Ǧemdet Naṣr de Mesopotamia, que se fecha entre el 3200 y el 2800 A. C. Parece, pues, que atribuir una fecha central, 3200 A. C., a este período estaría de acuerdo con las pruebas. Por lo tanto, en las últimas centurias del cuarto milenio vemos como cierto número de grupos de gentes entrando en Palestina, tres de los cuales pueden identificarse por el momento, y es muy probable que ulteriores investigaciones permiten añadir otros. Muy poco sabemos de su sistema de vida,

ya que la mayor parte de las pruebas acerca de ellos proceden de sepulcros. Pero este hecho en sí mismo nos dice algo. Se han encontrado restos de sus casas en Megiddo y Tell el-Fārʿah; y en Jericó hay pruebas, basadas en el descubrimiento de cerámica en las primeras excavaciones, de que vivían no en todo el lugar sino sólo en parte del mismo. En todas partes, sus casas eran frágiles, y no hay ninguna prueba en parte alguna de que viviesen en ciudades amuralladas. Eran lugareños y no ciudadanos. Aparte de esto, sabemos que depositaban sus muertos en grandes sepulcros con enterramientos múltiples, con ritos bastante raros, y poca cosa más.

En Megiddo hay otra pequeña prueba complementaria, pero también está más relacionada con los ritos que con el modo de vida. Se trata de la construcción, en el segundo estrato, sobre el lecho de roca, de un sólido edificio que probablemente es un santuario. Incluye una habitación, de 4 metros por más de 12, con entrada en uno de los lados largos. Frente, a la puerta, había un altar bajo de unos 50 centímetros de altura, de adobes, recubierto con yeso, de forma rectangular, y con un pequeño peldaño a un lado. Cierto número de piedras planas colocadas en el piso, probablemente eran demasiado débiles para soportar columnas en las que se apoyase el techo, por lo cual también pueden haber tenido algún significado religioso. Posteriormente, el altar fue agrandado, y entonces su base recubre la hilera de piedras del centro de la habitación. Podemos aceptar que la presencia de este edificio demuestra un desarrollo de la vida comunitaria y también de una mayor experiencia arquitectónica; no obstante, es probable que los habitantes seguían siendo lugareños.

En los últimos veinte años, ha ido aumentando paulatinamente el conocimiento de esta época de la historia de Palestina. Cuando G. E. Wrigt realizó por primera vez su estudio del material primitivo[1], clasificó la vajilla esdreloniana como Calcolítica, y la cerámica decorada descubierta en ʿAy, Ofel y Gézer como perteneciente al Bronce antiguo Ia. El padre De Vaux en Tell el-Fārʿah clasificó su material como Calcolítico reciente. Ahora se puede demostrar que todos los grupos son contemporáneos, cuando menos en parte.

[1] *The Pottery in Palestine*, New Haven, 1937.

Es probable que ahora Wright prefiriese atribuirlos todos a la Edad del Bronce antiguo, puesto que opina que no hay interrupción alguna entre esta etapa y el pleno Bronce antiguo, mientras que De Vaux prefiriese seguir llamando al A y al C, Calcolítico y al B Edad del Bronce antigua, ya que le parece que el Bronce antiguo se extiende por Palestina gracias a ese grupo más meridional. Mi punto de vista habría sido llamarlos a todos Calcolíticos, porque todos ellos parecen representar el mismo tipo de ocupación, de inmigrantes recién llegados que viven en poblados no aglutinados, con pocas pruebas de su arquitectura, y ciertamente sin ciudades amuralladas; tales son también las características del verdadero Bronce antiguo.

No cabe duda de que tal diversidad de nomenclatura sería una fuente de confusión. Esta es una de las razones por la cual se ha sugerido el término protourbano. La otra razón es que indica el verdadero estado económico de desarrollo. La población que desarrolló la civilización urbana de la Edad del Bronce antiguo surge de los grupos componentes de esta época. El estado de desarrollo corresponde a los que precedieron al Imperio Antiguo de Egipto y al período Dinástico primitivo de Mesopotamia. En Egipto se le designa con el nombre de período predinástico, y en Mesopotamia recientemente se ha empezado a usar el término protoliterario[1]. En Palestina no hay ni período predinástico ni período literario, sino uno que se caracteriza por el desarrollo urbano. Al igual que el período predinástico y la edad protoliteraria y, abarcando, como ellos, los últimos siglos del cuarto milenio, es un período formativo de avance en la civilización, y parece apropiado darle una denominación equiparable.

[1] *Relative Chronologies in Old World Archaeology*, ed. R. W. Ehrich.

Capítulo V

Las ciudades libres de la Edad del Bronce antiguo

El tercer milenio señala la primera aparición de los grandes imperios del mundo antiguo. También señala el comienzo de la época histórica, en la cual los documentos escritos complementan a la arqueología. Los dos desarrollos están relacionados entre sí. Al desarrollarse la organización comunal, se sintió la necesidad de buscar la manera de anotar las contribuciones exigidas por la autoridad central, las decisiones que obligaban a la comunidad así como los sucesos importantes de la misma. Al principio del tercer milenio se usaba un sistema de escritura en los valles del Nilo y del Tigris-Éufrates. Éste estaba relacionado con el establecimiento de un calendario por medio del cual se pudiesen registrar los sucesos y dar una escala temporal a acontecimientos posteriores. Este invento se realizó en Egipto, probablemente alrededor del año 3000 A. C. bajo el acicate de la necesidad de calcular el comienzo anual de la inundación del Nilo. El calendario egipcio es el padre de nuestro calendario actual y todas las dataciones arqueológicas dependen de correlaciones con Egipto.

Estos desarrollos variados nos dan la medida del progreso gracias al cual las ciudades de los dos grandes valles fluviales estaban aventajando a las del resto del Creciente Fértil. En general se acepta que dos factores principales fueron la causa de este progreso y ambos ambientales. Una sociedad compleja, en cuanto es distinta de una en la que cada familia produce alimentos y utensilios suficientes para su uso propio, depende en cierta medida de la comunidad capaz de producir alimentos suficientes para mantener a aquellos

artesanos, mercaderes y explotadores de los recursos naturales, como canteras y minas, que no producen su propio alimento. Las llanuras aluviales de los valles de los ríos hicieron posible producir excedentes de alimentos, de modo que la capacidad de desarrollar una sociedad compleja fue mayor en estas zonas. Sin embargo, las llanuras aluviales sólo podían explotarse totalmente si era posible regular las aguas de los ríos para, de este modo, suministrar agua en cantidad suficiente pero no excesiva. Por lo tanto, la irrigación era un elemento esencial. La irrigación exige una organización de control. Es preciso planearlo, construir los canales, establecer y hacer observar reglamentaciones en cuanto al uso del agua. El poder sobre todos los aspectos de la vida comunitaria tiende a concentrarse en la organización de control, incluyendo la facultad de interceder cerca de los dioses para asegurar que las operaciones agrícolas sean fructíferas. De este modo, el control se va concentrando en manos de sacerdotes o de príncipes con atributos divinos, y el superávit de la producción tiende a parar a sus manos.

El segundo factor ambiental es que los valles fluviales carecen de las demás materias primas. Maderamen, metales, piedras de construcción, incluso sílex para fabricar utensilios de piedra, tenían que ser traídos de lejos, a menudo de muy lejos, por ejemplo maderas desde el Líbano y cobre desde la península del Sinaí, para cubrir las necesidades de Egipto. Era preciso comprarse estas materias con los superávits agrícolas, o tenían que suministrarse alimentos a los mercaderes que iban a buscarlos. En los valles fluviales había pues, un acicate excepcional en orden a la producción de excedentes.

Hacia fines del cuarto milenio, las zonas que carecían de este estímulo y de esta oportunidad empezaron a quedar rezagadas. En Palestina hemos podido reconstruir la formación de un pueblo sedentario y agrícola, con un progreso paralelo al de Egipto y Mesopotamia. Las gentes del estadio protourbano fueron arraigando con éxito suficiente para que algunas de sus poblaciones empezasen a convertirse en ciudades hacia el fin del cuarto milenio. Los orígenes de muchas ciudades que tuvieron importancia en el período histórico pueden atribuirse a esta época, en lugares que adquirieron por primera vez una población algo grande en el período Proto-

urbano. Pero, en cuanto nos consta, no superaron la etapa de ciudades. Hasta que David unificó a los hebreos hacia el año 1000 A. C., bajo la efímera Monarquía unida, Palestina siguió siendo un país de ciudades libres. Posiblemente todas las ciudades de la Edad del Bronce estaban rodeadas de tierras agrícolas, quizá con pueblos dependientes de ellas. Los excedentes agrícolas eran suficientes para sustentar las modestas necesidades de mercaderes y especialistas. Los descubrimientos arqueológicos demuestran cuan modestas eran estas ciudades. El cobre o el bronce son escasos en el Bronce antiguo, y hasta la segunda mitad del segundo milenio no fue corriente. En el tercer milenio son raras las mercancías importadas y la demanda de toda clase de artesanos especialistas no pudo ser grande. Los terrenos agrícolas de las ciudades producían alimentos suficientes para la población, pero nunca pudieron producir grandes excedentes que permitiesen poner poderío en las manos de los dirigentes locales; ningún gobernante llegó jamás a ser lo suficientemente poderoso para poder implantar una hegemonía.

Casi todo esto son conclusiones derivadas de la interpretación de los datos arqueológicos. Precisamente porque las ciudades situadas a orillas del Mediterráneo no tenían el acicate y las oportunidades de los valles fluviales, no descubrieron ninguna forma de escritura cuando menos en unos mil quinientos años más. Solamente podemos deducir que no hubo un poder político destacado en Palestina, porque si hubiese existido posiblemente hubiera sido mencionado en los documentos egipcios. Con el establecimiento del Imperio Antiguo, Egipto llegó a ser lo suficientemente poderoso para extender sus intereses más allá de sus fronteras. A partir de este momento, Palestina interesó a Egipto como ruta de conexión del valle del Nilo con el resto del mundo civilizado. La histórica ruta entre Asia y Egipto ascendía por la costa palestinense y de ahí hacia el interior por el valle de Esdrelón a través del valle del Jordán. Las ciudades palestinenses, al menos las que estaban junto a la ruta internacional, a partir de entonces fueron mantenidas bajo una especie de control en todas las épocas en que Egipto fue poderoso; sus nombres, o los nombres de sus jefes, aparecen en los documentos egipcios. Sin embargo, Egipto no dominó en ningún momento el país entero. Podía sostener guarniciones, por ejemplo

en Beisán, pero generalmente persuadían a jefes escogidos para que se convirtiesen en gobernantes-vasallos.

Existían sin duda rivalidades e incluso luchas entre las diferentes ciudades y sus jefes. Podemos deducirlo del hecho de que las ciudades estaban protegidas con murallas. Otra razón accesoria también podría ser que la totalidad de las estrecha franja de terreno relativamente fértil que componía Palestina siempre fue, hasta cierto punto, zona fronteriza entre el desierto y lo sembrado. Como vimos, los inmigrantes del período protourbano eran ex-nómadas y, aunque sus descendientes construyeron una densa zona con poblados permanentes, el semidesierto hacia el este y nordeste estaba habitado por sus parientes, que seguían siendo pastores nómadas, y que de vez en cuando ponían sus ojos ambiciosos en la vida de los países costeros, más fácil y más rica. Durante el Bronce antiguo fueron tenidos a raya; la ininterrumpida cultura del período demuestra que al menos no hubo incursiones importantes, y que, si hubo infiltraciones, fueron absorbidas.

Jericó estuvo particularmente en peligro a causa de estas incursiones provenientes del este; hasta que en 1958 se construyó una nueva carretera a través de las montañas orientales que bordean el valle del Jordán, para cruzar el valle precisamente al norte del mar Muerto, Jericó estuvo situada en la mejor ruta que iba del este a las tierras altas septentrionales. Los israelitas, bajo Josué, seguían esta ruta cuando Josué envió sus espías con las instrucciones de «id, observad el país, y Jericó». Las excavaciones recientes han demostrado cuanta importancia concedían los habitantes de Jericó a sus defensas.

Las murallas de Jericó en los lados norte, oeste y sur, coronan el montículo que las ciudades posteriores al Neolítico precerámico han formado hasta una altura de unos 15 metros. Al oeste casi descansan sobre la línea de las murallas de protección del Neolítico precerámico, aunque una espesa capa de ruinas las separa. Al norte y al sur retroceden hacia la cima del montículo, 30 y 25 metros respectivamente más acá de la línea de las murallas anteriores. Fue sin duda para aprovechar la ventaja de la escarpada ladera exterior. Casi toda la parte este del circuito ha sido destruida por la carretera moderna que se adentra en la base del montículo. La línea de las

murallas queda, sin embargo, indicada por una gran torre oblonga, excavada por el profesor Garstang mediante una corte casual efectuada en conexión con un punto hidráulico militar. Está situada al sur mismo del recuadro HV del plano (fig. 3), y sigue una línea oblicua que pasa bajo la carretera, al este del recuadro HV. Parece, pues, que incluso en esta época el «tell» tenía un pronunciado declive hasta el este, muy posiblemente porque los edificios siempre se inclinaban hacia el venero. No existen medios para fijar en qué lugar del terreno brotaba entonces el venero, ya sea dentro o fuera de las murallas. En alguna parte, por este lugar debía ciertamente estar situada una puerta, ya que era precisa para llegar a los campos cultivados al este.

En Jericó, las murallas de la ciudad están construidas con adobes sin cocer; éste es, incluso hoy, el material de construcción empleado en estos parajes. De hecho los ladrillos son muy parecidos a los que se usan hoy, y son bastantes distintos de los empleados en los sucesivos períodos neolíticos. Estos últimos estaban hechos a mano, y en formas que varían en los distintos períodos. A partir del Bronce antiguo, son losas rectangulares hechas con moldes, en general de unos 5 centímetros de espesor y de unos 40 por 30 cm de altura y anchura. Los ladrillos se colocaban con argamasa de barro, bastante juntos unos a otros; solía tenerse cuidado en abrir la juntura. La obra de fábrica descansaba sobre unos cimientos de una o más hileras de piedra. En las etapas primitivas, la muralla tiene un espesor aproximado de un metro.

Una muralla de este tipo puede constituir una barrera sólida e impresionante. Sin embargo, exige una atención constante para mantenerla en buen estado. La parte alta debe conservarse compacta para evitar que el agua se infiltre, mediante el revoque debe evitarse la erosión de la parte frontal, y no se puede permitir ninguna denudación que socave los cimientos.

Además de los peligros de deterioro, en Jericó existía un peligro especial proveniente de las fuerzas de la naturaleza. La totalidad del valle del Jordán es una zona sometida a perturbaciones sísmicas, y unas cuatro veces por siglo se dan terremotos importantes. Las excavaciones han revelado pruebas evidentes de hundimientos provocados por un terremoto, ya que la parte frontal caída se encuentra

directamente sobre el estrato de terreno contemporáneo. Un rasgo bastante curioso en la estructura de las paredes quizá se puede explicar como un recurso contra los terremotos. A intervalos, en el trazado de la muralla, y al parecer en casi todas las fases, había cavidades de una anchura de 90 centímetros y, por tanto, no lo suficientemente grandes para haber sido torres, a lo largo de casi todo el espesor de la muralla. Servían para localizar el hundimiento, porque si en algunos lugares se encontró una sección totalmente hundida hasta sus cimientos, en el sector inmediatamente adyacente, al otro lado de una de esas cavidades, se mantenía íntegra hasta una altura aproximada de unos 3 metros (lám. 30).

Por fin, las murallas de Jericó sin duda padecieron a causa de ataques enemigos. En todos los sectores examinados, las murallas sufrieron al menos una vez un violento incendio. Es probable que no todos estos fuegos fuesen contemporáneos, ya que las murallas afectadas no parecen alcanzar el mismo punto en la sucesión de construcciones. Más de un ataque debe haber adoptado la forma de prender fuego a las murallas. El ejemplo más claro de ello, y la prueba más evidente de que el incendio fue un acto deliberado perpetuado por un enemigo, procede del extremo sur del «tell». Contra la cara exterior de la muralla había una capa de ceniza de 90 centímetros de espesor, procedente de un enorme montón de broza (lámina 31). La muralla de la ciudad tenía en esta etapa cinco metros de grueso, y el fuego había abrasado los ladrillos en todo su espesor ayudado por el hecho de que los ladrillos de la muralla habían sido ensamblados con maderas — otra posible medida contra los terremotos — y éstas habían sido incendiadas. La finalidad del fuego apenas si debió ser simplemente la destrucción de la muralla, porque su consecuencia verdadera fue el endurecerla y fortalecerla con la combustión de los ladrillos. El efecto desastroso fue sin duda alguna el causado en el interior de la ciudad En todas partes en que se descombró la cara interior de la muralla, se hallaron casas construidas adosadas a la misma. Por consiguiente, el incendio de la muralla haría arder estas casas, y el fuego sin duda se propagaría con rapidez por el resto de la ciudad, ya que se utilizaba mucho maderamen y, al parecer, los tejados a menudo eran de cañas.

Las murallas de Jericó, por consiguiente, tienen una historia

variada. En la parte occidental del «tell» pudieron hallarse diecisiete fases sucesivas de construcción y reconstrucción. Desde luego, esto no significa que todo el circuito fuera reconstruido tal número de veces, porque algunos derrumbamientos sin duda fueron locales. No es posible decir cuántas fases de construcción están presentes sin seccionar la muralla. A veces la reconstrucción adoptó la forma de muro de engrosamiento, levantado contra el interior o exterior de la muralla primitiva. Otras veces la muralla hundida sobrevivió con la silueta de una U invertida, y la reconstrucción consistía en una cubierta que podía tener sus cimientos en el mismo estrato que la muralla original, y en consecuencia la ocultaba completamente. La fijación de la historia completa exigiría, por tanto, gran cantidad de cortes.

Cierto número de rasgos interesantes han salido a luz gracias a los varios descombros efectuados. En la parte occidental se descubrió que había una torre exterior semicircular, tan sólida con muchas torres medievales. La temprana presencia de este tipo de añadidura a una muralla es totalmente inesperada, y su finalidad no es muy clara, puesto que en una época en que no se usaban proyectiles no parece que reforzase nada las defensas; la ballestería ciertamente no se usaba entonces, y tampoco hay pruebas de la existencia de piedras arrojadizas. En el extremo norte del «tell» también había una torre exterior, rectangular en una fase y semicircular en otra. Aquí es posible que estuviese asociada con una puerta. La ladera del montículo es más suave aquí que en la parte occidental. Para proteger la muralla principal de la ciudad había un saliente como un gancho, recubriendo la torre, pero con una posible vía de entrada entre los dos. La planta se parece a la de la *clavícula* que protege las puertas de las fortalezas romanas, pero la muralla de la ciudad de este período no pudo excavarse en su totalidad para ver si realmente hubo una entrada aquí.

El rasgo más inesperado descubierto fue que, en unos cuantos lugares, la muralla había sido protegida con un foso exterior. Esto sucede incluso en el lado occidental escarpado del montículo, donde pueden seguirse cuatro distintas secciones del foso. Pertenecen, al parecer, a las últimas etapas de la historia de la muralla, pero es posible que incisiones posteriores eliminaran las pruebas de fases anteriores.

Todavía no ha sido fijada por completo la relación entre la historia de las murallas y la de la ciudad propiamente dicha. No fue posible excavar una zona apreciable inmediatamente adyacente a las murallas, de modo que la correlación de las fases de la muralla y la de la sucesión de las construcciones interiores depende de la cerámica asociada a ellas, que aún no ha sido estudiada. Es probable que aparezcan tres puntos. Parece probable que hay una etapa de ocupación plenamente desarrollada antes de que la ciudad fuese realmente amurallada; en el lado meridional aparecen construcciones sólidas que se extienden mucho más abajo por la ladera que la muralla subsiguiente, y lo mismo puede ser verdad en el extremo septentrional; sin embargo, siempre cabe la posibilidad de que las murallas situadas en el borde del montículo hayan sido destruidas por denudaciones.

El segundo punto es que en el transcurso de este período, hubo un cambio muy notable en la arquitectura. Las casas primitivas son muy sólidas, las habitaciones mayores y las paredes más gruesas que las posteriores, pero están construidas con mucha menos regularidad. Las habitaciones mismas a menudo tienen extremos circulares, o en algunos casos son completamente circulares, pero al parecer no hubo un sistema aceptado de planificación de la ciudad; los edificios se erigen en todos los ángulos, y hay cambios de eje en sucesivas etapas de construcción. Asimismo, la ocupación parece haber sido más bien sórdida, porque hay gruesos estratos de depósitos de estiércol en bastantes lugares, lo cual indica que se permitía acumular la basura en los patios y calles.

La última etapa de ocupación con toda probabilidad fue, y con mucho, la más duradera. En ella, en todas las zonas excavadas las casas presentan una planta mucho más regular y están orientadas sobre un eje norte-sur. Aunque las paredes son menos sólidas que las del período precedente, sin embargo, son resistentes y están bien construidas. Característica de esta última etapa es la gran cantidad de silos construidos de ladrillos, unidos a las casas. En ellos probablemente se almacenaban los cereales de un año para otro, y existen pruebas de una floreciente comunidad agrícola. Los habitantes de esta etapa aparentemente no permitían acumular la basura alrededor de las casas, sino que las arrojaban por encima de las murallas de la ciudad, sobre todo en el ángulo noroeste. Esta costumbre quizá fuera más higiénica, pero desde luego no fue conveniente para la eficacia de las defensas.

La madera se usó bastante en los edificios. La prueba de ello procede en su mayor parte de las vigas quemadas que se encuentran en los pisos de las habitaciones; se empleó, pues, la madera para techos y cielos rasos. Se descubrieron unos cuantos orificios para postes; de todos modos no parece que hubiera un uso regular de soportes para el techo en el eje central. Las habitaciones, en conjunto, no eran lo bastante grandes para necesitarlo.

El tercer punto es que los edificios parecen seguir las laderas del montículo preexistente, con pocos intentos de nivelarlo. Sobre todo en el lado oriental, los edificios de la última etapa — la anterior no ha sido alcanzada en esta zona, descienden a pico de oeste a este, probablemente tratando de acercarse al venero. Sin embargo, en la cima del montículo se aprecia también un declive evidente hacia el exterior en dirección de las murallas, con los edificios escalonándose hacia abajo en una serie de terraplenes.

Por consiguiente, la imagen que nos ofrece Jericó durante el Bronce antiguo, es la de una ciudad floreciente, formada por casas sólidas y resistentes, muy apretujadas entre sí. Parece que el plan general de la ciudad fue estable en todo momento de la segunda fase, y al parecer la muralla de la ciudad siguió el mismo curso. Hubo, no obstante, algunas ligeras alteraciones de las dimensiones. En determinado momento, en el extremo norte, la muralla se adelantó unos metros pendiente abajo, pero en un período posterior volvió a la misma línea. En la parte occidental, todas las murallas primitivas estaban en la misma línea, pero la décimoquinta fase de construcción fue adelantada unos 7 metros pendiente abajo, con lo cual se añadió una zona considerable a las fases posteriores de la ciudad.

Tell el-Fārʿah, al igual que Jericó, se convirtió en ciudad a principios del Bronce antiguo, siendo su origen la población protourbana. El lugar que ocupa es muy adecuado para una ciudad importante. Está situada en una colina muy empinada al norte y al sur, y algo menos al este; tan sólo al oeste hay una suave pendiente que une la colina a la cordillera principal. Al pie de su sector norte y sur hay

excelentes manantiales, en los que los valles van rodeando el pie de la colina y se unen para formar el Wādī el-Fārᶜah El lugar mismo domina el Wādī el-Fārᶜah, que es el único paso ancho que comunica el valle del Jordán con el centro de Palestina; se continúa con un valle más estrecho que asciende hasta Siquem, situado en la principal ruta norte-sur a lo largo del espinazo de la zona montañosa. Otro camino lleva hacia el norte, desde Tell el-Fārᶜah hasta Beisán. Las laderas y valles circunstantes proporcionan buen terreno agrícola. El lugar es excelente, estratégica y ambientalmente.

Los estratos de la Edad del Bronce antigua han sido examinados en dos puntos bastante separados entre sí. Por consiguiente, la ciudad era grande, aunque se desconoce su extensión total. En todas estas zonas es evidente que la ciudad estaba totalmente desarrollada antes de que se construyesen defensas. Las habitaciones eran rectangulares, muchas de ellas de dimensiones considerables. La parte de las murallas que persisten eran casi siempre de piedra, aunque, cuando menos algunas de ellas, fueron elevadas con adobes. En las habitaciones mayores, a menudo había una hilera de losas que debieron aguantar soportes para sostener el techo; en otros casos, estos soportes al parecer se apoyaban en losas adosadas a las paredes laterales. En bastantes casos, un banco bajo corre a lo largo de uno o más lados de la habitación. Se encontraron cinco estratos sucesivos de edificios, íntimamente unidos por el plan general y por los hallazgos. Los dos primeros pueden adscribirse al Bronce antiguo I, los dos últimos al II, y el tercero pertenece a la transición entre el I y II. En la zona septentrional excavada, las casas del Bronce antiguo I fueron destruidas por el fuego, aunque no sucede lo mismo en la parte occidental, por lo cual puede haber sido sólo una catástrofe local.

El cambio más notable llega con el cuarto período, a principios del Bronce antiguo II. Por primera vez la ciudad estuvo rodeada de una muralla. En la parte septentrional, consistía en un gran muro de piedra, de más de 8 metros de anchura y que subsiste hasta una altura de cerca de 1,8 metros, con la parte exterior protegida por un glacis de tierra apisonada. En el lado occidental todavía es más impresionante. Está construida con adobes, de considerable anchura, subsistiendo en algunos lugares hasta una altura de 4 metros Es, pues, una muralla muy maciza. Posiblemente puede deducirse que a principios del Bronce antiguo II, las condiciones se volvían inseguras. Quizá fuese a causa de la presión que ejercían las tribus nómadas provenientes del este, ya que la ruta del Wādī el-Fārᶜah dejaba a la ciudad abierta ante esas incursiones; pero es mucho más probable que se debiera a la mayor competencia y rivalidad entre el creciente número de ciudades libres.

Un descubrimiento extraordinariamente interesante en los edificios del período 3, de transición entre el Bronce antiguo I y II, fue un horno de alfarería (lám. 39). Se trata de un tipo donde el fuego está en una cámara inferior, y las vasijas se colocan en un piso por el cual penetran unos tubos desde la cámara de combustión que hay debajo. El sistema supone una gran mejora sobre la cocción de vasijas con el combustible acumulado alrededor de los mismos, que al parecer fue el sistema en vigor hasta ese momento. De hecho es el tipo de horno que siguió usándose hasta la época romana.

La ciudad de Tell el-Fārᶜah fue completamente abandonada antes de los comienzos del Bronce antiguo III. El muro de ladrillos se derrumbó en el lado occidental a fines de la ocupación del período 5; sus restos se desparramaron sobre las casas del período. En la parte superior de los restos se construyeron algunas casas más del mismo tipo, pero su vida al parecer no fue larga. Fueron abandonadas, y entonces hay un vacío completo en la ocupación del lugar durante unos setecientos años. Por lo que puede juzgarse a base de la historia de otros lugares, esto no se debe a causas políticas. Puede ser sencillamente que el lugar sufrió una epidemia de malaria. Hasta las medidas sanitarias adoptadas recientemente, la población de los pueblos de los alrededores estuvo muy contagiada por esta enfermedad; quizá por esto, un lugar tan importante como éste estuvo abandonado en un período en que florecían otras ciudades.

En Megido, como en Jericó y Tell el-Fārᶜah, una ciudad del Bronce antiguo sucedió a la ocupación protourbana. El montículo de Megiddo es inmenso, y la fotografía aérea (lám. 29) muestra la parte de la ciudad que constituye la relativamente pequeña zona BB, única zona de la ciudad adecuadamente descombrada. Por consiguiente, sólo nos da algunos indicios de la historia del lugar durante el período. La imagen, por desgracia, ha sido menos clara de lo que

podría haber sido a causa de los métodos de excavación empleados, algo rudimentarios[1]. Parecería que durante el Bronce antiguo I y II hubo una ocupación que probablemente fue de un tipo urbano plenamente desarrollado, aunque sólo quedan de ella unos restos confusos y bastantes escasos[2]. No hay pruebas de si hubo muralla de protección en este período. En el Bronce antiguo III se desarrolló más el trazado de la ciudad. Hasta entonces, los edificios habían seguido la pendiente natural de la roca. En el Bronce antiguo III se edificaron algunas murallas de contención muy macizas, detrás de las cuales se constituyeron terraplenes, y se trazó un nuevo plano de la ciudad, más esmerado (fig. 15). En el terraplén inferior hay un edificio monumental de grandes habitaciones rectangulares. En el superior hay un camino flanqueado por edificios, de los que sólo se ha excavado el borde. Entre ellos hay un rasgo muy interesante. Se trata de un edificio cónico de piedra, que ha llegado hasta nosotros con una altura de 1,40 metros; a esta altura tiene 8 metros de ancho. Un tramo de peldaños lleva a la parte alta (lám. 34). Indudablemente, debe interpretarse como un altar, y los restos que lo recubren estaban llenos de huesos de animales y de fragmentos de cerámica, posiblemente procedentes de sacrificios cruentos. Los excavadores consideraron que la muralla del terraplén inferior era la muralla de la ciudad. Aunque era suficientemente sólida para este fin (lám. 33), tiene adosadas a su parte inferior paredes de casas, lo cual con toda lógica no sucedería si hubiese sido una muralla defensiva. La solidez se explica por el hecho de que el terraplén bajoestante tenía un espesor de unos 5 metros. Es muy probable que una ciudad tan bien equipada estuviese realmente amurallada; sin embargo, los excavadores no localizaron el trazado; los bordes de los edificios bajo la gran muralla terraplenada están destruidos por la erosión, y la muralla de la ciudad puede haber desaparecido en este proceso.

La otra gran ciudad del valle de Esdrelón es Beisán, lugar representado hoy en día por un montículo de dimensiones tan impresionantes como los de Megiddo (lám. 35). El Museo de la Universidad

[1] La descripción de los estratos y hallazgos puede verse en *Megiddo II,* con un resumen anterior en *Megiddo Stages.* Para un análisis crítico de las pruebas, cf. K. M. KENYON, «Some notes on the Early and Middle Bronze Age Strata of Megiddo», en *Eretz Israel,* V.

[2] *Eretz Israel,* V, págs. 52-53.

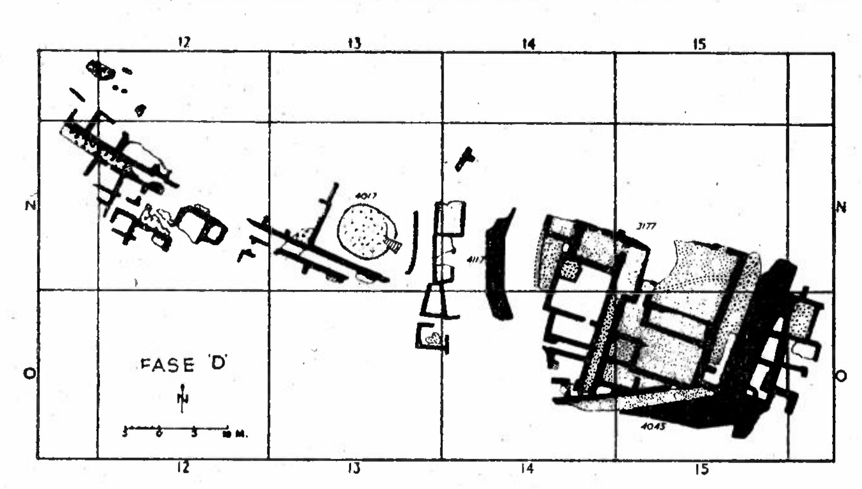


FIG. 15. Plano de la zona B de Megiddo en el Bronce antiguo III.

de Pennsylvania, a partir de 1921, llevó a cabo una larga campaña de excavaciones en este yacimiento. El descombro principal alcanzó tan sólo el estrato de la ciudad del Bronce medio. Debajo de ésta, una cata de 24 por 16 metros penetró hasta el suelo virgen, revelando estratos del Neolítico, Calcolítico, Protourbano y Bronce antiguo. El lugar, pues, estuvo habitado tanto tiempo como Megiddo y, al igual que éste, probablemente fue una ciudad importante en el Bronce antiguo. Desde luego, la zona descombrada no reveló muchos detalles de los estudios sucesivos, ni tampoco han aparecido nunca noticias detalladas acerca de los hallazgos[1]. Al igual que en los otros lugares ya descritos, la ciudad del Bronce antiguo se formó directamente, partiendo de la ocupación protourbana, en la que según sugieren las pruebas de las excavaciones, ya habían aparecido casas hechas de ladrillos. La transición al Bronce antiguo se manifestaría por la cerámica que habría de aparecer en el estrato XIV, cuando las diseminadas casas de los estratos anteriores fueron reemplazadas por edificios con habitaciones contiguas de planta rectangular. Éstas, como en Jericó y Tell el-Fārʿah, estaban unidas

[1] G. M. FITZGERALD publicó informes provisionales en *P.E.Q.*, 1934 y, acerca de la cerámica, en el *Museum Journal* de Philadelphia, XXIV.

a silos de almacenaje construidos con ladrillos. El estrato XIII subsiguiente también contiene casas bien construidas. Debe adscribirse al Bronce antiguo II, y el fuego lo destruyó, aunque no hay manera de decir si fue una catástrofe general o un simple incidente local. Los estratos XII y XI no ofrecen interés arquitectónico, porque las casas eran pequeñas e insignificantes. Se distinguen, sin embargo, por la repentina aparición de cerámica importada, muy bella, conocida como cerámica de Ḫirbet Kerak yacimiento, situado al norte del lago Tiberiades donde se encontró por vez primera en cantidad. La comentaremos más adelante (págs. 121-127); no hay duda de que representan una influencia extranjera, pero nada hay en Beisán que indique que la trajesen los invasores, ya que junto a ella sigue habiendo vasijas indígenas y además no hay ningún cambio notable en las características arquitectónicas.

El estrato XI es el último estrato del Bronce antiguo en Beisán. Es difícil juzgarlo con certeza, ya que sólo se ha aplicado una selección de la cerámica; pero no parece durar hasta el final del Bronce antiguo, pues, por ejemplo, la cerámica de este período no es tan tardía como la de ᶜAy. Mezcladas con el material publicado proveeniente de los estratos XII y XI hay vasijas pertenecientes al período siguiente, es decir, al período intermedio entre el Bronce antiguo y el Bronce medio, e incluso algunas vasijas del Bronce medio; por consiguiente, hubo claramente intrusiones, pero al parecer, la ciudad del Bronce antiguo acabó hacia mediados del Bronce antiguo III por alguna causa inexplicada y, al igual que Tell el-Fārᶜah, Beisán no volvió a convertirse en ciudad hasta el Bronce medio II.

Otra ciudad de Palestina septentrional, importante en el Bronce antiguo, es Ḫirbet Kerak. El lugar dio su nombre a la bella cerámica roja y negra que aparece en Palestina en el Bronce antiguo III (páginas 121-124), porque allí en 1925 el profesor Albright recogió muchos fragmentos en superficie, antes de que apareciese en las excavaciones. El yacimiento está situado al oeste mismo del lugar en que el Jordán sale del lago Tiberiades y sus vestigios cubren una extensión de unas 20 hectáreas. Sólo se han excavado dos pequeñas zonas, en los extremos norte y sur del yacimiento, pero dado que en ambos aparecen estratos de ocupación del Bronce antiguo, es probable que la ciudad de este período se extendiese por todo el yacimiento. El primer poblado, erigido sobre terreno virgen, data del período protourbano, con cerámica que incluye vasijas grises pulimentadas del tipo esdreloniano del protourbano C. No está claro qué otros elementos incluye, ya que el material no se ha publicado en su totalidad. Los ocupantes habitaban en chozas medio hundidas en el suelo, como en otros yacimientos de este período y del precedente.

A esta ocupación protourbana le siguieron casas asociadas con cerámica del Bronce antiguo I, y con ello parece que tenemos otro ejemplo de desarrollo directo de una ciudad del Bronce antiguo, partiendo de un poblado establecido por primera vez en el período protourbano. Sobre estas casas hay otras que gracias a la cerámica se han fechado en el Bronce antiguo II. Perteneciente a uno u otro de estos poblados — la relación no está clara en este punto — había una muralla de protección de adobes, de unos 8 metros de anchura. El estadio final del Bronce antiguo al parecer fue el más importante de todos, con depósitos de más de 2 metros de profundidad. Estos depósitos se caracterizaban por la presencia de muchas vasijas del tipo Ḫirbet Kerak y, por consiguiente, la fase pertenece al Bronce antiguo III. Una muralla defensiva de piedra se atribuyó en un principio a este período, pero posteriormente resultó que, con toda probabilidad, pertenecía al Bronce medio. El edificio más importante era uno muy notable, de unos 32 m², obviamente un edificio público, aunque de finalidad incierta. Asentados sobre murallas exteriores extremadamente macizos había ocho círculos de un diámetro medio de 8 metros. Irradiando de sus paredes como radios de una rueda se veían cuatro tabiques que, sin embargo, no llegaban al centro de los círculos (como si faltasen los cubos de las ruedas). Dentro del recinto de esta muralla exterior maciza había una sala oblonga, pavimentada con pedrezuelas, y un patio de 25 metros de longitud, al cual daba acceso una puerta situada en la muralla exterior. Hallazgos de hornos, figurillas y huesos de animal incinerados indujeron a los excavadores a identificar la construcción con un santuario, aunque también sugirieron la alternativa de que se tratase de un granero público.

A excepción de Jericó, todos los lugares considerados hasta ahora están situados en Palestina septentrional. Esto se debe, en su mayor

parte, a la conyuntura de la excavación, que en estos últimos años ha centrado la atención de los arqueólogos hacia los grandes montículos que se alzan en esta zona, mientras que los yacimientos de la región montañosa, más difíciles de excavar, han sido descuidados. Un yacimiento importante de la región montañosa, excavado hace relativamente poco es el de ᶜAy, identificado en los impresionantes vestigios conocidos como el-Tell, que cubren una colina a unos 15 kilómetros al norte de Jerusalén. Lo excavó Madame Marquet-Krause, con fondos del barón Edmond de Rothschild, entre 1933 y 1935. Por desgracia, Madame Marquet-Krause murió antes de que acabase de publicar los resultados, y el volumen que describe el trabajo es poco más que un indigesto diario de campo. El lugar ofrece interés peculiar, puesto que, según el relato bíblico, Josué capturó ᶜAy después de la caída de Jericó. Las excavaciones demostraron que el lugar fue abandonado al final del Bronce antiguo y no volvió a ocuparse hasta bien entrada la Edad del Hierro. Una explicación posible es que ha habido una confusión entre la historia de ᶜAy y la de la localidad próxima de Betel.

Sin embargo, desde el punto de vista de la historia del Bronce antiguo, los restos de ᶜAy son interesantes por sí mismos, y es una lástima que sea imposible hacer pleno uso de los mismos a causa de la forma en que se han publicado. Los depósitos funerarios, a los cuales ya nos hemos referido, demuestran que el lugar fue importante en el período protourbano, porque hay mezcla de los grupos protourbanos A y B. Durante el Bronce antiguo, se convirtió en una ciudad de considerables dimensiones. Pueden identificarse tres líneas de murallas de piedra que rodean parte del lugar, y dos en otras partes; pero, por el material publicado, no es posible fijar su fecha, ni tampoco decir si eran contemporáneas. La más interior probablemente era la más primitiva, y en una época en que la muralla se adelantó hacia el exterior, edificaron sobre él una sólida defensa descrita como una ciudadela. Estuvo ciertamente en uso durante el Bronce antiguo III, ya que adosado a su parte interior, se edificó un santuario, cuya última utilización puede situarse en una fase tardía de este período; también se identificaron dos períodos anteriores de utilización, pero no se pueden datar con tanta precisión. El gran interés del santuario radica en el hecho de que sus partes

componentes parecen tener las mismas funciones que las principales divisiones del Templo de Salomón. El recinto exterior era bastante grande, y en él cabrían todos los que participasen en los sacrificios rituales. En el rincón derecho más lejano había un banco sobre el cual probablemente se colocaban las ofertas, y en él había dos incensarios de cerámica. A su lado estaba la puerta con un peldaño ascendente, que daba al santuario interior, el *hēkal*. Inmediatamente a la derecha, por la parte interior de la puerta, había otro banco, en el que se encontraron trece platillos de un tipo que podría haber servido para ofrendas líquidas, pero que a menudo se usaron como lámparas. En el ángulo, a la izquierda de la puerta estaba el sanctasanctórum, el *dĕbīr;* con un altar bajo enlúcido, probablemente un altar para incensar, en el ángulo. Desde el patio exterior, los adoradores no podían ver el sanctasanctórum que era donde el sacerdote consultaría la divinidad. En el altar se encontraron algunos delicados boles de alabastro y piedra, indudablemente importados de Egipto, donde son típicas de la Segunda y Tercera Dinastías. Más allá del altar había arcas o *favissae,* en las cuales podían depositarse las ofertas. Otros descubrimientos hechos en el santuario incluían huesos de animales provenientes de los sacrificios, incensarios, un primoroso mango de cuchillos de marfil, así como numerosas fuentes y elegantes copas de lados desplegados (fig. 23, *5-8*). Estas últimas también demuestran influencia egipcia, porque son copias de copas de piedra, particularmente características de la Cuarta Dinastía, hacia 2613-2494. Estas indican probablemente la fecha del santuario, y también es probable que los bellos boles de alabastro y piedra procediesen de una de las construcciones primitivas. Como se verá, en la evolución palestinense, estos hallazgos posiblemente aparecen hacia fines del Bronce antiguo III. Al final del Bronce antiguo, la primitiva historia del lugar acaba con brusquedad; probablemente la destruyeron, sin ocuparla, los nómadas invasores que describiremos en el capítulo siguiente.

Nuestra información acerca de otros grandes yacimientos de Palestina central es escasa, porque ninguno de ellos ha sido excavado en los últimos años y las técnicas arqueológicas antiguas no pueden desenredar las difíciles y parcas pruebas. En la misma Jerusalén, hubo ciertamente una ocupación en el período protourbano, porque algunas de las más bellas piezas de la cerámica del Protourbano B

hallados allí proceden de una tumba descubierta en las laderas de Ofel[1], colina, al sur de la ciudad actual, que fue el núcleo de la localidad preisraelita. Las excavaciones realizadas en la cima de la colina revelaron solamente fragmentos desunidos de los estadios primitivos de ocupación, y no ha sido publicado ningún objeto de cerámica atribuible al Bronce antiguo. Esto no es una prueba de que no existiese ninguna ciudad, aunque la cuestión por el momento no debe quedar sin solución. Gézer también se excavó hace muchos años; los hallazgos no se pueden interpretar a satisfacción; sin embargo, el lugar estuvo ciertamente ocupado a partir del período protourbano durante toda la Edad del Bronce antiguo, según consta por las pruebas de hallazgos hechos en las tumbas. Tell el-Naṣbeh y, más al norte, Samaria no estuvieron ocupadas durante el Bronce antiguo, aunque hubo poblados protourbanos en ambos lugares.

Los descubrimientos hechos en Ra'ˀs el-ᶜAin, en las colinas al sudoeste de Jerusalén, son un indicio de las pruebas que podrían aportar exploraciones ulteriores. Este yacimiento, un «tell» cerca de las fuentes del río Yarqōn no se escavó arqueológicamente; pero surgieron hallazgos al hacerse obras hidráulicas para el abastecimiento de Jerusalén. Apareció una muralla defensiva de unos 250 m, de anchura, asociada con la cerámica del Bronce antiguo. No se ha publicado por completo, pero el material estudiado[2] parece casi siempre primitivo, probablemente del Bronce antiguo. Por la descripción, probablemente no se limitaba a este período, pero no se menciona nada que parezca ser específico del Bronce antiguo III.

Volvemos a tener pruebas satisfactorias tan sólo al llegar a Palestina meridional, aunque siguen siendo escasas. Tell el-Duweir, identificado como el lugar bíblico de Lākīš, es el montículo más grandioso de Palestina (lám. 36); las 7 hectáreas de su cima las iguala Gézer y las supera sólo Ḥāṣōr, que tiene un origen más tardío; su altura de 40 metros probablemente supera los depósitos debidos a la mano del hombre en cualquier otro yacimiento. La ocupación de las inmediaciones se retrotrae el Calcolítico, aunque no parece que los grupos protourbanos del norte penetraran en esta región. En el curso del Bronce antiguo, la ocupación empezó a concentrarse

1 *Jérusalem sous terre*, H(ugues) V(incent).

2 *Q.D.A.P.*, V.

en el lugar del montículo de la ciudad. Por desgracia, fue preciso suspender las excavaciones antes de alcanzar los estratos inferiores; el conocimiento de los vestigios de los períodos primitivos solamente procede de cuevas y sepulcros, y de una sola capa en el costado del montículo[1]. De las pruebas utilizables parece deducirse que la historia de Tell el-Duweir como ciudad comenzase bien entrado el Bronce antiguo. Ningún elemento del material es característico del Bronce antiguo, por lo cual es posible que la civilización del Bronce antiguo no penetrase en Palestina meridional en las primeras etapas.

En el Bronce antiguo II algunos de los habitantes todavía vivían en cuevas, por ejemplo, las cuevas 1519 y 1535; pero las excavaciones de los estratos más inferiores del «tell» fueron insuficientes para decir si el emplazamiento de la ciudad también comenzó a ser ocupado en este período. En el período subsiguiente, estas cuevas se utilizaron para enterramientos, lo cual, en sí mismo, significa un cambio en el modo de vivir; los estratos más bajos excavados en el borde del «tell» demuestran que la ocupación se estaba concentrando en esa zona. En el corte efectuado en el borde del montículo, los tipos de cerámica, que en otras localidades se hallaron a fines del Bronce antiguo II y principios del III, se presentan aquí en los estratos más bajos, y las vasijas del tipo Ḫirbet Kerak se encuentran sobre el lecho de roca, por lo cual la plena expansión del asentamiento de la ciudad posterior ciertamente no tuvo lugar hasta principios del Bronce antiguo III. No poseemos pruebas acerca de las dimensiones del poblado, ni tampoco sabemos si estaba amurallado. Ninguno de los grupos de tumbas publicados pertenecen exclusivamente a los últimos estadios del Bronce antiguo III pero las pruebas son demasiado escasas para poder determinar si en Tell el-Duweir, como en Beisán la ocupación se interrumpió antes del final del Bronce antiguo.

Tell Beit Mirsim está situado, como Tell el-Duweir, en los bordes de la región de colinas, en una zona semiárida, que podía ser fértil en años de buena lluvia, y al igual que Tell el-Duweir, indudablemente podía mantener una población sedentaria, ya que fue asiento de un poblado desde los últimos estadios del Bronce antiguo hasta el final

1 *Lachish*, IV.

del Hierro antiguo II. Sin embargo, no atrajo a nadie hasta muy entrado el Bronce antiguo, y los restos del período son limitados. La cerámica publicada es escasa, y no es fácil relacionarla con los hallazgos de otras localidades, aunque ciertamente debe llegar ya entrado el Bronce antiguo III. No se hallaron huellas de murallas defensivas, y los restos arquitectónicos eran fragmentarios.

La historia de Tell el-Ḥesi, situado en la misma zona que Tell el-Duweir y Tell Beit Mirsim, probablemente es similar. Sir Flinders Petrie comenzó la excavación del yacimiento hace ya mucho tiempo, en 1890; de hecho fue en Tell el-Ḥesi donde se plantaron los fundamentos de la excavación estratigráfica palestinense, así como el inventario de la cerámica en relación con la evolución de las construcciones. Estos documentos, por consiguiente, exigen mucha reinterpretación. Sin embargo, un hecho importante emerge en conexión con las primeras ocupaciones. Se fijan, como procedente de los estratos más bajos, un grupo de armas de cobre[1]. Incluye una cabeza de hacha en forma de media-luna, pudiendo establecerse un paralelo exacto entre ella y otra cabeza de hacha hallada en una tumba casi de fines del Bronce antiguo III de Jericó (fig. 16, *1-2*)[2]. Esto sirve para situar la primera ocupación de Tell el-Ḥesi en el Bronce antiguo III, y constituye también una prueba interesante de la difusión del uso de armas de cobre en este período, porque hasta entonces habían sido raras.

Sin embargo, no parece que la expansión de la cultura del Bronce antiguo hacia Palestina meridional se efectuara en gran escala. En Tell Fāra y Tell el-ᶜAǧǧūl, yacimientos en los que se han realizado considerables excavaciones, no han aparecido vestigios de ningún poblado de este período, aunque llegaron a ser ciudades importantes en el segundo milenio.

Este esbozo de la historia de las distintas localidades habrá indicado que todavía hay que documentar gran parte de la historia de Palestina durante el Bronce antiguo. En todas las localidades que ofrecen indicios de haber sido ciudades importantes en este período, solamente se han examinado zonas limitadas, o bien, los métodos de excavación no han podido dar una imagen clara. De todos modos, hallazgos dispersos y exploraciones de superficie han puesto más de

1 F. J. Bliss. *Mound of Many Cities*, págs. 36-37.
2 *Eleventh Annual Report of the Institute of Archaeology*.

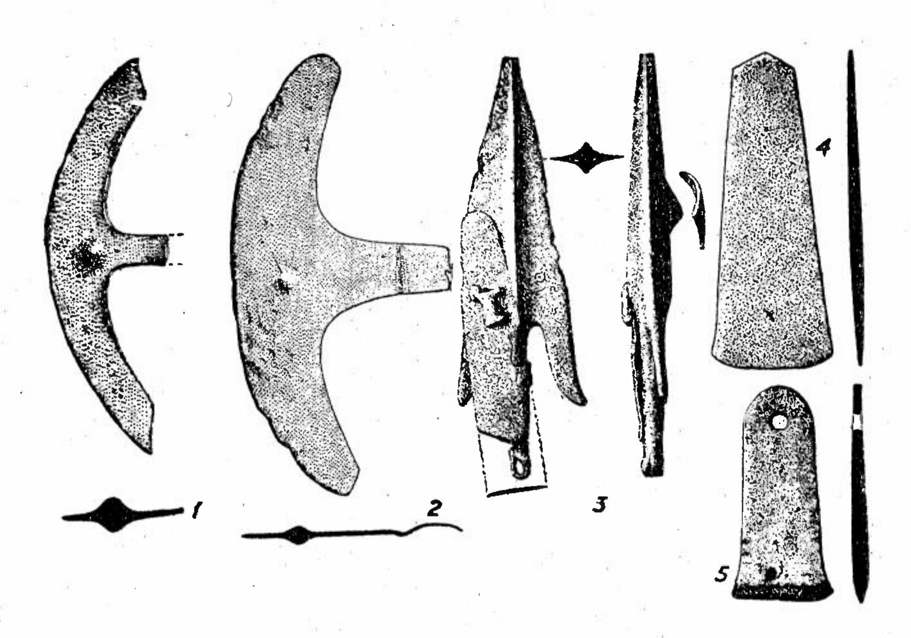


Fig. 16. Armas de cobre procedentes de Jericó y Tell el-Ḥēsi.

manifiesto el carácter amplio de la cultura. En Transjordania en particular, exploraciones de superficie han localizado muchos yacimientos del período que estudiamos, aunque ninguno de ellos ha sido examinado. En Palestina propiamente dicha, la escasez de las pruebas se debe en parte a la misma naturaleza de la cultura. En muchísimos casos, las ciudades del Bronce antiguo son las antepasadas de las posteriores y, en consecuencia, sus restos quedan sepultados bajo las acumulaciones siguientes.

De la imagen, tal como queda por ahora esbozada, se deduce que las ciudades principales, y las que empiezan antes y duran más, se hallan al norte y al centro; las ciudades de Palestina meridional crecen solamente más tarde. Esto en parte se debe a la historia primitiva de las zonas. Las culturas protourbanas precedentes, descritas en el capítulo anterior, no se presentan en Palestina meridional, donde el Calcolítico del gasuliense y grupos afines puede haber continuado durante más tiempo. Basándose en las pruebas de la cerámica, hay

que decir que la cultura del Bronce antiguo procede de las protourbanas. Al parecer, los grupos gasulienses carecieron del ímpetu necesario para convertirse en ciudades; la costumbre de habitar en ciudades se extendió de norte a sur, quizá no mucho antes del Bronce antiguo III. Otro factor que estimuló el desarrollo en el norte fueron probablemente los contactos con las ciudades costeras de Siria. Los puertos de la costa fenicia tendieron muy pronto hacia un desarrollo urbano, porque dependían más del comercio que de la agricultura, y los contactos con Egipto se establecieron en fecha muy temprana. La primera ciudad en Biblos data del 3100 A. C. aproximadamente, y hay muchas semejanzas, tanto en la forma como en la técnica, entre la cerámica de Biblos y la de Palestina en esta etapa. El impulso hacia el desarrollo urbano puede haber venido de la misma dirección.

El elenco de las pruebas provenientes de los yacimientos excavados habrá demostrado que no es posible lograr una imagen muy clara del sistema de vida de la población de Palestina en aquel entonces. En ningún caso disponemos de una parte suficiente del plano de una ciudad para decir si todas las casas estaban edificadas a escala similar, o bien si unas superaban a otras en tamaño hasta el punto de indicar una marcada diferencia en cuanto a riqueza y clases sociales. En conjunto, las pruebas dan una idea de cierta prosperidad, pero no de gran riqueza. Al parecer la población fue sobre todo agrícola y hay pocas pruebas de la existencia del comercio. Hubo algunos contactos con Egipto, a los que nos referimos en relación con la cerámica; pero la mayor parte de los objetos hallados fueron probablemente de fabricación local. La prueba más evidente de ello nos la da la relativa escasez de metal. El período se conoce convencionalmente con el nombre de Edad del Bronce antiguo, pero de hecho no hay pruebas ciertas del uso del bronce, e incluso el cobre no es muy frecuente. Como ya hemos indicado, se trabajó el cobre en Palestina durante el Calcolítico, y a partir de entonces se encuentran de vez en cuando utensilios de este metal. Se hallan cuentas de cobre en sepulcros del Bronce antiguo III, y las armas halladas en Jericó y Tell el-Ḥēsi indican que, en esta etapa, su uso iba siendo más corriente. Pero la población ciertamente no dependía de él para el uso cotidiano, y el sílex siguió siendo el material más común para utensilios y armas.

Muy pocas pruebas quedan relativas a la religión. El santuario de ᶜAy nos ofrece la única prueba realmente clara de una construcción religiosa[1]. Ya hemos mencionado el hecho de que era una prefiguración de la planta del Templo judío; no obstante, sería arriesgado sugerir que ya estaban presentes los elementos de la religión semita, debido a que la arqueología todavía no nos ha dado los lazos de unión de los dos períodos, separados entre sí por unos mil quinientos años. Al parecer no fue un período en el que hubiese representaciones materiales de divinidades, puesto que no se han encontrado objetos de culto ni figurillas.

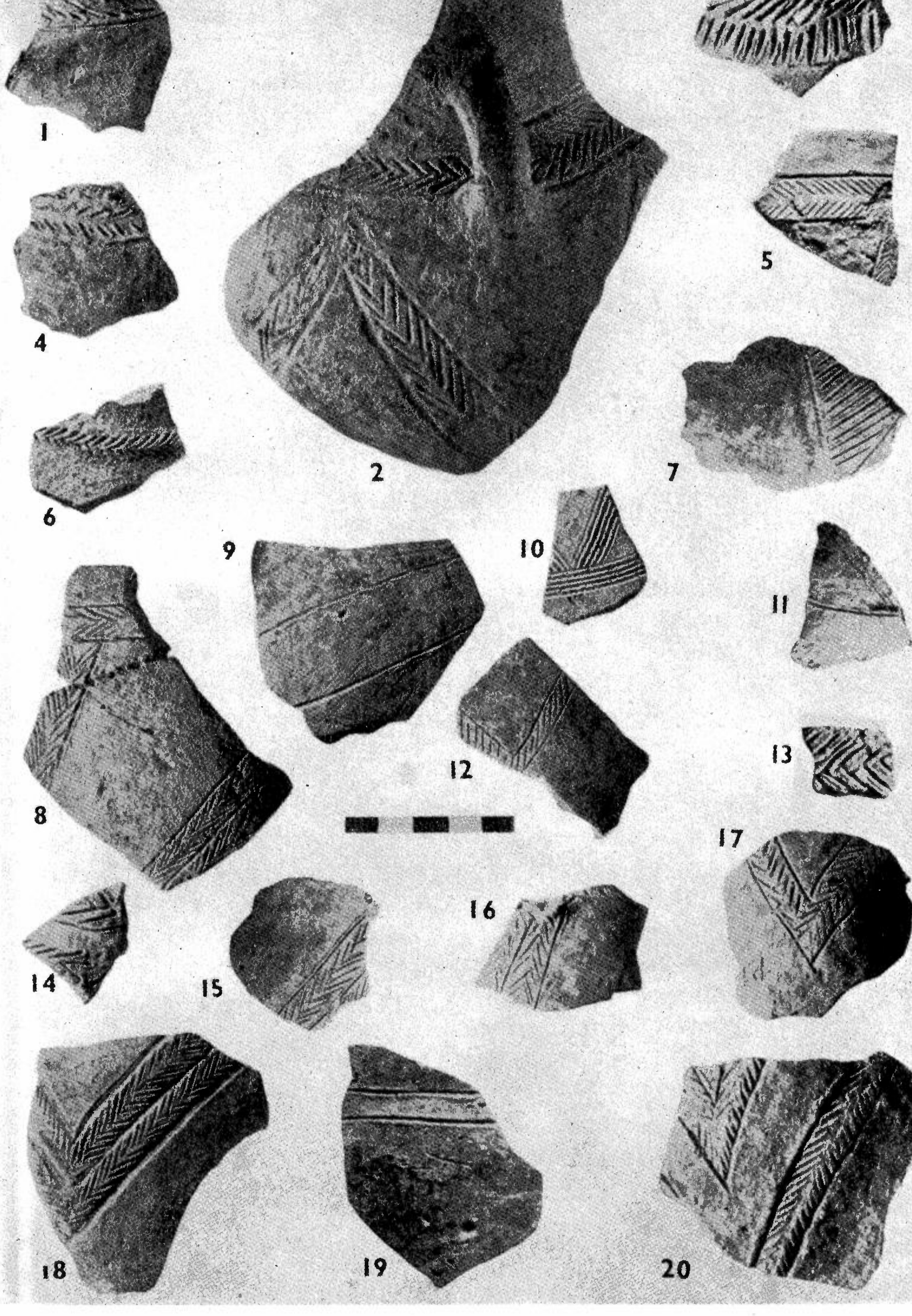
Las prácticas funerarias no parecen indicar que existiese alguna complicada creencia en una vida después de la muerte, aunque se consideraba que los muertos tenían algunas necesidades. La mejor prueba acerca de ello nos la ofrece Jericó en una serie de sepulcros que abarcan la casi totalidad del Bronce antiguo. Durante todo el período enterraban a los muertos en sepulcros con enterramientos múltiples, unos veinte en las tumbas más antiguas, cantidad que se elevó a cincuenta o a cien en las últimas. En ellas colocaban boles y cántaros, que posiblemente contenían o simbolizaban comida y bebida, y pequeños jarritos para aceite o perfume. Los únicos adornos personales parecen haber sido cuentas de cornerina, hueso, concha, piedra o frita. Los sepulcros eran cámaras espaciosas excavadas en la roca, pero en todo caso el techo y casi todo el túnel de entrada desaparecieron por efecto de erosiones subsiguientes, de modo que poco se ha podido precisar en cuanto a su forma. Las prácticas funerarias eran raras. Al parecer en un principio los cuerpos se colocaban enteros en las tumbas. Pero cuando el espacio disponible quedaba lleno, tiraban muchos huesos de los primeros enterramientos. La mayoría de los huesos se encuentran desarticulados por completo; aún en el caso de que un tronco esté completo, pueden faltar algunos miembros y, aunque se encontraron muchos cráneos, a veces colocados juntos contra la pared de la tumba, el número de huesos largos es completamente insuficiente para determinar el resto del cuerpo. Se diría que, aun antes de que la carne estuviese descompuesta del todo, no se creía necesario tratar al cuerpo con ninguna reverencia.

[1] Recientemente (1959) se ha descubierto otra en Tell el-Fārᶜah, aunque todavía no ha sido publicada.

Sólo el cráneo seguía siendo digno de cuidado, y sólo él se dejó en la tumba de una manera estable.

Muchas de las pruebas acerca de la distribución de las ciudades del Bronce antiguo y de sus correspondientes fechas, nos la da la cerámica, muy abundante en todos los yacimientos de este período. Técnicamente, las vasijas de mejor clase son de gran calidad y de aspecto muy atractivo. Este atractivo se debe más al acabado exterior que a las formas, que son bastante sencillas. La característica especial del período es un engobe pulimentado, en general rojo, y a veces negro. El bruñido, siempre hecho a mano, a veces es continuo, y a veces forma líneas entrecruzadas u otros dibujos; es un placer tocar estas vasijas. Esta práctica del bruñido se introdujo durante el período protourbano. Apenas si se encuentra en la cerámica del protourbano A de Jericó, pero casi la mitad de las vasijas halladas en las tumbas de Tell el-Fārʿah tenían este acabado. Sin embargo, no alcanza su pleno desarrollo hasta el Bronce antiguo. Otra manera de tratar la superficie, hallada sobre todo en jarras, es la decoración a base de bandas rojas o marrones. En el norte, las bandas presentan vetas, como si fuesen las cerdas del pincel, y se conocen con el nombre de *grain-wash* (baño granulado); en Palestina central y meridional las bandas son compactas, y su técnica deriva de la cerámica protourbana B.

Una causa del progreso en la calidad técnica de la cerámica se debe a un factor ya citado al hablar de los hallazgos de Tell el-Fārʿah: el uso de un verdadero horno para cocer la cerámica, con una cámara de combustión separada. La mayor parte de la cerámica de este período está bien cocida y de un modo uniforme. La segunda causa es el empleo más frecuente del torno de alfarero. En el período protourbano encontramos los primeros intentos de utilización de un tornete o rueda primitiva, cuando muchos de los boles tienen borde suave y regular. Según parece, el cuerpo de la vasija en un principio se hacía a mano, ya que su parte inferior es abiertamente irregular; luego se colocaba en alguna especie de superficie giratoria, y se alisaba el borde. Esta práctica se desarrolló durante el Bronce antiguo. Probablemente mejoró la clase de la rueda de alfarero, se hizo más rápida, aunque en realidad nunca llegó a ser un torno verdaderamente rápido. Sin embargo, durante mucho tiempo, continuó en vigor



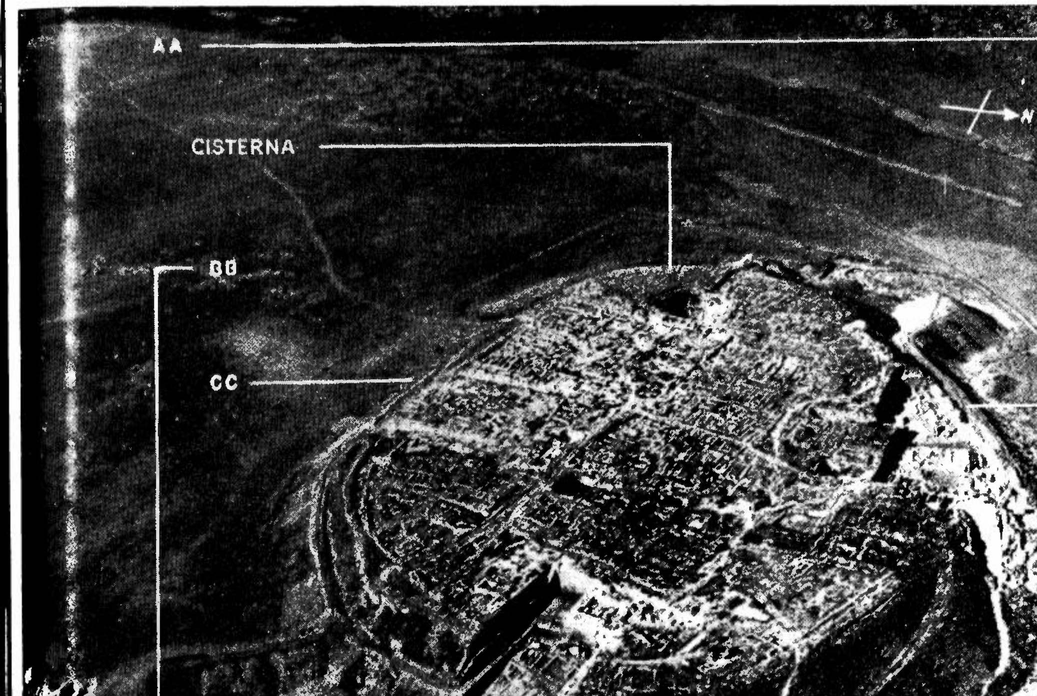
LÁM. 26. **Cerámica de Šaʿar ha-Gōlān, del neolítico cerámico B, de Jericó.**

LÁM. 27. **Figurillas de piedra, de Ša‘ar ha-Gōlān.**



LÁM. 28. **Vista del yacimiento calcolítico, de Wādi Gazzah.**

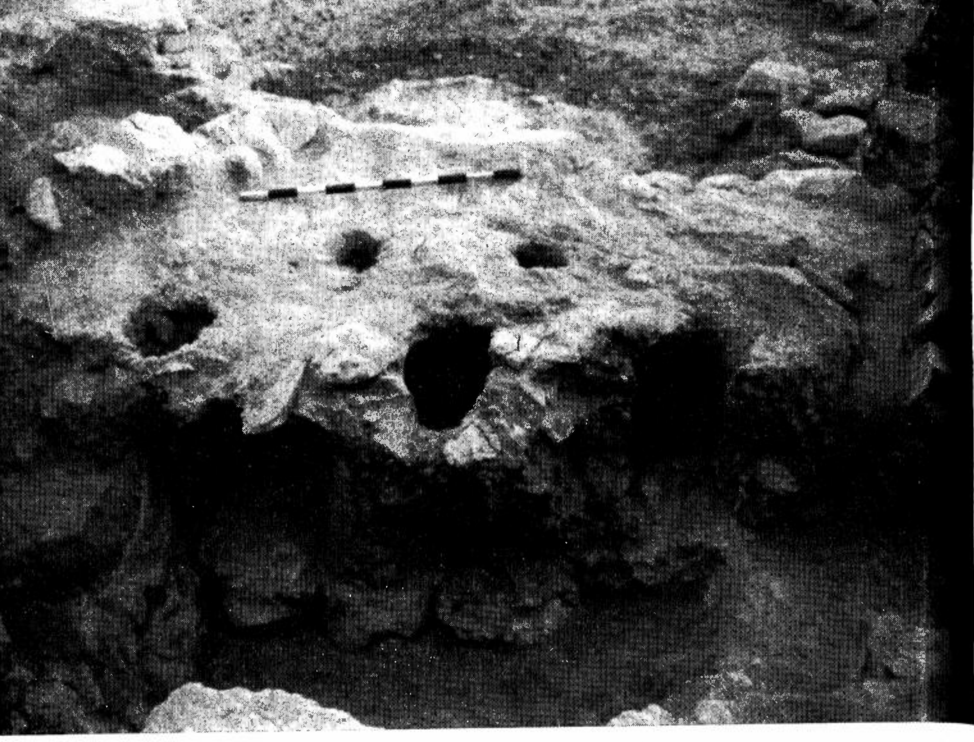
LÁM. 29. **Vista aérea, de Megiddo.**





LÁM. 31. **Parte exterior de la muralla de Jericó del Bronce antiguo. La franja blanca a la izquierda corresponde a restos o cenizas de broza, indudablemente amontonada allí para poder incendiar los edificios del interior.**

←—

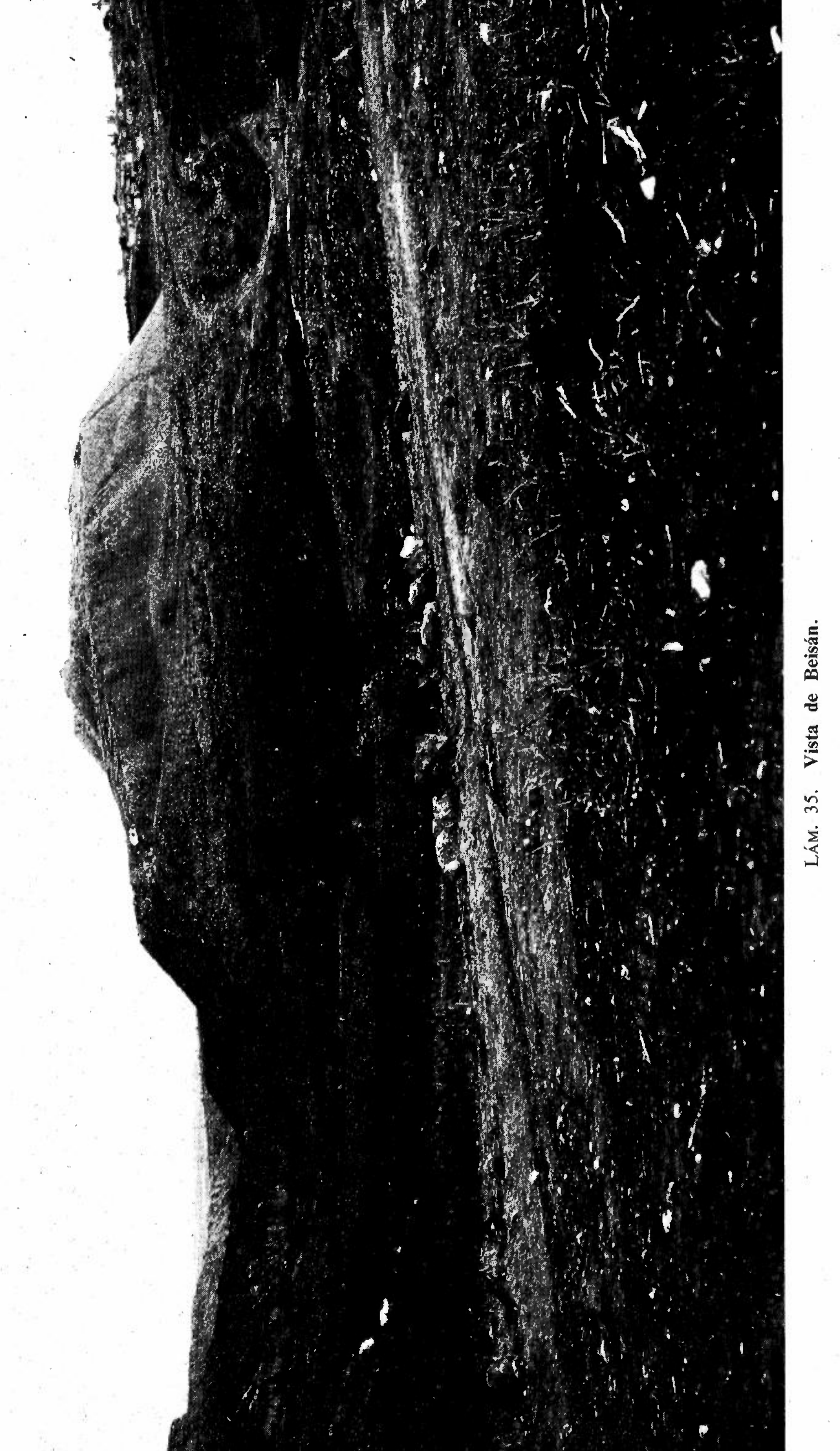


Lám. 32. **Horno de alfareria del Bronce antiguo, de Tell el-Fā'rah.**

Lám. 33. **Muralla terraplén del estrato XVIII, de Megiddo.**



Lám. 34. **Altar 4017, de Megiddo.**



LÁM. 35. Vista de Beisán.

la costumbre de hacer a mano parte de la vasija. Tan sólo en el Bronce antiguo III se hicieron totalmente a torno alguno de los boles más pequeños, y durante todo este período las vasijas mayores se hacían a mano, excepto el borde. A pesar de esto, se hacían vasijas de tamaño muy grande, tanto que apenas se han conservado vasijas intactas. El tipo de jarra conocido con el nombre de *hole-mouth jar,* jarra sin cuello y con el reborde sencillamente curvo, que se empleaba para cocinar y para almacenaje, puede alcanzar 90 centímetros de altura; y el mismo tamaño pueden tener los jarros para almacenaje, de cuello corto, reborde con collar, y asa horizontal.

El desarrollo de la cerámica constituye la base de las pruebas sobre las que hemos esbozado la historia de las distintas localidades en este mismo capítulo. El grado de precisión todavía no es muy exacto, porque aún no es considerable la cantidad de grupos estraficados con exactitud. En las figs. 17-19- y 21-22 presentamos modelos seleccionados procedentes de grupos de tumbas de Jericó, y que al parecer pertenecen al Bronce antiguo I, al II y a principios y mediados del III. En el primer grupo, algunas formas, tales como la del bol (fig. 17, *4*) y el jarrito (fig. 17, *12*) derivan del protourbano B. En el grupo siguiente persisten las mismas formas y otros derivados del protourbano A, aunque también se encuentran jarritos y jarros en forma de saco (fig. 18, *11-14*) al igual que formas posteriores, como los boles con reborde recogido; también aparecen por primera vez jarritos piriformes (fig. 18, *20-21*). En el grupo primitivo del Bronce antiguo III, han desaparecido las formas primitivas como los jarritos de base esférica y los de forma de saco, los jarritos piriformes se han hecho frecuentes (fig. 19, *20-28*), mientras que los tipos primitivos de boles son raros y caducos (fig. 19, *1*), apareciendo nuevos tipos de jarros (fig. 19, *15-19*). Es frecuente un bol pequeño, de base circular, usado a menudo como lámparas (fig. 19, *5-6*), y empieza a aparecer también una especie de platillo de base plana, utilizado también como lámpara (fig. 19, *10*). Junto a las vasijas locales hay vasijas del tipo Ḫirbet Kerak (fig. 19, *12*), a las que ya nos hemos referido (fig. 20). Estas vasijas están hechas a mano, y tienen un acabado sorprendente, intensamente bruñido, sobre un engobe de franjas netamente definidas de color rojo, negro y marrón claro. La superficie de las vasijas presenta a veces de color rojo, negro y marrón claro. La superficie de las vasijas presenta a veces

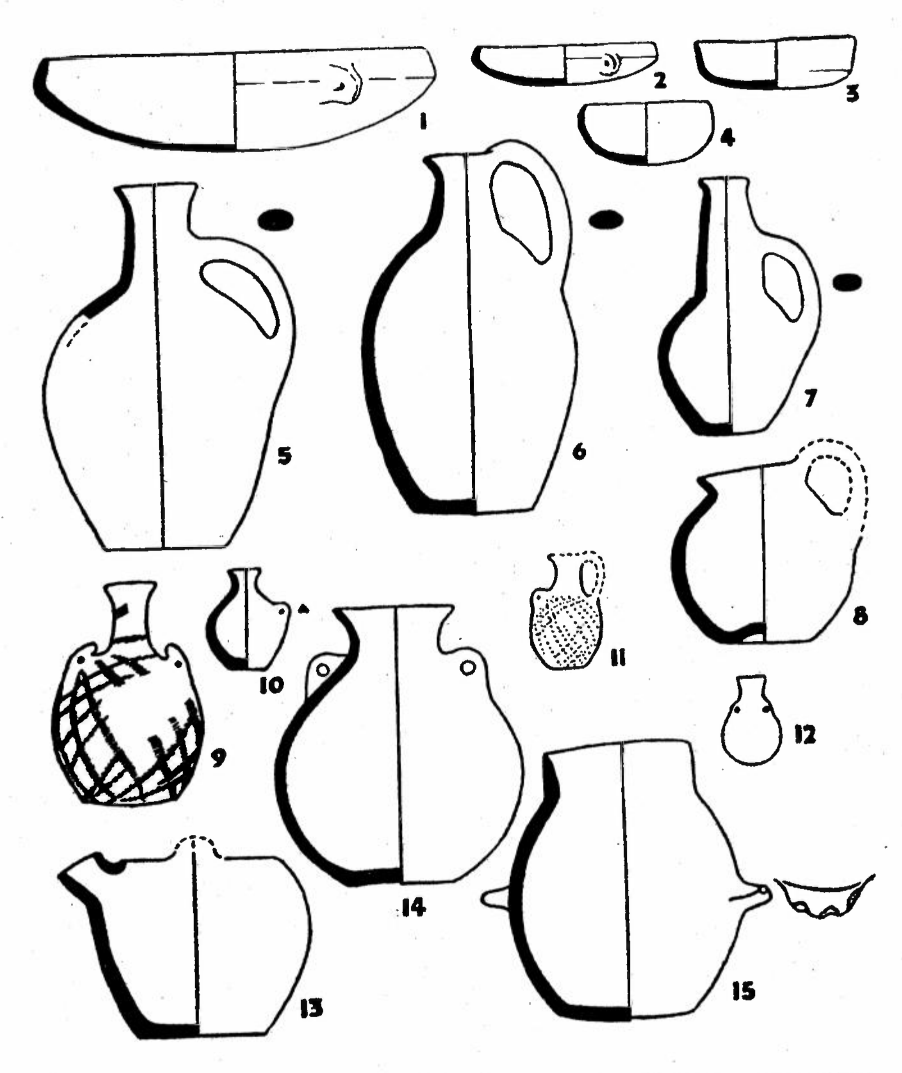


FIG. 17. Cerámica de principios del Bronce antiguo, procedente del sepulcro A 108 de Jericó.

una decoración de estriaduras. Este tipo de cerámica también se encuentra en Siria septentrional, pero, al igual que en Palestina, también allí es importada. Al parecer su patria de origen es el nor-

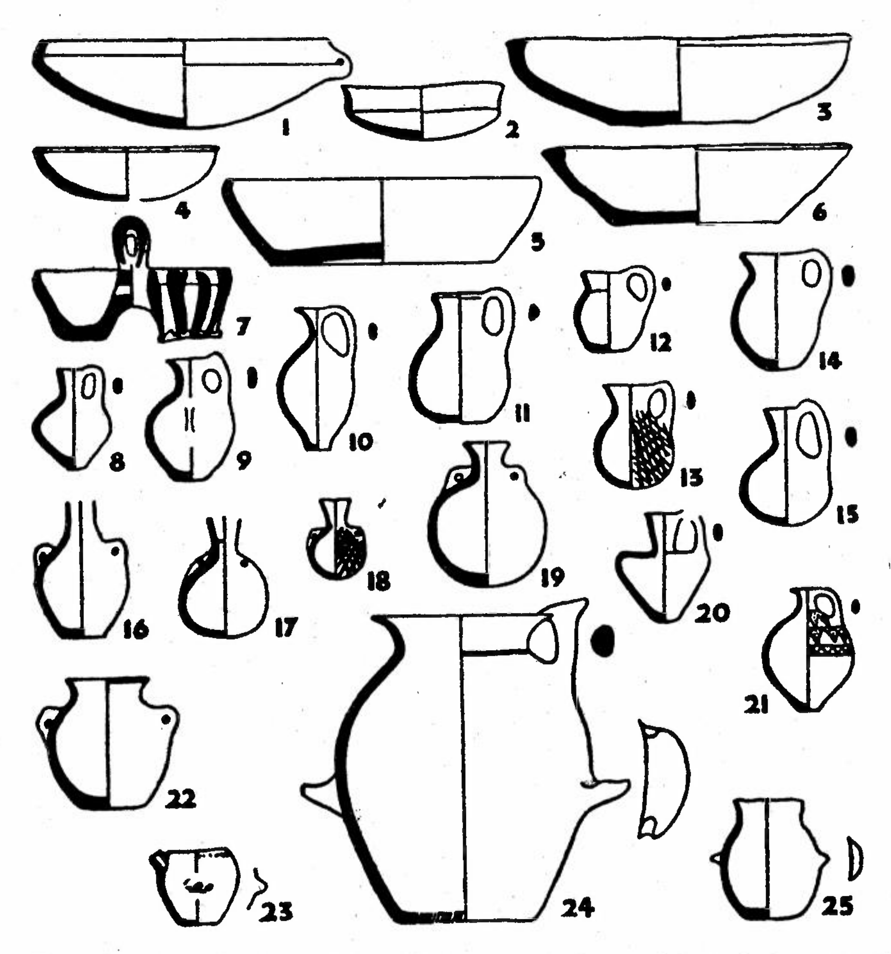


FIG. 18. Cerámica de mediados del Bronce antiguo, procedente del sepulcro A 127 de Jericó.

deste de Anatolia [1]. Su aparición en Siria va acompañada de trastornos, que sugieren la presencia de verdaderos grupos. En Palestina no hay pruebas claras de perturbaciones, por lo que se puede deducir que, como máximo, hubo algunas infiltraciones o quizás comercio. Las dos localidades en las que se han encontrado las cantidades ma-

[1] S. HOOD, *Anatolian Studies*, I.

Fig. 19. Cerámica de principios del Bronce antiguo III, procedente del sepulcro F4 de Jericó.

Fig. 20. Objetos Ḫirbet Kerak procedentes de Beisán.

yores, Beisán y Ḫirbet Kerak, están sobre la ruta que atraviesa el Jordán procedente de Siria, y las cantidades van disminuyendo progresivamente a medida que nos dirigimos hacia el oeste o el sur, aunque todavía se encuentran algunas piezas muy al sur, en Tell el-Duweir.

En el grupo de mediados del Bronce antiguo III, han desaparecido por completo las formas primitivas. Decrece el número de boles de base esférica, y aumenta el de platillos de base plana. Parece que las fuentes de base plana ocupan el puesto de los boles primitivos. Abundan los jarros de boca redonda y pitorros laterales, que tienen antecedentes en grupos anteriores. La cerámica del santuario de ʿAy (fig. 23) y del sepulcro 351 de las primeras excavaciones de Jericó[1] representan una etapa posterior del Bronce antiguo III. En estos grupos, los platillos y fuentes de base plana han reemplazado totalmente las formas anteriores y han desaparecido los tipos de cerámica pulimentada, tanto local como de Ḫirbet Kerak.

La evolución de la cerámica palestinense del Bronce antiguo puede fijarse a base de pruebas internas; pero la cronología absoluta sólo se puede fijar por los contactos con Egipto. Pueden señalarse conexiones bastante adecuadas. En la fig. 19, el número 15 es un tipo de cántaro de material resistente y delgado, con un bello engobe de rojo bruñido, que suele conocerse con el nombre de cerámica metálica. Aparece en Megiddo, Tell el-Fārʿah Jericó y otras localidades. En Megiddo no son claras las pruebas de sus conexiones, pero en Tell el-Fārʿah aparecen en los estratos del Bronce antiguo II[2]; en Jericó se presenta en un grupo que persiste en el Bronce antiguo III. Este tipo de candelabro también se encuentra en Egipto, probablemente importado de Siria o Palestina. En Egipto se halla en sepulcros de la Primera Dinastía, hacia el 2900 A. C.[3] Se sigue, pues, que el Bronce antiguo II de Palestina debe datar aproximadamente del mismo período y puede considerarse que el Bronce antiguo I empieza hacia el 3100 A. C, basándose en esta prueba y en la del período

1 *L.A.A.A.*, XXII, lám. XXXIV.

2 *R.B.*, LXII, fig. 14, 23, 29.

3 Conviene mejor a las pruebas halladas en Palestina la fecha aproximada del 2900 A. C para los comienzos de la Primera Dinastía de Egipto. Sin embargo, en la cronología propuesta para la próxima edición revisada de la *Cambridge Ancient History*, se da la fecha de 3100-2900 para dicha Dinastía. Si se acepta esto, será preciso revisar las fechas de Palestina, de acuerdo con ello.

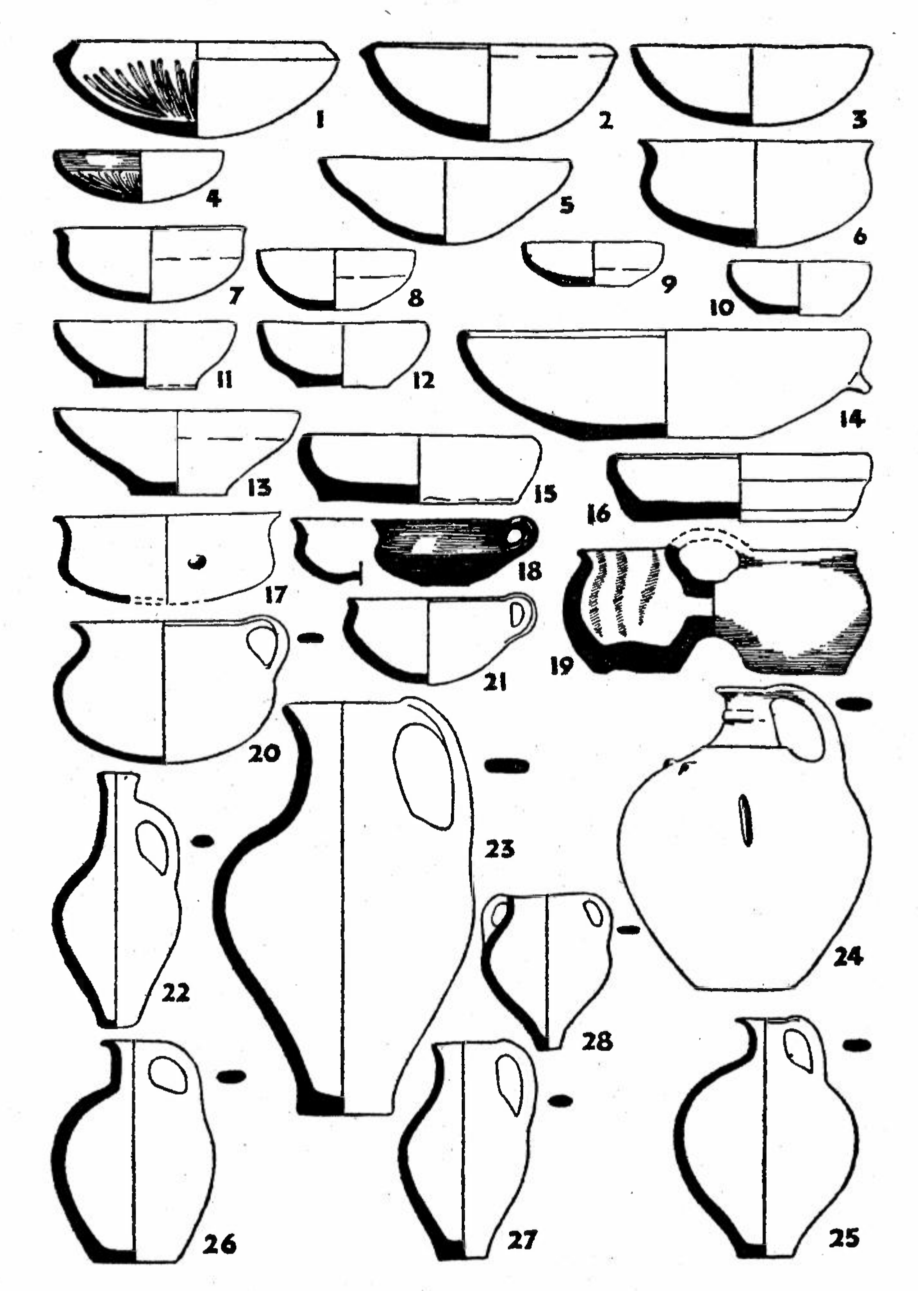


FIG. 21. Cerámica de mediados del Bronce antiguo procedente del sepulcro F 2 de Jericó.

protourbano precedente (cf. pág. 94). Ya mencionamos la conexión del santuario de ʿAy con la Cuarta Dinastía egipcia; por consiguiente, la cerámica de este santuario, que al parecer se presenta al final del Bronce antiguo III puede datarse en el 2600 A. C. aproximadamente. A base de las pruebas actuales, es difícil decidir cuanto tiempo persistió. Es improbable que el siguiente período importante, el intermedio Bronce antiguo-Bronce medio, empiece mucho antes del 2300 A. C. y por ahora disponemos de poco material para llenar el vacío.

Esto en parte puede ser debido a un cambio ambiental importante que ocurriera por aquellas fechas. Las pruebas de Jericó demuestran que al final del Bronce antiguo debió darse una erosión importante.

Todos los sepulcros del Protourbano y del Bronce antiguo han aparecido destechados, aunque el principio de la curva del techo y fragmentos desprendidos del mismo, son prueba en casi todos los casos de que originariamente estaban techados. Por otra parte, los sepulcros del período siguiente, el intermedio Bronce antiguo-Bronce medio conservaban intactos los techos. Por lo tanto, en el intervalo se habían erosionado casi dos metros de la blanda roca de la ladera de la colina en la que estaban excavadas las tumbas. Un sepulcro reveló una prueba todavía más importante. La tumba K 2 pertenecía al período protourbano y había, como siempre, perdido el techo. Todo su contenido estaba situado en un depósito como de hormigón, hecho de yeso. El yeso se depositó por un rebajamiento del alero[1] y este rebajamiento está naturalmente asociado con la erosión. Una prueba menor para el período en el que tuvo lugar esta erosión nos la ofrece el hecho de que en el depósito de la tumba K 2 se excavó una tumba del período intermedio Bronce antiguo-Bronce medio. El depósito era ya tan sólido (como hormigón) que el túnel y el techo de la cámara funeraria pudieron ser excavados como si fuese roca. Dado que todos los sepulcros del Bronce antiguo III estaban destechados, y todos los del Bronce antiguo-Bronce medio conservaban los techos intactos, la erosión debió ocurrir algo después del 2600 A. C. y antes del 2300 A. C.

[1] Esta interpretación es del profesor F. E. ZEUNER.

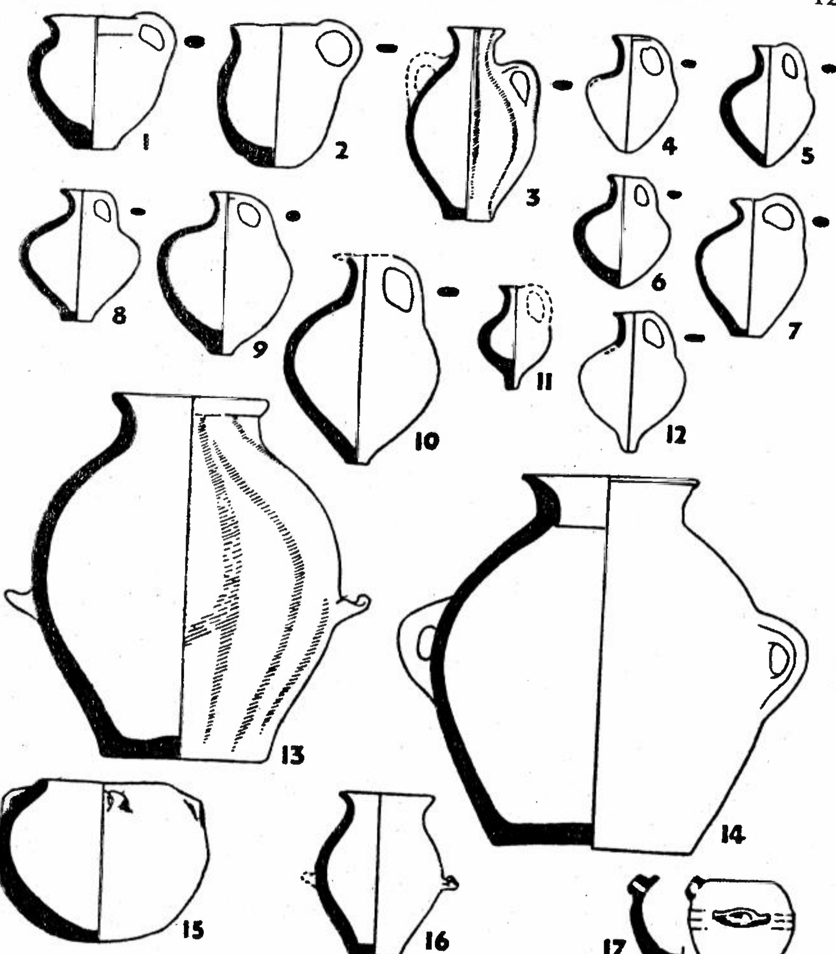


FIG. 22. Cerámica de mediados del Bronce antiguo III procedente del sepulcro F 2 de Jericó.

La erosión es casi siempre consecuencia de la tala de bosques. Por razones de ambiente hay que suponer que las colinas de Palestina estaban provistas de árboles, como las del Líbano. La madera ya era escasa en Palestina en tiempo de Salomón, puesto que la que hubo de menester, para construir el Templo tuvo que adquirirla a Hiram, rey de Tiro. Las pruebas sugieren que durante el Bronce

antiguo debió hacerse una tala de árboles muy importante, con la erosión consiguiente. Esto parece muy probable por dos razones. Tanto en Jericó como en Tell el-Fārᶜah hay pruebas de abundante empleo de madera. En Jericó se han encontrado muchas muestras de madera quemada caída del techo, y en varias fases de las murallas de la ciudad se emplearon vigas de madera. En Fārᶜah, en casi todas

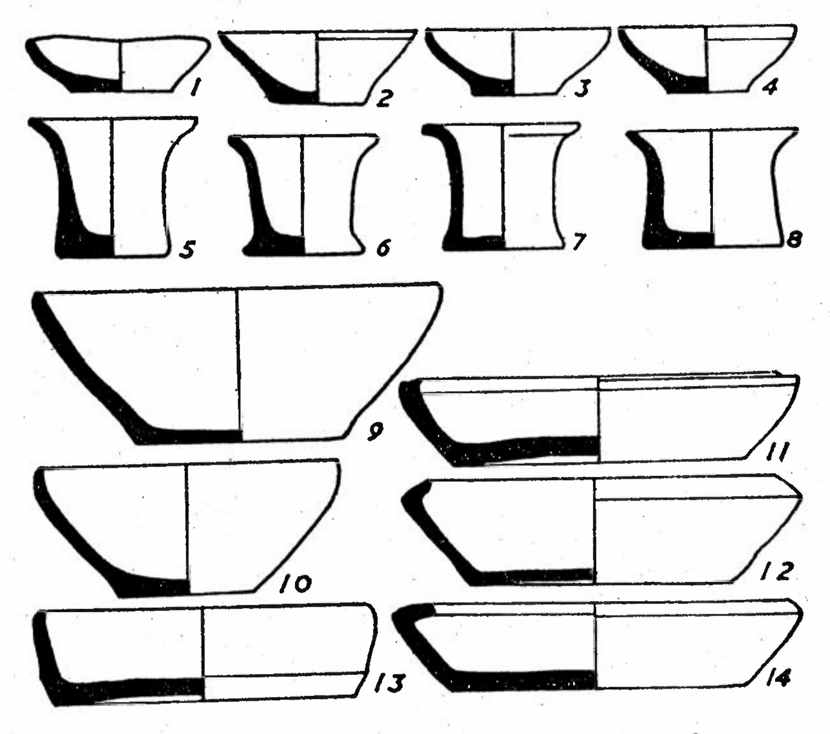


FIG. 23. Cerámica de fines del Bronce antiguo III procedente del Santuario de ᶜAy.

las habitaciones había losas sobre las que debieron apoyarse postes para sostener el techo. La segunda causa de la tala de árboles probablemente fue la necesidad de despejar los campos para la agricultura. Al desarrollarse centros relativamente grandes de ocupación sedentaria, cada poblado debería necesitar una amplia zona para las mieses. Los dos factores aparentemente produjeron un efecto del que Palestina nunca se ha recuperado.

En consecuencia, es posible que aproximadamente, el último siglo del Bronce antiguo asistiese a una decadencia de la vida ciudadana, cuando la denudación empezó a afectar a los campos, y que, como resultado de ello, fuesen abandonadas algunas ciudades, o se restringiese el área de ocupación y, por consiguiente, no se han hallado pruebas de la misma. Quizá algunos pueblos emigraron a Transjordania, donde la exploración de superficie sugiere que hacia fines del Bronce antiguo hubo una ocupación considerable y donde se encontraron tipos de cerámica que no se dan en Palestina.

El término final de la civilización de la Edad del Bronce antiguo llegó con una totalidad catastrófica. La última de las murallas del Bronce antiguo de Jericó fue construida con grandes prisas, empleando ladrillos viejos y rotos, y probablemente todavía no estaba terminada cuando el fuego la destruyó. Muy poco o nada de la ciudad que se halla dentro de las murallas sobrevivió a la denudación subsiguiente; probablemente fue destruida en su totalidad, porque todos los hallazgos demuestran que hubo una absoluta solución de continuidad, y que un nuevo pueblo ocupó el lugar de los habitantes anteriores. Todas las ciudades de Palestina en las que hasta ahora se han llevado a cabo investigaciones, muestran la misma interrupción. Los recien llegados eran nómadas, no se interesaban por la vida ciudadana, y expulsaron o absorbieron la antigua población, quizá ya debilitada y decadente de un modo tan completo que desaparecieron todos los vestigios de la civilización del Bronce antiguo.

CAPÍTULO VI

La llegada de los amorritas

En 2294 A. C.[1] cayó el Imperio Antiguo de Egipto ante el ataque de los invasores asiáticos, y empezó la época conocida con el nombre de Primer Período Intermedio. Este período puede compararse a la época de la historia de Europa que siguió al colapso del Imperio Romano frente a los ataques de los bárbaros nórdicos en el siglo V después de Cristo. La civilización sufre un eclipse, la historia pasa a ser nebulosa e imprecisa, el conocimiento de las letras casi desaparece. En tales períodos es cuando la arqueología se convierte una vez más en el único medio de reconstruir el curso de los acontecimientos, como sucedió con el período prehistórico. Precisamente cuando la arqueología va paso a paso arrojando luz sobre estos siglos oscuros de la historia de Europa, y se van precisando los sucesos narrados en sagas poéticas, del mismo modo en el Próximo Oriente las excavaciones y otros medios arqueológicos van reconstruyendo gradualmente los acontecimientos correspondientes a este período de interrupción de la civilización.

Hasta hace relativamente poco no se ha admitido que entre los dos períodos de civilización del Bronce antiguo y el Bronce medio, hubo en Palestina una etapa comparable a la del Primer Período Intermedio de Egipto. El intento de asimilar las características de este período con el Bronce antiguo o medio ha empañado su imagen durante mucho tiempo. Sir Flinders Petrie fue el primero en reconocer que había algo que los distinguía. En Tell el-ᶜAǧǧūl en 1931 descu-

[1] Fecha atribuida al final de la VI Dinastía. La nueva dotación de la *Cambridge Ancient History*, es la de 2185 A.C.

brió cierto número de sepulcros de carácter específico, que atribuyó a la Edad del Cobre. La atribución era razonable, pues muchos de los sepulcros se caracterizan por la presencia de armas de cobre. Pero los trabajos recientes han demostrado que pertenecen a una fase intermedia entre las que durante mucho tiempo han sido llamadas de un modo convencional Edades del Bronce antiguo y medio; por consiguiente, induce a confusión darle un nombre que sugiere una etapa técnica anterior. De hecho se trata de una fase intermedia, al igual que el Primer Período Intermedio de Egipto, por tanto, es más adecuado llamarla Período Intermedio Bronce antiguo-Bronce medio, y como veremos por sus fechas, corresponde de un modo aproximado al Primer Intermedio de Egipto.

En muchas localidades, nuestras pruebas consisten en la súbita aparición de un nuevo tipo de cerámica. La forma más característica es un jarro alto, ovoide, de base plana y reborde abocinado (fig. 33, *2-3*). También son frecuentes unos jarros más pequeños, de asas de oreja en el cuello, y boles de forma de barril o con un suave talle (fig. 32, *2-3*). La decoración típica es incisa y en general combina líneas rectas y onduladas, o también series de hendiduras. No se encuentra nunca el acabado pulimentado de las vasijas del Bronce antiguo, ni la decoración pintada típica de ese período.

Las piezas suelen ser frágiles y su cocción es deficiente, pero no obstante la fabricación de las vasijas, de paredes notablemente delgadas, es hábil. Una característica sorprendente es que, aunque el cuerpo de los jarros está hecho a mano, los rebordes lo están con un torno rápido. Esta combinación de una parte inferior fabricado a mano y un reborde hecho con torno, también se da en el Bronce antiguo, aun cuando el contraste y diferenciación no destacan tanto.

Rara vez hay dificultad en distinguir esta cerámica de la del Bronce antiguo y nunca la hay para distinguirlas de la del Bronce medio, cuando las formas de los vasos son totalmente distintas, y están hechos por entero con un torno rápido. Por lo tanto, apoyándose en esta sola prueba, es posible sostener que hubo una invasión de un grupo nuevo. Cierta semejanza general entre su cerámica y la del pueblo del Bronce antiguo, por ejemplo, las bases planas de los jarros en contraste con las bases puntiagudas de los del Bronce medio, y el uso

de asas horizontales, aunque de forma totalmente distintas, pueden sugerir ciertas conexiones; pero estos puntos de contacto probablemente sólo se deben a un remoto linaje común. Como indicaremos al final del capítulo, hay buenas razones para creer que estos recién llegados eran los amorritas.

Las diferencias se extienden a muchos más campos que el de la cerámica: al sistema de vida, a la arquitectura, a las costumbres funerarias, a las armas, a la organización social. Estas diferencias están ilustradas de un modo particularmente claro en Jericó.

Tal como ya hemos descrito, las últimas murallas de la Jericó del Bronce antiguo fueron destruidas por el fuego. Con esta destrucción acabó la vida ciudadana por un espacio de varios siglos. Los recién llegados, que probablemente fueron los autores de la destrucción, se asentaron en esta zona en cantidades considerables, pero no construyeron ninguna ciudad amurallada. Se extendieron por todas las laderas del montículo y por una parte considerable de la colina adyacente. Pero en el montículo de la ciudad las únicas pruebas de las primeras etapas de su ocupación son una considerable diseminación de su cerámica característica, mezclada con restos domésticos. Asimismo, se encuentran restos de ocupación y de cerámica en la colina adyacente, aunque no construcciones. Las primeras construcciones no aparecen hasta después de que la zanja de la ciudad del Bronce antiguo quedase obstruida hasta una profundidad de 2,50 m. Los recién llegados, por lo tanto, eran esencialmente nómadas. Destruyeron las ciudades existentes, pero no crearon ciudades propias: en la larga historia de Palestina es quizás uno de los ejemplos más claros del triunfo temporal del desierto sobre lo fértil.

Las pruebas provenientes de los sepulcros de estos recién llegados nos ilustran más acerca de ellos, y ponen de relieve tanta diferenciación de sus predecesores como su organización nómada. Todas las tumbas del Bronce antiguo contenían enterramientos múltiples. En el Período Intermedio-Bronce antiguo-Bronce medio, la práctica funeraria consiste esencialmente en sepulturas individuales, aunque a veces hay dos cuerpos. Como consecuencia, hay enormes cantidades de sepulcros de este período. Toda la energía y la habilidad constructiva parece que se concentraron en la edificación de moradas para los muertos en vez de hacerlo para los vivos.

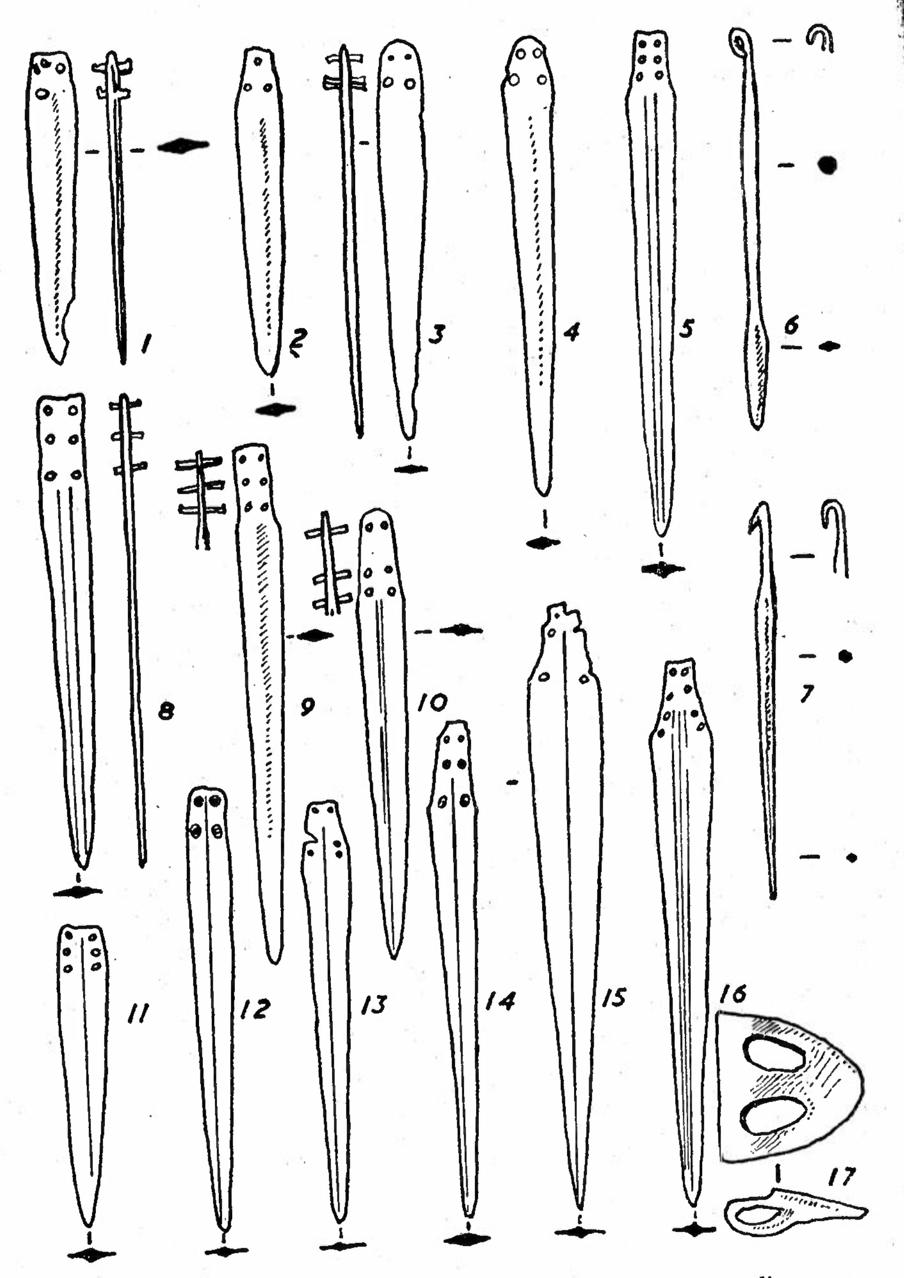


FIG. 24. Armas del Período Bronce antiguo-Bronce medio, procedentes de Jericó; Tell el'Ağğūl y Megiddo.

Aunque la práctica de enterramientos individuales es tan característica, en otros aspectos las costumbres funerarias presentan muchas variaciones; estas variaciones probablemente deben explicarse como prueba de una organización tribual, como si cada grupo conservase sus prácticas funerarias propias. Los sepulcros pueden clasificarse en cinco tipos.

El primero es el sepulcro de tipo «puñal». En este tipo el sepulcro es pequeño y esmeradamente excavado (lám. 37). En la cámara sepulcral se encuentra el esqueleto intacto, en cuclillas, posición obligada dadas las dimensiones reducidas de la cámara. Si la sepultura es de hombre, contiene un puñal (fig. 24, *1-5*); si es de una mujer, suele haber un alfiler y cuentas. Toda la práctica funeraria es sencilla y austera, y la importancia dada a las armas indica que se trata de un grupo guerrero.

La segunda categoría la forman los sepulcros de tipo cerámica. Se les llama así porque las ofrendas funerarias siempre comprenden cerámica y nunca puñales. Otra diferencia entre este grupo y el anterior se aprecia en la forma del túnel de entrada y de la cámara. El túnel de entrada es muy ancho y profundo, la cámara funeraria espaciosa, aunque sólo de unos 90 a 120 centímetros de altura; ambas están toscamente excavadas. La diferencia final es que el cuerpo era introducido literalmente como un saco de huesos desarticulados y en desorden, al parecer dispuesto en alguna especie de recipiente textil o de estera (lám. 38). El trabajo de excavar tales enormes sepulcros para que pudiesen contener esos huesos desordenados constituye un progreso notable. La causa puede deberse a la costumbre nómada de transportar a una necrópolis tribual los cuerpos de aquellos que habían fallecido durante las emigraciones estacionales de la tribu. Los vasos colocados en las sepulturas parecen haber sido fabricados específicamente con fines funerarios, porque no se encuentran en lugares habitados. Son objetos pequeños, feos y bastos; presentan la misma combinación de cuerpos fabricados a mano y rebordes hechos con torno, como otros de este período (fig. 37). Otro hallazgo característico es una lucerna de cuatro picos, en general colocada en una hornacina excavada en la pared de la cámara. A menudo, la roca de la hornacina está ennegrecida por el humo, lo cual demuestra que la lucerna se destinaba de hecho a iluminar la mansión del muerto.

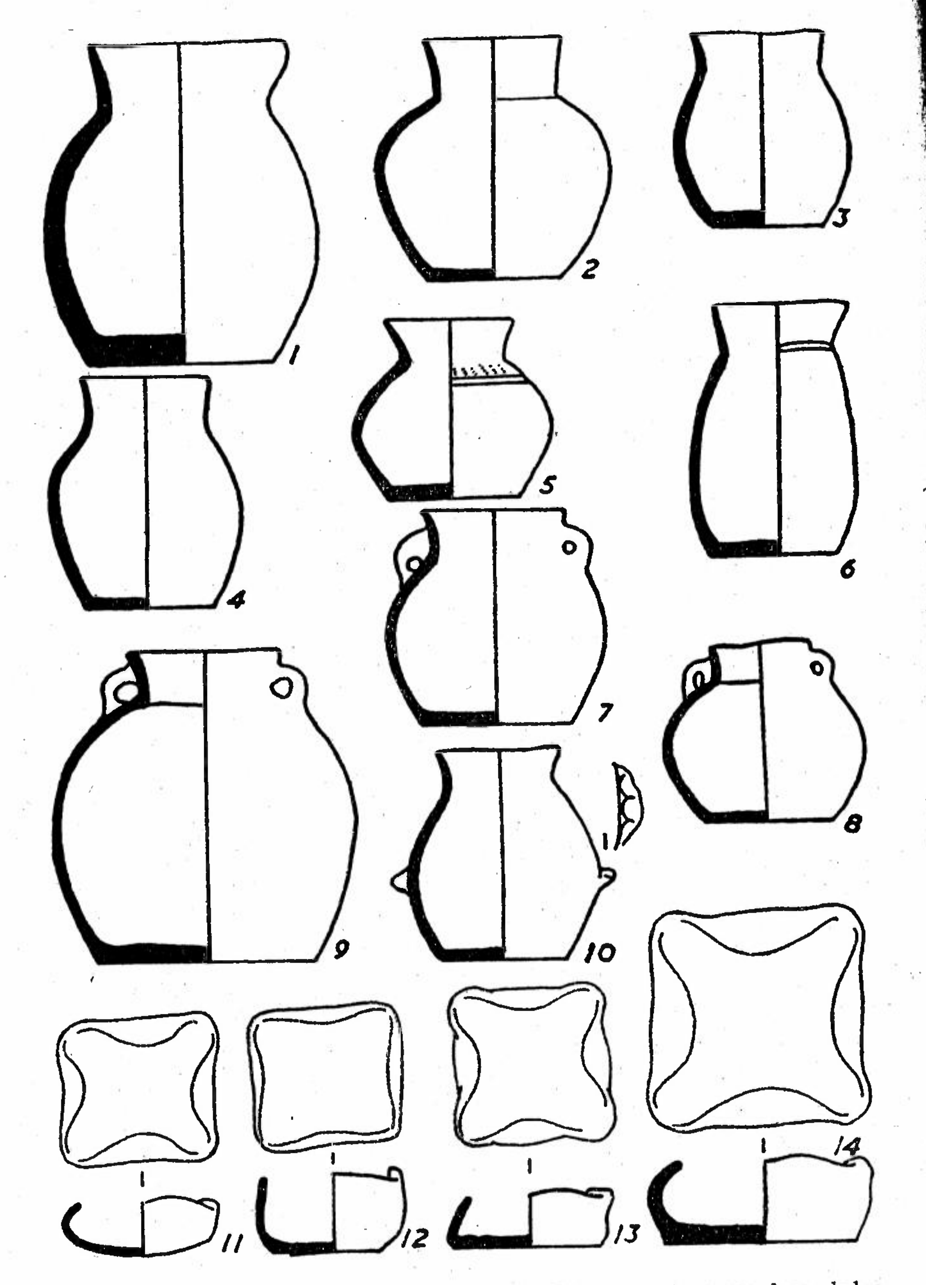


Fig. 25. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente de los sepulcros tipo cerámica de Jericó.

En el tercer grupo hay, hasta cierto punto, una combinación de rasgos de los sepulcros tipo puñal y tipo cerámica. El túnel de acceso y la cámara son de tamaño regular, más próximo al tipo cerámica, aunque no tan grande como la mayoría de ellos, ni excavados con tanta tosquedad. Se sepultan los esqueletos intactos y se colocan con ellos tantas armas como vasos. Un carácter nuevo es que entre las armas a veces figura una jabalina, arma corta de cobre con una pequeña cabeza en forma de lanza o de atizador y con el extremo de la empuñadura torcido (fig. 24, *6-7*). La diferencia más notable de este grupo respecto a los otros, es que el túnel de acceso es de trazado casi cuadrado, por lo cual se le ha llamado tipo «túnel cuadrado».

Al cuarto grupo sólo se le puede llamar tipo de «tamaño extraordinario», porque todo lo suyo está hecho a escala grandiosa. Al igual que el tipo «túnel cuadrado», contiene vasos y armas y el esqueleto está intacto. Pero la cámara y el túnel de acceso son de dimensiones enormes. Contrastan con el tipo cerámica, sobre todo por la altura de la cámara. La cámara mayor tenía 3,40 metros de diámetro y casi 2,40 de altura, y el túnel de acceso mayor 3,50 metros de diámetro y 6,80 de profundidad. Las ofrendas de cerámica también son a gran escala, tanto por la cantidad como por el tamaño de las vasijas; estas vasijas son jarros rollizos en lugar de los vasitos regordetes del sepulcro del tipo cerámica (fig. 26).

El último tipo es menos interesante, porque las ofrendas son más pobres. En general, los sepulcros no estaban excavados a tanta profundidad en la roca, por lo cual, a menudo perdieron los techos en el curso de denudaciones posteriores. El esqueleto estaba desmembrado, como en el tipo cerámica, y los únicos objetos depositados con los cuerpos eran algunas cuentas o un alfiler, o fragmentos de clavos de bronce; todo ello posiblemente pertenecía a artículos de vestido o adorno. Dado que lo que más abunda son las cuentas, este tipo fue llamado «tipo cuenta».

No había casi nada que demostrase cuál era la relación de estos cinco tipos de sepulcros entre sí. Se presentó un ejemplo de una tumba del tipo cerámica excavada en una cámara del tipo puñal; pero esto no es suficiente para demostrar que todos los sepulcros del tipo cerámica sean posteriores a los otros. Por lo demás, los

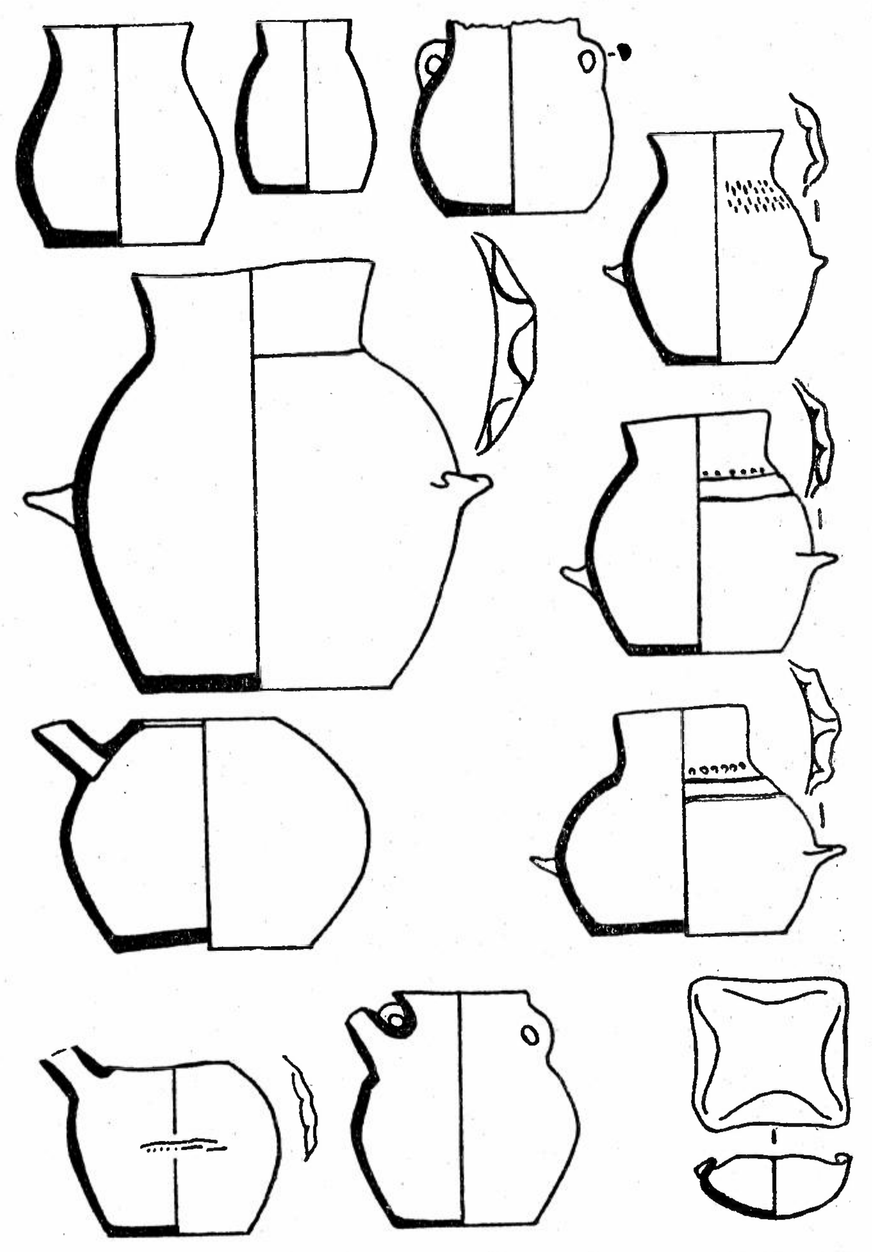


FIG. 26. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio procedente de sepulcros del tipo Tamaño Extraordinario de Jericó.

sepulcros del tipo puñal son tan distintos de los del tipo cerámica que no es posible que uno proceda del otro. En vista del carácter general de estos recién llegados a Palestina, y en especial su falta de interés por la vida ciudadana, la costumbre del grupo cerámica de enterrar conjuntos de huesos desarticulados, lo cual quizá sugiera un fondo nómada, y la abundancia de armas en el caso del grupo puñal, lo cual indica que eran guerreros, la explicación más satisfactoria parece ser que la diferencia en las costumbres funerarias se debe a una organización tribual. Los recién llegados serían, pues, hombres de tribus nómadas, unidos entre sí a manera de bandas rapaces para invadir las más ricas tierras de la franja costera, aunque cada grupo conservara sus propias costumbres tribuales.

Lo que con más confianza permite defender estas diferencias entre las tribus, es la distinción entre los sepulcros del tipo puñal y los del tipo cerámica. También los sepulcros del tipo túnel cuadrado parecen aportar nuevos rasgos, en especial el trazado del túnel, en virtud del cual el grupo ha recibido su nombre, y no obstante la colocación en las sepulturas tanto de armas, (entre ellos una jabalina como rasgo nuevo) como de cerámica, estas diferencias no son tan acusadas como las existentes entre los sepulcros del tipo puñal y los del tipo cerámica; no es imposible que se trate de diferencias evolutivas. En efecto, otro grupo de sepulcros parece combinar rasgos de casi todos los demás grupos. Por lo tanto, es posible que después de la llegada de cierto número de grupos tribuales con costumbres funerarias distintas, se diese una mezcla de características; sin embargo, esto todavía está por demostrar.

Es interesante descubrir que hay pruebas de una organización similar en otros dos lugares, Tell el-ᶜAǧǧūl al sur y Megiddo al norte. También en este caso las pruebas provienen de las prácticas funerarias. Petrie excavó en Tell el-ᶜAǧǧūl dos cementerios separados, el Cementerio 100-200 (los sepulcros están numerados dentro de esta serie) al este del «tell», y el Cementerio 1500 al norte. En este último, los sepulcros (con una excepción dudosa) tienen en la superficie aberturas rectilíneas y de forma más o menos rectangular. Se parecen, pues, al tipo túnel cuadrado de Jericó. Característica notable es un núcleo central de tres hileras de tres sepulcros, cuya cámara fue revestida, y posiblemente techada en un principio, con piedras o

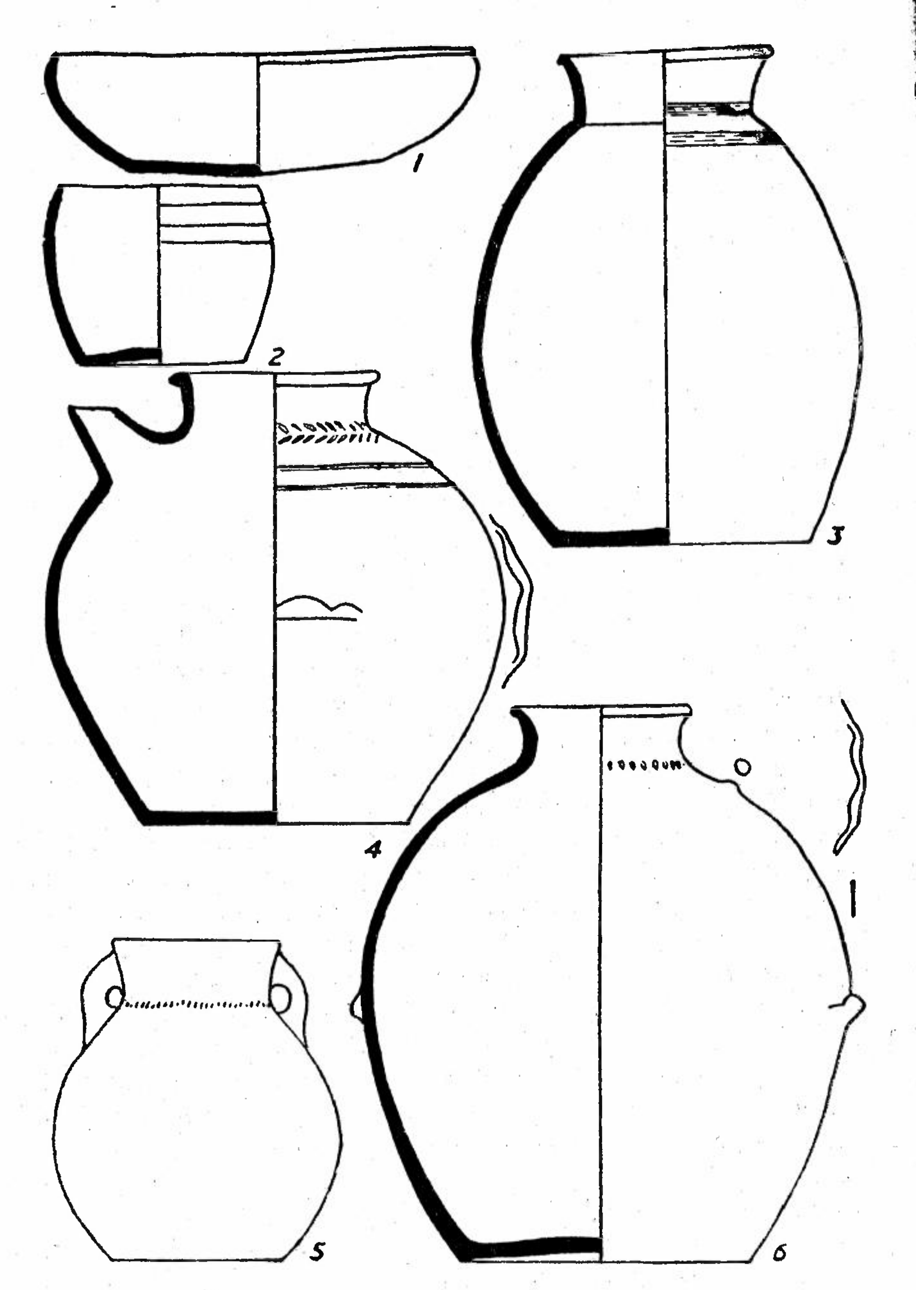


FIG. 27. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente de los cementerios 100-200 y 1500 de Tel el-ᶜAǧǧūl.

ladrillos. Los sepulcros del cementerio 1500 contenían, con muy pocas excepciones, esqueletos individuales intactos. En más de un tercio de los sepulcros había un puñal entre las ofrendas, en algunos casos como ofrenda única. Las vasijas de cerámica eran de tipos muy limitados. Consistían enteramente en jarros de asas horizontales muy rudimentarios y a veces con un pitorro; unos pocos carecían de asas horizontales (fig. 27, *4-6*).

En el Cementerio 100-200 la mayoría de los sepulcros poseen un túnel circular y contienen esqueletos desarticulados. Hay más variedad de cerámica que en el otro grupo. La mayoría de las vasijas también son jarros, aunque ninguno de ellos tiene asas horizontales rudimentarias; además, había algunos platos y boles. En todo el cementerio sólo se hallaban dos puñales, pero, por otra parte, había dos jabalinas. Una minoría de los sepulcros eran de trazado similar a los del Cementerio 1500, y en unos pocos casos había sepulturas intactas.

Resumiendo, podemos decir que el Cementerio 1500 era exclusivamente homogéneo en sus tipos de sepulcros, método de enterramiento del cuerpo y predominio de puñales, aunque copió del otro cementerio algunos tipos de vasos, los jarros sin asas horizontales. El Cementerio 100-200 copió algunos ejemplos del tipo de sepulcro y método de enterramiento y la poco frecuente ofrenda de puñales, pero tenía sus propios tipos de cerámica.

Estos grupos de el-ᶜAǧǧūl no corresponden exactamente con ninguno de los de Jericó. El enterrameinto individual, intacto y en cuclillas, se encuentra, por ejemplo, en sepulcros con el túnel de acceso rectangular. Otros de esos sepulcros con el túnel rectangular pueden contener enterramientos intactos con puñales y vasos, y sólo en esto se parecen al tipo túnel cuadrado de Jericó, aunque los vasos son diferentes. La cerámica de Jericó que más se parece al tipo de el-ᶜAǧǧūl es la del grupo «tamaño extraordinario», pero el repertorio no es idéntico, y los sepulcros de el-ᶜAǧǧūl, con esqueletos desarticulados no tienen ni la planta ni la sección característicos de los de Jericó, y la cerámica es totalmente distinta.

La característica común de los sepulcros de los dos yacimientos es la práctica del enterramiento individual. También se da la misma frecuencia en el uso de armas y la presencia incidental de la prác-

tica peculiar de enterramiento desarticulado. Aunque las vasijas de los yacimientos son muy diferentes en cuanto a su forma, se asemejan por el hecho de estar fabricadas a mano y en cierta clase de objetos, por lo que, no se puede dudar que pertenecen a la misma época general. Queda, sin embargo, incierto el modo cómo se relacionan entre sí los grupos de Jericó y el-ᶜAǧǧūl, al igual que el modo cómo se relacionan entre sí los grupos del mismo yacimiento. En el-ᶜAǧǧūl, lo mismo que en Jericó, los argumentos para seguir una sucesión cronológica, por ejemplo, los procedentes de vasos con

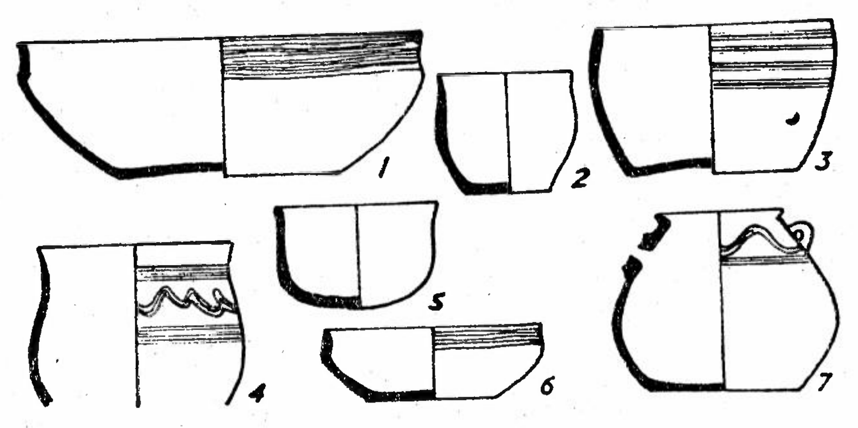


FIG. 28. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente de Tell el-Duweir.

asas horizontales o vasos sin ellas, o de túneles de acceso de planta rectangular a túneles circulares, no son realmente satisfactorios, aunque dicha sucesión sigue siendo una posibilidad. La fusión de características en el-ᶜAǧǧūl, que vino a parar en grupos separados en Jericó, y el hecho de que en el-ᶜAǧǧūl las diferencias entre los grupos sean menos acusados, podría sugerir que estaba en curso una fusión gradual, que estaría muy bien situada en un yacimiento que representa una penetración ulterior en el país, de grupos que ciertamente procedían de zonas del norte y del este. Otra posibilidad es que los enterramientos de el-ᶜAǧǧūl pueden ser también los de otros grupos tribuales. Es un tema que necesita ulterior investigación.

En Tell el-Duweir, un cementerio (el cementerio 2000) se parece

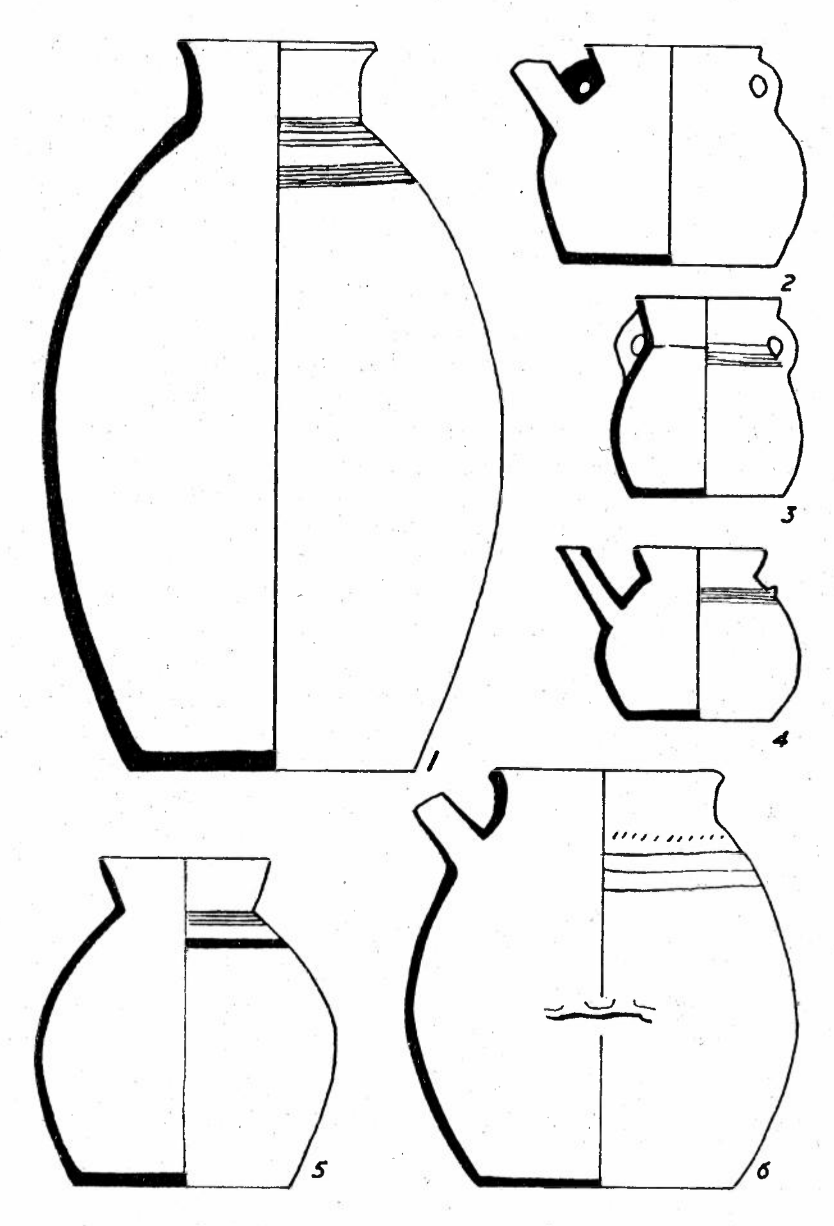


FIG. 29. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente de Tell el-Duweir.

en muchos aspectos al Cementerio 100-200 de Tell el-ᶜAǧǧūl. Está situado en un risco montuoso a unos 700 metros al norte del «tell». Hay cerca de un centenar de sepulcros, estrechamente agrupados al borde de la colina. En una minoría de los sepulcros se penetraba a través de túneles cuadrados; pero la inmensa mayoría o bien tenía túneles o cámaras circulares, o bien no tenía túneles, quizá como consecuencia de la erosión. Por desgracia, no se recogieron pruebas acerca de la posición o disposición de los cuerpos, quizá a causa de que todos los esqueletos estaban desmembrados. Todos los sepulcros contenían vasijas de cerámica. La escala de formas no es muy distinta de la del cementerio de el-ᶜAǧǧūl, con la excepción de que hay mayor cantidad de boles y tazas, y de que los jarros tienden a ser más estrechos y más altos. Unos pocos, de forma más gruesa y con asas horizontales rudimentarias, se parecen a los del Cementerio 1500 de el-ᶜAǧǧūl y, al igual que aquí, hay también algunos jarros con pitorro.

Dos sepulcros incluyen un puñal y uno de ellos contiene también una jabalina; otros dos incluyen ambos una jabalina. Parece como si este grupo estuviese relacionado con el grupo que enterraba en el Cementerio 100-200 de Tell el-ᶜAǧǧūl; las diferencias del material podrían atribuirse a una fecha posterior, con un desarrollo tipológico de formas y una ligera fusión con los rasgos característicos del grupo de el-ᶜAǧǧūl. Como siempre, la interpretación es difícil porque nunca se encuentran varias combinaciones de características en relación estratigráfica.

Megiddo todavía añade otros detalles. Cierto número de sepulcros fueron excavados en la superficie de la roca, descendiendo desde el pie del «tell» hacia el este. Entre ellos se incluyen dos grupos que deben caer dentro del período intermedio Bronce antiguo-Bronce medio.

El primer grupo se hallaba en el sepulcro 1101-1102 B inferior. Este lugar formaba parte de un conjunto de cámaras excavadas en la roca e intercomunicadas, en forma de caverna, y en las que se penetraba desde la ladera de la colina. Fue empleada por última vez en la Edad del Hierro antigua (los depósitos «superiores») después de unos considerables derrumbamientos de techos que cubrieron los restos de los períodos primitivos. Los depósitos «inferiores», en sí

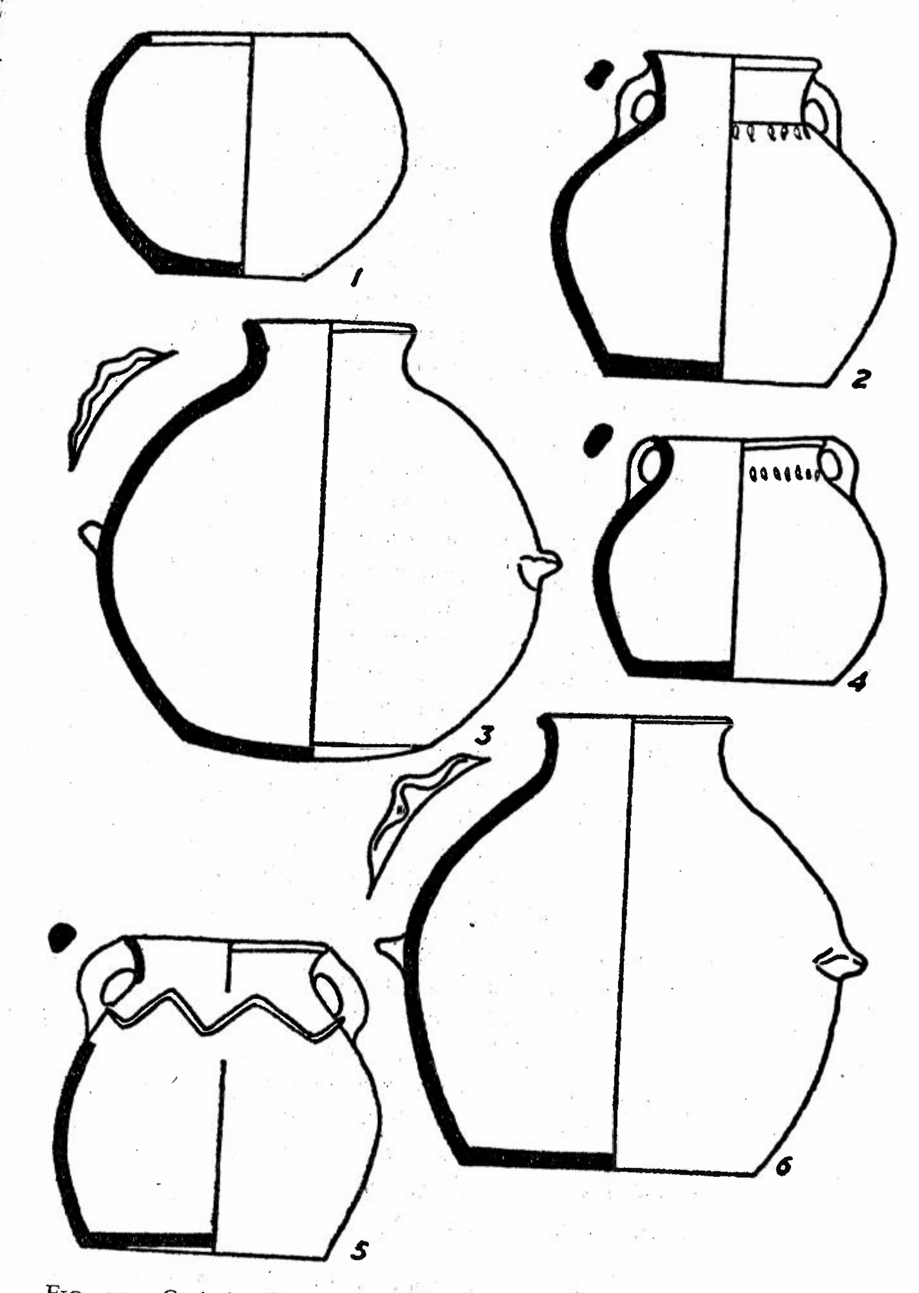


FIG. 30. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente del sepulcro 1101-1102 B inferior de Megiddo.

mismos, representan varias utilizaciones sucesivas[1]. El primero cae dentro del período protourbano cuando había ocupación doméstica. Hubo una segunda fase de ocupación doméstica en el Bronce antiguo con capas estratificadas de objetos caseros; probablemente pertenece por entero al Bronce antiguo III. Situados a unos 50 centímetros por encima de estos depósitos, había enterramientos acompañados por las vasijas que se ven en la fig. 30 y con un grupo de objetos de cobre (lám. 39). Los excavadores consideraron que estos enterramientos, que representan catorce individuos, quizá estaban alterados, porque si bien había unos pocos huesos articulados, la mayoría estaban en completo desorden. A la luz de las pruebas de Jericó, y las deducciones consiguientes para lo que respecta a Tell el-ᶜAǧǧūl, es probable que una vez más nos hallemos ante enterramientos realizados después de que la carne se había descompuesto al ser expuesto el cadáver. El fuego ennegreció algunos huesos; esto sucedió tan sólo en los lados superiores, lo cual indica con claridad que el fuego se presentó después de haber sido colocados en su posición actual, y debía representar una ceremonia funeraria. Este es un rasgo que hasta ahora no se ha hallado en otros enterramientos del período.

La cerámica depositada en estas sepulturas (fig. 30) presenta claras conexiones con la de Jericó, en especial por las asas horizontales dobladas. Los objetos de cobre (lám. 30) incluyen un puñal parecido a los de Jericó y Tell el-ᶜAǧǧūl, cabezas de lanzas, y un alfiler-pasador de cabeza abultada, objeto utilísimo, al que nos referiremos más adelante (pág. 157). Pero aunque existen estas semejanzas entre los materiales de Jericó y Tell el-ᶜAǧǧūl, no hay identidad entre los hallazgos y costumbres funerarias de ninguno de los yacimientos.

Los excavadores dieron el nombre de sepulcros túnel al segundo grupo de sepulcros de Megiddo; de este modo pusieron de relieve el hecho de que las cámaras funerarias excavadas en la roca, a la que se accedía por medio de túneles, no eran corrientes en este lugar. Pero aunque tales sepulcros representan el tipo normal en Tell el-ᶜAǧǧūl y Jericó, este tipo particular tiene en Megiddo una forma muy poco frecuente y rebuscada. El túnel es de planta cuadrada, de unos

[1] *M. Tombs*, pág. 24-27 presenta una imagen confusa, al publicar toda la cerámica de la ocupación «Inferior» como única; la descripción, por el contrario, aclara que hubo depósitos netamente diferenciados.

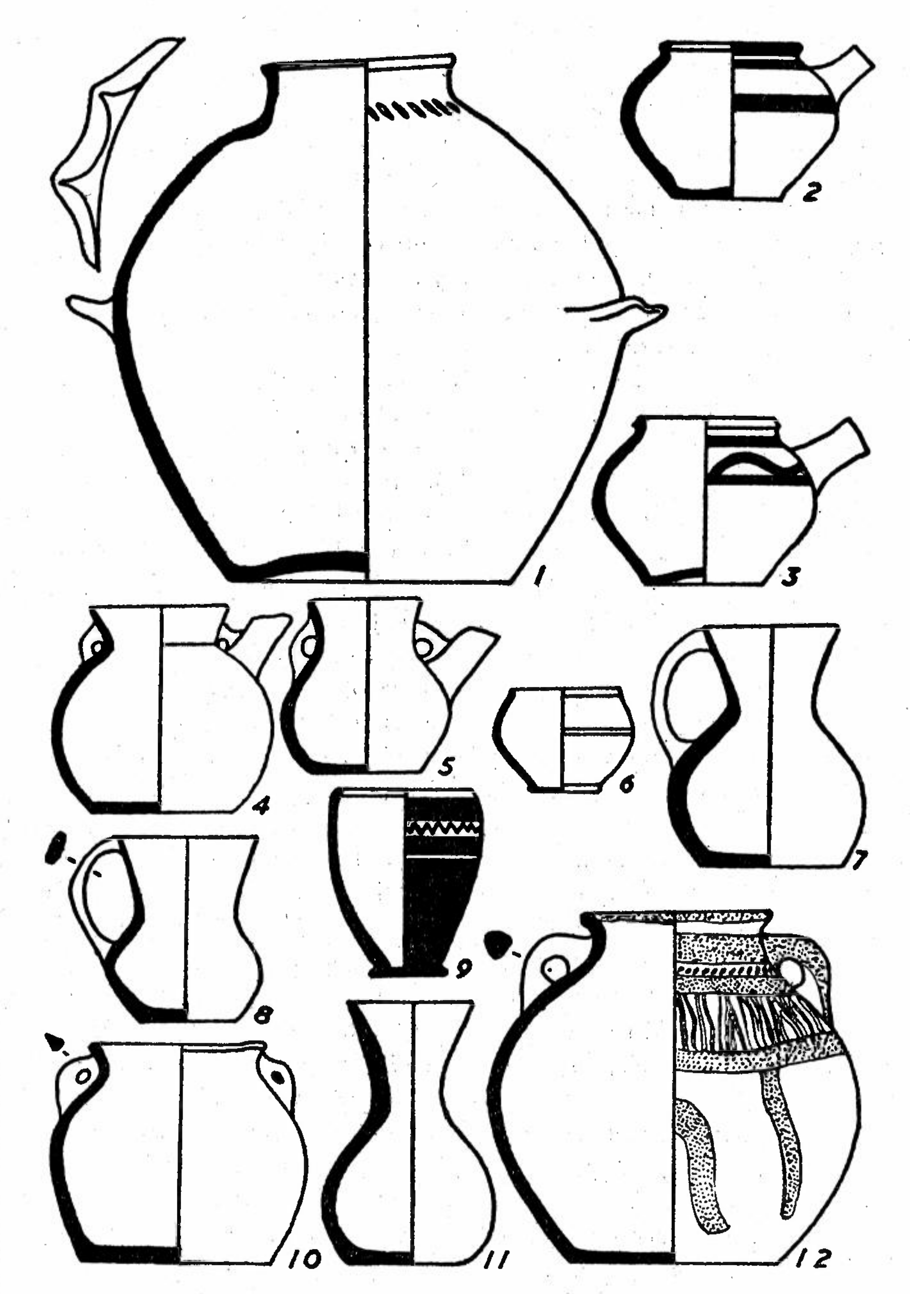


FIG. 51. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente de los sepulcros túnel de Megiddo.

2 metros de profundidad, con hoyos para los pies en sus lados verticales. En su base, una pequeña entrada cerrada con una piedra de obstrucción, lleva a la cámara central. Desde esta cámara, pequeñas entradas conducen a otras tres cámaras a un nivel algo superior, una en el eje del túnel y las otras a cada lado de la cámara central. La excavación de los sepulcros se efectuó con herramientas de cobre, de 5 y 12 centímetros de anchura, y a veces eran acabados con una capa de enlucido o blanqueo. La planta era estereotipada, aunque se dan algunas variantes.

Muchos de estos sepulcros volvieron a usarse en fecha posterior, pero los excavadores se confundieron al intentar explicar el desordenado estado de los huesos, incluso en el caso de los que no habían sido interferidos de este modo. Sugieren que junto a los cuerpos debió depositarse oro u otros objetos preciosos y que el desorden se debe a ladrones, incluso a pesar de que la piedra de obstrucción a menudo se encontró en su sitio. Las pruebas de Jericó ponen en claro que también en Megiddo existió la práctica de enterrar cuerpos desmembrados.

Parte de la cerámica de estos sepulcros (fig. 31) se parece a la de los otros grupos del Bronce antiguo-Bronce medio. Incluye pequeñas jarras con asas de oreja en el cuello (fig. 31, *10*) que se encuentran en Jericó y en Tell el-ʿAǧǧūl; en el sepulcro 1101-1102 de Megiddo, la jarra (fig. 31, *1*) es de una forma corriente en Jericó y en Beisán; y se aproxima a las vasijas halladas en el Cementerio 1500 de Tell el-ʿAǧǧūl (aunque éstas tienen asas horizontales más rudimentarias), y un bol se parece mucho a las formas descubiertas en Jericó y en Tell Beit Mirsim. Además, hay gran cantidad de pequeños jarros con pitorro, que no son más que los jarros de asas de oreja con la adición de un pitorro; éstos también se encuentran en Jericó. Pero, además, hay una cantidad considerable de vasijas que son claramente importaciones; las distingue de las vasijas locales el hecho de ser el material delgado y duro y de estar fabricados enteramente a torno; en general son de color oscuro, con una decoración de líneas rectas y onduladas de color claro. Las únicas vasijas en esta misma categoría, son un cántaro y una copa (fig. 31, *9*). Vasijas que tampoco se hallan en los demás yacimientos son los cántaros de boca redonda con asas de abrazadera, pero se describen

como hechos a mano y con material local. Entre otros hallazgos de los sepulcros figuran alfileres-pasadores con cabeza de seta y un alfiler de cabeza curva (lám. 40).

Estos hallazgos ofrecen un indicio claro de la procedencia de este grupo de Megiddo. Las «teteras» por su forma, pero no por la decoración, se parecen mucho a las formas halladas en lugares como Qatna, en el interior de Siria [1]; en Biblos se han encontrado fragmentos de cerámica con una decoración semejante. Los alfileres recuerdan también a Siria, porque se ha encontrado un grupo idéntico en Brak [2]. Es, pues, probable que este grupo llegase a Palestina procedente del nordeste.

Aunque, como ya hemos indicado, cierto número de formas nos ofrecen puntos de contacto con otros yacimientos, no se ha encontrado en Palestina propiamente dicha ningún otro grupo que incluyese el resto del material. Sin embargo, en el-Husu (Transjordania), una cueva sepulcral ha revelado material muy semejante [3]; incluye por ejemplo, jarros con pitorro (cf. fig. 31, *2-3*), jarros de boca redonda y asas de abrazadera (cf. fig. 31, *7-8*), jarros decorados (cf. fig. 31, *12*) y jarros de asas horizontales (cf. fig. 31, *1*), y un alfiler de cabeza curva (cf. lám. 40 [c]). Sin embargo, no incluye ninguna vasija importada. El grupo quizá llegó a Transjordania por Palestina, lo cual podría poner de relieve la probabilidad de una entrada en Palestina desde el norte.

Hasta ahora sólo hemos tratado de los sepulcros de este período. En realidad, la mayor parte, y con mucho, de nuestras pruebas derivan de ellos. En casi todos los yacimientos, las pruebas contenidas dentro de la ciudad misma son muy débiles. En Tell el-ʿAǧǧūl no se encuentran huellas de ocupación en el «tell». En Tell Beit Mirsim dos estratos, los I y H, se asignan a este período, pero los restos arqueológicos son escasos y no hay muralla; casi toda la cerámica publicada procede de un sólo depósito en una cueva. En Tell el-Duweir hay un lugar poblado en la zona 1500, a unos quinientos metros al noroeste del tell. Los restos se encontraron en cuevas y pozos, y sólo había una casa pobremente construida que pudiese pertenecer al período. La cerámica procedente de este poblado ocupa-

[1] *Syria*, XI. [2] *Iraq*, IX. [3] *A.P.E.F.*, VI.

do presenta un repertorio de formas diferentes a las del Cementerio, rasgo curioso que se da de nuevo en Jericó. De Beisán se han publicado unas pocas vasijas procedentes de los estratos XII y XI, que son obviamente intrusas en esos contextos —la estratificación en este estrato muestra claros signos de alteración— que prueban una ocupación breve; pero tampoco aquí hay construcciones.

La prueba más clara nos viene de Jericó. Inmediatamente encima de las ruinas de la ciudad del Bronce antiguo aparece cerámica del

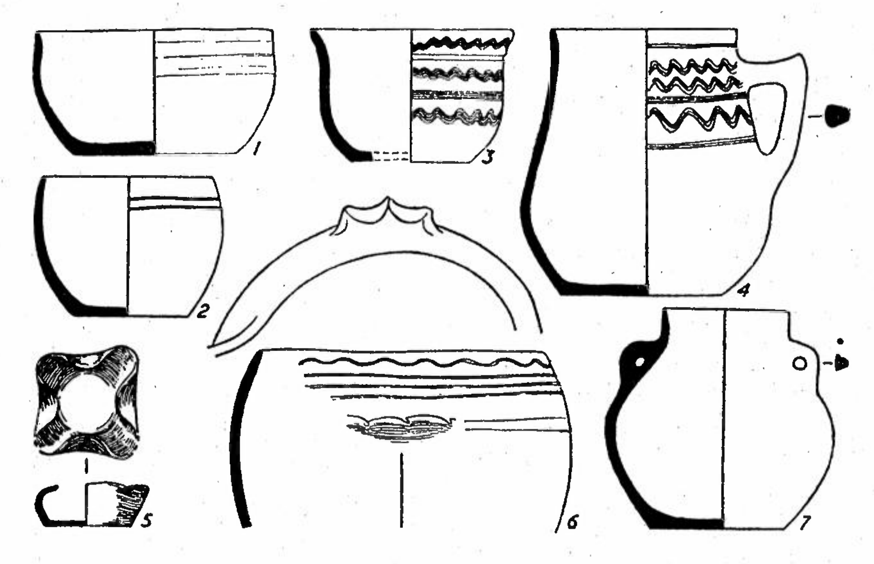


FIG. 32. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente del «tell» de Jericó.

Bronce antiguo-Bronce medio, y se encuentran casas de un tipo nuevo. Pero es evidente que hubo una ocupación prolongada antes de que se construyesen las primeras casas. Se encuentran sobre todo en las laderas del «tell» porque en la cima los estratos de este período han desaparecido a causa de la erosión. A mitad de la ladera del «tell», estas casas descansan sobre la zanja de las últimas defensas del Bronce antiguo. Hacia el fondo, esta sedimentación contiene cerámica del Bronce antiguo-Bronce medio, y se había acumulado un espesor de 2,50 metros antes de que se construyese la primera casa. Hubo, pues, una ocupación prolongada al estilo de campamento.

Esto sucede no sólo por todo el «tell», sino también en las laderas de las colinas circundantes, porque en la zona del cementerio se encuentran piezas de cerámica doméstica del Bronce antiguo-Bronce medio, sin ninguna construcción relacionada con ella. Cuando aparecen las primeras casas en el «tell», éstas son endebles, totalmente

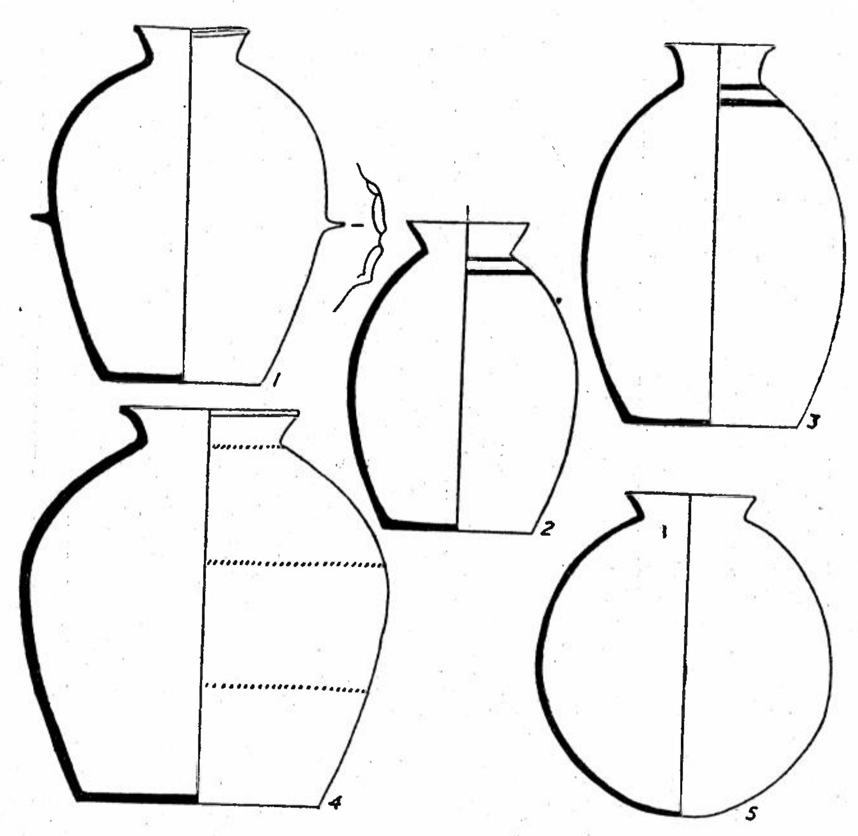


FIG. 33. Cerámica del período Bronce antiguo-Bronce medio, procedente del «tell» de Jericó.

distintas de las casas precedentes de la ciudad del Bronce antiguo. Están construidas con ladrillos rectangulares bastante blandos, de un curioso color verdoso. Los muros sólo tienen una hilera de espesor, y las habitaciones son pequeñas y de forma bastante irregular (lám. 41). Hay una construcción que pudo ser un santuario o templo. Bajo

su pared había un enterramiento de un niño, y en dos habitaciones adyacentes había sólidos bloques de enladrillado, de cerca de un metro cúbico, que quizá fuesen altares. El poblado, incluso después de haberse empezado a construir casas, parece desparramarse de un modo irregular por las laderas del montículo, y no hay muralla.

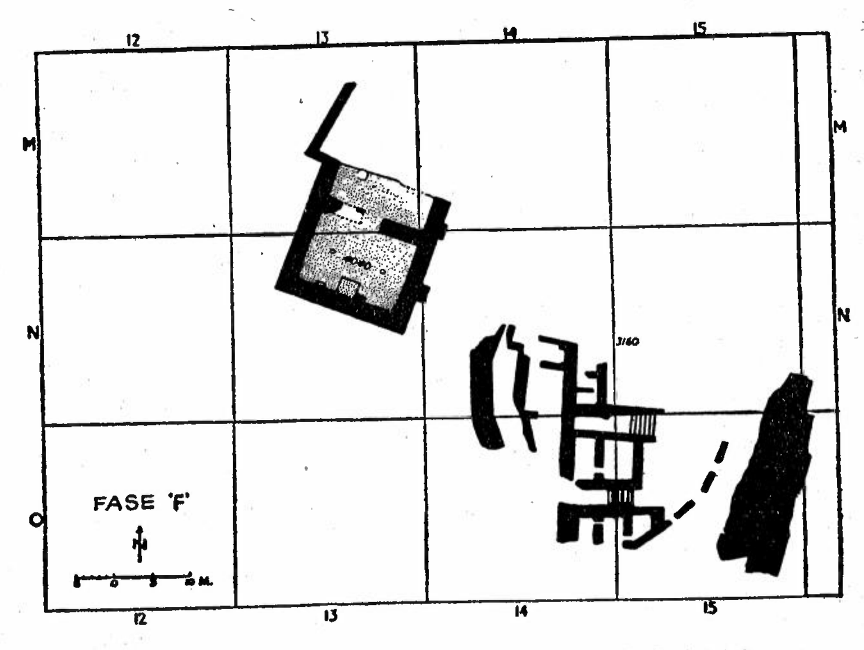


FIG. 34. Plano del área BB de Megiddo en la segunda fase del Bronce antiguo-Bronce medio.

La cerámica hallada en el poblado (figs. 32 y 33) difiere de una manera sorprendente de la de los sepulcros, incluso admitiendo que, de hecho, muchos modelos domésticos, como cacharros de cocina, de ordinario no aparecen en sepulcros. Incluso las formas de jarros son distintas, teniendo muchos el reborde alto y abocinado descubierto en los cementerios de Tell el-ᶜAǧǧūl y Tell el-Duweir. En el tell se encuentran boles y tazas, que son muy raras en los sepulcros de Jericó; y un rasgo chocante es que sólo en el «tell» se encuentran vasijas con decoración incisa o peinada, formada por combinaciones de líneas rectas y onduladas, lo cual es una característica del período

en Tell Beit Mirsim y Tell el-ᶜAǧǧūl. Esta última diferencia también se da en Tell el-Duweir. Esta distinción entre «tell» y sepulcros constituye un problema, al que todavía no se puede responder; al igual que con el problema de la interrelación de los diferentes grupos atestiguados por los cementerios, se requieren ulteriores investigaciones.

En esto reside el problema de Megiddo. Tal como está publicado el material, se aprecia la existencia de una superposición, con cerámica del Bronce antiguo, del Bronce antiguo-Bronce medio y del Bronce

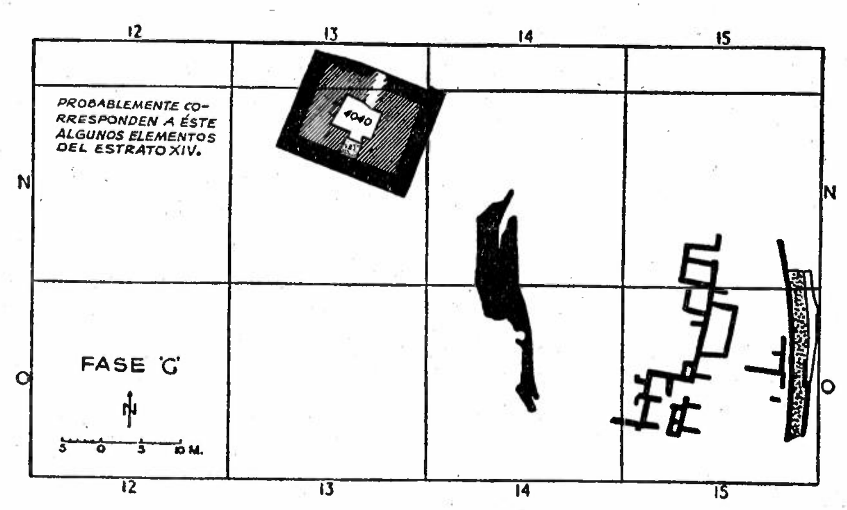


FIG. 35. Plano del área BB de Megiddo en la tercera fase del Bronce antiguo-Bronce medio.

medio, que se presenta en contigüidad absoluta en los estratos XVI, XV, XIV y XIII[1]. Pero he demostrado[2] que esto se debe a enterramientos intrusos y a otras perturbaciones. Esta mezcla no se da en los grupos de sepulcros, y es virtualmente cierto que en el «tell» la ocupación de los tres períodos es tan distinta como en otras localidades. Debido a estas alteraciones es difícil saber con certeza que construcciones de estos estratos pertenecen al período Bronce antiguo-Bronce medio, caso de que alguno de ellos sea de este período. Existe una fuerte probabilidad de que hay aquí por lo menos una

[1] *Megiddo*, II. [2] *Eretz Israel*, V.

fase de edificación. En la zona BB de las excavaciones tres templos se atribuyen al estrato XV. Es muy improbable que sean todos contemporáneos[1]. El segundo plano era probablemente tal como aparece en la fig. 34, aunque no se puede probar si el monumental acceso desde el Este es de esa época o no. Al parecer, este templo sucedió a otros dos muy semejantes hacia el noroeste. Fue reconstruido posteriormente con una sala mucho más pequeña (fig. 35); incorporada en esta reconstrucción se halló una cabeza de hacha de tipo aventanado (fig. 24, *17*) que se puede demostrar que es típico del período Bronce antiguo-Bronce medio[2]. En la cerámica asociada con todos los sucesivos edificios de los templos, hay una proporción apreciable de los tipos del Bronce antiguo-Bronce medio, y aunque la falta de una estratificación adecuada imposibilita saberlo con certeza, parece muy posible que las tres fases pertenezcan al período.

Evidentemente, esto estaría en contraste considerable con las pruebas procedentes de otras partes. En apoyo de tal atribución, podríamos indicar que, por el cuidado que ponen en la disposición de los muertos, la gente del Bronce antiguo-Bronce medio demuestran en todas partes una preocupación considerable por las cosas espirituales; recordemos también el posible santuario de Jericó, que acabamos de describir. Es también un hecho que la gente del grupo del sepulcro túnel de Megiddo representa claramente un grupo más sofisticado que en otras partes, con una aproximación casi arquitectónica en su manera de excavar sepulcros. Además, parece como si procediesen de una zona relativamente civilizada, en la que existiera una tradición arquitectónica bien desarrollada.

Pero, en su conjunto, Megiddo es excepcional. En otras partes tenemos una imagen clara de un pueblo muy numeroso, que no se interesa por la vida ciudadana. Eran, de hecho, pastores y no agricultores, y muchas de sus habitaciones quizá fueron tiendas o refugios diseminados por las laderas; esto deja pocas huellas a los arqueólogos, a excepción de los ocasionales fragmentos cerámicos. Los cementerios concentrados pueden representar terrenos funerarios tribuales, a los que se llevaban los muertos desde una zona relativamente extensa. Tal práctica, reliquia de días más completamente

[1] *Eretz Israel*, V, pág. 35. [2] *Eleventh Annual Report of the Institute of Archaeology.*

nómadas, ya la señalamos como explicación de la costumbre de enterrar restos de esqueletos. Las diferencias destacadísimas entre los bienes y costumbres funerarias de todos los grupos descritos demuestran que, aunque hubo semejanzas claras, en modo alguno existió una cultura uniforme comparable con la de los períodos precedentes y subsiguientes, y que los grupos permanecieron separados y con una organización tribual.

Es difícil fijar fechas exactas para el comienzo y fin del período, aunque el período general es claro. El profesor Albright ha demostrado[1] que el tipo de bol o taza con talle, que él denomina caliciforme, es corriente en Siria en los últimos siglos del tercer milenio, lo mismo que un tipo de decoración de líneas rectas y onduladas combinadas. También indican la misma fecha las «teteras» importadas de Megiddo. Asociado con los restos de uno de los grupos de población de Megiddo, el que enterraba sus muertos en el sepulcro 1101-1102, había un tipo de alfiler pasador con cabeza abultada. Este tipo de alfiler se encuentra en Ras Shamra, en sepulturas del período ugarítico medio I, asociado con una taza de perfil con cuello y decorada con líneas incisas rectas y onduladas[2], y con cabeza de hacha afenestrada del tipo citado antes. Schaeffer ha demostrado[3] que el tipo de alfiler está muy extendido, y está relacionado en esa zona con un grupo experto en metalurgia. En Ras Shamra, las sepulturas están situadas en un terraplén bajo el templo, que tenía suficiente importancia como para recibir ofrendas de la XII.ª Dinastía de Egipto, en el siglo XX A. C. Para Siria septentrional, conviene, pues, una fecha final hacia el año 2000 A. C. Los otros dos tipos de alfiler se encontraron en Megiddo, y pertenecieron al pueblo del grupo de sepulcros túnel: se trata de un alfiler pasador con cabeza en forma de seta y un alfiler de cabeza curva. Como ya se indicó, estos tipos tienen sus paralelos exactos en Brak, y están en relación con un estrato datado en el 2200 A. C.

Palestina, pues, recibió una gran invasión de grupos nómadas en los últimos siglos del segundo milenio, los cuales borraron completamente la civilización urbana precedente del Bronce antiguo.

[1] *A.A.S.O.R.*, XIII, pág. 66-67.
[2] SCHAEFFER, *Stratigraphie Comparée*, lám. VIII
[3] «Les Porteurs de Torques», en *Ugaritica*, II.

Egipto sufrió el mismo destino. La VI.ª Dinastía de Egipto acabó en el 2294 A. C., y los bárbaros —por lo menos algunos procedentes de Asia— invadieron Egipto. Las condiciones pacíficas no se restablecieron hasta que Egipto estuvo otra vez unificado bajo la XII.ª Dinastía, alrededor del 1990 A. C.

Parece muy probable que Palestina se viera afectada por movimientos bárbaros por lo menos tan pronto como Egipto, sino antes, porque casi todos los asiáticos que llegaban a Egipto, casi con certeza, habían pasado por Palestina. Por esta razón parece probable que el período intermedio Bronce antiguo-Bronce medio de Palestina empezó alrededor del 2300 A. C y coincidió de una manera aproximada en el tiempo, al igual que en los resultados, con el Primer Intermedio de Egipto. Como hemos visto, hay que datar más o menos en el 2600 A. C. una etapa posterior del Bronce antiguo III; y como es difícil alargar cualquier período de decadencia más de unos trescientos años, esta fecha parece la mínima para el comienzo del período siguiente.

La antiquísima civilización sumeria también fue destruida hacia fines del tercer milenio. En este caso, los agentes de destrucción son conocidos, y esto nos da la pista para Palestina. Los responsables de los trastornos ocurridos en Siria septentrional y Mesopotamia fueron los amorritas semitas, procedentes de los bordes semiáridos del Creciente Fértil. Los libros Números y Josué relatan que, cuando los israelitas entraron en Palestina, los amorritas ocupaban la región montañosa y los cananeos la costa y las llanuras (Núm. XIII, 29; Josué V, 1; X, 6). Los Textos de Execración egipcios nos brindan una prueba probable de su temprana presencia en Palestina. Estos Textos pertenecen casi con certeza a la XI Dinastía del siglo XXI A.C. cuando empezaba la recuperación del poder egipcio, que desembocó en el gran Imperio Medio de la XII Dinastía. En ellos se clasifican como rebeldes cierto número de lugares asiáticos. Difícilmente pudieron ser verdaderos rebeldes, puesto que no rompían con su poder ya existente; un predominio de este género había desaparecido hacía siglos; es más verosímil que se opusiesen a la expansión de la influencia egipcia. Algunos lugares acusados de rebeldía, por ejemplo Biblos, pueden ser identificados; pero la mayor parte de ellos sólo con ciertas dudas. Algunos lugares tenían un jefe, otros

dos o tres; hay una prueba muy ligera [1] de que las ciudades costeras tenían un solo jefe y, por consiguiente, una organización centralizada, y de que los lugares del interior tenían varios y, por tanto, seguían con una organización tribual. Albright sugiere que los nombres de estos lugares y de sus jefes están escritos en la forma amorrita de la lengua semítica, y que la razón por la cual los lugares no pueden identificarse es que eran nombres de distritos más que de las ciudades que más tarde conoció la historia. Las deducciones se basan en pruebas bastante escasas contenidas en los mismos textos; sin embargo, las pruebas arqueológicas que se han reunido desde que él escribió su trabajo parecen dar la misma imagen.

El final del período intermedio Bronce antiguo-Bronce medio es tan brusco como su principio. Materialmente, parece que los amorritas nada aportaron al período siguiente. La cultura más elevada del Bronce medio, con su vuelta a la vida ciudadana parece sumergir y absorber por completo la de los grupos más primitivos hallados en el país al llegar la primera avalancha de recién llegados que trajeron la nueva cultura. Las pruebas lingüísticas y literarias demuestran que los amorritas permanecieron en contigüidad con los nuevos grupos, a quienes podemos reconocer específicamente como cananeos. Podemos deducir que siguieron siendo pastores dado que se concentraban en las regiones montañosas, mientras que los cananeos ocuparon la parte agrícola del país, aunque debieron renunciar en seguida a sus costumbres funerarias y a sus formas de cerámica. Fue un proceso comparable a la romanización de la Edad del Hierro en Gran Bretaña o la normandización de la Inglaterra sajona; una minoría de invasores impone su cultura superior a la población, más atrasada, que encontraron en el momento de la ocupación. Los contactos de los recién llegados con las ciudades costeras fenicias pueden fijarse con claridad; en Biblos y en otras partes puede demostrarse como más adecuada para la cultura parecida, una fecha de la XII dinastía. Por lo tanto, la cultura del Bronce medio no penetró en Palestina antes del siglo XX A. C. Es difícil establecer con exactitud cuándo sucedió esto; sin embargo, es probable que una fecha convencional hacia 1900 A. C., no ofrezca un margen de error superior a cincuenta años en ambos sentidos.

[1] Albright, *J.P.O.S.* VIII.

CAPÍTULO VII

El Bronce medio y los hiksos

Al igual que sucedió en los comienzos del período intermedio Bronce antiguo-Bronce medio, el Bronce medio fue introducido con la aparición de un nuevo grupo de gente. Lo indican claramente la aparición de cerámica nueva, nuevas armas, costumbres funerarias nuevas y el resurgimiento de la vida ciudadana. A diferencia de sus predecesores, procedían de una zona que poseía una civilización desarrollada, porque los estrechos puntos de contacto se establecieron con las ciudades costeras fenicias. En las primeras etapas también hubo relaciones con algunas de las zonas habitadas del interior de Siria, aunque éstas crecieron menos, mientras se desarrollaba la cultura palestinense del Bronce medio. Los lazos que se establecieron con la Fenicia cananea alrededor del 1900 A. C. fueron permanentes, y por el testimonio de la cerámica podemos decir que la misma cultura básica se desarrolló en una zona que se extendía desde Ras Shamra, al norte, hasta los bordes desérticos en Palestina, al sur. Además la cultura que ahora penetraba en Palestina iba a tener una vida muy larga. A pesar de que ocurrieron una serie de acontecimientos de la mayor importancia política, no hay interrupción cultural, al menos hasta el 1200 A. C. Estos acontecimientos políticos los conocemos por los testimonios literarios, porque nos encontramos en un período en el que la historia escrita pude completar (aunque de ningún modo reemplazar) a la arqueología. La arqueología puede mostrar un evidente progreso de utensilios, como la cerámica, y puede demostrar que las ciudades sufrieron una serie de destrucciones, aunque después de las mismas la vieja cultura fue restablecida.

Por consiguiente, este período señala la génesis de la Palestina que encontramos en el Antiguo Testamento, la Palestina que recorrían los Patriarcas en sus viajes, y la Palestina en la que más tarde se establecieron sus descendientes. Los primeros israelitas encontraron en el país esta cultura cananea, y asimilaron mucho de ella. En la época de los reinos hebreos, los reyes y profetas reformadores todavía luchaban contra ciertos aspectos de esa cultura que reprobaban.

La nueva cerámica (fig. 36) que aparece, está en marcado contraste con la del período precedente. Por primera vez en Palestina estaba hecha enteramente con torno rápido. A partir del período protourbano, el acabado de algunas vasijas se había hecho en una especie de torno lento. En el período intermedio Bronce antiguo-Bronce medio, los rebordes se hacían en lo que debía ser un torno eficiente, pero los cuerpos de las vasijas seguían estando hechos a mano. Las nuevas vasijas están tan bien hechas como en cualquier momento de la historia de Palestina, enteramente a torno, a excepción de las marmitas toscas. Desaparecen las antiguas jarras de fondo plano y asas horizontales y surge toda una serie de formas nuevas: jarros de base puntiaguda y asas anulares, boles de formas marcadamente angulosas, acetres de una sola asa y boca apretada, de hecho todo un nuevo repertorio. No puede hallarse ni siquiera una forma perteneciente a otro período. Algún autor ha sostenido que la vasija más doméstica de todas, la marmita, que en este período tiene la base plana, paredes rectas con una banda adosada, y agujeros bajo el reborde, tiene su origen en el Bronce antiguo; sin embargo, no hay pruebas ciertas de ello, y en cambio, hay bastantes en favor de su aparición por primera vez en este período. Otra característica de la nueva cerámica es que los boles, cántaros y jarritos suelen estar totalmente recubiertos con un engobe rojo, al que se le daba un acabado muy bien pulimentado. A menudo se acababan las vasijas en el torno con un peinado muy delicado, incluso en casos de vasijas a las que después se aplicaba un engobe rojo y se pulimentaban.

Esta cerámica roja pulimentada y las formas marcadamente angulosas de los boles, sugieren que los prototipos eran metálicos. No se han encontrado ejemplos de estos prototipos metálicos en Palestina, lo cual no es sorprendente, ya que tales vasijas son frágiles y se corroen fácilmente en el suelo. Sin embargo, un bol de plata de este tipo se ha encontrado en Biblos, donde había sido enterrado en un jarro como depósito de producción, con una cierta cantidad de sellos de arcilla que pueden datarse hacia finales de la XII Dinastía y principios de la XIII, es decir, alrededor del siglo XIX A. C.

Este es un punto importante para la fecha del nuevo desarrollo en Palestina y también para la dirección de donde procedían los nuevos pueblos. De hecho, Biblos nos da pruebas claras en cuanto a la fecha, porque en el período de la renacida prosperidad de Egipto durante la XII Dinastía, se reanudaron las relaciones que habían existido con este importante puerto de Siria y los jefes de Biblos se convirtieron en clientes de Egipto. Como resultado, las tumbas reales de Biblos pueden datarse con precisión gracias a los objetos egipcios. En los sepulcros del período de Amenemhat III y IV (segunda mitad del siglo XIX — principios del XVIII A. C.) aparece cerámica muy parecida a esta nueva cerámica de Palestina. Además, en algunas otras localidades de la Siria costera, encontramos la misma clase de cerámica, y es evidente que parte al menos de la nueva población de Palestina debe haber procedido de esta zona.

Los nuevos grupos trajeron consigo nuevos progresos, además de la cerámica hecha a torno. El más importante fue el empleo del bronce para armas. Las pruebas de la primera utilización del bronce no son tan evidentes como podrían ser, debido a la falta de análisis del metal; pero en Megiddo se investigó la cuestión de modo sistemático, y el bronce aparece por primera vez de un modo coherente en grupos asociados con esta nueva cerámica.

Por otra parte, los modelos de armas son distintos: un puñal corto y ancho con empuñadura corta remachada y múltiples estrías delicadas en la hoja, una cabeza de hacha estrecha y de lados paralelos con un agujero en el mango y una muesca, posiblemente para ayudar a unir la cabeza al mango, y una lanza con encajadura. Todavía no aparecen puntas de flechas de metal, posiblemente porque el bronce aún era utilizado en objetos de uso tan frecuente. Materiales idénticos se encuentran en cierto número de yacimientos de Palestina en este período por ejemplo, Megiddo, Jericó, Tell el-ʿAǧǧūl y Gézer, y también aquí el proceso tiene paralelos en Siria.

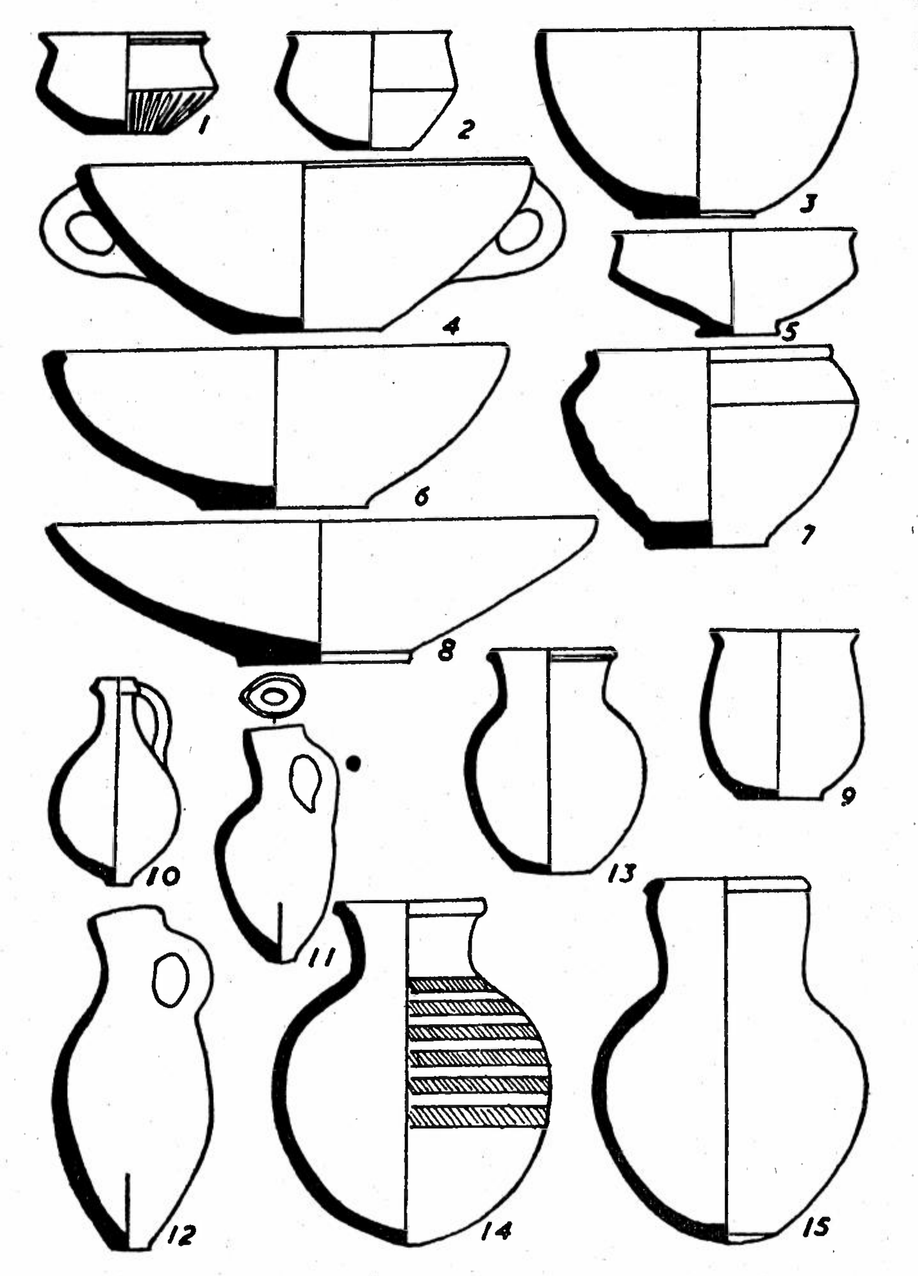


FIG. 36. Cerámica del Bronce medio I procedente de Ra's el-ᶜAin y Tell el-ᶜAǧǧūl.

Los yacimentos del Bronce medio I, que, basándose en el testimonio de la cerámica, muestran una relación más estrecha con la parte costera de Siria, están en Palestina meridional. En Tell elᶜAǧǧūl apareció cerámica muy semejante en unas cuantas sepulturas dentro de la zona de la ciudad siguiente. Petrie las llamó Cementerio Atrio[1], ya que estaban situadas bajo el atrio de un gran edificio que él denominó el Palacio; sin embargo, es evidente que en realidad son anteriores al atrio. Por el momento no consta con evidencia cuanto abarcaba la ocupación de la ciudad por este tiempo. Sin embargo, no hay duda de que en Tell Beit Mirsim existía una ciudad desarrollada. A este período[2] se atribuyen dos estratos, los G y F. Sólo se descombró una parte de la ciudad de este período; sin embargo, aunque los edificios subsiguientes la mutilaran malamente, quedó lo suficiente para demostrar que estaba situada de una manera ordenada y construida de modo compacto. Estaba rodeada por una gran muralla de unos 3 metros de espesor, con sólidas torres a intervalos; las casas estaban construidas a la espalda de la muralla. Un edificio estaba suficientemente conservado para decirnos cómo era una casa típica de este período. Consistía al parecer en una amplia sala con el techo sostenido por una hilera de pilares; a él daban una serie de habitaciones más pequeñas. Al parecer hubo una destrucción considerable durante el Bronce medio I, porque los edificios interiores del estrato G fueron completamente reconstruidos en el estrato F, y la muralla fue reforzada y espesada.

La misma cerámica aparece en Ra's el-ᶜAin, en Palestina central. Como dijimos más arriba (pág. 114) no se hizo allí una excavación arqueológica, por lo cual, de ella no resulta ningún relato coherente. Sin embargo, parte de la cerámica se encontró al parecer (pero no con certeza) en estratos de ocupación del emplazamiento de la ciudad, mientras que otra parte procede de sepulturas no lejos de allí. Estas sepulturas tienen una forma no corriente en Palestina. Consisten en hoyos rectangulares, cuyos lados largos están señalados por piedras de pared; losas de piedra cubren los hoyos. En los muros de tres de las sepulturas (la cuarta era de un niña) habían nichos,

[1] *Ancient Gaza*, II.

[2] Albright llama a este período Bronce medio IIa ya que para él el Bronce antiguo-Bronce medio es el período Bronce medio I.

donde al parecer se colocaban huesos de enterramientos anteriores. Sin embargo, las tumbas eran esencialmente para enterramientos individuales, al contrario de los enterramientos múltiples de las últimas etapas del Bronce medio; los cuerpos se colocaban ligeramente doblados, con la cabeza hacia el este. Con cada uno de los adultos había un arma de bronce, lanza o puñal. La mayoría de los sepulcros contenían gran cantidad de vasijas de cerámica. Muchas de ellas presentan gran parecido con las vasijas del Bronce medio I halladas en Tell Beit Mirsim y Tell el-ᶜAǧǧūl. Otras, sin embargo, son de un tipo que no se ha hallado allí, en especial una clase de jarro globular, de boca redonda y sin asas, a veces sencillo y otras veces con decoración consistente en bandas circundantes de color rojo o marrón. Este tipo de vasija es característico del interior más que de la zona costera de Siria, por lo cual, al menos algunos de los recién llegados, probablemente provenían de esa dirección.

También se encuentran en Megiddo tipos parecidos de jarros. Aquí están asociados con los mismos tipos de boles angulosos y carenados, y de acetres rechonchos, ambos con un engobe rojo bien pulimentado, hallados en los yacimientos ya mencionados; pero en Megiddo, el repertorio de formas es mucho más primoroso (fig. 37). Particularmente característicos son unos amplios boles de borde engrosado en los que hay una banda con baño rojo, cántaros de cuello estrecho y abocinado y asas rebuscadas de múltiples ramales, y acetres rollizos con decoración en bandas rojas o rojas y negras. Estas vasijas no se han hallado en ninguna otra localidad de Palestina; su origen todavía no es manifiesto.

La mayor parte de estas vasijas de Megiddo proceden de enterramientos. En dos casos, se encontraron en tumbas túnel del Bronce antiguo-Bronce medio usadas de nuevo, pero la mayoría de los enterramientos se hallaban en sencillos sepulcros del «tell». Por desgracia, la cerámica se ha publicado mezclada con la del estrato del «tell», en el cual, por casualidad, penetró la base del sepulcro; sin embargo, mediante una selección de procedencia es posible afirmar que había unos cincuenta enterramientos de ese período en la zona BB. Más difícil es determinar si alguno de los edificios cuyos planos se han publicado pertenece a este período. Los sepulcros parecen extenderse por casi toda la zona, pero, como veremos, en

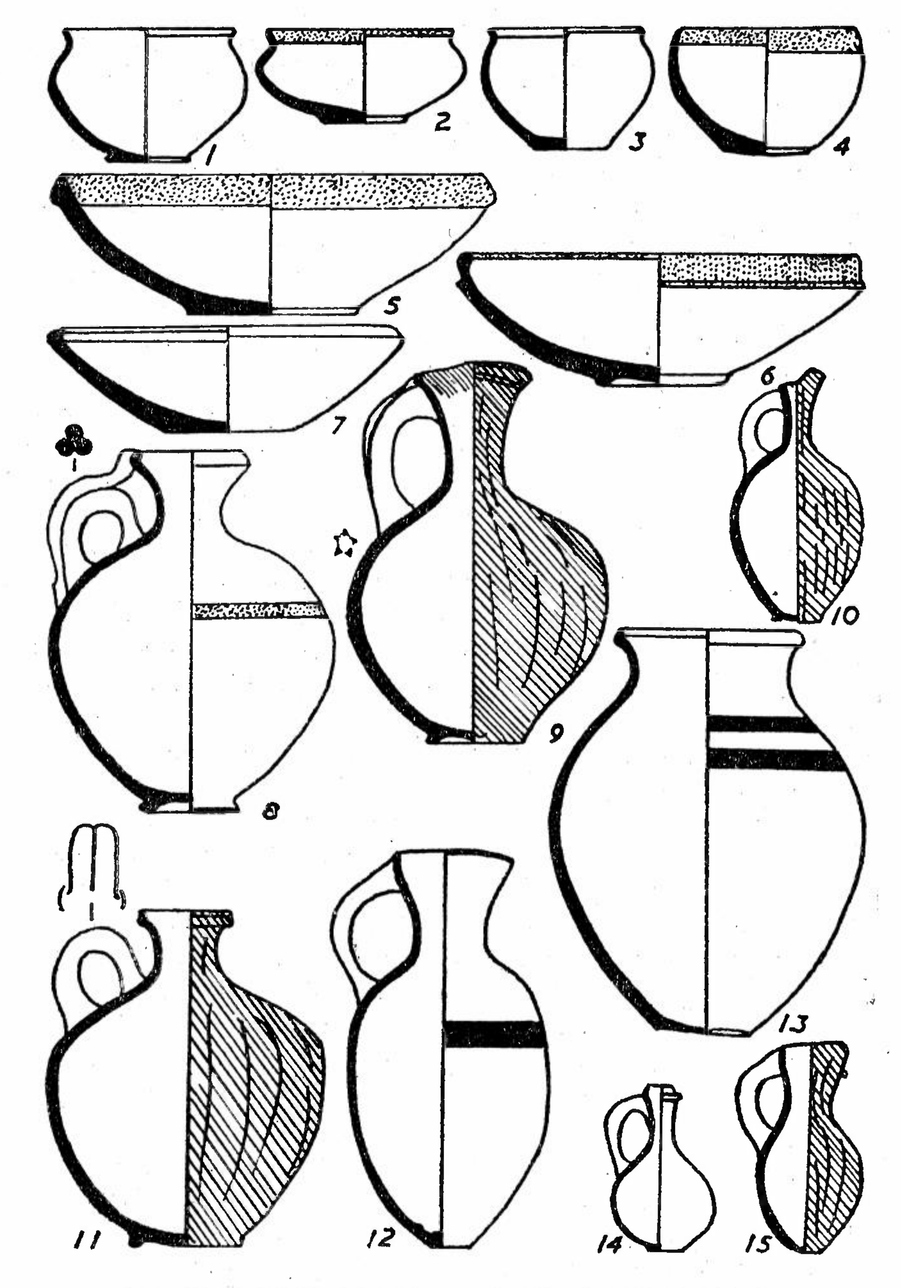


FIG. 37. Cerámica del Bronce medio I procedente de Megiddo.

las últimas etapas del Bronce Medio de Megiddo al parecer se dieron extrañas yuxtaposiciones de sepulcros y casas; es, pues, posible que una parte de las paredes fragmentarias que figuran en el plano del estrato XIII pertenezca, de hecho, a esta fase.

En Jericó, la ciudad se desarrolló ciertamente de un modo lento, a principios del Bronce medio. En los cementerios principales no se han encontrado sepulcros de este período; y la única prueba evidente hallada en el «tell» es un sepulcro de ladrillos y una sepultura, muy juntos, en el lado este del montículo. El sepulcro tenía paredes de adobes con techo probablemente voladizo; en todo caso, poco queda de este techo o del túnel de acceso. Contenía los restos de casi una docena de individuos y los primeros cuerpos se desordenaron para hacer sitio a los posteriores. La sepultura contenía los cuerpos de dos individuos echados sobre el lado izquierdo, en posición doblegada. La cerámica que hay en ellos se parece a la de los yacimientos meridionales, y no a la de Megiddo. También en Jericó es difícil fijar la extensión de la ocupación. Tan sólo una zona relativamente pequeña de la ciudad del Bronce medio sobrevivió al despojo subsiguiente, y de esta zona sólo ha sido excavada una pequeña porción hasta los estratos del Bronce medio I. No podemos, pues, decir si había edificios en una parte del emplazamiento de la ciudad y sepulturas en otra.

Sin embargo, la imagen general que surge sugiere que la ocupación en las primeras etapas se hizo a escala reducida. Si hubiesen existido ciudades a la escala de las del Bronce medio II, ciertamente se hubieran encontrado. Parece como si los recién llegados se estableciesen en algunos de los emplazamientos de las ciudades antiguas y empezasen a edificar casas, aun cuando para esto no necesitaban toda la zona; en parte del yacimiento parece, en casi todos los casos que enterraron sus muertos, quizá con el deseo de tener los sepulcros cerca del poblado para evitar el riesgo de profanación en país extraño.

Esta cantidad, realtivamente parca de hallazgos del período sugiere también que su duración no fue larga. Como mencionamos en el capítulo anterior, es difícil dar una fecha precisa para el comienzo del Bronce medio. Puede empezar en cualquier momento entre el 1950 y el 1850 A. C.; la fecha indicada del 1900 A. C. se da sólo como

punto intermedio entre las dos. La presencia de cerámica semejante en Biblos, en los sepulcros y depósitos del período correspondiente a la XII Dinastía de Egipto, da un indicio general de la fecha. En Biblos parece como si esta cerámica siguiese usándose hasta el final de la dinastía e incluso hasta principios de la XII Dinastía, es decir hasta el comienzo del siglo XVIII. En Palestina no es probable que haya durado tanto antes que se desarrollase la versión palestinense individual de la cultura del Bronce medio II, y en especial de la cerámica con su carácter notoriamente homogéneo, porque si se fijara la transición en fecha tan tardía como el 1800 A. C., comprimiría demasiado el abundante material del Bronce medio II, en el cual pueden señalarse una serie de etapas, y extendería demasiado el material relativamente escaso del Bronce medio I.

Sugerimos, pues, una fecha aproximada para el comienzo del Bronce medio II, a saber, el 1850 A. C. Como veremos, puede considerarse que el final de este período coincide con el renacer del Imperio Egipcio bajo la XVIII dinastía, a principios del siglo XVI antes de Cristo. De momento no hay medios seguros de señalar fechas exactas para el período intermedio. Se puede demostrar que la cerámica y otros hallazgos presentan formas características en diferentes etapas, pero sería una mera hipótesis asignar a estas etapas un límite en años. En los sepulcros de Jericó se pueden distinguir [1] cinco grupos sucesivos y característicos de cerámica y otros hallazgos; en los descubrimientos hechos en los sepulcros, en lugares como Megiddo, Tell el-Fārʿah y Tell el-Duweir, caben las mismas categorías. Las figuras 38-42 muestran las formas destacadas y características de las que aquí llamaremos fases I, III y V del Bronce medio II. Las características de las fases pueden compendiarse brevemente.

La cerámica de la fase I (fig. 38) es muy parecida a la del Bronce medio y procede directamente de ella por evolución. En Megiddo puede identificarse un grupo de sepulcros que presentan las características de transición. La diferencia principal es que va desapareciendo el uso de un engobe rojo pulimentado. Los boles carenados son de paredes inclinadas hacia el interior en forma menos pronunciada, los acetres-cazo son menos rechonchos y tienen la base pun-

[1] *Jericho,* I.

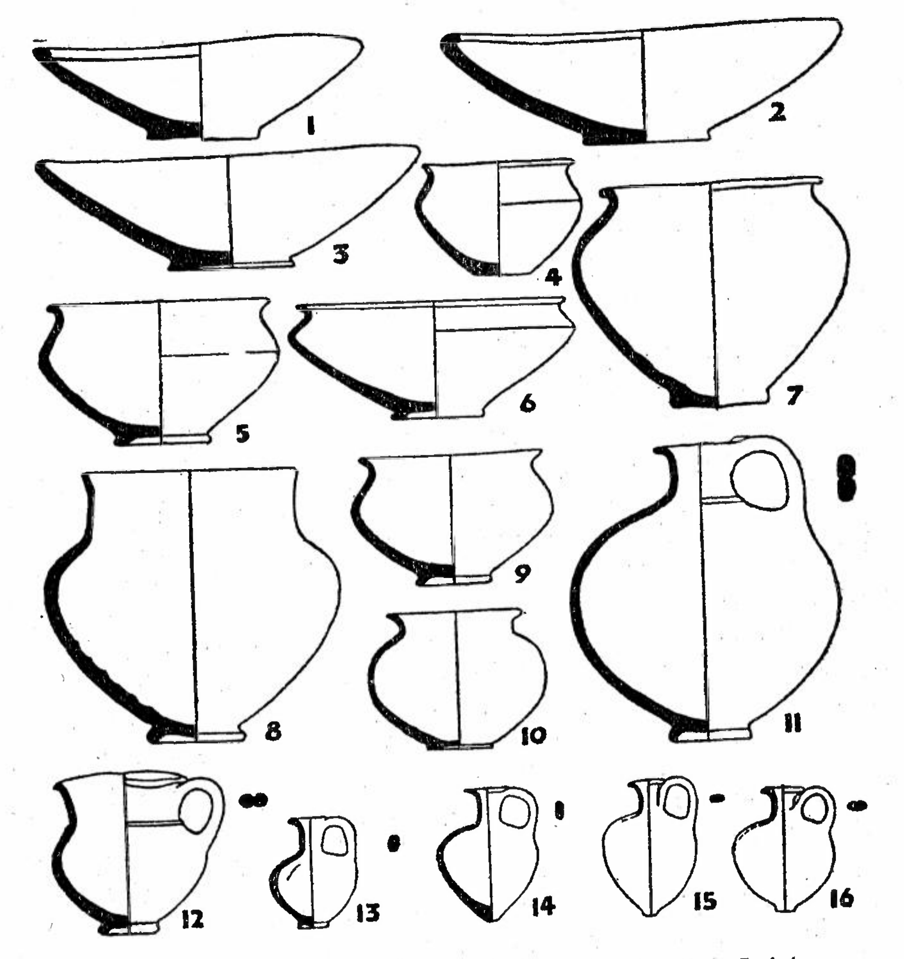


FIG. 38. Cerámica de la fase I del Bronce medio II de Jericó.

tiaguda y no plana. Un pequeño bol característico tiene el cuerpo globular y cuello corto curvado hacia el exterior (fig. 38, *9-10*); a menudo está delicadamente pulimentado con un engobe de color crema. También abundan boles mayores de cuello recto (fig. 38, *8*). El frasco de aceite característico es el jarrito piriforme (fig. 38, *13-16*); en los grupos más antiguos tiene base anular pequeña, pero en los grupos de la fase I de Jericó ya figuraba la base de botón.

FIG. 39. Cerámica de la fase III del Bronce medio de Jericó.

Asociado con esta forma tenemos un jarrito cilíndrico (fig. 40, *2-5*), forma que a veces se halla en el Bronce medio I, pero que no se emplea realmente en Palestina hasta la fase III; se da un ejemplo aislado en la I y II, pero no es característico. No se encuentran ni los vasos con pedestal (fig. 39, *18-20*) ni los boles carenados y abocinados (fig. 39, *9-11*). En Jericó no aparecen en esta fase lucernas especialmente construidas; parece que se emplearon para este fin bases rotas de otras vasijas.

En la fase II continúan la mayoría de las formas características de la fase I. A ellas se añaden boles carenados y abocinados y vasos con pedestal; en esta etapa, las últimas formas citadas no llevan un cordón alrededor del cuello o de la base. Aparecen verdaderas lámparas, platillos redondos con pico ligeramente pellizcado, antecesores de las lámparas que persisten en la segunda mitad del primer milenio A. C., momento en el que comienza el tipo helenístico cerrado.

La mayoría de las formas prácticas también persisten en la fase III (figs. 39-40). En este momento, empiezan a aparecer en cantidad jarritos cilíndricos, aunque los jarritos piriformes todavía son mayoría. Se encuentran vasos con pedestal, con cordones y sin cordoncillos. Hasta esta fecha todos los alfileres-pasadores que se han encontrado, tienen cabezas lisas por encima del ojo, pero empieza a aparecer el tipo con cabeza decorada.

Casi todas las formas anteriores han desaparecido en la fase IV. Los pequeños boles globulares y los boles de cuello grande ya no se encuentran. Todavía hay algunos jarritos piriformes, todos con base de botón de ojal y desarrollado; sin embargo, los jarritos cilíndricos son mayoría. En este estadio aparecen por primera vez botellas y frascos de mayólica.

En la fase V (figs. 41-42) sólo se encuentran los últimos elementos. Han desaparecido por completo los jarritos piriformes y los boles carenados y abocinados, y los vasos con pedestal tienden a hacerse mayores. Es bastante corriente un bol hemisférico hondo. La mayoría de los alfileres pasadores tienen las cabezas decoradas.

Durante mucho tiempo se ha admitido que muchos de estos rasgos tienen un significado cronológico; sin embargo, las pruebas de los sepulcros de Jericó han permitido precisar más algunas de

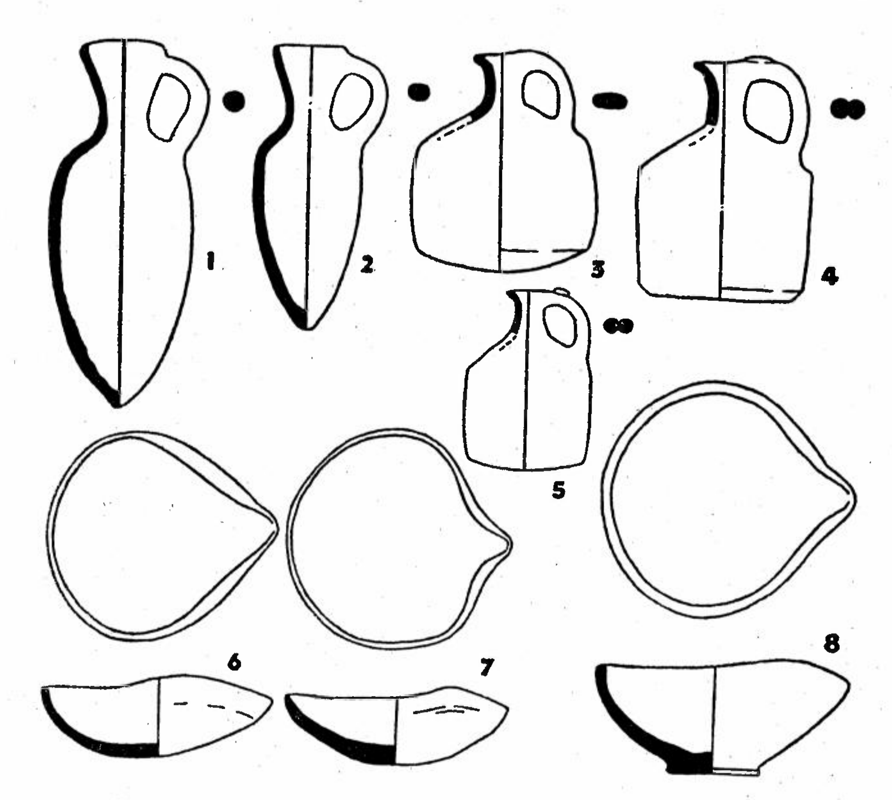


Fig. 40. Cerámica de la fase III del Bronce medio II de Jericó.

las características. Trabajos ulteriores sin duda proporcionaran mayor precisión.

Durante el Bronce medio II las ciudades de Palestina presentan un gran desarrollo y todas las pruebas de una historia llena de acontecimientos. Todas las ciudades excavadas fueron reconstruidas varias veces a lo largo de este período y todas sufrieron varias destrucciones. Sin embargo, casi todas las excavaciones se realizaron antes de que se lograra un conocimiento preciso de la evolución de la cerámica y, por consiguiente, la sucesión de los acontecimientos sólo se puede bosquejar.

En el caso de la historia de la ciudad de Jericó, el material todavía no ha sido investigado por completo; sin embargo, es posible ofre-

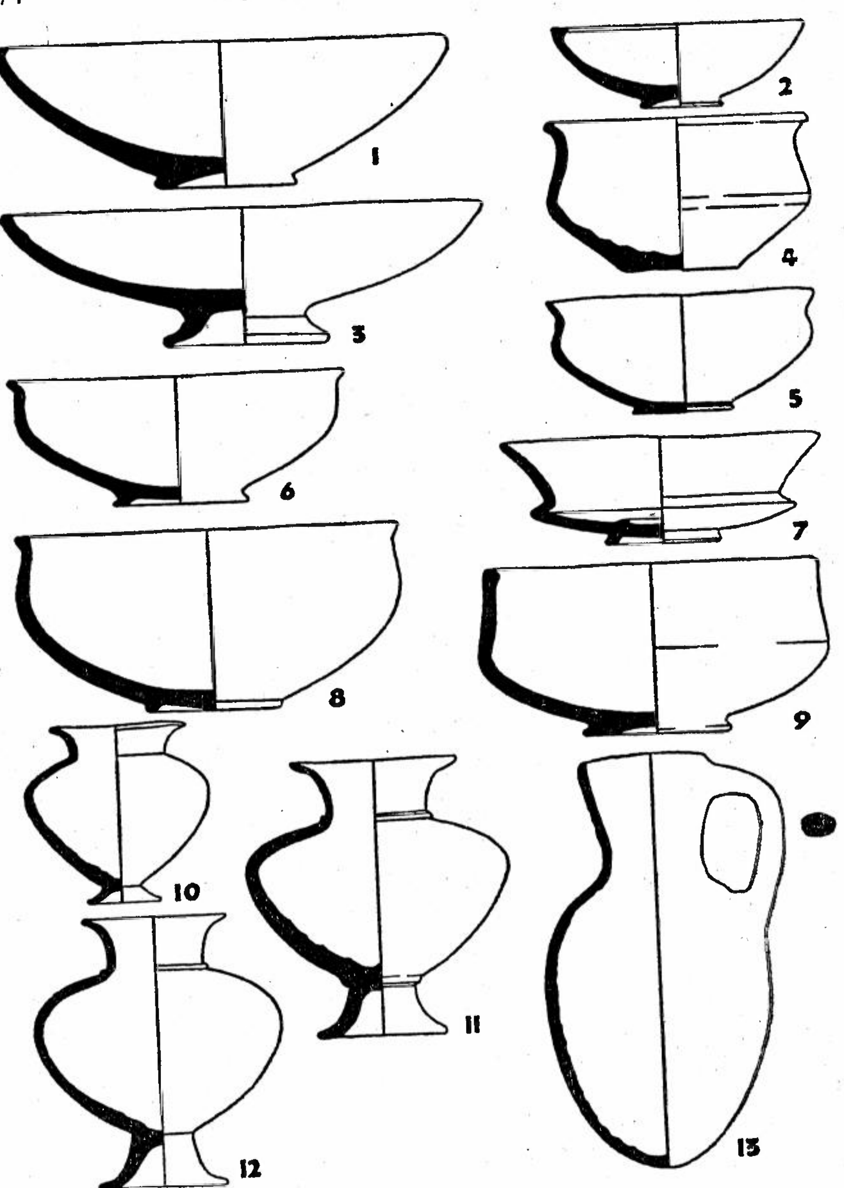


FIG. 41. Cerámica de la fase V del Bronce medio II de Jericó.

cer un amplio esquema de la evolución en el área limitada que ha sido excavada. La ciudad del Bronce medio sobrevive tan sólo en el lado oriental del montículo, donde, a lo largo de toda la historia, hubo un declive hacia el origen del venero. En esta zona tan sólo una pequeña sección ha sido excavada hasta la base de los estratos del Bronce medio. Esta sección demuestra que la ciudad estaba rodeada de una muralla de ladrillos de unos dos metros de espesor, que discurría a lo largo del borde del montículo actual, y en parte cortada por la carretera moderna. La muralla era del mismo estilo que las murallas del Bronce antiguo; los recién llegados debieron introducir de nuevo este tipo de defensas desde el norte. Es casi seguro que la puerta está situada en el extremo límite meridional de la zona excavada, porque la parte posterior de una construcción maciza, probablemente una torre que cutodiaba un paso de entrada, apareció dentro de la zona descombrada. En el interior, los edificios escalaban el montículo en una serie de terraplenes; los más próximos a la muralla probablemente eran patios o cercados para almacenaje. La muralla presenta unas tres fases de construcción, y también hay una complicada serie de reconstrucciones de los edificios interiores. La cerámica todavía no ha sido correlacionada en detalle con la de los sepulcros; es posible, sin embargo, que en este estadio de la historia de la ciudad abarcara aproximadamente las tres primeras fases.

Es probable que el estrato de Tell Beit Mirsim pertenezca al mismo período. Los restos que quedan son fragmentarios, aunque parecen indicar una extensión considerable. Sólo se pudo identificar la planta de dos casas. Ambas eran sólidas, con una sala principal en la que una hilera central de pilares (el antiguo estilo que ya observamos en el Bronce antiguo) sostenían el techo, con habitaciones más pequeñas adyacentes. La cerámica del período es muy bella; todas las vasijas mejores tienen un acabado con un engobe de color crema intensamente bruñido. Dentro de la parte viva del estrato E, aunque situada sobre cerámica del tipo E, se construyó la muralla; pero, puesto que es del estilo descrito más abajo, de la época siguiente de la historia de Palestina, quizá el estrato E perdurase hasta esa época.

En Megiddo hay una complicada sucesión de períodos de edifi-

cación, muy difícil de desentrañar, debido a la incertidumbre de la estratificación. Al principio de la evolución tenemos una magnífica muralla que en la zona AA está asociada a una puerta de entrada con una rampa que conduce, paralelamente al contorno de la muralla, a una puerta en un patio, en el que hay un recodo en ángulo recto hacia una puerta interior[1]. La muralla se caracteriza por una

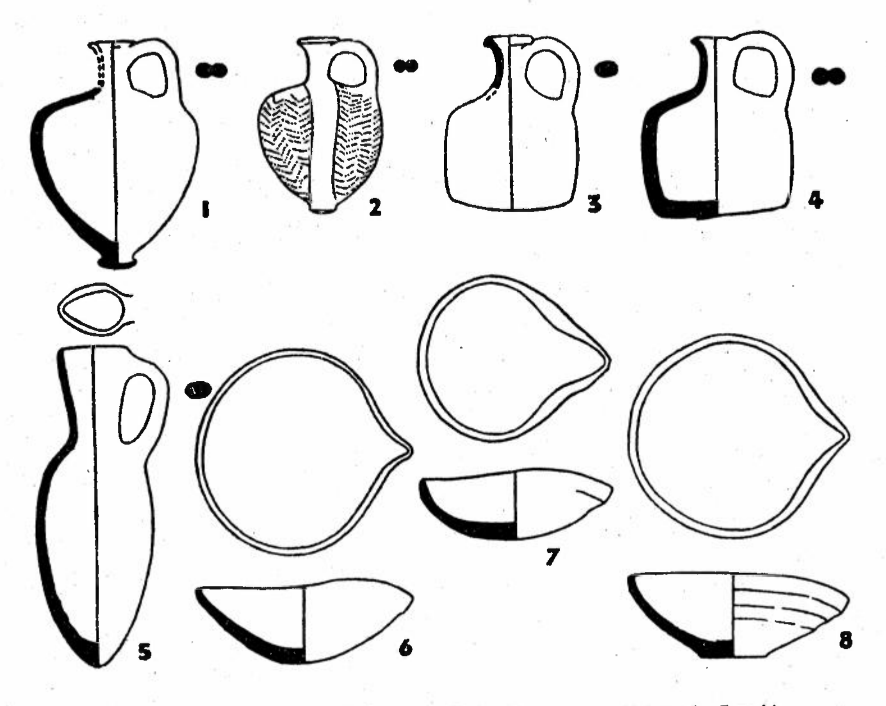


Fig. 42. Cerámica de la fase V del Bronce medio II de Jerció.

serie de pequeñas cavidades; es un ejemplo impresionante de las murallas del período. En la zona AA las pruebas sugieren que esta muralla puede incluso pertenecer al final del Bronce medio I, aunque en la zona BB se diría que es algo más tardía, alrededor de la fase II del Bronce medio II. Las plantas de las casas en ambas zonas son fragmentarias para esta etapa del Bronce medio, pero demuestran que hubo una sucesión de construcciones sólidas.

1 *Megiddo* II, fig. 378.

Podemos considerar que esta fase es representativa de la cultura plenamente desarrollada de la Palestina cananea, una cultura de ciudades libres prósperas. Otra influencia sobreviene a esta fase, que se compone de un método de defensa totalmente diferente, una defensa en profundidad en contraste con el tipo de muralla sencilla propio de las etapas del Bronce medio y también del precedente Bronce antiguo.

Las pruebas de ello son especialmente claras en Jericó. Hemos visto como en el lado occidental del «tell» hubo, durante el Bronce antiguo, una sucesión de murallas que coronaban la cresta del mon-

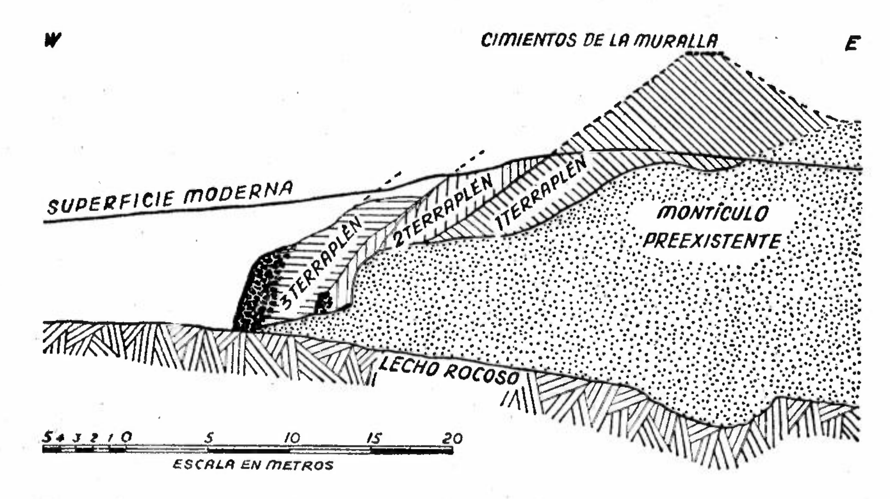


Fig. 43. Corte transversal reconstruido del terraplén de Jericó del Bronce medio II

tículo. Al construirse las murallas sucesivas, las capas de escombros procedentes de su hundimiento, elevaban gradualmente el nivel, aunque el ángulo de la ladera seguía siendo aproximadamente el mismo, mientras que el ángulo del resto de los escombros se hallaba en una pendiente de unos 35 respecto al nivel horizontal; en los últimos estadios, una zanja escarpó algo el pie de esta ladera. Sobre los escombros del derrumbamiento final se hallaban los restos de las casas del Bronce antiguo-Bronce medio. En la zona principal de excavación, la erosión ha hecho desaparecer la parte superior de la ladera, y, por lo tanto, no hay huellas de la primera muralla del

Bronce medio que se ha encontrado en el lado oriental; sin embargo, en el ángulo noroeste se ha localizado lo que probablemente son los restos de esta muralla, gracias a una ligera limpieza de la zona donde se excavó una zanja en excavaciones anteriores. Esta muralla en el ángulo noroeste y todos los restos de la zona principal de excavación fueron cubiertos por un baluarte, consistente en un enorme terraplén de materiales importados, revestido por un espeso estrato de argamasa, que mediante una serie de lenguas estaba calzado hacia el terraplén posterior (lám. 42). Un muro de piedra revestía el pie del baluarte; las piedras del trazado originario se sacaron de este muro para reconstrucciones subsiguientes, pero su carácter puede deducirse de un revestimiento semejante realizado en la etapa final (lámina 43). En el ángulo noroeste puede seguirse el revestimiento de argamasa hasta el punto más elevado del «tell», donde subsisten en los cimientos de la muralla que coronaba todo el sistema defensivo. En el interior de la ciudad la gran ladera artificial descendía unos 4 metros; hay pruebas de ello en la zona sudoeste. Las nuevas defensas tenían, pues, 20 metros de anchura desde la base del muro de revestimiento hasta la línea de la muralla, y ésta se elevaba 14 metros por encima del nivel del terreno al pie de las defensas (figura 43).

En el lado occidental de la ciudad, podían seguirse tres fases sucesivas de este baluarte, un segundo talud revestido de argamasa de pendiente más pronunciada, pero con el revestimiento de argamasa menos resistente, y un tercer talud cuyo revestimiento no ha llegado hasta nosotros, aunque nos da el mejor testimonio del muro de revestimiento al pie del talud (lám. 43). Este muro se apoyaba en lecho de roca; la roca exterior de todos los depósitos anteriores había sido quitada, pero no había huellas del foso que se creía que existía. Este muro final de revestimiento es el fragmento más impresionante que ha llegado hasta nosotros de las defensas de Jericó en cualquier período, pero es preciso recordar que constituía un elemento relativamente secundario del sistema defensivo total. Sin embargo, es el elemento del sistema que ha sido reconstruido en la zona más vasta. Se ha descubierto el revestimiento de argamasa del talud primitivo en los lados norte, oeste y sur del «tell»; sin embargo, la expedición austrogermana de 1907-1909 descubrió la pared final del revestimiento en el extremo norte, rodeando la carretera actual hacia el este, y extendiéndose al sur hasta la línea de esta carretera.

De ello parece deducirse que hubo una extensión apreciable de la ciudad hacia el este, en la segunda etapa del Bronce medio, y la confirmación de que fue así se aprecia en las excavaciones de la zona H (plano fig. 3). La muralla primitiva del Bronce medio seguía el borde oriental de la zona excavada. Después de la destrucción de la última fase de esta muralla, hay una serie de estratos sucesivos de construcción que atraviesan su parte superior y quedan truncados al este por la carretera moderna; deben, pues, haber continuado hasta una muralla bastante alejada. Este lado oriental del baluarte estaba libre del montículo de la ciudad, y no coronaba una ladera preexistente, como en otras partes de su trazado. Debió, pues, formar un talud independiente sobre terreno llano, punto importante en relación con defensas similares de otras localidades. Esta extensión de las defensas hacia el este, posiblemente pretendía contener las fuentes del venero, aunque hay un punto del que no tenemos prueba y es saber cómo se podía llevar el agua a través de las murallas sin que los canales ofreciesen un punto muy vulnerable a los ataques.

La mayor parte del material del talud procede de depósitos anteriores, junto con un conjunto de fragmentos de cerámica del Bronce medio, no muy instructivos. Sin embargo, el material procedente de los sucesivos estratos del lugar H, — con una acusada diferencia entre los contemporáneos de los primeros trazados de la muralla y los que pasaban por encima de su parte superior y se dirigían hacia la línea desaparecida hacia el este — nos dará pruebas sólidas para el período en que se construyó el nuevo tipo de defensas cuando se haya estudiado de modo detallado. Una primera impresión parece sugerir que los nuevos desarrollos ocurrieron hacia el final de la fase III, aunque esto no es un veredicto definitivo.

Este tipo de defensa está difundido por Palestina en el Bronce medio. Tell el-Duweir presenta el mejor paralelo de Jericó. Tenía un baluarte muy parecido, que contiene materiales procedentes de estratos anteriores, y que está recubierto por un suave talud de arga-

masa dura (lám. 44) y probablemente [1] revestido en su base por un muro macizo. Fuera estaba lo que se conoce con la denominación de Foso, pero no se trata de una zanja eficiente que formase parte de las defensas, porque su fondo es plano y el ángulo exterior sólo tiene un metro de altura; se trataba más bien de un corte en la pendiente de la roca para dar una pendiente más acusada al lado interior. Las pruebas de Duweir apuntan más o menos a la misma fecha que las de Jericó. Empotradas bajo la superficie de argamasa había tumbas excavadas pertenecientes a la fase III, lo cual nos da un *terminus post quem* para la construcción del talud; los escombros que contienen cerámica del siglo XVI y que se acumularon en el Foso indican que por esa fecha dejaron de repararse continuamente las defensas.

Un talud argamasado muy semejante ha aparecido en Tell Ǧerisah, donde todos los métodos de construcción son similares a los de Jericó [2]. En Tell el-ᶜAǧǧūl [3] se encuentra un tipo de defensa semejante, que forma una curva impresionante alrededor del gran montículo; y en Tell Fāra [4] también, aunque en ambos casos una zanja parece formar parte del sistema. Tanto en Tell Beit Mirsim, en una etapa tardía del estrato E [5], como en Megiddo en el estrato X, había baluartes de *terre pisée* en la base de la muralla, aunque los restos que quedan quizá no sean tan impresionantes como los ya descritos.

Un lugar excavado recientemente, Ḥāṣōr, es el más impresionante de todos los que estaban rodeados por este tipo de defensas. Una gran zona rectangular de unas 73 hectáreas estaba cercada por un talud, y, cuando las laderas externas no lo hacían necesario, por una zanja [6] (lám. 45). Parece que este gran yacimiento fue ocupado por vez primera durante el Bronce medio II, aunque es posible que hubiera un núcleo anterior debajo de la zona restringida,

[1] Es probable que la totalidad del terraplén que se ve en *Lachish* IV, lám. 96 desde 1,80 metros represente de hecho el talud del Bronce medio, porque en *ibid* figura 4, es evidente que desde ese nivel hacia arriba hay una cantidad apreciable de materiales del Bronce medio, mezclados con fragmentos de cerámica anteriores procedentes de depósitos secundarios. Por el corte transversal, también parece muy probable que el gran revestimiento es el equivalente del revestimiento de Jericó, porque, si bien ya se empleaba el revestimiento en la Edad del Hierro, es evidente, a juzgar por *Lachish*, III, pág. 89, que debió haber piezas con un revestimiento anterior. La bolsa de la parte posterior de esta muralla en el corte quizá representa una etapa anterior, como en Jericó.

[2] *Q.D.A.P.*, X.

[3] *Ancient Gaza*, I, pág. 11.

[4] *Beth-pelet*, I pág. 16.

[5] *A.A.S.O.R.*, XVII, pág. 27, y sigs.

[6] *Hazor*, I, pág. 75.

el «tell», en el ángulo sudoeste, donde estuvo concentrada la ocupación de la Edad del Hierro. Todavía no se han publicado las pruebas completas, pero parece probable que un poblado mayor se estableciera en Haṣor tan sólo en la época en que se introdujo este nuevo tipo de defensa. El material publicado hasta ahora correspondería aproximadamente con una fecha de la fase III.

Un sistema de defensa tan totalmente nuevo ciertamente debía proceder del exterior. También tiene que ser reflejo de nuevas condiciones de lucha, porque en la historia militar es axiomático que nuevos sistemas de defensa son la secuela de la aparición de nuevos métodos de ataque. No parece imposible identificar estos nuevos métodos de ataque ni con la guerra de carros (porque no hay pruebas satisfactorias del empleo de carros en esta zona hasta la XVIII Dinastía) ni con guerra de ballestería (porque las puntas de flechas de bronce no se encuentran en Palestina hasta el Bronce reciente). La explicación más probable es que la finalidad del talud era impedir el uso de arietes, que hubiera sido casi imposible arrastrar cuesta arriba por la pronunciada y resbaladiza pendiente hasta alcanzar la muralla, o bien manejarlos estando de pie en una pendiente tal.

Sin embargo, es preciso subrayar que, aunque el sistema de defensas era nuevo, la vida en las ciudades que rodeaban continuaba ininterrumpida. Como veremos, no hubo interrupción de la cultura. El tipo de sistema defensivo fue algo sobreañadido a los demás elementos de la vida ciudadana.

La pista para resolver el problema reside en el hecho de que este tipo de defensa no es exclusivo de Palestina. Hacia el sur, en Tell el-Ǧehūdiyah, en el Delta egipcio, un gran talud arenoso recubierto de argamasa, todavía de 12 metros de altura, rodea una zona de más de 9 hectáreas; aquí el talud sobresale por encima del nivel de la región circundante, al igual que las murallas de una ciudad romana de Inglaterra. Al norte, el antiguo «tell» de Qatna, al este de Ḥomṣ, estaba rodeado a una distancia de unos 400 metros en tres lados y de 600 en el cuarto a partir del pie del «tell». por un gran talud semejante, independiente, revestido de argamasa; aquí, asociado con una bella entrada vuelta hacia el interior, con el paso dividido por tres pilares. En todos estos lugares, las defensas están asociadas con cerámica propia de la zona. Los mismos tipos de defensa pueden

hallarse aun mucho más al norte, en lugares como Karkĕmiš. Parece como si el método de defensa procediese en dirección sur hacia Palestina y Egipto; podemos atribuir con relativa certeza su introducción a los hiksos, quienes dominaban Egipto septentrional hacia el 1730 A. C.

La mejor explicación de la palabra egipcia hiksos es «gobernantes de países extranjeros», por consiguiente, no sirve de nada para identificarlos, aunque otras fuentes egipcias demuestran que eran asiáticos. La mayor parte de los nombres identificables en los escarabeos hiksos son semitas; sin embargo, unos cuantos no lo son y, por consiguiente, los hiksos deben incluir también otros elementos étnicos. Ahora bien, en Asia, en la primera mitad del segundo milenio A. C. tenemos pruebas literarias y lingüísticas de cierto número de grupos de gentes en movimiento. En primer lugar, están los hurritas que al parecer se establecieron en el curso medio del Éufrates a principios del milenio; algunos de sus grupos llegaron ciertamente a la costa siria y a Palestina en los siglos siguientes. En el período de las cartas de el-ʿAmārnah (primera mitad del siglo XIV A. C). cierto número de jefes palestinenses llevaban nombres hurritas, y estos nombres se encuentran incluso en Egipto durante el período de la XVIII Dinastía. Es, pues, evidente que un importante y nuevo grupo de gentes probablemente de origen indo-europeo, logró el control de una zona clave del Creciente Fértil a principios del milenio; con ello, sin duda, causaron un trastorno considerable y pusieron en movimiento a otros grupos, mientras bandas de este pueblo penetraban mucho más tierra adentro y probablemente establecían una aristocracia militar extranjera en unas cuantas ciudades de la costa siria y palestinense.

Al mismo tiempo hallamos citas de otros grupos extranjeros designados con el nombre de ḫabiru. A diferencia de los hurritas, los ḫabiru, en opinión de muchos eruditos, no pueden considerarse como grupo étnico, ya que no se pueden asociar con ellos nombres característicos. Tampoco pueden aceptar que tuviesen ocupación determinada, porque a veces parecen soldados profesionales, a veces son labradores, y otras esclavos. La única característica común es que son extranjeros y la mejor explicación parece ser la de que eran bandas de aventureros y soldados de fortuna, quienes, en momentos

o zonas de inquietud, aparecían como invasores de ciudades indefensas; en tiempos de guerra entre estados fuertes se alistarían como mercenarios, y en tiempos de paz y gobierno sólido podrían haber vendido sus servicios como trabajadores o esclavos. Tales grupos podrían reclutarse entre gente de varias procedencias; entre personas desplazadas, como las que debieron ponerse en movimiento con el establecimiento del reino hurrita; bandas de aventureros que intentaban conquistar nuevos territorios como los mismos hurritas; de proscriptos expulsados de sus ciudades natales; y, sobre todo, de este depósito de grupos en busca de un país más rico, los beduinos semitas del desierto arábigo. Estos grupos serían, pues, de origen mixto, aunque en cada una de las bandas podría predominar determinado grupo étnico, o incluso podían ser homogéneas. Esta explicación concuerda bien con lo que sabemos de los ḫabiru. La mayoría parecen llevar nombres semíticos, porque el desierto arábigo ciertamente debía ser el mejor campo de reclutamiento; sin embargo, un tanto por ciento de los nombres no son semíticos, incluyendo incluso nombres egipcios. Los viajes y asentamientos de los ḫabiru ocurrían sobre todo en países semíticos y, en consecuencia, adoptaron una cultura predominantemente semítica. Esta explicación de nuevo encaja con la descripción de Abraham como hebreo — no existen objeciones filológicas en cuanto a la ecuación de hebreo, ḫabiru y el egipcio ʿapiru —, porque es evidentemente un soldado de fortuna y un vagabundo; la historia general de los Patriarcas y la zona que cubren sus viajes es semejante a lo que sabemos de los ḫabiru[1].

Por consiguiente, en el período en el que aparecen los hiksos en Palestina y Egipto, tenemos grupos de hurrita y ḫabiru en movimiento; la explicación más probable acerca de los hiksos es que eran individuos reclutados de estas bandas y que formaron un grupo de una homogeneidad y cohesión suficientes para erigirse a sí mismos como señores supremos en estos países.

Por lo que se refiere a Palestina, el efecto es claro. Autoridad

[1] Seguidores de otra escuela defienden que los ḫabiru constituían un verdadero grupo étnico, y que la razón que se encuentren entre ellos nombres no semíticos es que algunos ḫabiru adoptaron los nombres de las gentes entre las que se establecieron. Por lo demás, otras escuelas no aceptan que ḫabiru y hebreos sean equivalentes. De hecho, existen muchas incertidumbres; pero la explicación anterior parece ser la más satisfactoria.

fuerte y medios eficientes de guerra, junto con el control de la riqueza de Egipto, trajeron la prosperidad. Se establecieron nuevos elementos étnicos, como lo demuestran los nombres hurritas de algunos gobernantes del período siguiente, en una zona que con anterioridad era casi exclusivamente semítica. Sin embargo, la cultura básica del país siguió siendo la establecida en el período precedente, como a menudo sucede cuando se trata de la imposición de una aristocracia gobernante en vez de una emigración completa de pueblos.

Además de los grupos que llegaron a Palestina con las invasiones iniciales, sin duda se establecieron otros grupos extranjeros cuando los hiksos fueron expulsados de Egipto, porque los egipcios los expulsaron a través del Sinaí, pero no los persiguieron de manera sistemática más allá de Palestina meridional; sin duda se permitió a los grupos expulsados procurarse habitación entre los grupos aliados que se habían establecido allí con anterioridad y entre la población ya existente. Si esta interpretación es exacta, tenemos en la Palestina del siglo XVI A. C. una población básicamente semita, cuyas características semíticas demuestran un gran poder de sobrevivencia y de absorción de otros elementos con grupos superpuestos, algunos semitas, otros hurritas y otros todavía no identificados; algunos recién llegados se habían asentado directamente en Palestina, mientras que otros habían estado cierto tiempo en Egipto, con lo cual habían sin duda asimilado elementos de la cultura y de las costumbres egipcias. Sin embargo, algunos ḫabiru indudablemente continuaron en Egipto, donde se les menciona incluso en la XX Dinastía. Por otra parte, otros nómadas siguieron llegando aún, desde el norte hasta un período posterior, porque los ḫabiru que constituyen la amenaza de la época de el-ʿAmārnah representan grupos posteriores de características parecidas y posiblemente también de un origen mixto semejante.

Como ya indicamos, la cultura de Palestina siguió siendo fundamentalmente la misma. Prueba indudable de ello la tenemos en la cerámica. No hay elementos intrusos, y perduran desde principio hasta el fin los descendientes de los tipos introducidos a comienzos del Bronce medio I. El acabado de algunos tipos no es tan bueno, y hay cierta tendencia a la desaparición de las vasijas bien bruñidas;



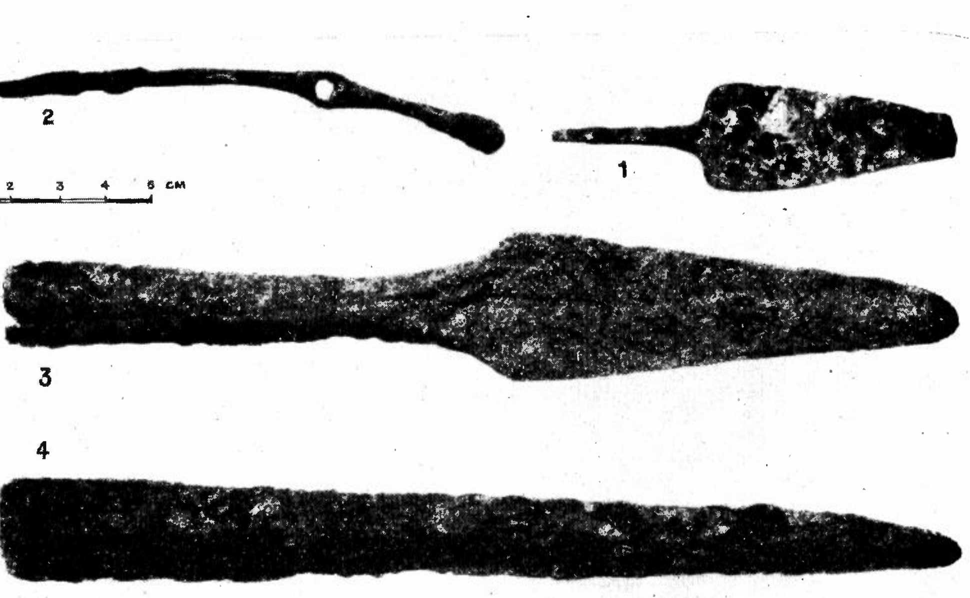
LÁM. 36. Vista de Tell el-Duweir.



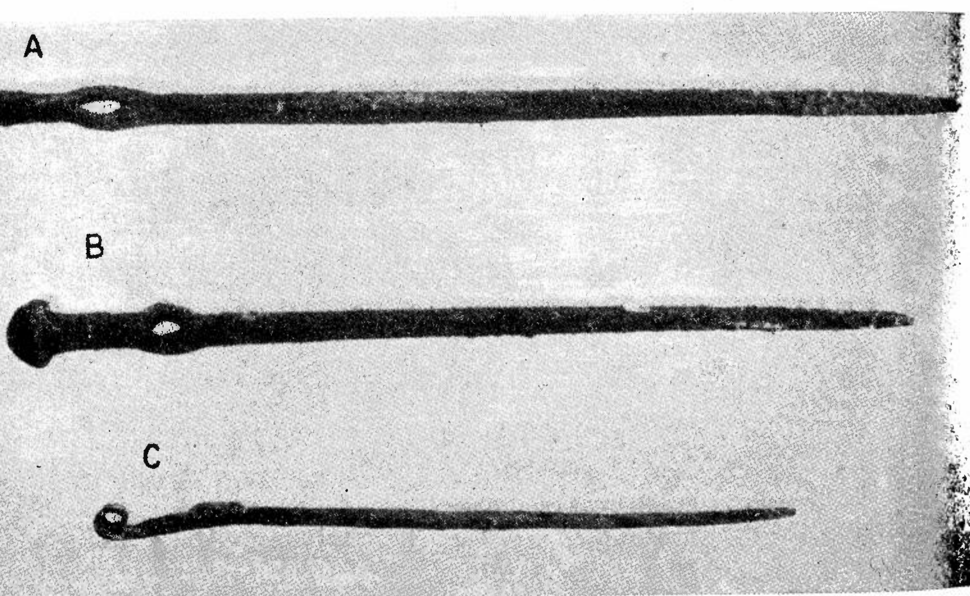
LÁM. 37. **Sepulcro de tipo «puñal» del periodo Bronce antiguo Bronce medio, de Jericó.**

LÁM. 38. **Sepulcro del tipo cerámico, del periodo Bronce antiguo-Bronce medio, de Jericó.**

→



Lám. 39. **Objetos de cobre del sepulcro 1101 B inferior, en Megiddo.**

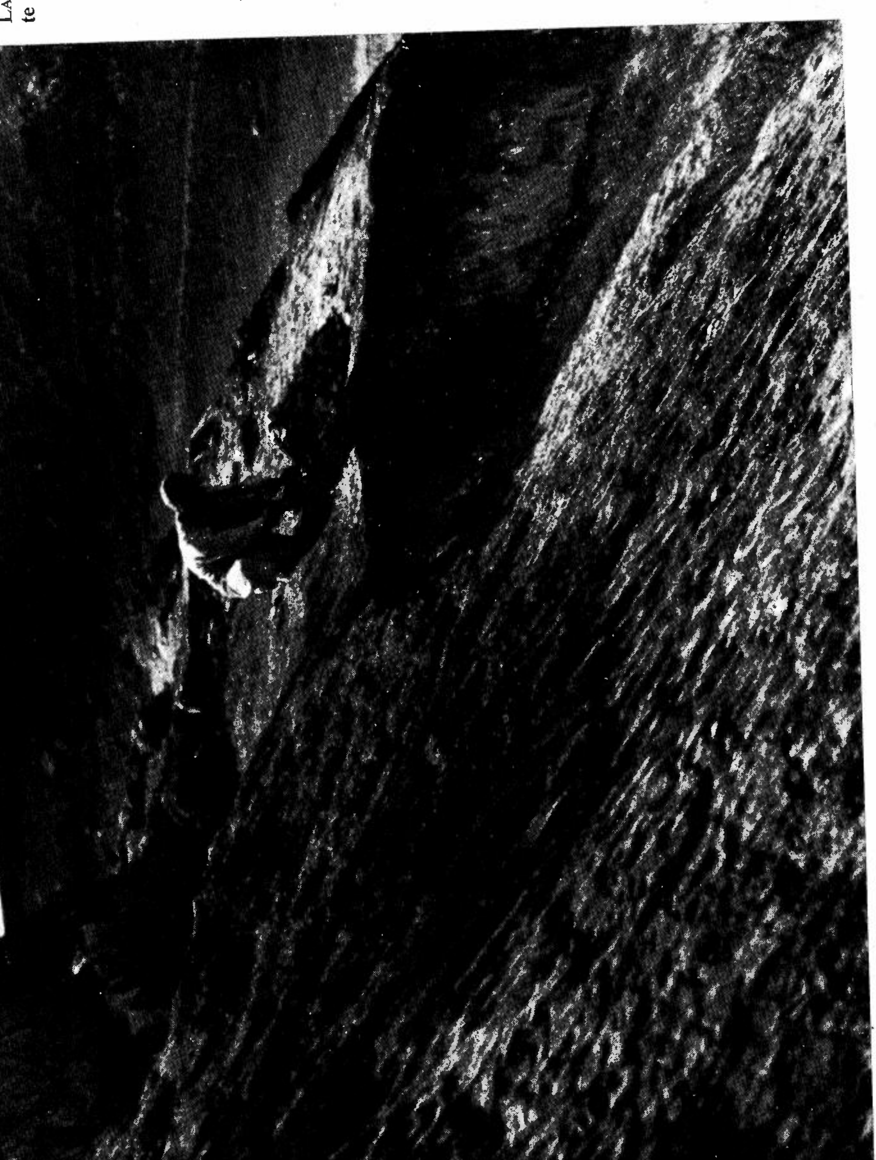


Lám. 40. **Alfileres hallados en sepulcros de tipo «túnel», en Megiddo.**

Lám. 41. **Una casa de Jericó, del periodo Bronce antiguo-Bronce medio, en la zanja II.**

Lám. 43. **Muro de contención en la base del último baluarte del Bronce medio, en Jericó.**

Lám. 42. **Baluarte con revoco, del periodo del Bronce medio, de Jericó.**



LÁM. 44. Tell el-Duweir: Baluarte con revoco del Bronce medio.

esto es, sin embargo, el curso normal del desarrollo tipológico. Casi iguales son la arquitectura doméstica y los métodos de construcción. En el estrato D de Tell Beit Mirsim (fig. 44), último estrato del Bronce medio, hay indicios de menor prosperidad y de congestión creciente, porque la disposición de la ciudad es más apretada y la mayor parte de las casas más pequeñas. Sin embargo, parece que hay una casa de dimensiones mucho mayores que las demás. Esto sugiere que algunas familias se enriquecían a expensas de la población en general. Esta casa, situada en la parte superior del centro del plano, consistía en un espacioso patio, al que daba una puerta ancha, en el centro del cual había un estanque. Obviamente en el patio debió alojarse ganado. A lo largo de un costado había una hilera de habitaciones. Hay pruebas evidentes de que estas habitaciones tenían piso superior en que se hallaban los cuartos de estar, mientras que las de abajo servían de almacén y posiblemente de establos. De hecho en una se encontraron grandes cantidades de jarros de almacenaje típicos del período. En los escombros que había encima de estas habitaciones se encontraron unos cuantos objetos caídos del piso superior. El más interesante es la parte inferior de una estela de una diosa serpiente (lám. 47). La parte posterior de la estela es redonda, y debió estar colocada en una hornacina de una habitación superior. También ilumina la vida de este período el descubrimiento de la taracea de una tabla de juego y una colección de piezas para jugar (lám. 46). El juego, de origen al parecer mesopotámico, aunque extendido por Oriente, se jugaba en una tabla de tres filas, de las cuales la superior y la inferior tenían cuatro casillas y la central, doce. Una parte jugaba con piezas cónicas y la otra con piezas piramidales, ambas de mayólica azul. La perinola o dado ostenta los números del uno al cuatro.

En Jericó se ha recuperado una parte considerable del plano de la última ciudad del Bronce medio (fig. 45). Este plano constituye la última de varias estapas constructivas que siguieron a la construcción de un nuevo tipo de defensa mucho más al este. Se han descubierto dos calles que remontan la pronunciada ladera del montículo. Tienen una anchura de unos 2 metros, y trepan por el montículo por medio de una serie de anchos peldaños empedrados con guijarros (lám. 48). Debajo de ellos hay desagües muy bien hechos (lá-

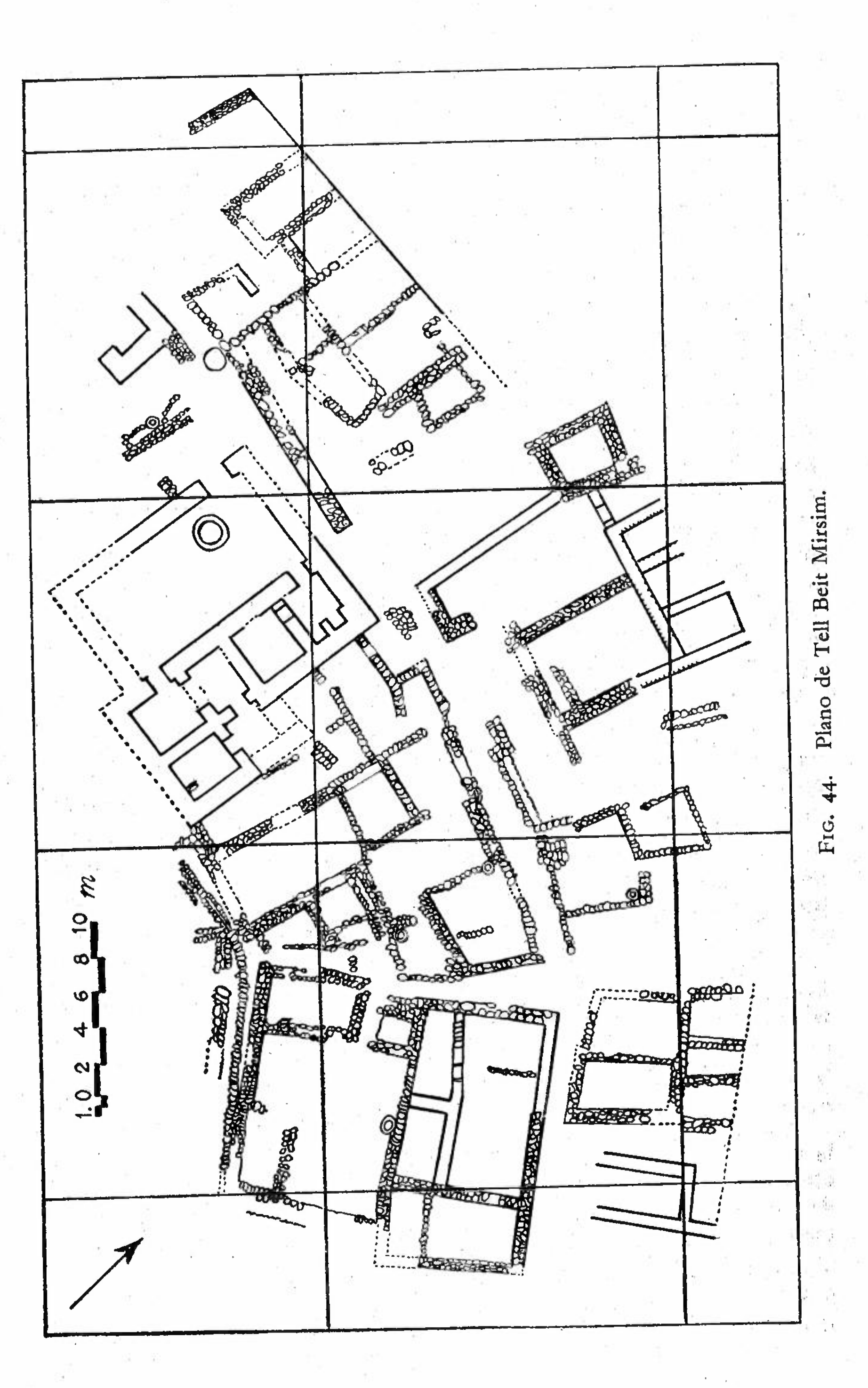


Fig. 44. Plano de Tell Beit Mirsim.

mina 49). A las calles dan una serie de casas muy apretadas, de habitaciones pequeñas[1]. Muchas de las características de las calles y casas recuerdan las de las ciudades orientales de hoy. Las habitaciones de la planta baja al parecer sirvieron principalmente de tiendas y almacenes. Las tiendas son casetas de una sola habitación, sin comunicación con el resto del edificio. En muchos almacenes, pertenecientes a casas particulares o a tiendas, se encuentran filas de jarras llenas de cereales, carbonizados por el fuego que destruyó la ciudad. Este fuego ocasionó el derrumbamiento de las habitaciones del piso superior y de su contenido en las habitaciones de planta baja. Aquellas, al igual que ahora, procuraban sin duda el acomodo necesario para vivir. Pero parece que también sirvieron para fines industriales. Se encontraron grandes cantidades de pesas de telar de arcilla, lo cual indica que se tejía. En una zona se encontraron cincuenta y dos molinillos de mano y muchas piedras de frotación, cantidad excesiva para las necesidades de una casa particular; esto indica que quizá se mantenía un negocio de molienda de cereales; quizá pertenecía a este negocio la provisión de grano de la habitación de la planta baja (lám. 50).

Los edificios destruidos por el fuego, como los que acabamos de ver, ofrecen oportunidades particularmente favorables para los arqueólogos, porque en general, todo el contenido de las casas queda entre los escombros. Sin embargo, se pierden muchos detalles relativos a los materiales domésticos debido a la limitación de la arqueología que sólo puede interesarse por los restos materiales que han subsistido. Han desaparecido todas las pruebas relativas a cosas hechas de materias orgánicas. Así, la excavación de este yacimiento ciudadano no puede proporcionarnos pruebas del mobiliario de madera, ropa de cama, vestidos y alimentos. Por fortuna, en Jericó hay, además, otra fuente de información en los hallazgos realizados en los sepulcros.

Aquí parece que hubo algunas diferencias considerables en cuanto a las prácticas funerarias, porque en Tell el-ʿAğğūl y en Megiddo había ciertamente muchas sepulturas de un solo cuerpo, excavadas en

[1] Las de la parte izquierda del plano (fig. 45) se excavaron en 1930-36, y se es dio el nombre de «Almacenes de Palacio». Investigaciones ulteriores han demostrado que no tenían nada que ver con el llamado Palacio, y eran casas particulares normales.

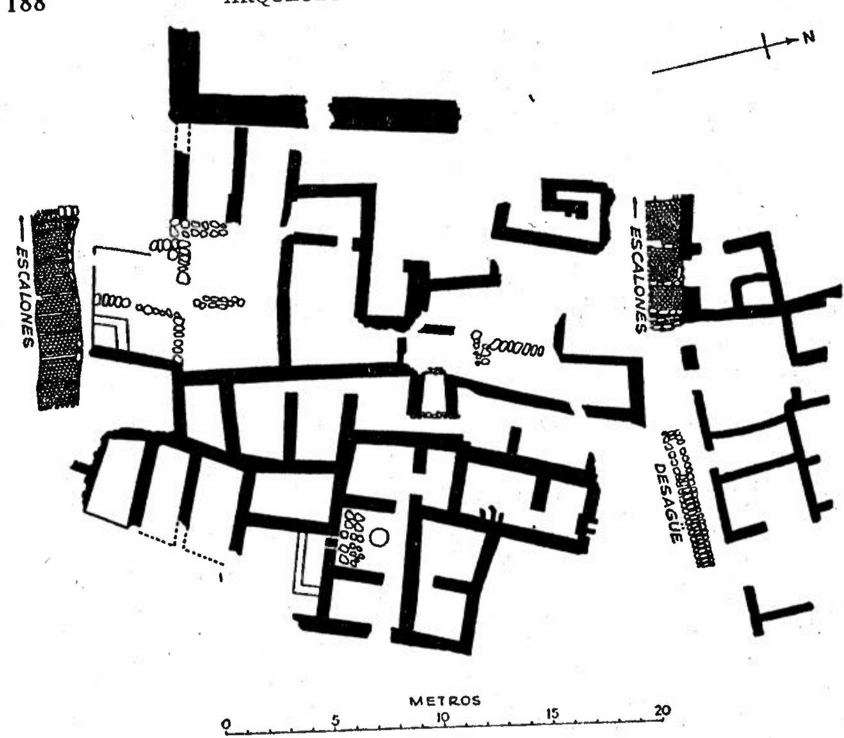


Fig. 45. Plano de las casas del Bronce medio II situadas en la ladera oriental del «tell» de Jericó.

el «tell». En Megiddo, cuando menos, no aparece posible que se utilizasen para sepulturas las partes no ocupadas de la zona de la ciudad. La evolución de la cerámica parece cubrir todo el período del Bronce medio y, durante el mismo, hay por lo menos cinco etapas constructivas. Así, pues, los sepulcros debían ser adyacentes a las casas o incluso situados bajo las mismas. Unos cuantos enterramientos del «tell» de Megiddo se hallan en sepulcros construidos, en vez de estar en tumbas sencillas. Sin duda estos sepulcros construidos eran para permitir enterramientos sucesivos, y cada vez volvía a abrirse el sepulcro; probablemente no hay que pensar en que estos sepulcros formasen parte de la estructura de las casas, porque en la mayoría de los casos no están construidos en conexión con la casa dentro de la cual están situados, sino incrustados en ellas.

La práctica de enterramientos comunes es la que se encuentra con más frecuencia, por ejemplo en Tell Fāra, Tell el-Duweir, Tell el-Fār‘ah y Jericó. Particularmente bien conservados están los sepulcros de Jericó, tanto en su estructura como en su contenido, y pueden tomarse como ejemplos del procedimiento. Los sepulcros están excavados en la roca blanda de la parte baja de las laderas de las colinas que rodean los lados oeste y norte del «tell». Consisten en un túnel de acceso vertical, en la base del cual se abre la cámara sepulcral. Muchas de las que se usaron en el Bronce medio en el cementerio septentrional, fueron ya excavadas en el período Bronce antiguo-Bronce medio y volvieron a utilizarse en esta época; no consta con evidencia si esto también ocurrió en el cementerio occidental, que excavó una expedición anterior. Con una sola excepción, los sepulcros contienen enterramientos múltiples, aunque no en la proporción del período protourbano o del Bronce antiguo. Excepcionalmente pueden llegar a contener cuarenta enterramientos; pero el promedio es de veinte. Al parecer rellenaban el túnel después de cada enterramiento y volvían a vaciarlo para el siguiente. Introducían cada difunto con alimentos y provisiones para la otra vida, como veremos más adelante. Colocaban el cuerpo en posición decúbito con los miembros en desorden, y a menudo con las rodillas levantadas, y al hacerse el siguiente enterramiento, apartaban de cualquier manera hacia la parte posterior y lados de la cámara sepulcral el cuerpo y las ofrendas correspondientes a los enterramientos anteriores. Como consecuencia, se iba apilando en el fondo del sepulcro un revoltijo de huesos y ofrendas, mientras que la parte delantera se conservaba relativamente despejada; al excavarse el sepulcro, se encontraría en él el último enterramiento (lám. 51). Por esta descripción se comprenderá que es imposible deducir la edad relativa de los objetos por su altura dentro del último depósito del sepulcro, como se hizo en el pasado cuando los objetos se inventariaban por la altura que ocupaban sobre el piso de la cámara, porque los últimos depósitos suelen ser los inferiores, y los objetos pueden haberse deslizado en cualquier punto del montón. Cualquier deducción en cuanto a la sucesión sólo puede hacerse a base de un estudio esmerado de un plano de los depósitos elaborado con precisión.

Estos sepulcros, por tanto, sólo nos pueden dar una impresión

general del período durante el cual se utilizó el sepulcro. Es lógico deducir que eran tumbas familiares y, por lo tanto, que unos veinte muertos abarcarían un tiempo bastante largo, aunque algo inferior a un siglo. Las pruebas para la datación son, pues, apreciables, aunque no muy exactas.

Además, en el proceso de un amontonamiento, se rompieron muchos objetos y la caída del techo causó todavía más daños. Sin embargo, en un estadio primitivo de las excavaciones se demostró que el contenido era excepcionalmente interesante, puesto que alguna propiedad preservativa había evitado la descomposición total de sustancias orgánicas, como madera, tejidos y carne. Todavía no es cierta la causa de ello, pero, al parecer, se acumularon en las cámaras sepulcrales ciertos gases que mataron los órganos de descomposición antes de que completasen su obra. La descomposición había empezado, y los objetos se habían vuelto deleznables, aunque se salvó su forma. Pero, a causa de esta fragilidad, los objetos de madera sufrieron mucho en el proceso de amontonamiento; en los primeros sepulcros excavados sólo se recuperaron pequeños objetos y fragmentos alterados de piezas de dimensiones mayores.

Las plenas posibilidades de las pruebas que estos sepulcros nos ofrecen no se hicieron patentes hasta que se descubrió un grupo de sepulcros en los que se efectuaron cierto número de enterramientos simultáneamente y que no sufrieron perturbaciones posteriores. Parece indudable que cada uno de ellos representa un grupo familiar, con adultos, adolescentes y niños. Se encontraron los cuerpos tendidos unos junto a otros, con todas las provisiones de alimentos y utensilios generales e individuales; todo ello es fácilmente reconocible (lám. 53). De ello podemos deducir qué equipo se consideraba necesario para la otra vida para una persona del Bronce medio de Jericó; es lógico suponer que éste fue también su equipo durante la vida. En estos enterramientos masivos, las provisiones y alimentos son comunes, con jarros de líquidos, vasijas para beber y fuentes alineadas alrededor del ángulo del sepulcro, y un copioso surtido de carne, de ordinario en forma de cordero asado, descuartizado o entero. En los sepulcros, en los que sólo se hacía un enterramiento individual cada vez, es probable que cada uno de ellos se acompañase de alimentos. Con los grupos familiares se colocaba el ajuar de la familia; su elemento más importante era una mesa larga y estrecha, con dos patas en un extremo y una en el otro para sostenerse mejor sobre un terreno desigual. Casi todos los muertos yacían en esterillas de junco, sobre las que es probable que durmiesen y se sentasen en vida. Sólo un individuo yace en una cama (lám. 52); probablemente era un hombre importante, porque ocupaba el centro del sepulcro, y los miembros de su familia estaban distribuidos alrededor del ángulo. En otro sepulcro se encontraron dos banquillos, de nuevo ejemplares únicos; también este sepulcro era la sepultura de alguien obviamente más importante que los demás, colocada sobre un bajo estrado de adobes en el centro de la cámara. Parece como si las camas y banquillos se encontrasen tan sólo en las casas de los miembros más ricos de la comunidad. Los adornos personales individuales eran sencillos. En casi todos los cuerpos había un alfiler pasador, de ordinario en el hombro izquierdo, lo cual demuestra que era ahí donde se sujetaba la prenda; muchos llevaban un escarabeo, ya en un anillo de bronce, ya colgado alrededor del cuello o en el alfiler pasador; los collares de cuentas eran raros. En unos cuantos casos junto a las cabezas se veían peines de madera, a veces en posiciones que sugieren que habían estado entre trenzas; de hecho se encontraron fragmentos de trenzas. En muchos sepulcros, junto a cada adulto, había un lote de objetos de tocador, consistente en un jarrito cilíndrico que probablemente contenía aceite, y a menudo un cesto en el que había cajitas de madera decoradas con esculturas de hueso, un surtido de peines de repuesto, un jarrito de alabastro para aceite o perfume, y en algunos casos una peluca. Solamente muy pocos sepulcros, excepcionalmente pobres, carecían de esta provisión.

Así, pues, el equipo era sencillo y podemos suponer que igual era el de la mayor parte de las casas de la Jericó de entonces. Los muebles estaban hechos por buenos carpinteros, de un modo muy hábil, aunque con pocos adornos. Todos los detalles están suficientemente bien conservados para poder reconstruir con visos de probabilidad una habitación de este período de Jericó, tal como se hace en la lámina 40; la única excepción son los vestidos, porque sólo quedaron fragmentos de tejidos. La fecha del grupo de sepulcros que nos da estas pruebas debe situarse al final del Bronce medio II, en

la fase V; por lo tanto, los descubrimientos llevados a cabo en ellos representaría los muebles de las casas cuya destrucción señala el final de la Jericó del Bronce medio. Se puede conjeturar que hubo una epidemia importante que barrió familias enteras, en una fecha tan tardía de la vida de la ciudad que los sepulcros nunca volvieron a abrirse para ulteriores enterramientos.

Es probable que el cuadro de Jericó hacia el 1600 A. C. sea razonablemente representativo del de muchas ciudades de Palestina, aunque las mayores exhibieron más signos de riqueza. Jericó ciertamente no fue rica. De todos los sepulcros excavados, tan sólo uno contenía oro, ya que cinco escarabeos estaban montados en oro y, además, había un sencillo brazalete del mismo material. En Tell el-ʿAǧǧūl la riqueza era mucho mayor: bastantes pulseras de oro, pendientes y alfileres-pasadores, pertenecientes a este período y a los comienzos del siguiente.

La cultura de la Palestina del Bronce medio fue muy singularmente palestinense. Como vimos, las gentes que la trajeron procedían de Siria y eran principalmente cananeos de la costa fenicia. Para principios del Bronce medio II se había desarrollado una versión específicamente palestinense de la cultura, como se puede juzgar comparando los descubrimientos con los de las ciudades costeras de Siria, por ejemplo Ras Shamra; aquí la cerámica tiene relación con ella, pero no es idéntica. Por el contrario, los puntos de contacto en el interior de Siria eran mucho más leves. Sin duda Egipto influyó en considerable cuantía. Bajo la XII Dinastía, Egipto volvió a establecer una especie de control sobre la costa siria, como lo demuestran ciertos hallazgos de Biblos y Ras Shamra. De esto hay pruebas tenues en Palestina, por ejemplo, una estatuilla funeraria en Gézer y unos pocos escarabeos de la XII Dinastía; sin embargo, hay que suponer que los gobernantes exigían tributos, al menos a las ciudades más importantes. Durante el gobierno de los hiksos en Egipto, probablemente fueron bastante numerosos los contactos entre los asiáticos de Egipto y los que habían establecido una aristocracia gobernante parecida en Palestina. Hubo sin duda comercio y contactos económicos; pruebas de ello las tenemos en los documentos egipcios, incluyendo las famosas pinturas de Beni Hasán, que representa a asiáticos yendo a Egipto, y también en la influencia

egipcia en los utensilios locales. El escarabeo es de origen egipcio; en Palestina se encuentran unos pocos de origen egipcio, aunque la gran mayoría son de manufactura local, ya con una sencilla decoración de molde, ya con una versión disparatada e incomprensible de jeroglíficos egipcios. Las vasijas de alabastro se parecen a las egipcias en la forma, pero están hechas con piedra local. Los muebles de madera de Jericó copian los modelos egipcios, aunque en un estilo mucho más simplificado. Pero en todo esto Palestina fue sin duda el pariente pobre. Poco añadió a esta mezcla la llegada de los jefes hiksos. Por los restos materiales jamás se deduciría el establecimiento de una nueva clase gobernante, con sus elementos hurritas extranjeros, sino fuese por la aparición del nuevo tipo de fortificación.

La imagen de Palestina por este tiempo es de especial interés en cuanto nos ofrece el fondo general para el comienzo de la historia bíblica. Es muy probable que el período de los Patriarcas deba situarse en el Bronce medio, y que los israelitas fuesen los descendientes de los grupos ḫabiru que, por este tiempo entraron en Palestina procedente de Siria septentrional. El carácter tradicional del libro del Génesis, elaborado a base de una leyenda oral transmitida durante mucho tiempo, hace imposible cualquier cronología exacta. Se ha sugerido durante mucho tiempo que el Amrafel del Génesis debe identificarse con Hammurabi de Babilonia, cuyo reinado hoy se fecha hacia 1792-1750 A. C.[1], pero no se puede dar demasiada seguridad a ello. Por las pruebas que nos ofrecen sus costumbres y leyes, se deduce que los grupos en cuestión habían estado en contacto con los hurritas, ya que aparecen costumbres similares en los documentos de Mari del 1700 A. C. aproximadamente. Es cierto que no se puede elaborar una cronología basándose en las series de años atribuidos a los Patriarcas ni considerar como un hecho verdadero que Abraham tuviese setenta y cinco años cuando dejó Harrán y cien cuando nació Isaac, o que Isaac tenía sesenta cuando nació Jacob y que Jacob tenía ciento treinta cuando fue a Egipto; las pruebas basadas en los esqueletos de las tumbas de Jericó demuestran que en este período el promedio de vida era corto. Muchos

[1] S. Smith, *Alalakh and Chronology*. Otros autores sostienen opiniones divergentes en cuanto a las fechas exactas, aun cuando casi todos están de acuerdo por lo que se refiere al período general.

individuos parecen que murieron antes de alcanzar los treinta y cinco años, y pocos parecen haber llegado a los cincuenta. Las cifras bíblicas sólo reflejan la veneración que sentían por los antepasados, a quienes la tradición vino a atribuir muchos años y gran sabiduría.

Pero, aunque es imposible fijar una cronología exacta, el medio ambiente del período refleja el descrito en la historia bíblica. Los Patriarcas eran pastores seminómadas, en movimiento hacia tierras costeras más fértiles, que vivían en tiendas entre los cananeos (aunque separados de ellos) y estos a su vez habitaban en ciudades del tipo que revela la arqueología. Los pastores no dejaron en sus tiendas ninguna prueba que la arqueología pueda recuperar; sin embargo, ahora sabemos algo de su ambiente.

La aparición de la XVIII Dinastía en Egipto, en 1580 A. C., es una fecha conveniente para el final del Bronce medio; en este momento Egipto expulsó a los asiáticos y empezó a recuperar el control de Siria. Los documentos egipcios relatan campañas de castigo para desalojar a los hiksos y obligarles a volver a Palestina. Tanto Tell Beit Mirsim como Jericó fueron violentamente destruidas por este tiempo, con toda probabilidad en el curso de estas campañas, y no volvieron a ser ocupadas durante muchos años. Otras ciudades, como Megiddo, fueron destruidas, pero volvieron a ser ocupadas en seguida. Esta ocupación reanudada presenta las mismas características que la precedente. Nuevos elementos extraños pudieron llegar con la mescolanza de asiáticos expulsados de Egipto; sin embargo, hay pocas pruebas materiales de esto. La cultura cananea continúa en la Palestina del Bronce reciente.

CAPÍTULO VIII

El Bronce reciente y la llegada de los israelitas

Hacia 1580 A. C. terminaron los ciento cincuenta años de la dominación hiksa en Egipto, por cuando fueron expulsados por los primeros reyes de la XVIII Dinastía. Este acontecimiento tuvo una doble repercusión en Palestina. Algunos, o incluso la mayoría, debieron establecerse allí. Con ello, sin duda, añadirían algo a los elementos raciales mezclados, que probablemente se habían asentado en ella en el período precedente. Hubiera podido esperarse que trajeran consigo la cultura egipcia en cuantía considerable, porque, al igual que en Palestina, los invasores, como vimos, adoptaron la cultura semítica nativa, del mismo modo en Egipto se egiptizaron en gran medida; sin embargo, de esto no hay muchas pruebas arqueológicas. En segundo lugar, los gobernantes egipcios procedieron a afirmar de nuevo su imperio sobre Palestina y Siria. Probablemente esto no supuso más que algunas campañas de castigo, y no implicó un estrecho control político, al igual que sucedió bajo la XII Dinastía. La arqueología, sin embargo, proporciona dos tipos de pruebas acerca del nuevo estado de cosas: la de la destrucción de ciudades, cosa que puede con razón atribuirse a las campañas egipcias, y las pruebas de contactos comerciales que demuestran las conexiones cada vez mayores entre Palestina y el resto del Mediterráneo oriental.

No hay pruebas directas para mostrar la rapidez con que la autoridad egipcia volvió a afirmarse en Palestina. Quizá hubo una serie de campañas durante un período de unos veinte años. Cierto número de yacimientos palestinenses presentan una interrupción que debe, según la cronología de la cerámica, caer dentro del período

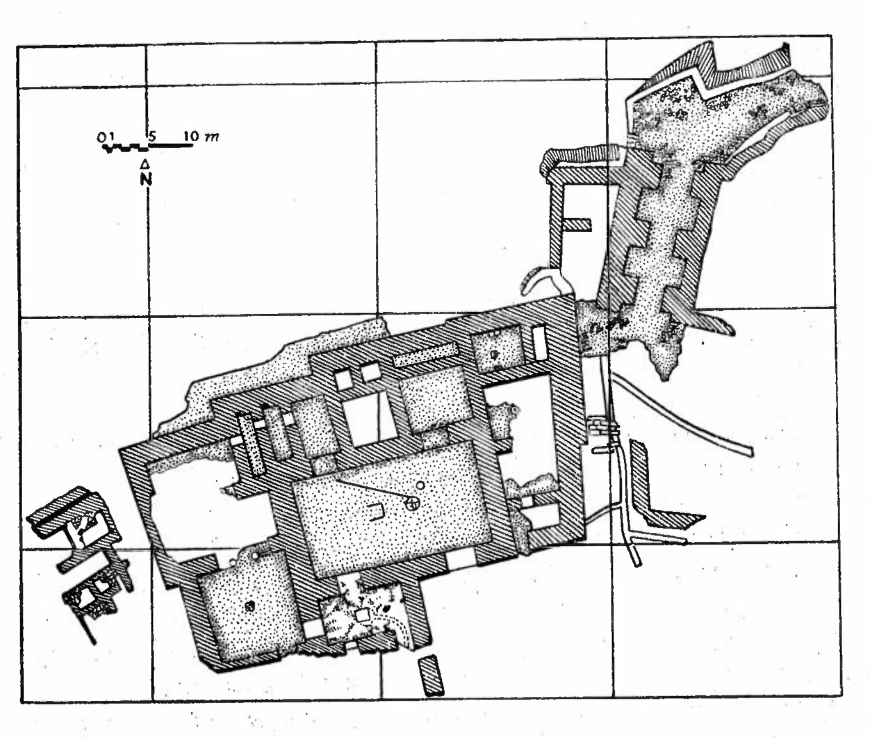


FIG. 46. Plano del área AA, estrato VIII, de Megiddo.

1600-1550 A. C., y que puede atribuirse razonablemente a la conquista por un ejército egipcio. En Meggiddo, el estrato IX sucede al estrato X dentro de este período. Aquí no hay interrupción en la vida de la ciudad, ni ninguna destrucción catastrófica. En las partes relativamente pequeñas del «tell» excavadas hasta este nivel, la mayor parte de las casas fueron reconstruidas, pero como modificaciones de las del estrato X y no con un trazado del todo nuevo. La puerta de la ciudad (fig. 46) nos da una interesante prueba de la continuidad de la cultura. Esta puerta consistía en un largo pasaje dividido por tres pares de contrafuertes, entre los que probablemente había puertas. Este plan fue, con toda probabilidad, una reconstrucción del estrato X, aunque este último estaba demasiado destruido para permitir una reconstrucción segura; este plan se encuentra en otras localidades palestinenses del Bronce medio, por

ejemplo en Tell Beit Mirsin, Siquem y Tell Fāra, y también en Qatna (en Siria). El edificio cerca de la puerta representa un estadio de la transformación de las tres casas que había en este lugar, desde principios del Bronce medio, algo parecido a un palacio, perteneciente al estrato VIII.

El sino de otras dos localidades, Tell Beit Mirsim y Jericó, fue diferente. Ambas fueron destruidas y ninguna de las dos volvió a ocuparse durante un período de tiempo apreciable. En la primera, los restos del estrato D se encontraron cubiertos por una capa de cenizas, y la ciudad C sucesiva fue trazada sobre líneas nuevas y cambiando la orientación. La nueva ciudad puede datarse hacia mediados del siglo XV A. C., es decir, que la ocupación estuvo interrumpida durante un centenar de años.

En Jericó, las pruebas demotrativas de la destrucción aún son más dramáticas. El fuego destruyó violentamente todos los edificios del Bronce medio. Los arranques de las paredes están sepultadas por los escombros de los pisos superiores, y las caras de estos arranques así como los pisos de las habitaciones están intensamente chamuscados por el fuego. Esta destrucción abarca toda el área, unos 52 por 22 metros, en la que se han excavado los edificios de este período que han sobrevivido a denudaciones subsiguientes. Que la destrucción se extendió por las laderas del montículo lo prueba el hecho de que la parte superior de los arranques de las paredes, está cubierta con una capa de casi un metro de grosor de escombros desgastados, de color marrón, negro y rojo debido a los materiales quemados que contienen; este material procede evidentemente de los edificios quemados, situados en la parte alta del montículo. Una capa de tal naturaleza representa un largo período de erosión, y es típica de la suerte del montículo, cuando no está ocupado; el material de las ruinas que se halla en la superficie es trasladado poco a poco hacia el pie del montículo por violentas tormentas invernales, después de que el calor del verano lo ha secado y desmenuzado.

Las pruebas estratigráficas por sí mismas sugieren que hubo una laguna en la ocupación de Jericó. Esto lo confirma la interrupción en el empleo de los sepulcros. Al final del Bronce medio cesan todos los enterramientos en el cementerio septentrional. Y en el occidental hay una interrupción del todo similar. Pero, en el área posterior se

encontraron cinco que contenían depósitos pertenecientes al Bronce reciente. Cuando los excavaron, todavía no se conocía bien la cerámica de los siglos XVI y XV A. C., y los excavadores no se dieron cuenta de que tanto en los sepulcros como en el «tell» faltaba esta clase de cerámica[1]. Además, no se comprendió bien la estratificación de los sepulcros. El proceso antes descrito, en virtud del cual los depósitos primitivos iban amontonándose alrededor del borde, dio como resultado que los objetos del Bronce medio quedasen al mismo nivel que los del Bronce reciente, insertos en la parte frontal. En consecuencia, parece como si los estratos mostrasen una verdadera mezcla de las formas características de la cerámica de los dos períodos y al mismo tiempo una transición entre ambos. Al analizar el material a la luz de nuestros conocimientos actuales, parece claro que hay una interrupción completa tanto en el «tell» como en los sepulcros entre el 1580 y el 1400 A. C. aproximadamente[1].

Hubo, pues, un considerable trastorno en la vida de Palestina en el período que siguió a la terminación del dominio de los hiksos. Es probable que las condiciones de vida siguiesen alteradas hasta el período del control egipcio más intensivo bajo Tutmés III, después de su campaña de 1479 A. C. Nuestra información es algo escasa, debido a que algunos de los yacimientos excavados más a fondo presentan una interrupción en este período. La cronología de la cerámica se basa casi por entero en Meggiddo, ya que sólo aquí hay una sucesión ininterrumpida; sin embargo, tomando como guía el marco que nos ofrece este yacimiento, pueden ir encajándose las pruebas procedentes de otras localidades. Puede considerarse como típica del medio siglo 1550-1500 A. C. en que hubo una transición de la cerámica del Bronce medio a la del Bronce reciente.

En efecto, la cerámica suministra pruebas muy útiles acerca de la cultura. El primer punto interesante es la gran abundancia de una clase especial de cerámica pintada (fig. 47). La decoración es bicroma, casi siempre roja y negra, y las vasijas más típicas presentan una combinación de metopas que incluyen un pájaro o un pez con decoración geométrica, como por ejemplo, un motivo como el de la bandera inglesa o el de la rueda catalina. En Megiddo, la primera cerámica bicroma se atribuye al estrato X, aunque todo el material

1 *P.E.Q.*, 1951.

FIG. 47. Cerámica del siglo XVI A. C., procedente de Megiddo.

publicado proviene de sepulcros intrusos de este estrato. De hecho es característica del estrato IX. En Palestina meridional se encuentra cerámica semejante en gran profusión; incluso se ha atribuido a un alfarero concreto de Tell el-ʿAǧǧūl. Quizá es excesivo sugerir que un solo alfarero fuera el autor de todas las vasijas halladas; sin embargo, pueden atribuirse con razón a una escuela de alfarería bien caracterizada. También se encuentran vasijas muy parecidas en la costa oriental de Chipre y en lugares costeros de Siria, muy al norte, por ejemplo, en Ras Shamra.

El estilo peculiar al que nos hemos referido, quizá sea obra de una escuela palestinense; sin embargo, es parte de un complejo mucho mayor de cerámica pintada, que empezó a llegar a Palestina en el siglo XVI A. C. Su estilo presenta ciertas afinidades con la cerámica decorada de los hurritas, y puede considerarse como demostración de unos contactos septentrionales renovados, y probablemente de la infiltración de nuevos grupos procedentes de esa dirección.

El segundo punto de interés que nos ofrece la cerámica es la prueba de la entrada de la costa siria en el comercio con el Mediterráneo oriental. Al principio este comercio se tenía casi por entero con Chipre. Las importaciones chipriotas durante el Bronce medio son escasas, aunque empiezan a aparecer hacia fines del período. Sin embargo, en el período de transición que abarca Megiddo IX, se vuelven mucho más cuantiosas, hasta que, durante el Bronce reciente, se encuentra casi tanta cerámica de influencia chipriota como de tradición nativa. Como dijimos más arriba, también hubo tráfico en sentido contrario. Es evidente que, durante el período del fuerte dominio de la XVIII Dinastía egipcia, las circunstancias favorecieron el comercio marítimo.

El tercer punto de interés general que nos ofrece la cerámica es que, aunque se dieron los nuevos elementos que acabamos de describir, los materiales y las formas básicas perduran, siguiendo un desarrollo normal. No hay ningún vacío en la cultura, sino tan sólo la suma de nuevos elementos. Esto constituye probablemente un verdadero indicio de la posición racial. Desde el período del siglo XX A. C., en que los grandes cambios en el ajuar parecen señalar el comienzo del Bronce medio, la población básica semito-cananea, al igual que su cerámica, sigue siendo la misma. Se absorben grupos nuevos, y nuevos gobernantes de nombres extraños pueden establecerse en las varias ciudades; la cultura sigue siendo cananea, aunque la raza ya no sea pura.

Las pruebas de Megiddo demuestran que este período de transición, representado por el estrato IX, entra de lleno, sin interrupción cultural, en el Bronce reciente I, representado por el estrato VIII, hacia 1500 A. C. Políticamente, la interrupción parece presentarse en 1479 A. C., cuando Tutmés III estableció un control efectivo en Palestina y puso al frente de las ciudades principales gobernadores

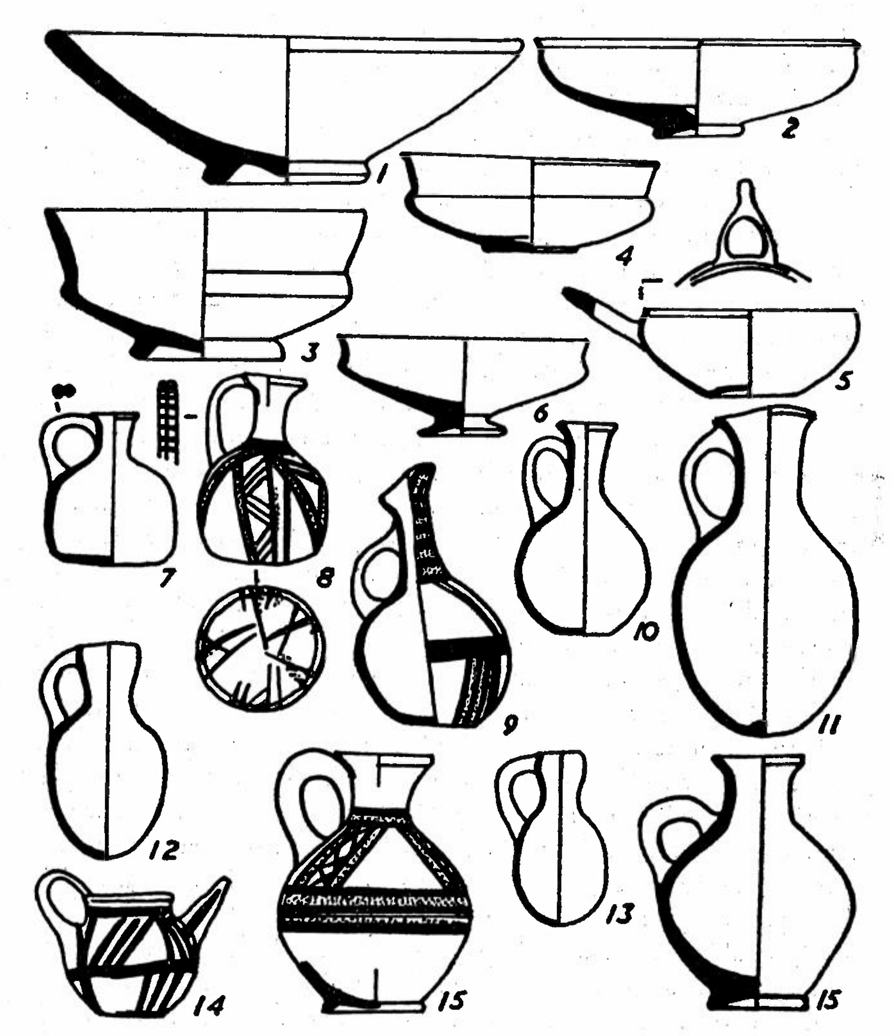


FIG. 48. Cerámica del siglo XVI A. C., procedente de Megiddo.

locales o dinastas vasallos. El control egipcio duró hasta los trastornos de la época de el-ᶜAmārnah, un siglo más tarde, cuando vemos que algunos de estos príncipes locales siguen fieles a Egipto, mientras otros se hallan en rebeldía. Es probable que el control egipcio no fuese muy agobiante en la mayor parte del país. El principal in-

terés de Egipto por Palestina estriba en el control de la ruta hacia Siria septentrional y Mesopotamia. Era, pues, importante que las ciudades mayores de la llanura costera y del valle de Esdrelón estuviesen en manos seguras; sin embargo, es probable que se permitiese a las ciudades pequeñas y a las de la zona alta seguir su propio camino, quizá mediante pago de algún tributo.

Los monumentos egipcios registran el hecho de que Tutmés III saqueó Megiddo hacia el 1479 A. C. (la fecha exacta depende del sistema que se acepte en la cronología egipcia). Este acontecimiento debe estar representado por la interrupción entre los estratos IX y VIII de Megiddo. El estrato VIII que siguió, contiene dos edificios interesantes. El primero (fig. 46) está construido a una escala que sugiere que pudo ser el palacio del gobernante local cliente. Está edificado alrededor de una serie de patios, y el espesor de las paredes indica que hubo más de un piso. Enterrado bajo el piso de una de las habitaciones se encontró un magnífico tesoro compuesto de oro, marfil, lapislázuli y otros materiales preciosos. Este es un buen indicio de la riqueza del período, mientras que el arte refleja conexiones tanto con Egipto como con Mesopotamia septentrional.

El otro edificio importante es un templo. Los períodos precedentes ofrecieron muy escasas pruebas de la religión del país. Sin embargo, van aumentando las pruebas materiales de la religión de los cananeos en el período en que los israelitas se fueron estableciendo entre ellos. El templo de Megiddo es uno de los primeros templos conocidos del Bronce reciente[1]. Su trazado es extremadamente sencillo y su estructura muy maciza. Consistía en una sala principal, en cuya pared posterior había una hornacina superficial, que probablemente albergaba el objeto cultural. A cada lado de la entrada había una pequeña habitación, que quizá servía de habitaciones de los sacerdotes o de almacenes; por analogía con reconstrucciones posteriores del edificio, el espacio entre ambos quizá fue un

[1] De hecho es posible que comience al principio del Bronce medio. Ocupa exactamente el lugar del templo del Bronce antiguo-Bronce medio (fig. 35), lo cual constituiría una coincidencia muy improbable si la zona sagrada primitiva hubiese sido abandonada durante unos cuatro siglos. En los planos siguientes de los estratos XIII al IX este espacio está libre de edificios, sin embargo, hay que observar que hacia el oeste las casas presentan una alineación nueva, la del templo del estrato VII. La explicación probablemente es que formó un montículo sobre los restos del templo anterior, y que el nivel superior sobre el que se construyó el nuevo templo fue la causa de que, equivocadamente, se atribuyese a un nivel posterior, en el que pudo seguir existiendo.

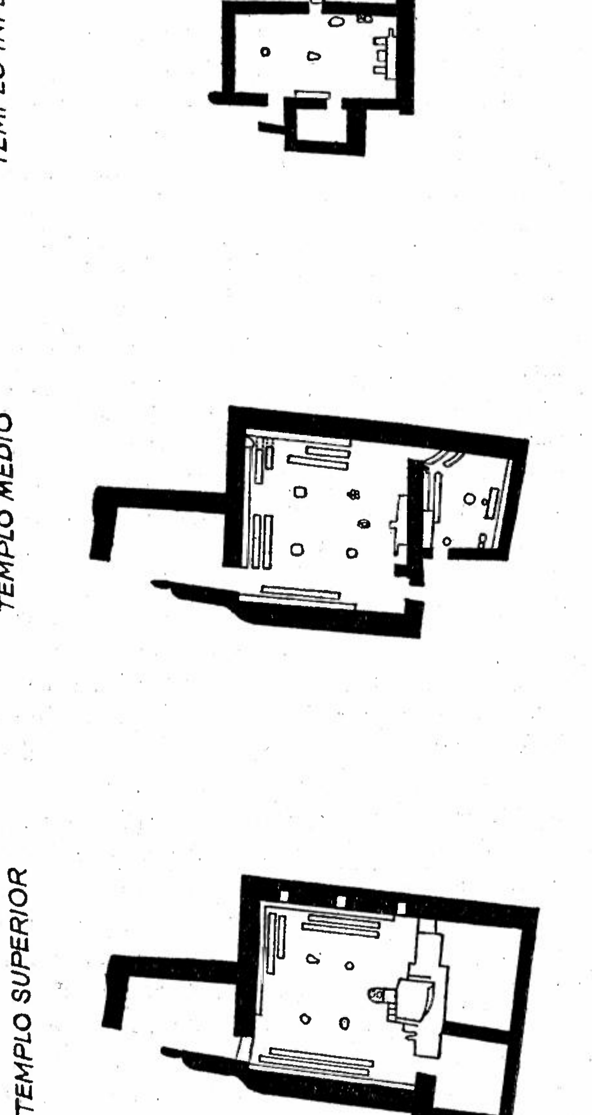
patio con tejado apoyado en columnas. Las dimensiones de la sala principal son tales que es probable que los adoradores fueran admitidos a la presencia de la deidad; no hay huellas de sanctasanctorum.

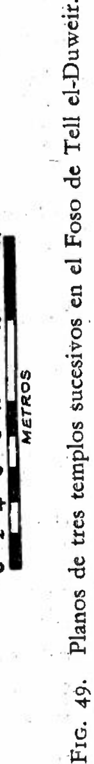
Tell el-Duweir es el otro yacimiento que nos ha suministrado pruebas de esta primera fase del Bronce reciente. Aquí el descombro principal del «tell» todavía no ha alcanzado los estratos del período; sin embargo, se han descubierto depósitos y edificios pertenecientes al mismo en el foso al pie del gran baluarte de los hiksos. Parece como si, después de acabar el Bronce medio, no se hubiesen conservado ya los baluartes y se permitiera que el foso se llenase de ruinas. Esto se podría interpretar o bien como un cambio de estilo en la fortificación —período de paz en el que no se necesitan fortificaciones—, o bien como un período de debilidad dentro de la ciudad, en el que no era posible conservarlos; cuál de estas dos explicaciones es probable que sea la correcta, sólo nos lo dirán ulteriores excavaciones. Sin embargo, lo que es evidente, es que el lugar no fue abandonado, porque las ruinas contienen cerámica muy parecida a la del estrato IX de Megiddo, de transición del Bronce medio-Bronce reciente, incluyendo algunos objetos de la cerámica pintada y característica.

A este período de obstrucción del foso, que quizá no fue necesariamente largo, siguió la erección en él de una construcción interesantísima: un templo pequeño, el primero de tres edificios superpuestos con un mismo trazado general. Es difícil fijar la fecha exacta de la erección. Las pruebas arqueológicas indican una fecha aproximada del 1500 A. C., y es posible que debiera situarse después del 1479 A. C., cuando la restauración del control egipcio bajo Tutmés III parecía ofrecer las circunstancias pacíficas que un edificio extramuros como éste parecen exigir. Esta es la fecha más tardía que permiten las pruebas arqueológicas, aun cuando sería preferible una fecha algo anterior. El templo siguió utilizándose casi hasta 1400 A. C., puesto que se encontró una placa de Amenhotep III en el terraplén entre él y el Templo II inmediatamente subsiguiente.

El templo era de planta sencilla (fig. 49). Consistía en un santuario oblongo con dos habitaciones anejas, aunque sólo a una de ellas se entraba desde el santuario. Es digno de atención que no hubiese






FIG. 49. Planos de tres templos sucesivos en el Foso de Tell el-Duweir.

una habitación interior, o sanctasanctorum, tal como exigía la religión hebrea y se ha encontrado en santuarios semitas muy anteriores. El techo estaba sostenido por columnas, probablemente de madera, cuyas bases se encontraron en su sitio en el eje central. Un muro protegía la entrada, con lo cual se impedía la vista del santuario desde el exterior. El templete consistía en un banquillo bajo, de unos 30 centímetros de altura, de cuya parte frontal sobresalían tres bloques rectangulares (lám. 55). Se ha sugerido que los objetos de culto se ponían en el banquillo, y que los bloques salientes servían de altares. La existencia de tres vuelos indica que se adoraba una trinidad de deidades. En el eje central, frente al templete, había dos jarras hundidas en el suelo; quizá eran recipientes en los que se derramaban las libaciones; contra uno de los extremos del banquillo se encontró un gran montón de vasijas, abandonadas cuando el templo fue destruido; probablemente sirvieron de receptáculos de ofrendas líquidas y sólidas. Al exterior del templo se encontraron algunos hoyos utilizados para colocar vasijas que tenían la misma finalidad. También había un banco bajo a lo largo de una pared, el cual, por analogía con los bancos encontrados en construcciones posteriores, quizá sirvió también para depositar las ofrendas.

Por desgracia, se han recuperado pocas pruebas que nos digan qué deidad o deidades se adoraban en este templo y en los siguientes. Una estatuilla de Réšef, dios sirio de la guerra y la tempestad, puede indicar que era uno de los dioses adorados; una sugerencia acerca de la traducción de la inscripción de Duweir| Ewer, encontrada en el Templo III (véase más adelante, pág. 214) incluye el nombre de la diosa Elat, aparentemente como parte de una tríada.

Las pruebas relativas a esta fase de la historia de Palestina son, pues, algo parcas. El aspecto general es el de una continuación de la cultura cananea, basada en la del Bronce medio, en cierto número de ciudades totalmente independientes, que probablemente presentan una considerable diversidad de cultura y organización. Esta diversidad la sugieren, por ejemplo, las diferencias entre el templo de Megiddo y el de Tell el-Duweir.

Durante el siglo XIV A. C. comienza la segunda fase del Bronce reciente, para la cual disponemos de una cantidad considerable de

pruebas históricas y arqueológicas; las dificultades surgen al tratar de conciliar los dos tipos de pruebas.

Históricamente hay dos grupos importantes de acontecimientos que caen dentro de este período: las perturbaciones que causaron los ḫabiru reseñados en las cartas de el-ᶜAmārnah, y el asentamiento de las tribus israelitas en Palestina, registrado en el Antiguo Testamento. El período que abarcan las cartas del el-ᶜAmārnah va de 1390 y 1365 A. C. aproximadamente. La fecha del asentamiento israelita es fuente de profundas discrepancias entre los especialistas; sin embargo, casi todos parecen estar de acuerdo en que este hecho acaece entre 1400 y 1200 A. C.

Las cartas de el-ᶜAmārnah son una serie de documentos descubiertos en el lugar de Tell el-Amārnah, en el Delta del Nilo, en el palacio del faraón Eḫnatón. Nos brindan pruebas contemporáneas acerca de la disgregación del imperio asiático restablecido por Tutmés III. Las ciudades amorritas de Siria septentrional estaban en rebelión, muy instigadas por los hititas, y las ciudades cananeas del sur siguieron su ejemplo. Ya sea como causa, ya como efecto, entre las ciudades en rebelión aparecen bandas de ḫabiru, nombre que, como dijimos antes (pág. 182 y sigs.), en su sentido más amplio probablemente comprende bandas de guerreros errantes de origen algo mezclado; estas bandas probablemente se aprovechaban de los tiempos de confusión y también estimulaban la confusión. Estas cartas las escribieron los gobernantes de aquellas ciudades que siguieron fieles a Egipto, especialmente Jerusalén en el caso de Palestina, para pedir ayuda contra los rebeldes y los invasores. Como ya se indicó, el hecho de que algunos de estos gobernadores tengan nombres ḫurritas es un reflejo interesante de los elementos raciales que se habían establecido en Palestina en los siglos precedentes. La ayuda no había de venir y el control egipcio sobre Palestina no se restableció hasta principios del reinado de Seti I (1320-1301 A. C.), aunque los hititas, que se aprovecharon de esta debilidad en el norte, no avanzaron al sur de Galilea.

El conocido relato bíblico describe la llegada de los israelitas a Palestina, después de un período de estancia en Egipto; entran por el este, y se expansionan desde el valle del Jordán hacia la región de las colinas. Ambos relatos describen a Jerusalén resistiendo a los invasores.

Los acontecimientos descritos bajo los dos epígrafes tienen mucho en común, pues describen la invasión de tribus nómadas o seminómadas entre la población cananea establecida. Difieren las opiniones en cuanto a fijar hasta qué punto puede considerarse que los dos relatos se refieren a los mismos acontecimientos desde diferentes puntos de vista, el de los invasores y el de los invadidos. No todos los lingüistas están dispuestos a aceptar la equivalencia de las palabras hebreo y ḫabiru, aunque la mayoría sí lo están. En todo caso, ni las cartas de el-ᶜAmārnah ni otras fuentes egipcias hacen la más mínima alusión a los acontecimientos narrados en el Éxodo. El suceso del Éxodo tuvo una importancia tan fundamental en la historia habrea, y la divina asistencia, de la cual el Éxodo era una prueba evidente, era un concepto tan básico en el desarrollo del Yahwismo, que debe aceptarse su base histórica, en especial si se tienen en cuenta las recientes pruebas en cuanto a la posibilidad de documentos escritos de fecha mucho más temprana de lo que se solía suponer.

Sin embargo, en general los eruditos aceptan que el relato del Antiguo Testamento es una fusión de diferentes fuentes antiguas. Una teoría que ha ido ganando aceptación entre cierto número de eruditos, es que en el relato bíblico hay pruebas de que no todas las tribus que constituyeron la nación israelita subsiguiente tomaron parte en el Éxodo. Esta escuela sostiene que el significado religioso del Éxodo fue tal, que en el decurso del tiempo, todas las tribus vinieron a crecer que sus antepasados tomaron parte en él. Esta teoría ofrece muchos atractivos, particularmente porque sirve para conciliar el relato bíblico con los demás documentos históricos y con las pruebas arqueológicas.

Sin embargo, no es este libro el lugar adecuado para discutir con detalle esta teoría o cualquier otra, ni tampo el marco cronológico que puede desarrollarse para acomodarlo a cualquiera de ellas, puesto que la finalidad principal del mismo son las pruebas que la arqueología nos ofrece. A pesar de todo, se puede hacer observar que, para la autora, constituye una pérdida de tiempo intentar elaborar una cronología que abarque un período de varios centenares de años a base de ir sumando los diferentes períodos de cuarenta o treinta años que menciona la Biblia. Esto queda de sobra

demostrado por el hecho de que, con diferentes combinaciones de superposiciones, omisiones y reduplicaciones, es posible llegar a resultados variables que convienen a las variadas teorías de diferentes escritores. Seguramente debe ser obvio, por un lado, que tales espacios son en gran parte expresiones convencionales para indicar el paso de un período de tiempo apreciable, y, por otro, que la duración de la memoria popular, aunque puede ser bastante exacta en cuanto al acaecimiento de sucesos importantes, es escasa en cuanto a la exactitud cronológica. Ante la ausencia de un calendario establecido (y no hay pruebas de que los israelitas usaran el calendario egipcio) uno recordaría que un suceso ocurrió durante la vida de su padre, o aun de su abuelo, pero es muy improbable que estuviese seguro de que ocurriese durante la de su bisabuelo o de su tatarabuelo.

Por lo tanto, lo que aquí se pretende es describir las pruebas arqueológicas. Sin embargo, es preciso reconocer que solamente en ciertos aspectos es probable que estas pruebas sean informativas. El aspecto principal es que debe presumirse que una destrucción señale la captura de una ciudad por los israelitas. Pero no está claro que a tal destrucción deba seguir un cambio de cultura. Las bandas migratorias, ya sean los ḫabiru de las cartas de el-ᶜAmārnah, ya de los israelitas de la historia del Antiguo Testamento, con toda probabilidad carecerían de un ajuar abundante de objetos materiales durables. Sus recipientes pueden muy bien haber sido sobre todo de piel, carecerían de mobiliario y arreos domésticos, sus lugares de culto serían provisionales y con poco equipo. La historia y la arqueología demuestran una y otra vez cómo esas bandas, al establecerse entre una población sedentaria, tendían a adoptar la cultura material (la única que refleja la arqueología) de esa población. Este debe ser el caso, póngase donde se quiera, dentro del período del 1400 al 1200 A. C., la llegada de los israelitas, porque no hay interrupción total dentro del período. En realidad, el cambio más grande ocurre al principio, con la transición del Bronce reciente I al II, momento en el que la cultura parece en verdad presentar un deterioro notable. En la cerámica, por ejemplo, se introduce una clase de boles-platillo de forma muy sencilla y rudimentaria; de hecho constituye una de las series menos atractivas de toda la cerámica palestinense. Los restos arqueológicos no pueden determinarse, y los objetos hallados sugieren un bajo nivel de habilidad artística. Una situación tal reflejaría bien el estado de cosas durante la adaptación a la vida sedentaria de gente errante como las bandas ḫabiru de las cartas de el-ᶜAmārnah y los israelitas del Antiguo Testamento. Sin embargo, con las pruebas existentes no es posible deducir ninguna expansión de conquistas o, a base de los restos materiales, decir que en cualquier momento un distrito determinado cayó bajo el control de los invasores.

Existen de hecho pruebas de destrucción, pero no nos dan historia coherente. De todas las capturas de ciudades que los israelitas llevaron a cabo, la más dramática fue la de Jericó. Es difícil evitar la impresión de que se trata de un relato puesto por escrito, quizá después de muchos años, del recuerdo popular de un suceso importante. Ciertamente podría esperarse que la captura de Jericó hubiese acaecido al principio de cualquier penetración en Palestina desde el este, debido a su posición estratégica, a la que ya nos referimos antes (página 100). Las pruebas arqueológicas referentes a la fecha de la caída de la Jericó de la Edad de Bronce serían, pues, muy valiosas para establecer la cronología de la entrada israelita en Palestina.

Por desgracia, las pruebas arqueológicas son del todo inadecuadas. Sobre el estrato de denudación que abarca el Bronce medio, sólo quedan fragmentos de edificios. El «edificio medio» que excavó el profesor Garstang [1] y una parte muy pequeña de una casa excavada en el recuadro H III en 1954, es lo único que puede adscribirse a este período. No se ha publicado ninguna verdadera prueba para la datación proveniente del propio Edificio Medio; sin embargo, algunas piezas de cerámica del Bronce reciente, probablemente de mediados del siglo XIV [2], aparecieron debajo de él. El fragmento de edificio del recuadro H III consistía solamente en los cimientos de una pared sencilla y, a su lado, un metro cuadrado aproximadamente de pavimento intacto; en el pavimento había un pequeño horno de arcilla y a su lado un jarrito (lám. 56). En el resto de la zona del recuadro H III, la superficie moderna estaba a un nivel más bajo que este pavimento. Lo mismo parecía ocurrir en todos

[1] *L. A. A. A.*, XXI, págs. 105 y sigs., lám. XIV. [2] *P. E. Q.*, 1951.

los alrededores. Con la esperanza de encontrar más edificios se descombró otra zona más al norte, pero se hallaron grandes desagües de agua de lluvia, que penetraban directamente en los estratos del Bronce medio, y llenos de escombros de la ocupación del Hierro antiguo II.

En las primeras excavaciones, se creyó haber descubierto las murallas defensivas de la ciudad del Bronce reciente, y que un terremoto y el fuego las habían destruido[1]. Sin embargo, las excavaciones más recientes pusieron de manifiesto que se habían identificado erróneamente estas murallas. En realidad pertenecían al Bronce antiguo, y sin duda alguna habían quedado sepultadas bajo la loma del Bronce medio, que no había sido identificada. De hecho, sólo en un punto sobrevive la altura íntegra de las defensas del Bronce medio, en la superficie del punto más elevado del «tell», en el ángulo noroeste. En otras partes la erosión ha penetrado por debajo del nivel del Bronce medio, a excepción de la parte más baja de las laderas en el lado oriental del «tell»; aquí sólo han subsistido estos míseros fragmentos de las casas del Bronce reciente, descritos más arriba.

Por lo menos, demuestran que existió una ciudad de ese período. Las pruebas relativas que para la datación, suministran las excavaciones recientes, son desdeñables. Todo lo que se puede decir es que el sencillo jarrito probablemente es del siglo XIV. Las primeras excavaciones proporcionaron cierta cantidad de cerámica; un análisis de la misma y de los hallazgos hechos en los sepulcros que fueron utilizados de nuevo en este período, sugiere que la ciudad volvió a ser ocupada hacia el 1400 A. C., y abandonada de nuevo alrededor del 1325 A. C.[2]. Una erosión subsiguiente destruyó casi todas las huellas de la misma. Una erosión tal, durante un período de abandono, se ha comprobado para el período que siguió a la destrucción de la ciudad del Bronce medio; el relato bíblico dice que Jericó fue maldecida y abandonada durante un período de unos cuatrocientos años. El relleno de los desagües del agua de lluvia durante el Hierro antiguo demuestra que la erosión ocurrió antes de esa fecha. El hallazgo de un pequeño horno todavía *in situ* da idea de un abandono, porque una edificación como ésta de ordinario habría sido destruida

[1] P. E. Q. 1931. [2] P. E. Q. 1951.

al nivelar el terreno para cualquier reconstrucción. Las pruebas, pues, concuerdan en una destrucción del lugar y abandono subsiguiente, y sugieren una fecha de la segunda mitad del siglo XIV.

Así pues, Jericó proporciona posibles pruebas de un episodio del establecimiento de la población hebrea en Palestina, cuyos elementos acabaron por fusionarse en el reino israelita. Pero ya indicamos que tanto las partes componentes de esta población como los relatos integrados en el Antiguo Testamento quizá tuvieron orígenes diferentes. No es, pues, necesario intentar compaginar el curso de los acontecimientos en esa fuente con las pruebas arqueológicas, y de hecho es muy difícil hacerlo. Cuando uno se da cuenta de que no se estableció un reino poderoso hasta más o menos el año 1000 A. C., unos cuatrocientos años después de la fecha propuesta por quienes defienden una fecha temprana para el Éxodo y doscientos cincuenta años después de la fecha más tardía propuesta por otros autores, resulta claro que el proceso de expansión y de organización en nación fue muy lento. El relato bíblico puede dar cuenta de acontecimientos esparcidos en un período de tiempo bastante largo, unidos y acoplados por los redactores en una sucesión cronológica cuya autenticidad es difícil comprobar, ante la limitación de las pruebas arqueológicas señalada más arriba. Así pues, en la actualidad sólo puede describir el curso de los acontecimientos en diferentes lugares tal como revela la arqueología; por lo contrario, de momento, la parte que en ellos desempeñaron los hebreos a menudo debe quedar incierta.

Otro de los lugares que, según el libro de Josué (Jos 10, 10), cayó en manos de Josué en los primeros momentos de la campaña fue Ḥaṣor, la ciudad más poderosa de los cananeos. Las excavaciones en este yacimiento todavía (1959) prosiguen, y sólo han aparecido informes preliminares. Los descubrimientos demuestran que fue una ciudad poderosa, protegida por un gran baluarte erigido en el Bronce medio II (pág. 25). Parece que la ocupación perduró sin interrupción hasta el Bronce reciente, y que se prolongó hasta por lo menos a principios del siglo XIII. Por lo que nos dicen las pruebas de que disponemos hasta ahora, la cerámica ciertamente parece incluir algún material posterior al de Jericó. Esto estaría de acuerdo con una difusión más gradual del poder israelita, como de hecho lo

sugiere el otro relato de las primeras etapas de la entrada que nos da el libro de los Jueces (Jue 4, 2).

Betel es uno de los lugares a los que se refiere el relato bíblico de las primeras etapas de la conquista. Las excavaciones han demostrado que allí había una floreciente ciudad del Bronce reciente, con casas muy bien construidas, que podría dividirse en dos fases, separadas por una capa de escombros. La fase primera data de los siglos XV-XIV, y la segunda del XIV y principios del XIII. Entre las dos se aprecia una destrucción, que es prueba de las circunstancias convulsionadas de la región; pero no hay una ruptura drástica de la cultura. Sin embargo, la segunda fase, terminó con una terrible conflagración, que dejó un depósito de ruinas de un metro y medio; después de un vacío cronológico, sigue, al parecer, una ocupación de carácter mucho más pobre. El profesor Albright atribuye esta destrucción a los israelitas.

Tell Beit Mirsim, en Palestina meridional, cuyo abandono al final del Bronce medio describimos más arriba, al parecer fue ocupada de nuevo hacia 1450 A. C. También aquí la ocupación del Bronce reciente está dividida en dos por una capa de destrucción en algunas partes muy espesa, que data aproximadamente del 1350 A. C. La cultura de la segunda fase, C2, es típica de la civilización adocenada del Bronce reciente II; refleja de modo adecuado las condiciones inseguras que deben esperarse cuando la cultura cananea está luchando contra, o absorbiendo, las bandas errantes de los ḫabiru de las cartas de el-ᶜAmārnah o de los hebreos del Antiguo Testamento. Por las pruebas actuales es imposible decir si los restos materiales reflejan la decadencia de los antiguos habitantes o las primeras etapas de la civilización de los nuevos moradores.

Una cubeta de piedra para libaciones representa de modo adecuado el arte tosco del período (lám. 57). Casi tan toscas son las placas Astarté, que son los objetos de culto más comunes en casi todos los yacimientos del período. Sin embargo, el hecho de que aparezcan tales placas, con su conexión con la religión fenicia, no puede tomarse, en ninguna localidad concreta, como prueba de que todavía no había caído bajo control israelita, porque la misma Tell Beit Mirsim presenta pruebas claras en cuanto a la presencia de tales placas o figurillas semejantes hasta el siglo XII A. C. Las acusaciones de los

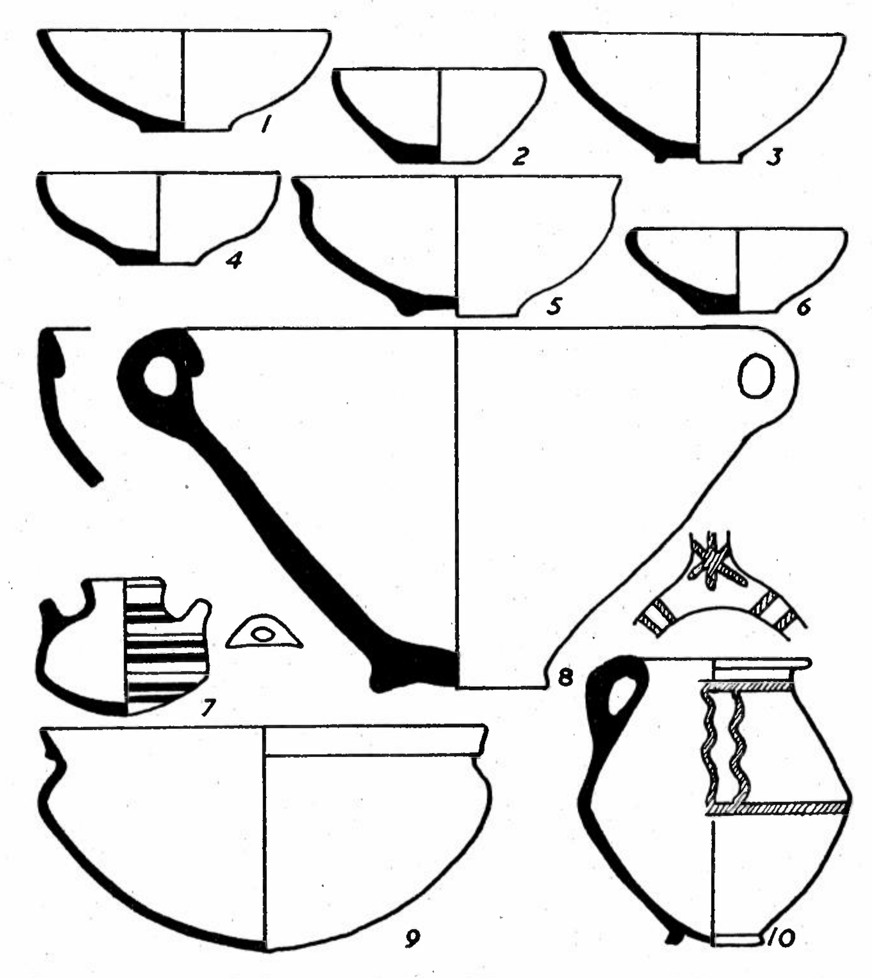


FIG. 50. Cerámica del Bronce reciente II procedente de Tell Beit Mirsim.

profetas son suficientes para demostrar que el yahwismo tuvo que luchar sin tregua con la antigua religión del país.

La segunda fase de la ciudad del Bronce reciente de Tell Beit Mirsim termina con otra destrucción, por cierto completa. El profesor Albright la fecha hacia 1230 A. C. y la considera obra de los israelitas. Esta no es imposible, pero no se puede demostrar, porque hay otros

acontecimientos históricos que podrían explicarla, tales como las incursiones de Merneptá de Egipto en Palestina alrededor del 1230 A. C., o las incursiones de los Pueblos del Mar hacia 1200 A. C. La cultura del estrato siguiente BI se basa en el Bronce reciente que la precedió, y no confirma ni (como sugerimos más arriba), contradice la posibilidad de que sus habitantes perteneciesen a un nuevo grupo.

Tell el-Duweir es una localidad en la que la cultura cananea parece continuar sin interrupción hasta una fecha tardía del siglo XIII. Aquí, al templo del Foso, descrito en este mismo capítulo, le sucedió una versión aumentada, hacia 1400 A. C., y ésta, a su vez, fue sustituida por una tercera alrededor del 1325 A. C (lám. 58). La planta básica del templo siguió siendo la misma a lo largo de las distintas fases; los excavadores creen que las reconstrucciones se debieron, no a destrucciones, sino a la creciente prosperidad, que exigía un edificio mayor y más primoroso. En contraposición, la existencia del tercer templo termina con una tremenda destrucción, destino que alcanzó a la ciudad misma según mostraron ciertas cartas. La fecha más probable de esto debe situarse hacia 1230 A. C. Podría asimismo, considerarse como efecto de las campañas de castigo de Merneptá, o, para incluir a Lākīš, con la cual casi ciertamente debe identificarse el yacimiento, en las listas de los lugares sojuzgados por los israelitas, podría ser obra suya. De nuevo, sin embargo, nuestros conocimientos acerca de la cronología de los hallazgos importantes, en especial la cerámica, todavía no es lo suficientemente exacto como para hacer imposible una fecha algo más tardía; tampoco puede excluirse la alternativa de que fuesen los Pueblos del Mar quienes ocasionaron la destrucción.

Ya en terreno histórico, podemos esperar que las pruebas relativas al curso de los acontecimientos en las grandes ciudades al norte Beisán y Megiddo en el límite del valle de Esdrelón sea distinto del que acabamos de exponer, puesto que no cayeron en manos israelitas hasta bastante tarde.

En Megiddo, la ciudad del Bronce reciente I, es decir, el estrato VIII, probablemente desaparece alrededor del 1350 A. C. con la inevitable destrucción. La ciudad siguiente, la VII, sigue de cerca el trazado de la VIII; los principales edificios descubiertos, el templo, el palacio y la puerta, descritos más arriba, se reconstruyeron siguiendo casi las mismas líneas. La destrucción divide el estrato VII en dos partes; de ello había pruebas estratigráficas y arquitectónicas, pero no coincide con ninguna interrupción cultural. Sin embargo, la destrucción fue lo suficientemente completa para que las ruinas del palacio primitivo quedasen cubiertas por sus mismos restos, y para que uno nuevo — casi con el mismo trazado — fuese construido sobre el terraplén así formado. Esto demuestra que, incluso un lugar tan fuerte como Megiddo, fue víctima de las perturbaciones corrientes, aunque al final del período no sucumbió tan aprisa ante los nuevos peligros de los años alrededor del 1200 A. C. De hecho parece que el estrato VII duró hasta los alrededores del 1150 A. C.

En otro aspecto, Megiddo presenta un marcado contraste con otros lugares de los que poseemos pruebas, porque su nivel cultural no parece alcanzar una decadencia tan notable. Los edificios, hasta donde han sido excavados, presentan indicios de pretensiones arquitectónicas. La cerámica no es exageradamente carente de interés, ya que apenas si se encuentran aquí modelos de platillos toscos descubiertos en otros yacimientos, y la decoración de la cerámica del Bronce reciente persiste, aunque es menos refinada. Lo más sorprendente de todo es la colección de marfiles descubiertos en las ruinas del palacio de la segunda fase del estrato VII, que nos proporciona indicios de los gustos culturales, cuando menos de las clases gobernantes. Estos marfiles — las láms. 59-61 reproducen algunos ejemplares — se encontraron en una pequeña habitación, que quizá fue una tesorería, rotos y desordenados, posiblemente cuando se saquearon los objetos de metales preciosos. Originalmente debían formar parte de la ornamentación de muebles; sin embargo, puesto que la habitación es demasiado pequeña para haber contenido los muebles, debían estar almacenados por sí mismos, como una colección de objetos de arte. Un estuche de pluma contenía una cartela de Ramsés III, lo cual demuestra que en el siglo XII A. C aún se añadían objetos a la colección; el objeto más antiguo puede remontar al siglo XIV A. C. Representan un arte del que se encuentran ejemplares en Egipto, Chipre y Fenicia, y demuestran que Megiddo al menos estaba en contacto con la mejor vida artística del período. Por consiguiente, Megiddo, aunque quizá tuvo su parte en los disturbios políticos, no quedó sumergida en la creciente marea de barbarie.

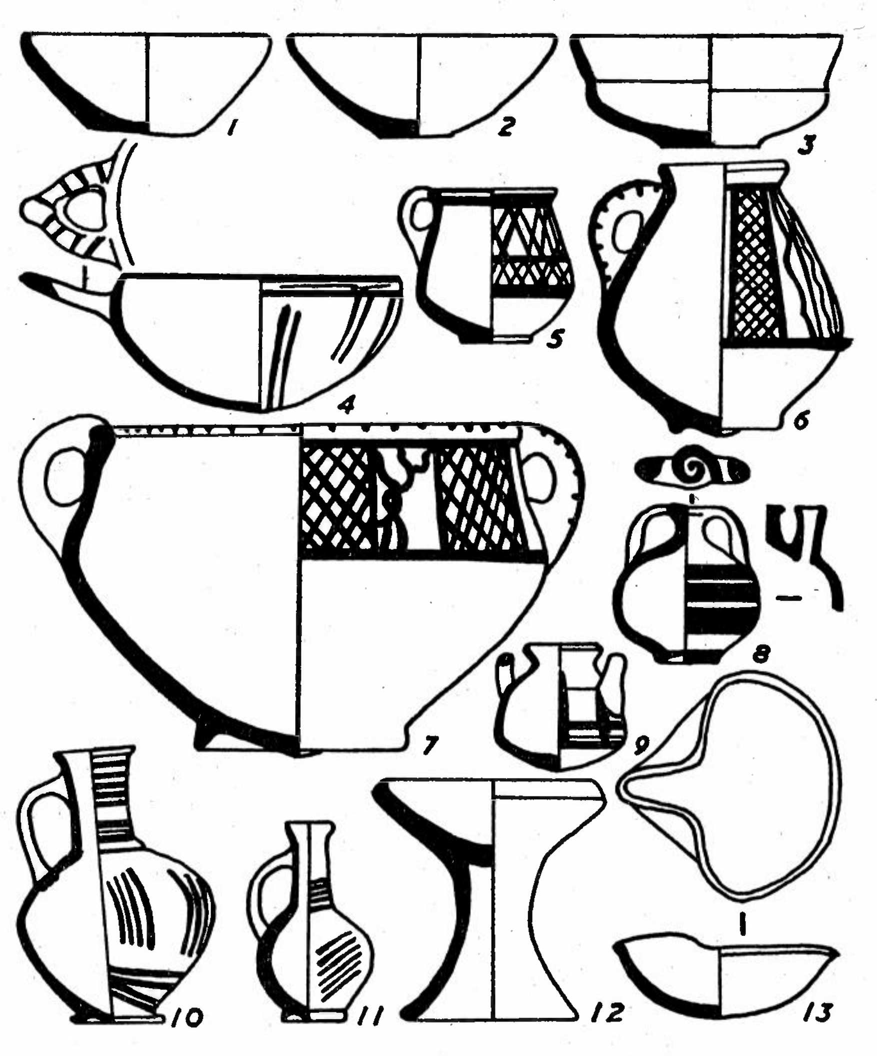
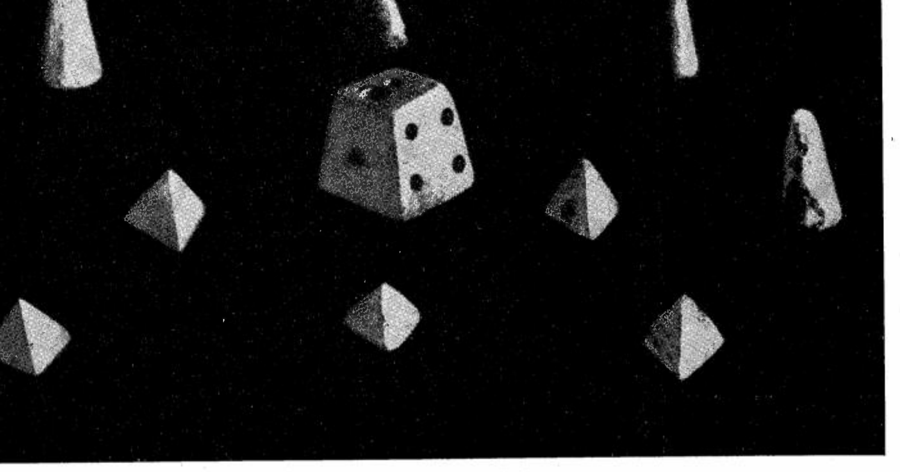


FIG. 51. Cerámica del Bronce reciente II procedente de Megiddo.

También se esperaría que Beisán presentase un nivel más elevado de civilización, porque era una ciudad muy fuerte, y además estaba en estrecho contacto con Egipto. Aquí, sin embargo, nuestros conocimientos provenientes de excavaciones se limitan a una zona más

LÁM. 45. **Vista aérea del emplazamiento de Ḥāṣōr.**



LÁM. 46. **Piezas de un juego, halladas en Tell Beit Mirsim.**



LÁM. 47. **Tell Beit Mirsim. Fragmento de una estela representando probablemente un dios-serpiente.**

LÁM. 48. **Una calle de Jericó, del Bronce medio.**



LÁM. 49. **Parte inferior de la calle de Jericó de lám. 35, mostrando el desagüe inferior.**

LÁM. 50. **Jarras para conservar el grano, en una casa del Bronce medio, de Jericó.**



LÁM. 51. **Un sepulcro G 37, típico del Bronce medio, de Jericó.**

LÁM. 52. **Sepulcro H. 18 donde había una mesa y una silla de madera.**

LÁM. 53. **Sepulcro H 22, de Jericó, donde se hacian enterramientos masivos simultáneos.**

LÁM. 54. Reconstitución de una habitación en una casa del Bronce medio, de Jericó.

FIG. 52. Cerámica del Bronce reciente II procedente de Megiddo.

restringida, la ocupada por una sucesión de templos. Los contactos de la ciudad con Egipto, y el control que éste ejerció sobre ella, lo demuestran el descubrimiento de escarabeos y otros objetos que datan, en los estratos examinados, de la época de Tutmés III; de estelas colocadas por Seti I (1320-1301 A. C.) y de una estatua de Ramsés III (1204-1172 A. C). También los textos egipcios hacen referencias bastante frecuentes al lugar. La serie de templos excavados demuestran, además, la creciente influencia de Egipto. El primero del estrato IX, se atribuyó en un principio al período de Tutmés III (1501-1447 A. C.); sin embargo, en realidad debe tener una fecha tope final hacia 1350 A. C., Es una construcción de tipo cananeo, con múltiples atrios y de trazado bastante informe, y con una *massebá* o columna, que es la representación cananea de la deidad. El templo siguiente, en el estrato VII, debe datarse más o menos entre 1300 y 1150 A. C.; supone una revolución en la arquitectura religiosa, con un patio exterior en parte techado, y un santuario erigido al fondo; se ha sugerido que esta planta recuerda los pequeños santuarios egipcios del siglo XIV A. C., sobre todo del período de el-ᶜAmārnah, aunque es muy distinto de los santuarios semíticos descubiertos en otros lugares de Palestina, por ejemplo en Tell el-Fārᶜah[1]. Que la religión básica cananea permaneciese inmutable lo demuestran los numerosos e interesantísimos objetos de culto descubiertos, los cuales indican que el culto era un culto de la fecundidad, asociado con Astarté y quizá un dios de la tempestad, Mekal, probablemente en conexión con el Réšef sirio. En Beisán no hay, dentro del área excavada, indicios de las destrucciones que afectaron a los demás lugares mencionados. La guarnición egipcia, que al parecer se mantenía aquí cuando menos desde la época de Seti I, debió ser suficiente para proteger la ciudad contra los trastornos de aquellos días.

Las estelas de Seti I erigidas en Beisán nos dan una descripción interesante de lo que sucedía. Seti fue el primer rey que restauró el control egipcio en Palestina, después de los desastres del período de el-ᶜAmārnah, y evidentemente tuvo que contener con cierto número de bandas de pillaje y saqueo. En una estela erigida en Beisán, en el primer año de su reinado (1320-1319 A. C.) se narra que bandas del otro lado del Jordán atacaban Beisán y las ciudades vecinas, y se describe su derrota. En otra estela, por desgracia sólo descifrable en parte, se describe al parecer la derrota de ᶜApiru de las «Montañas del Jordán» (la última palabra es dudosa). Como ya dijimos, muchos eruditos aceptan la ecuación ᶜApiru-Ḫabiru-Hebreo, y aquí tenemos pruebas de bandas aliadas con los habiru de las cartas de el-ᶜAmārnah, que siguen causando trastornos. Todavía no hay pruebas suficientes para decir si nos hallamos ante el otro lado de la historia del relato bíblico de que la tribu de Manasés estuvo a punto de capturar Beisán; sin embargo, no es imposible que haya una conexión.

[1] *R.B.* LXIV, fig. 8, pág. 575.

Los resultados de las excavaciones que acabamos de describir han mostrado las consecuencias que tuvieron en el país las invasiones nómadas; de ellos tenemos pruebas históricas a partir del siglo XIV. Todas las ciudades, a excepción de las más fuertes, sufrieron una o más olas de destrucción, y tanto si a las destrucciones las sigue el establecimiento de algunos nómadas como si no es así, la prosperidad y la cultura declinan inevitablemente. El control egipcio sobre la gran vía terrestre se mantuvo lo suficiente para asegurar unas condiciones de vida más fijas y seguras y, en consecuencia, un mayor grado de civilización en las ciudades situadas a lo largo de ella; la gran cantidad de cerámica importada de Chipre y Siria, descubierta en todos los yacimientos, nos ofrece una prueba de que incluso las condiciones de vida atrasadas y desasosegadas no impidieron las relaciones comerciales con la zona del Mediterráneo. Sobre este fondo general se realizó el establecimiento de los israelitas; asentamiento suficientemente adelantado hacia el 1230 A. C., puesto que el «pueblo de Israel» se enumera entre los pueblos a los que Merneptá venció; sin embargo, la arqueología todavía no nos puede dar pruebas concluyentes acerca del curso del asentamiento...

CAPÍTULO IX

Los filisteos y los comienzos del Hierro antiguo

Hacia 1200 A. C. hubo una interrupción catastrófica de la civilización en toda la parte oriental del Mediterráneo; esto produjo una etapa oscura muy parecida a la que siguió al final del Imperio Romano en Europa unos seiscientos años más tarde, y producida por sucesos semejantes, tales como las incursiones de grupos bárbaros. Todos los grandes imperios del Próximo Oriente sucumbieron ante estas irrupciones o bien quedaron seriamente debilitados por ellas. Palestina no tuvo que soportar el pleno fragor de la lucha, porque no constituía una presa tan rica como los grandes imperios; pero su posición como parte de la vía terrestre que une Asia Menor (que quizá fue la patria de algunos de los invasores) y Egipto significó que se sintiesen en ella algunas de las consecuencias.

Los monumentos de Ramsés III describen gráficamente el relato de los ataques de los Pueblos del Mar a Egipto. En su ataque final y mayor, alrededor del 1196 A. C., llegaron por tierra y mar, y fueron rechazados por el Faraón después de grandes batallas en ambos elementos. Ramsés reivindicó una victoria tan completa que pudo llegar hasta las tierras de los hititas en Siria a través de Palestina, porque los recién llegados, con su avance, habían quebrantado su imperio. Pero a pesar de esto, permitió que las tribus derrotadas se estableciesen en Palestina y en la costa siria, y si ésto hubiese ocurrido cabe poner en duda si su victoria hubiese sido tan absoluta como pretendía. En todo caso, el fracaso de los invasores en abrirse camino hasta Egipto condujo al establecimiento de por lo menos algunos de ellos en Palestina.

Los relatos egipcios que los Pueblos del Mar describen claramente que constituían un grupo mixto formado por una cuantas tribus. Los monumentos de Ramsés III en Medinet Habu (fig. 53) mencionan seis tribus, los Pulasati o Filisteos, los Šerdanu, los Danunu, los Šekeleš, los Zakkala y los Wašaša; otras listas egipcias añaden unos ocho nombres más. Hasta ahora la arqueología a proyectado poca luz positiva sobre los orígenes de estos grupos. Los relatos bíblicos asocian a los filisteos con Kaftōr, que muchos eruditos consideran que es el equivalente del Keftiu egipcio, y lo identifican con Creta. Los estudios filológicos sugieren que el país natal de por lo menos algunos de los grupos estaba al sudoeste de Asia Menor, mientras que la ecuación que proponen algunos autores, entre ellos Danunu, los Danaci y Elaweš (mencionados en la lista de Merneptá) y los oqueos, nos pone en contacto con las tribus de la leyenda homérica. Estas pruebas arqueológicas, tal como existen, no están por lo menos en desacuerdo con este origen.

Una vez más hay que señalar que las pruebas arqueológicas pueden, en un caso como éste, ser inadecuadas, porque también aquí tenemos que ver con bandas guerreras. Es verdad que los relieves de Medinet Habu presentan a los invasores acompañados de mujeres y niños en carretas tiradas por bueyes, y, por lo tanto, venían como posibles colonos y no como nuevos invasores. Pero aunque así fuese, su ajuar material debió ser sencillo, y probablemente adoptaron muchas cosas de los cananeos entre los que se establecieron, como en realidad sugieren las pruebas arqueológicas.

Sin embargo, hay una clase de material arqueológico que puede asociarse razonablemente con los recién llegados. Es un tipo de cerámica, completamente nuevo en Palestina, decorada con dibujos refinados. Los elementos más característicos de la decoración son métodos que incluyen pájaros estilizados, a menudo con la cabeza vuelta atrás, frisos de espirales y grupos de semicírculos entrelazados. Tanto las formas de las vasijas como los elementos de la decoración tienen su origen en el arte cerámico heládica reciente de los egeos. Se ha demostrado que los objetos más parecidos se encuentran en la cerámica de Chipre y Rodas, pero en ningún caso las vasijas palestinenses son copias exactas; se dan los mismos elementos pero combinados de modo distinto. Los originales de los cuales derivan

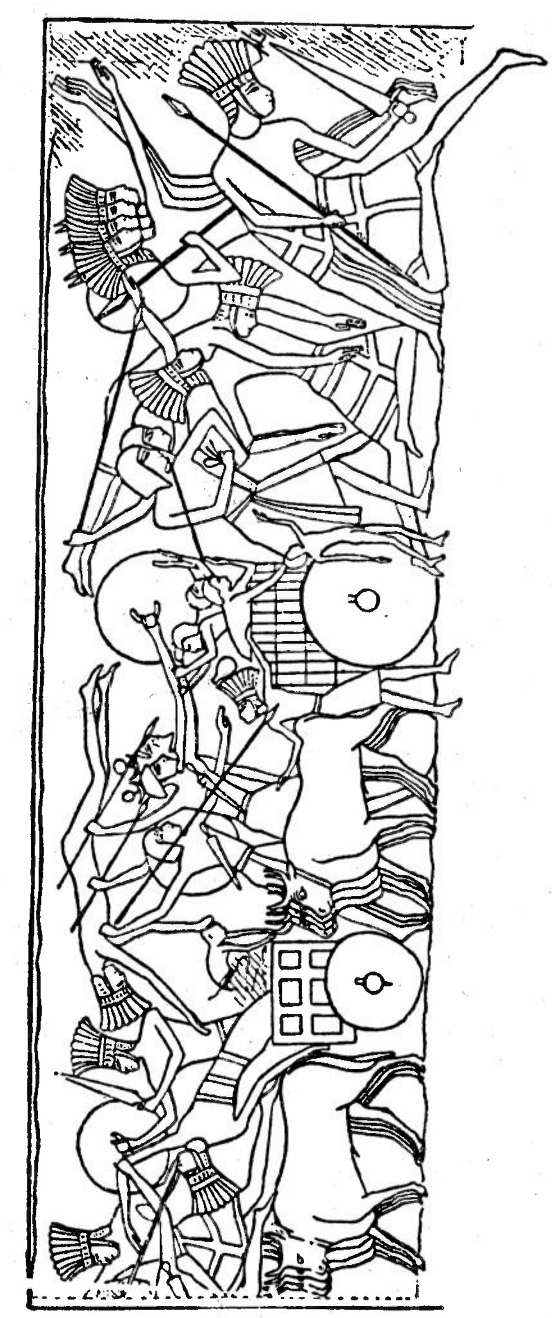


FIG. 53. Medinet Habu. Representación de egipcios luchando contra los Pueblos del Mar invasores.

los tipos palestinenses pueden datarse hacia finales del siglo XIII A. C., si bien los nuevos modelos, que iban a utilizarse alrededor del 1200 A. C., no están representados. En la mezcla también hay algunos elementos egipcios[1], que pueden explicarse por el hecho de que durante siglos los Šardan (Šerdanu) y otros de los confederados tuvieron la costumbre de servir a los egipcios como mercenarios. El material empleado en la fabricación de las vasijas no difiere del de las vasijas palestinenses nativas. La conclusión que de ello se deduce es que los recién llegados no trajeron consigo esta cerámica, sino que la manufacturaban en Palestina imitando las vasijas a las que estaban acostumbrados en su país natal, que debieron abandonar antes de que el nuevo estilo del siglo XII empezase a utilizarse.

Desde luego, no puede aceptarse, sin discusión, que esta cerámica esté necesariamente asociada con los filisteos; sin embargo, las pruebas parecen apoyar fuertemente esta atribución. Se acaba de mostrar que debe datarse hacia 1200 A. C., mientras que la fecha histórica dada para la repulsión de los invasores por Ramsés III es más o menos el 1196 A. C. En segundo lugar, la distribución de la cerámica corresponde bien con la zona que ocuparon los filisteos. Está concentrada en la llanura costera y en los límites de la región de colinas que fue la primitiva zona de las conquistas filisteas, mientras que en la región de las colinas propiamente dicha se presenta sólo esporádicamente. Finalmente, las pruebas arqueológicas demuestran que aparece de repente al final del Bronce reciente en la costa, pero bastante más tarde hacia el interior.

Las pruebas arqueológicas quizá están mejor ilustradas en Ascalón, que fue una de las cinco principales ciudades filisteas. El yacimiento es vasto, con importantes edificios romanos en los estratos superiores; en su mayor parte las excavaciones no penetraron más allá de estos estratos. Pero una capa escarpada proporcionó una sección a través del borde norte del montículo central que reveló estratos pertenecientes a períodos anteriores. A través de estos estratos sucesivos se efectuó un corte, el cual mostró una marcada división al final del Bronce reciente. Una capa ininterrumpida de cenizas de unos 50 centímetros de espesor, y que es indicio de una

[1] T. DOTHAN, *Antiquity and Survival,* II págs. 151, y sigs.

destrucción absoluta, se extiende sobre otra capa que era típica de la cultura cosmopolita del período en Palestina, con hallazgos que presentan contactos con Chipre, Micenas y Egipto. Sobre la capa de cenizas cesan estos objetos importados, y aparecen la cerámica filistea y sus derivados locales. Parece, pues, muy probable que la capa de cenizas represente la destrucción de la ciudad cananea por obra de los Pueblos del Mar, algunos de los cuales se establecieron luego en el lugar, y construyeron su propia ciudad sobre las ruinas. Esta prueba estratigráfica tan buena de una ciudad filistea importante sólo se ha obtenido en Ascalón; sin embargo, por lo que se ha identificado y examinado en otras ciudades — Gaza, Gat, ʾAšdōd y ʿEqrōn — las pruebas halladas parecen ser semejantes. En ningún caso parece que los filisteos fundasen ciudades nuevas; capturaron, destruyeron (si la historia de Ascalón es típica) y luego ocuparon ciudades pertenecientes a sus predecesores cananeos.

No sólo ocuparon las localidades cananeas, sino que parece que también aceptaron una parte al menos de la cultura cananea. Acabamos de mencionar la introducción de un tipo característico de cerámica. Sin embargo, asociados con ella en grupos de sepulcros y otros depósitos, aparecen otros tipos que proceden directamente de las vasijas nativas del Bronce reciente. Incluso los nombres de sus principales dioses: Dagón y ʿAštārōt, parecen ser cananeos; sin embargo, es muy posible que se diera una asimilación entre éstos y las deidades egeas de atributos semejantes. No obstante, es preciso admitir que la arqueología todavía no nos ha dado una imagen clara de los filisteos, porque ninguna de sus ciudades importantes ha sido hasta ahora excavada lo suficiente para poder establecer generalizaciones en cuanto a rasgos o características filisteas o no filisteas.

Existen algunas pruebas de sus costumbres funerarias. En Tell Fāra se encontró un grupo de cinco sepulcros que se diferencian de los demás del mismo lugar tanto por su contenido como por su planta[1]. Su contenido incluye algunas bellas vasijas de cerámica con decoración filistea característica, junto con muchas vasijas sencillas de los modelos nativos del Bronce reciente. Había cierto número de boles de bronce, mientras que las armas típicas al parecer

Bethpelet, II, págs. 6 y sigs.

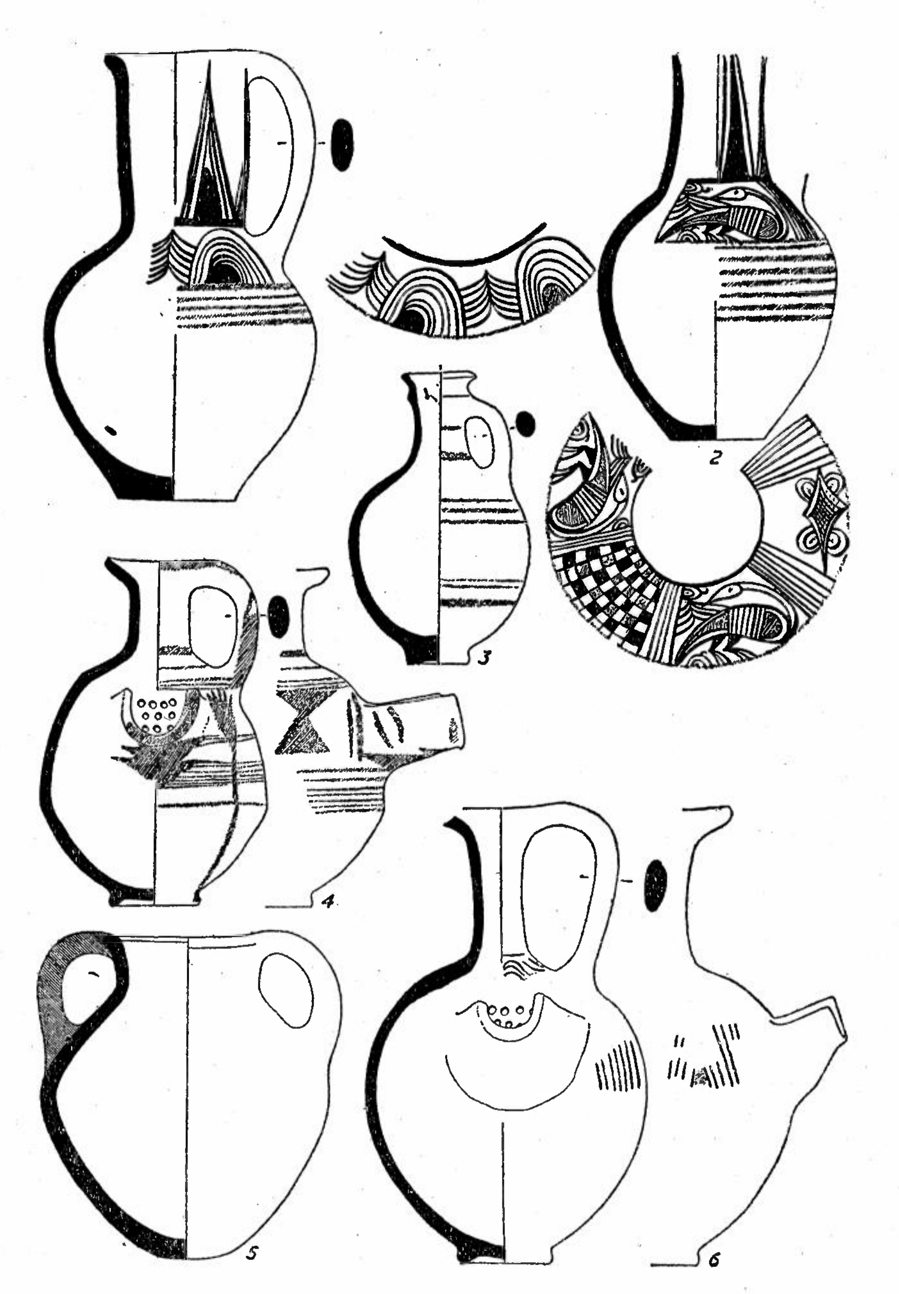


FIG. 54. Cerámica procedente de sepulcros filisteos de Tell Fāra

eran puñales y lanzas. Casi todas eran de bronce, aunque había un puñal de hierro con empuñadura de bronce, y un cuchillo de hierro ligeramente curvo. Tenemos, pues, aquí la primera aparición de hierro en Palestina en asociaciones bien documentadas. Los sepulcros son de planta coherente. Lleva hasta ellos un pasadizo con peldaños o dromos, largo y estrecho, por el cual se entra en la base de una cámara de forma trapezoidal de lados notablemente rectos. En el centro de la cámara hay una cavidad hundida o conducto, mientras que alrededor de los lados hay bancos para recibir los enterramientos. En el fondo de dos de estos sepulcros hay unas habitaciones pequeñas subsidiarias, también de planta ligeramente trapezoidal. Los muertos parece que estaban extendidos, en posición decúbito supino. Estos sepulcros presentan marcado contraste con la mayoría de los que se han descubierto en Palestina, que de ordinario consisten en una o más cámaras circulares irregulares. Hay, pues, una cierta idea de influencia extranjera, posiblemente procedente de los países de origen de los filisteos. Tan solo dos de los sepulcros del precendente Bronce reciente de Tell el-Fārᶜah se aproximan algo a ellos en la planta; pero también éstos son casos en los que parece que hubo considerable influencia egea.

Otra indicación interesante de contactos extranjeros fue el descubrimiento en dos de estos sepulcros, de ataúdes de cerámica con tapas antropomorfas (lám. 62). Estos ataúdes ciertamente no son originarios de Palestina. No obstante, también se han encontrado en Beisán, y se conocen ejemplos en algunos yacimientos de Egipto. En Beisán, las fechas de los enterramientos de los que formaban parte parecen pertenecer al Bronce reciente II y al Hierro antiguo I. En Egipto, se extienden desde el tiempo de Tutmés III (1501-1447 antes de Cristo) hasta el 600 A. C. Casi todos, tanto en Egipto como en Beisán, presentan objetos egeos y chipriotas asociados con ellos. Por los testimonios literarios sabemos que los egipcios se valieron de los mercenarios Šardan, y se les menciona específicamente como formando parte de la guarnición egipcia de Palestina en el período de las cartas de el-ᶜAmārnah. Como los Šardan eran también una de las tribus que integraban los Pueblos del Mar que derrotó Ramsés III, pudieron muy bien haber formado parte del grupo que se estableció en Palestina y al que los israelitas dieron el nombre de filisteos,

FIG. 55. Cerámica procedente de sepulcros filisteos de Tell Fāra

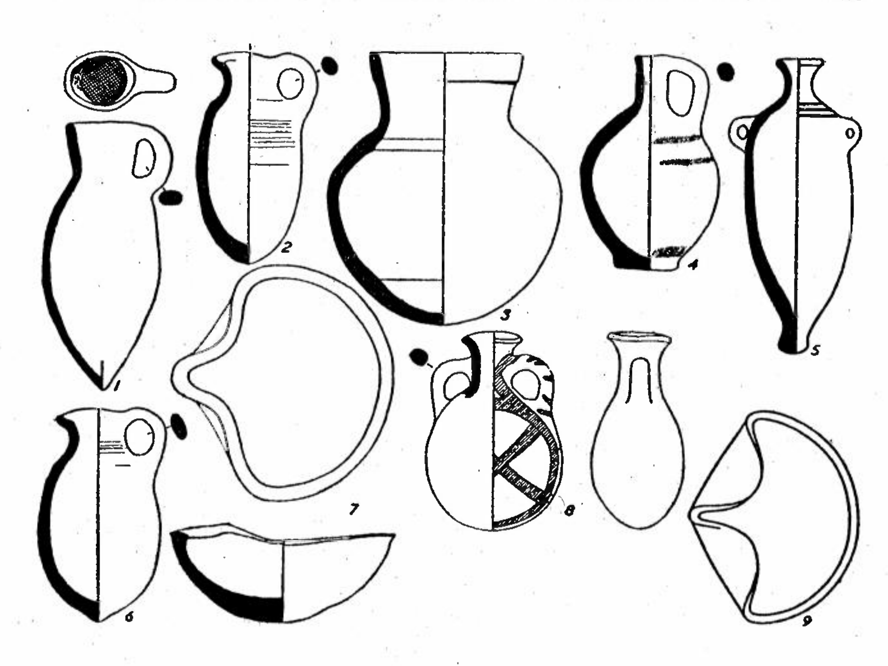


FIG. 56. Cerámica procedente de sepulcros filisteos de Tell Fāra.

mientras un grupo aliado pudo formar parte de la guarnición egipcia de Beisán.

A base de las pruebas arqueológicas es difícil señalar el área que los filisteos ocuparon inicialmente. La aparición de una discreta cantidad de cerámica filistea en un lugar, no se puede, desde luego, aceptar como prueba de control político, porque podrían haberse adquirido comerciando. En Megiddo, por ejemplo, aparece una pequeña cantidad de fragmentos típicos, tanto en el estrato VII como en el VI; sin embargo, son demasiado pocos para indicar que los filisteos formasen una parte sustancial de la población; porque es tal la importancia de Megiddo que, si hubiese estado bajo su control, seguramente hubiera habido alguna referencia literaria de tal hecho.

Una prueba tan exacta como ésta sugiere que, a un asentamiento inicial en la costa, siguió una conquista más gradual de ciudades hacia el interior, hasta el borde de la cordillera central, lugar que nunca ocuparon, aunque en el siglo XI A. C., ejercieron cierto grado de

soberanía sobre los israelitas establecidos allí. Las pruebas provienen de la relación entre la aparición de la cerámica filistea y el fin de los artículos importados de Chipre y Micenas en el siglo XIII, que hemos descrito anteriormente y que debe atribuirse a la interrupción del comercio ocasionada por los movimientos de los Pueblos del Mar. En la localidad costera de Ascalón, como vimos, tan sólo una capa de combustión separa la capa en la que aparecen estos artículos egeos importados, de aquélla en la que por primera vez aparece cerámica filistea. Por otra parte, parece que en la Šĕfēlāh, o región de colinas bajas, hay una fase intermedia. En Tell Beit Mirsim, los artículos importados típicos del Bronce reciente se encuentran en el estrato C2, destruido hacia fines del siglo XIII. A esta ciudad le sucedió inmediatamente otra, perteneciente al estrato B1, cuya duración estimada — sólo es un computo — fue entre cincuenta y cien años. En este nivel no hay artículos extranjeros importados, y la cerámica representa la evolución de los objetos indígenas del Bronce reciente. Sin embargo, en el estrato siguiente, el B2, hay mucha cerámica filistea; por este tiempo la ciudad debió caer bajo control filisteo. En Bēt Šémeš, otra ciudad de la Šĕfēlāh, el estrato IV, que empieza en el siglo XV, continúa lo suficiente para superponerse a Tell Beit Mirsim B1. Este estrato acaba con una destrucción general de la ciudad, la cual recubre todo el lugar con una capa de cenizas; en el estrato III subsiguiente aparece mucha cerámica filistea. Es posible, pues, que la expansión de los filisteos por la Šĕfēlāh, que está incluida en el país bíblico de los filisteos, tardase en realizarse de treinta a cincuenta años.

Aunque no hay pruebas arqueológicas exactas procedentes de un número suficiente de yacimientos que nos proporcionen algo más que una sugerencia en cuanto al proceso de la expansión filistea, la distribución de los yacimientos en los que aparecen cantidades considerables de su cerámica nos da una indicación en cuanto a su principal zona de ocupación. En la cordillera central apenas si aparece cerámica. No se encuentra en Jerusalén, Gabaa o Bēt Ṣūr; en Tell el-Naṣbeh, a unos 14 kilómetros al norte de Jerusalén, hay cierta cantidad, cuya presencia puede explicarse por el comercio. En la llanura costera y en la Šĕfēlāh se encuentra en abundancia, muy hacia el sur hasta el Wadi Gazzah, en el que están ʿAğğūl, Tell Ğemmeh y

Tell Fāra; hacia el norte se extiende mucho hasta las proximidades de Jaffa, la antigua Joppe. Pero incluso en el ámbito de esta zona puede haber enclavados que se resistan. Por ejemplo, no se han encontrado pruebas de los filisteos en Tell el-Duweir y muy pocas en la vecina Tell el-Ḥesi; pero, de momento, no se puede dar mucho peso a esta sugerencia, porque no consta con certeza si tales lugares estuvieron ocupados durante este período. Más hacia el norte, en Dōr, no hay huellas de cerámica típica, a pesar de que hay testimonios literarios que atestiguan que estaba ocupada por los Zakkala, una de las tribus emparentadas de los Pueblos del Mar. Asimismo, no hay huellas de la misma en Tell Abu Ḥawām, al pie del monte Carmelo, mientras, como ya indicamos, en Megiddo aparece en pequeña cantidad, probablemente como consecuencia del comercio. Tampoco la hay en absoluto en Beisán, aunque ciertamente fue una ciudad filistea en el siglo XI, en tiempo de Saúl.

Así pues, la zona de ocupación filistea era limitada, aunque hacia el final su control político se extendió bastante más allá de ella. Durante un centenar de años vivieron en contigüidad con sus predecesores cananeos e israelitas. Como ya dijimos, no hay pruebas arqueológicas para determinar qué lugares pertenecen a cada uno de estos dos grupos. Tan sólo las pruebas históricas, por ejemplo, la mención que Merneptá hace del pueblo de Israel, nos permiten saber de hecho que los israelitas ya estaban firmemente asentados en el país por esta época, y en dos grupos, divididos por la cuña cananea alrededor de Jerusalén.

Nuestras pruebas más cabales relativas a las zonas no filisteas durante este período provienen de lugares que ciertamente no eran israelitas, sobre todo Megiddo. En realidad, en la Biblia, no hay ninguna mención acerca del momento en que esta importante ciudad entró a formar parte de Israel. Está incluida en la lista de las que permanecieron bajo los cananeos al principio de la conquista, si bien ya era israelita en tiempos de Salomón. Es muy posible que cayese en poder de los israelitas durante el siglo XI; como durante gran parte de este período el lugar no estuvo ocupado, quizá por ello no se dió particular importancia al hecho.

No parece que Megiddo sufriese de una manera inmediata las consecuencias de las incursiones y establecimiento de los Pueblos del

Mar, sin duda a causa de su extraordinaria fuerza. Su estrato VII del Bronce reciente II parece durar hasta alrededor del 1150 A. C.; así lo atestiguan las pruebas, tanto la presencia de algo de cerámica filistea en el estrato, como el hallazgo del basamento de una estatua de Ramsés VI, de mediados del siglo XII A. C., al parecer en relación con un edificio del estrato VII[1]. El período acaba con una de las mayores catástrofes de la historia del lugar, en la cual la ciudad fue completamente destruida. La volvieron a edificar inmediatamente, pero se perdió del todo el antiguo trazado, que se había ido transformando con modificaciones pero sin interrupción completa, desde los comienzos del Bronce medio. Desaparecen las sólidas construcciones bien edificadas, siendo reemplazadas por edificios mucho más débiles. La zona sagrada, que se remonta hasta el tercer milenio, queda arrasada, al igual que la gran puerta septentrional, con su planta de tres columnas que había conservado la forma del Bronce medio hasta ese momento. Incluso su posición cambia, y la nueva está a unos 17 metros hacia el este; su trazado no ha sido recuperado del todo, pero parece ser bastante diferente. Posiblemente esta gran destrucción deba atribuirse a los filisteos, porque no hay pruebas en el relato bíblico que sugieran que fuese obra de los israelitas. Pero quienquiera que fuese el responsable, el acontecimiento no parece que afectara la cultura de los habitantes. La cerámica del estrato VI siguiente no presenta cambios radicales; continúan los objetos indígenas del Bronce reciente, como en otras partes, con modificaciones, y desde luego sin los artículos de importanción del período anterior.

Hay, no obstante, un cambio significativo, y es la aparición del hierro. Se encontró un cuchillo de hierro en el estrato VI, y un puñal de hierro en un sepulcro que puede datar aproximadamente de mediados del siglo XII Desde luego, sigue empleándose el bronce, y de hecho puntas de flecha, demasiado dispendiosas para emplear un metal nuevo y valioso, no aparecen en hierro hasta aproximadamente el siglo X A. C. Otra innovación, que quizá sugiere nuevos contactos es la aparición de fíbulas, las cuales, en el curso del Hierro antiguo, reemplazaron enteramente los alfileres agujereados evolucionados

[1] La fecha que asignan los excavadores al término del estrato VII es la de 1170 A C.; pero parece bastante más probable la de 1150 A. C.

partiendo de tipos del Bronce medio; esto parece sugerir un cambio en las costumbres del vestir

La restauración de la ciudad después de una destrucción tan completa prueba la vitalidad de los habitantes de Megiddo Pero existen también pruebas de un hecho que indica, no solamente vitalidad sino una gran pericia científica y en ingeniería, así como también una fuerte organización social. Se trata de la construcción de un nuevo sistema hidráulico, que fue descubierto y excavado de nuevo en 1928. Megiddo, se diferencia de muchas ciudades de Palestina en esto, ya que en ningún momento de su historia dependió de cisternas para el suministro de agua. Posiblemente, debió existir un abastecimiento accesible desde el interior de la ciudad; de no ser así, por fuertes que fuesen las murallas, difícilmente habría resistido en tiempo de asedio. El abastecimiento original intramuros no ha sido hallado; sin embargo, una depresión en la cima, rematada por edificios de la Edad del Hierro, hacia la cual se dirige una sección de un canal desde un venero situado al norte, puede representar el lugar de un pozo de agua, tal como existió en Gézer en el Bronce medio.

Sin embargo, el sistema en uso durante toda la Edad del Hierro, data tan sólo del siglo XII A. C. Los excavadores consideraron que fue construido al final del período VII. La autora cree algo más probable una conexión con el estrato VI dada la abundante cerámica; pero en todo caso la fecha sería del siglo XII y, como prueba de precaución contra enemigos, concordaría bien con este tiempo de perturbaciones. El nuevo sistema tomaba el agua de un venero al pie de la ladera nordeste del tell. El venero fue utilizado como tal a lo largo de la historia del lugar; sin embargo, sucesivas limpiezas fueron ahondándolo en la roca de la cual surgía, hasta convertirlo en un manantial dentro de una caverna. Durante todo este tiempo sólo se tenía acceso al mismo desde el pie del tell, en el exterior de las murallas, y, por tanto, seguramente no tenía utilidad en tiempo de guerra. Se puede conjeturar que las instalaciones, que sin duda existieron para disponer de un suministro en el interior de la ciudad, se habían descuidado durante el largo período de paz que representa el estrato VII. O bien, pudo haberse secado un manantial utilizado previamente.

El primer medio para llegar hasta el venero desde el interior de

la ciudad fue una larga galería, en pendiente, hecha de piedra. Al pie de la misma, junto al venero, había una cámara para un vigilante, que fue inutilizada cuando se construyó lo que iba a sustituir a la galería. En dicha cámara se encontró el esqueleto de un guardián muerto en su puesto; o sea que, probablemente, esta medida no evitaba las sorpresas por parte del enemigo, y tuvo que adoptarse un nuevo sistema. Junto al guardián había cierta cantidad de vasijas de cerámica, lo cual permite situar esta fase en el siglo XII.

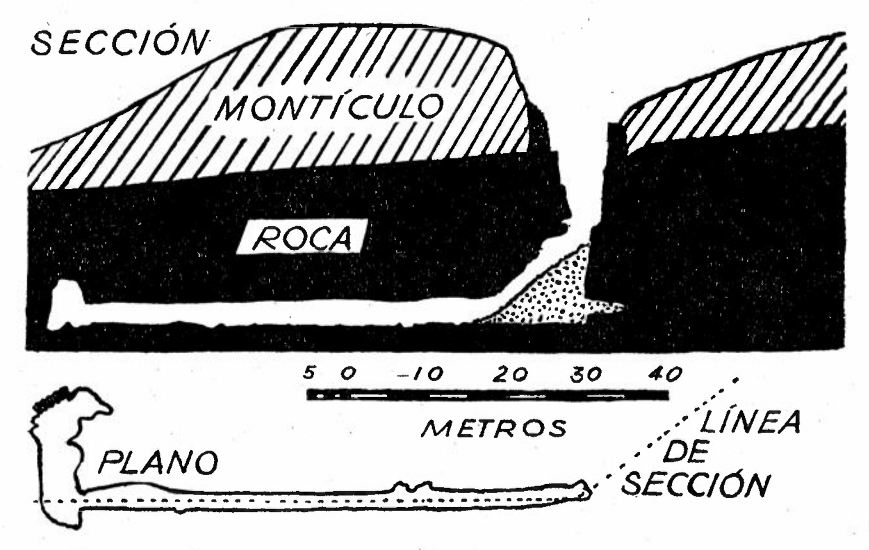


FIG. 57. Plano y corte transversal del sistema hidráulico de Megiddo.

El proyecto siguiente era mucho más ambicioso (fig. 57). Se excavó un gran túnel vertical desde la superficie del terreno hasta unos 35 metros de profundidad; la parte alta, a través de los restos acumulados de los períodos de ocupación, fue revestida de obra de albañilería, y la parte inferior simplemente excavada en la roca (lámina 63). Desde la base del túnel se excavo una galería horizontal de 63 m de largo hacia el venero, impidiendo mediante una pared de contención, todo acceso al mismo desde el exterior. Una empresa tal no sería tarea fácil ni siquiera hoy, como pudieron comprobar los excavadores que tuvieron que limpiarlo de ruinas, y debió ser

mucho más pesada con las herramientas e instrumentos de que disponían en el siglo XII A. C. Además, su ejecución requería un alto grado de pericia en planear y medir, ya que había que calcular con exactitud los niveles y la dirección. La obra terminada demuestra con que éxito fue realizada, porque los errores a corregir fueron muy leves.

Las mujeres de Megiddo podrían ahora bajar por la escalera que rodeaba el gran túnel, recorrer la galería y llenar sus jarras en el manantial con absoluta seguridad. Esto quizá constituía una tarea fatigosa, ya que, en un período posterior, suprimieron los peldaños y ahondaron el piso de la galería de modo que el agua discurría hasta el pie del túnel. Con estas y otras modificaciones el proyecto sirvió para suministrar agua a Megiddo hasta el final de su ocupación total, alrededor del 600 A. C.

El estrato VI duró sólo hasta el 1100 A. C. aproximadamente. Pero dentro de este período, de unos cincuenta años, fue completamente destruido y edificado de nuevo con pocos puntos de contacto con el plan anterior. Estas circunstancias nos demuestran la mucha atención que se prestaba al abastecimiento de aguas, debido a la inestabilidad existente en la zona costera de Palestina en este período. Alrededor del 1100 A. C. la ciudad fue de nuevo destruida y esta vez no la volvieron a edificar. Durante un centenar de años estuvo desocupada; probablemente era la primera vez que esto ocurría en sus dos mil o más años de existencia. Es posible que estas vicisitudes se deban a las actividades de los filisteos o de los demás Pueblos del Mar, porque no hay pruebas de que los israelitas tuviesen nada que ver con ellas; sin embargo, por el momento sólo se trata de conjeturas.

En Beisán, al igual que en Megiddo, el estrato VII del Bronce reciente II parece que duró hasta el 1150 A. C. aproximadamente[1]. Lo mismo que con los estratos anteriores, sólo se ha publicado la descripción de la zona del templo del estrato VI subsiguiente. Los excavadores la atribuyeron al período que va desde Seti I hacia los comienzos del reinado de Ramsés III (1320-1204 A. C.), aunque probablemente deba datarse alrededor del 1150-1000 A. C. El templo del

[1] Cf. pág. 218 para una revisión de la fecha.

estrato VII precedente fue destruido, aunque no consta con claridad si lo fue violentamente o bien para ser reconstruido; sus restos quedaron cubiertos de ruinas sobre las que se edificó un nuevo templo. Éste sigue muy de cerca la planta del anterior, con un acceso indirecto, un atrio en parte cubierto y un santuario erigido al fondo. Los objetos de culto indican que la religión seguía siendo el antiguo culto cananeo de la fecundidad.

Todos los yacimientos que hemos mencionado hasta ahora están situados fuera del área que los israelitas ocuparon en este período. De hecho se debe admitir que no sabemos casi nada acerca de los primeros poblados israelitas. La causa de ello se debe en parte a las limitaciones de las pruebas arqueológicas, y en parte también a las limitaciones de la cultura de los mismos israelitas.

Las limitaciones arqueológicas provienen del hecho de que el área en la que están situados estos poblados es la región de colinas. Los yacimientos situados en tales zonas no presentan los mismos espesos depósitos de estratos sucesivos que los de las llanuras. Los edificios naturalmente son de piedra, fácilmente obtenible en toda la zona. Como consecuencia, cuando los edificios de un período se desmoronan, se pueden desguarnecer sus paredes y volver a emplear las piedras para las construcciones siguientes. Por tanto, en lugar de quedar intactas las ruinas, sepultadas bajo una nueva masa de adobes derrumbados que era el material corriente de construcción en las llanuras, son destruidas hasta la misma base de las paredes. Así pues, es mucho más difícil deducir la historia de las fases sucesivas. La excavación de Gézer, por ejemplo, llevada a cabo antes de que se introdujesen los adelantos modernos de la técnica arqueológica, fue insuficiente para darnos una imagen detallada de su historia, ya que era imposible asignar los edificios a un período definido. El mismo inconveniente gravita sobre los resultados de la excavación de muchos otros lugares de la región de colinas.

El carácter de los poblados es el segundo factor que limita nuestra información. Sin duda estamos en el período durante el cual se desarrolla en gran manera la conciencia nacional de los israelitas. El relato bíblico muestra cómo los grupos iban mezclándose gradualmente, con intentos de una unificación temporal en tiempo de los Jueces y el mucho más fuerte vínculo espiritual de una religión nacional, con el sumo sacerdote ejerciendo a veces el poder temporal. Durante estos siglos es cuando los grupos aliados por la sangre, aunque distintos entre sí por el modo y el tiempo de su establecimiento en Palestina — si el curso de los acontecimientos indicado en el capítulo octavo es el correcto —, debieron llegar a una fusión de sus tradiciones ancestrales bajo la influencia de la religión yahwista, y a creer que todos sus antepasados tomaron parte en el Éxodo. La nación estaba, pues, surgiendo, pero su cultura seguía siendo primitiva. Sus poblados eran pueblos, su arte tosco, y los objetos de uso cotidiano rústicos y utilitarios.

Por esta razón, las excavaciones en lugares como Silo, Betel y Gabaa, todos ellos nombres famosos en la historia bíblica, han revelado tan sólo los restos de una sucesión de construcciones toscas, de los siglos XIII y XII A. C. En Betel, a la completa destrucción descrita antes (pág. 212) siguió una interrupción en la ocupación, y las construcciones de la Edad del Hierro siguiente eran mucho más toscas que las de la ciudad destruida. Un segundo estrato de la Edad del Hierro todavía era más pobre, y no hubo ningún progreso hasta una fase atribuida al siglo X A. C.

Tell el-Fūl quizá sea un poblado típico de este período; está a 5 kilómetros al norte de Jerusalén, y probablemente haya que identificarlo con la Guibá que fue la patria de Saúl. Parece que su ocupación empezó a principios de la Edad del Hierro, en los primeros tiempos del siglo XII A. C. Consistía en un poblado, en el centro del cual había una fortaleza o torre muy sólida. Las paredes de esta torre, de unos 15 metros cuadrados, eran rústicas, aunque sólidamente construidas. Gran parte de la superestructura debía ser de madera, porque al ser destruida quedó cubierta por una espesa capa de cenizas y maderamen carbonizado. Es interesante notar que la madera empleada era ciprés o pino, porque los árboles coníferos desaparecieron luego de una manera total en Palestina hasta los tiempos modernos; quizá desaparecieron en tiempos de Gabaa III, en el siglo IX A. C., ya que entonces empleaban el almendro. Sin duda, al desarrollarse la vida sedentaria en Israel y al transformarse los pueblos en ciudades, hubo una creciente tala a causa de la necesidad de madera para la construcción.

Gabaa I fue completamente destruida, con toda probabilidad en

la segunda mitad del siglo XII A. C. Es difícil estar seguro de si hay que asociar este hecho con algún acontecimiento narrado en la Biblia. Puede ser obra de otros israelitas, cuya venganza de Gabaa está descrita en el libro de los Jueces (caps. 19-20). Por otra parte, las luchas con las tribus vecinas eran endémicas, porque la Biblia describe «opresiones» por parte de varios vecinos orientales (moabitas, edomitas, madianitas y otros), que deben pertenecer a este período.

Después de un intervalo, construyeron otra fortaleza sobre las ruinas de la primera, incorporándolas en parte. Ésta estaba mejor construida que la anterior, pero no queda nada que presente pretensiones arquitectónicas; sus ocupantes ciertamente no conocían el lujo, a juzgar por los hallazgos insignificantes. Quizá la construyese el padre de Saúl, y con ello ilustraría el humilde estado social del que procedían los dirigentes de Israel.

Algo más se sabe acerca de Bēt Šémeš, pero no consta con claridad si por este tiempo formaba parte de Israel. En la Biblia se alude a ella como a una ciudad limítrofe de Dan, antes de que esta tribu emigrase hacia el norte, y posteriormente como a una ciudad limítrofe de Israel. Sin embargo, a juzgar por la cerámica, la ciudad, construida alrededor del 1150 A. C., estuvo bajo una fuerte influencia filistea. Está situada en la Šĕfēlāh, y estuvo seguramente en alguna parte cercana a la frontera entre israelitas y filisteos; la cantidad de cerámica filistea ciertamente sugiere que perteneció a ellos, a pesar de las alusiones bíblicas. Los restos hallados sugieren una ciudad bastante extensa, aunque no han aparecido edificios de particular mérito. Parece que el trabajo del bronce fue una industria importante de la ciudad, porque se han encontrado varios hornos de fundición y fragmentos de sopletes de cerámica. Empleaban a menudo el hierro para armas y aderezos. Es interesante, sin embargo, que hasta el siglo X A. C. sigan utilizándose como hoces, pedernales montados en mangos de madera. Un violento incendio destruyó la ciudad a finales del siglo XI A. C., posiblemente durante las guerras de Saúl con los filisteos.

Durante unos cien años los filisteos y los israelitas vivieron en contigüidad, aquéllos en la rica llanura costera y éstos en la región de colinas más estéril. Alrededor del 1080 A. C. los filisteos empezaron a intentar extender su control por la región montañosa; éste es el período de opresión por parte de los filisteos, del que la Biblia nos ofrece un relato muy gráfico. El período fue de opresión, pero también fue de estímulo hacia la nacionalidad. Saúl, encabezando una sublevación que empezó alrededor del 1030 A. C., se convirtió en jefe reconocido de toda la región en la lucha, y aunque su éxito fue vario y le perjudicaron las disputas con los dirigentes religiosos y con David, acabando derrotado en el monte de Gelboé, David pudo constituir el reino de Israel, libre y unido, sobre los cimientos de la ciudad que él fundó.

Capítulo X

La monarquía unida

El reino unido de Israel tuvo una vida de sólo tres cuartos de siglo. Fue la única época en que los judíos constituyeron un poder político importante en Asia occidental. Sus glorias las describe la Biblia de manera triunfal, y su recuerdo influyó de modo profundo en el pensamiento y aspiraciones judías. Sin embargo, son extraordinariamente escasas las pruebas arqueológicas de éste período.

Después del desastre del monte Gelboé, cuando los cuerpos de Saúl y Jonatán fueron exhibidos como trofeos en Beisán, los filisteos constituyeron dos reinos vasallos, con David como gobernante en Hebrón, mientras Isbaal dormitaba al norte. Entre los dos está situada Jerusalén, que seguía ocupada por la tribu cananea de los jebuseos. Pero David, aunque se había refugiado junto a los filisteos cuando Saúl se volvió contra él, no estaba dispuesto a seguir siendo vasallo ahora que su antiguo jefe había muerto. Pudo derrotar a ʾĪš Baʿal, al parecer sin intervención de los filisteos, luego reunificó el reino de Saúl, y se sacudió la soberanía filistea. Más tarde llevó a término el éxito crucial de capturar Jerusalén.

El dominio de Jerusalén era esencial para el gobierno de una Palestina unida, ya que está situada en la cordillera central, que es la única via de comunicación conveniente de norte a sur a través de la región montañosa. Ilustra bien este hecho la dislocación que ha provocado la frontera actual entre Israel y Jordania, ya que la vía natural entre Jerusalén y Belén, a 8 kilómetros al sur, está cortada por un saliente de Israel, y la carretera actual que las une, para poder mantenerse en territorio jordano, tiene que dar un rodeo de increible

pendiente y difícil perfil, debido a los valles que se precipitan bruscamente por las vertientes. Desde Jerusalén hacia el este discurre una carretera hacia el valle del Jordán cerca de Jericó, a través de un vado sobre el Jordán, remontando luego hacia la rica altiplanicie de Transjordania; por el contrario, hacia el oeste hay una serie de buenas carreteras hacia la Šĕfēlāh y la llanura costera.

La anterior falta de cohesión entre los israelitas se aprecia bien en el hecho de que durante siglos dejaran persistir en medio de ellos este enclave cananeo. Sin su posesión, la unidad política era imposible. El gran período de la historia de Israel empieza una vez asegurado ésto. Pero la consecuencia de la larga división de los israelitas en dos grupos, añadida la probable diferencia de origen entre las tribus septentrionales y meridionales, fue duradera y contribuyó a la nueva división de Israel y Judea al final del siglo X A. C.

Los problemas que presenta la arqueología de Jerusalén han atraído a los investigadores desde que comenzaron las exploraciones en Palestina. Pero todas las dificultades características al tratar de ciudades de la región montañosa descritas en el capítulo anterior, se presentan de nuevo, y en un grado mucho más elevado, al ocuparse de Jerusalén. Su ocupación fue más prolongada y en mayor escala que en ninguna otra parte de Palestina. Gran parte de la Jerusalén israelita está situada bajo la ciudad moderna; grandes depósitos de escombros y continuas operaciones de construcción, todas ellas estropeando las paredes de las construcciones anteriores, han modificado profundamente el perfil del terreno.

La primera ciudad cananea está situada sobre la colina de Ofel, al sur de la actual ciudad amurallada. Forma una estribación algo más baja que el resto de la serranía, aunque se acentúa con los empinados valles de ambos lados, el Cedrón al este y el Tiropeon al oeste. La mayor parte de este último es casi imperceptible en la superficie, aunque las excavaciones han demostrado que la pendiente primitiva era casi tan empinada como la del oeste. Unos 6 metros de los 15 del relleno hacia la mitad del valle, datan del período posterior a la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70 D. C.; el resto corresponde al período posterior hasta el final de la dominación bizantina. Los dos valles convergen, y de este modo la misma naturaleza constituía una fuerte defensa del antiguo lugar, a excepción

del cerro que lo une a la región más alta, donde está situada la moderna Jerusalén.

En la actualidad Ofel está fuera de la ciudad, pero estuvo dentro de ella hasta la Edad Media, aunque ya no era su centro en el período israelita. Entonces los factores que causaron la destrucción de los restos antiguos en la zona montañosa actuaron plenamente. Se han realizado unas cuantas excavaciones en la zona, pero los restos hallados son excesivamente fragmentarios. Han aparecido sepulcros que han revelado cerámica muy bella del período protourbano, y por consiguiente, hay que retrotraer la fecha de ocupación a antes del 3000 A. C., aunque no hay pruebas concluyentes de la existencia de una ciudad del Bronce antiguo. Se han encontrado también restos y cerámica del Bronce medio, sin embargo, no han aparecido construcciones que puedan asignarse con seguridad a ese período. Aunque las verdaderas pruebas sean tenues, se han atribuido al período jebuseo unos pocos fragmentos de murallas defensivas, que debieron contribuir a la firmeza del lugar y a hacerlo inexpugnable. Casi lo único que queda son fundamentos bastos o acantilados rocosos de los que fueron completamente estirpadas las paredes. La sección mejor conservada se halla sobre las laderas del valle Tiropeon. Aquí, en 1927, se descubrió un paño de pared de 8 metros de expesor, con una puerta de 3,50 metros de anchura, construida con aparejo muy grande y sin mortero. La puerta siguió en uso, con muchas reparaciones, hasta el período macabeo; sin embargo, se ha sugerido que, cuando menos, data del Bronce reciente, y debió formar parte de las defensas de la ciudad capturada por David. Ciertamente parece que se acomodaría mejor a la topografía de la ciudad preisraelita, aunque no haya verdaderas pruebas para la datación.

La consistencia de tales defensas, añadida a la de la ciudad misma, da idea de porqué la captura mediante asalto directo debía ser dificilísima. La historia de la entrada de Joab en la ciudad por un túnel subterráneo, para provocar una distracción dentro de las murallas y así facilitar la entrada de David, es una de las más dramáticas del Antiguo Testamento. La arqueología ha identificado el camino casi con certeza. La debilidad de Ofel en los primeros tiempos, como la de Megiddo y Gézer, fue su suministro de agua, sobre todo antes de que se inventase un mortero suficientemente fuerte para formar

un revestimiento impermeable para cisterna, probablemente en el Bronce reciente. El suministro de agua procedía del venero, que hoy se conoce como fuente de la Virgen, en la ladera del Cedrón, al exterior de la línea de murallas. Los primeros exploradores encontraron una serie de túneles y canales unidos a este venero, y un descombro y examen cuidadoso que llevó a cabo una expedición británica en 1909-1911 permitió al P. Hugues Vincent de la *École Biblique* fijar la evolución y la datación probable.

La primera instalación era un sistema de túneles y pozos que daban acceso secreto al venero desde la cima de la colina. Los primeros ingenieros evidentemente tuvieron muchas dificultades en llevar a cabo el proyecto, en especial la perforación de los duros estratos inferiores de la roca. La primera tentativa fue un fracasado pozo vertical bajo la abertura de la superficie, el cual, después de serpentear y dar vueltas, en su esfuerzo por perforar los estratos difíciles, fue abandonado por irrealizable. El segundo proyecto fue un túnel que descendía oblicuamente por una vía curiosamente tortuosa, y luego se hundía con un pozo casi vertical, a cuya construcción ayudó una ligera fisura natural. Un túnel horizontal llevaba el agua del venero al pie de este pozo. El trazado y la realización de este sistema de acceso al venero no presenta en absoluto la segura habilidad del de Megiddo, aunque, sin embargo, fue una notable realización, y dio a los habitantes un suministro de agua seguro en tiempos de peligro. Las pruebas arqueológicas de la fecha de su construcción eran desgraciadamente escasas. Los fragmentos cerámicos hallados en el fango parecen llegar hasta el Hierro antiguo I, posiblemente hasta el siglo X A. C., mientras este sistema fue inutilizado por el uso de nuevos canales que se empleaban en los siglos VIII y VII A. C. Hay, pues, una fuerte probabilidad de que pertenezca a la ciudad jebusea y de que, en consecuencia, fuese el canal superior el que Joab siguió.

La captura de Jerusalén debe situarse en el 995 A. C. Con ella quedó asegurada la posición de David. Su creciente poder despertó sin remisión la hostilidad de los filisteos. Las derrotas de éstos en Baʿal Pĕrāṣīm y Rĕfāʾīm motivaron una vez más su retirada hacia la llanura costera, dejando con ello de constituir una amenaza constante. Pero, aunque David comenzó entonces una política de expansión, nunca se anexionó Filistea. Podemos sospechar que Egipto, a pesar de su debilidad en este tiempo, prestó un apoyo que fue suficiente para disuadirle. De hecho, la llanura costera nunca llegó a formar parte de los dominios israelitas, y los filisteos vuelven a hacer su aparición como grupo independiente en los siglos VIII y VII A. C.

Después de su éxito contra los filisteos, David realizó ataques contra otros antiguos enemigos. Los distintos «opresores» ahora eran, a su vez, oprimidos. Moab, Ammón, Edom, todos ellos fueron sometidos; la expansión más sorprendente es la derrota de los arameos y la anexión de Damasco. De este modo los israelitas dominaban una gran parte del país, desde el Éufrates hasta la frontera de Egipto, aunque las ciudades fenicias de la costa siria seguían siendo independientes.

Esta unificación y expansión trajeron inevitablemente consigo una revolución en la cultura del país. Las gentes de los sencillos pueblos de la montaña, unidos en realidad tan sólo por vínculos religiosos, entraron a formar parte de un reino organizado. El traslado a Jerusalén del centro religioso creó un foco combinado político y religioso, y fortaleció al monarca a expensas del sacerdocio. Por primera vez se ampliaron los contactos internacionales de los israelitas. En lugar de quedarse circunscritos dentro de su limitada zona, entraron en contacto con las principales corrientes de civilización del período, sobre todo, con los fenicios. Las investigaciones arqueológicas recientes, llevadas a cabo en Siria y regiones adyacentes, han demostrado que, en esta época, Fenicia poseía una civilización muy desarrollada; se manifiesta en los bellos edificios y en un arte característico (aunque no era original sino más bien ecléctico), y por un notable desarrollo de la literatura, al igual que por sus aventuras comerciales y colonizadoras que durante tanto tiempo se hicieron famosas. Las investigaciones en Palestina empiezan a demostrar la intensidad de la influencia fenicia en el proceso que empezó bajo David, quien de hecho fue el civilizador de Israel.

Este proceso comenzó en realidad bajo David; sin embargo, él tan sólo echó los cimientos sobre los que se basaron los grandes progresos del tiempo de Salomón. Pero es poco lo que hay en los documentos, tanto arqueológicos como literarios, que demuestre que, en el reinado de David, se progresase mucho hacia la civilización. En cuanto

al reinado de Salomón, existen pruebas literarias considerables, pero no muchas arqueológicas. Se han hecho muchos intentos sobre el papel para reconstruir el Templo de Salomón, edificado en Jerusalén sobre la colina al norte de Ofel. Los descubrimientos realizados en otros lugares facilitan la comprensión de la descripción y de algunos detalles; sin embargo, la zona del Templo y la de la expansión de la ciudad bajo los israelitas están situadas bajo la Jerusalén moderna, fuera del alcance de la piqueta del arqueólogo.

El emplazamiento del Templo se halla bajo el santuario musulmán, el Ḥaram el-Šarīf, en el centro del cual está la Cúpula de la Roca. Es probable[1] que el eje del templo estuviese situado al oeste de la piedra sagrada que ahora cubre la gran cúpula de ᶜAbd el-Mālik. La piedra quizá fue el lugar en que se hallaba el altar de los sacrificios. El recinto actual debe su forma a la reconstrucción del Templo realizada por Herodes, comenzada en el año 19 A. C. El espacio para el gran atrio lo proporciona un terraplén, al que sustentan unos robustos muros de contención que, en algunos puntos, se elevan como mínimo unos 39 metros por encima de la piedra. El trazado del Templo de Salomón supuso sin duda grandes operaciones de terraplenar; el Padre Vincent cree que algunas partes de la muralla que subsiste en el extremo meridional son en realidad obra de Salomón. No se puede demostrar esto con certeza, ya que sólo se examinaron los muros en las primeras excavaciones de Sir Charles Warren en 1867-1870, antes de que existiesen los criterios de datación de los diferentes estilos de aparejo. Al sur del Templo, Salomón edificó su palacio, una gran construcción con una serie de atrios; se han encontrado en Mesopotamia plantas que se asemejan a la descripción que da el libro I de Reyes, capítulo 6. En la fig. 58 damos el plano propuesto para todo el trazado, que el P. Vincent ha basado en la descripción bíblica y en el material arqueológico con ella relacionado.

Pero aunque el emplazamiento mismo del Templo no proporciona ninguna prueba, es evidente, sin embargo, que el Templo de Salomón fue de carácter totalmente fenicio. La reconstrucción más plausible lo considera como un largo edificio rectangular, levantado sobre un podio, con un pórtico que llevaba a una sala oblonga iluminada

[1] VINCENT Y STEVE, *Jérusalem de l'Ancien Testament.*

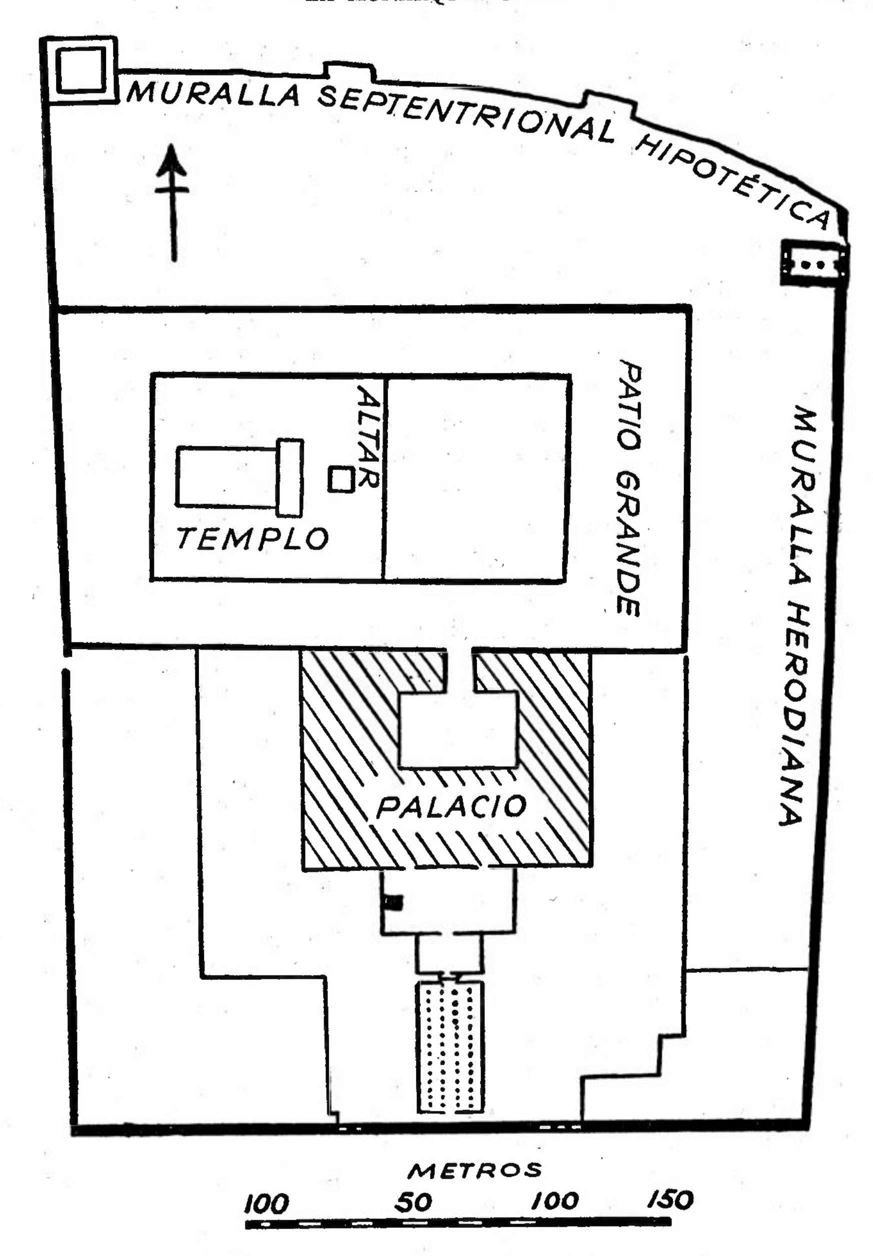


FIG. 58. Plano propuesto del Templo y Palacio de Salomón.

mediante una serie de ventanas, al fondo de la cual un tramo de peldaños llevaba al sanctasanctorum. Rodeando y afianzando el edificio principal había tres pisos de pequeñas habitaciones, cuyo apoyo permitía a las paredes de la sala principal soportar el empuje del ancho techo. En Tell Taynat (Siria) se ha excavado un pequeño templo que reproduce casi exactamente los rasgos principales de la construcción, lo cual da pruebas valiosas de los proyectos contemporáneos de templos en Fenicia. Los descubrimientos arqueológicos han ilustrado también las ornamentaciones. Los fragmentos de tallas encontrados en Megiddo, Samaria, Arslan Taš en Siria y en otras localidades, presentan muchos paralelismos con las palmeras, flores y hojas doradas talladas que constituyen su ornamentación y demuestran que el querubín era casi ciertamente una esfinge alada. Los métodos de construcción también eran fenicios, porque en Ras Shamra (Siria) se han encontrado paredes formadas «por tres hiladas de piedra labrada y una de vigas de cedro». Por consiguiente, aunque no se han encontrado restos del Templo, el material aparecido permite interpretar las pruebas escritas de un modo inteligible.

Así pues, Salomón estaba ocupado en decorar su capital con todos los lujosos materiales que se podían encontrar en los paises más civilizados de su tiempo. Y, desde luego, estaba a la vez modificando profundamente todos los aspectos de la cultura de su país, incluyendo el religioso. Parece como si hubiese sido cosmopolita en todos los sentidos, y hubiese introducido en el país dioses extranjeros equiparándolos a Yahweh. Aunque de esto, por desgracia, la arqueología no nos ha dicho nada hasta ahora.

La mayor parte de las innovaciones materiales de Salomón tenían que ver sin duda con la reconstrucción y embellecimiento de Jerusalén. El resto del país quizá incluso se empobreció, como consecuencia de exacciones impuestas para sostener el lujo de la capital. De hecho las excavaciones han revelado pocas pruebas de edificaciones grandiosas en otras partes, que puedan atribuirse a este período. Sin embargo en I Reyes (9, 15), se dice que el tributo que él exigía se usó no sólo para construir el Templo, su palacio y las murallas de Jerusalén, sino también en la construcción de Ḥāṣōr, Megiddo y Gézer Todos éstos son sitios estratégicos claves, y es lógico que se prestase atención especial a su seguridad en bien de todo el reino.



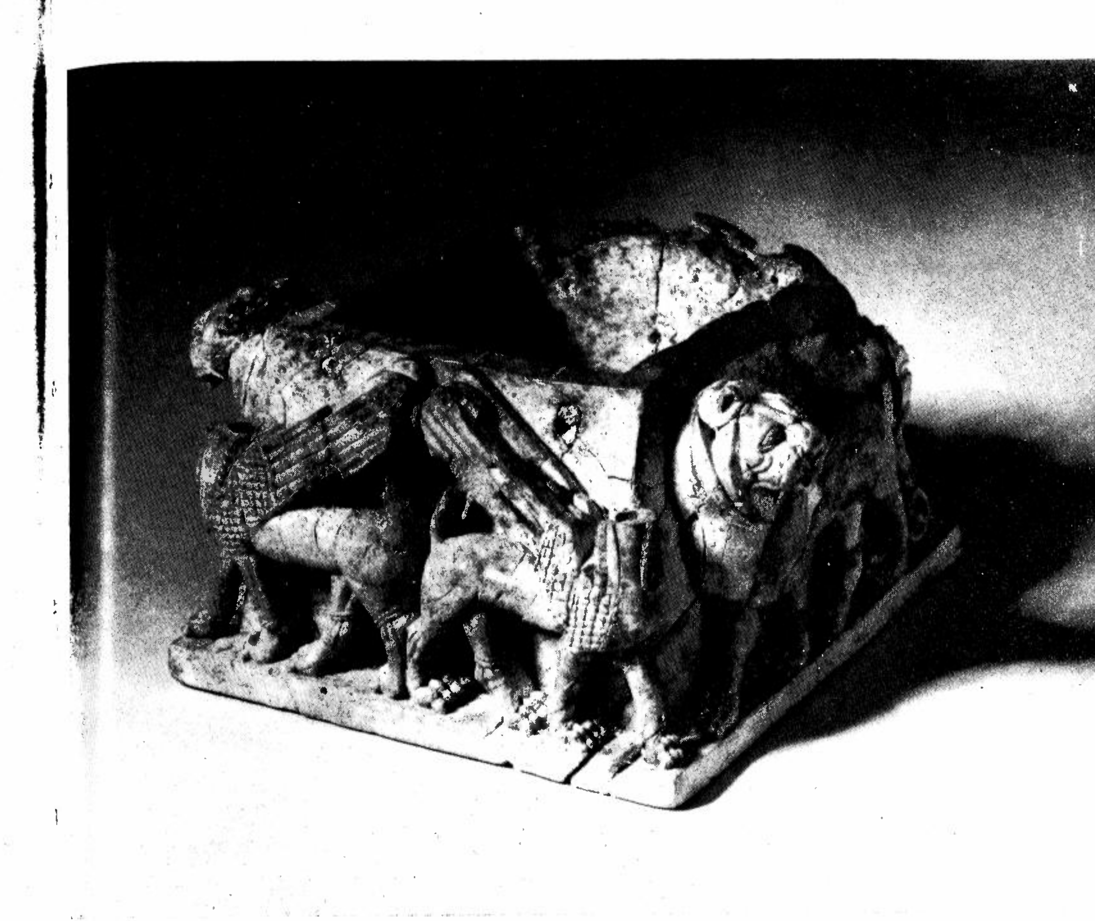
LÁM. 55. **Altar del Templo del foso I, en Tell el-Duweir.**



LÁM. 57. **Cubeta para libaciones hallada en Tell Beit Mirsim.**

LÁM. 56. **Restos fragmentados de una casa del Bronce reciente, en Jericó.**

LÁM. 58. **Estructura III del Templo en el foso de Tell el-Duweir.**



LÁM. 59. **Caja de marfil tallada, procedente de Megiddo.**



LÁM. 60. **Placa de marfil representando un grifo, hallada en Megiddo.**

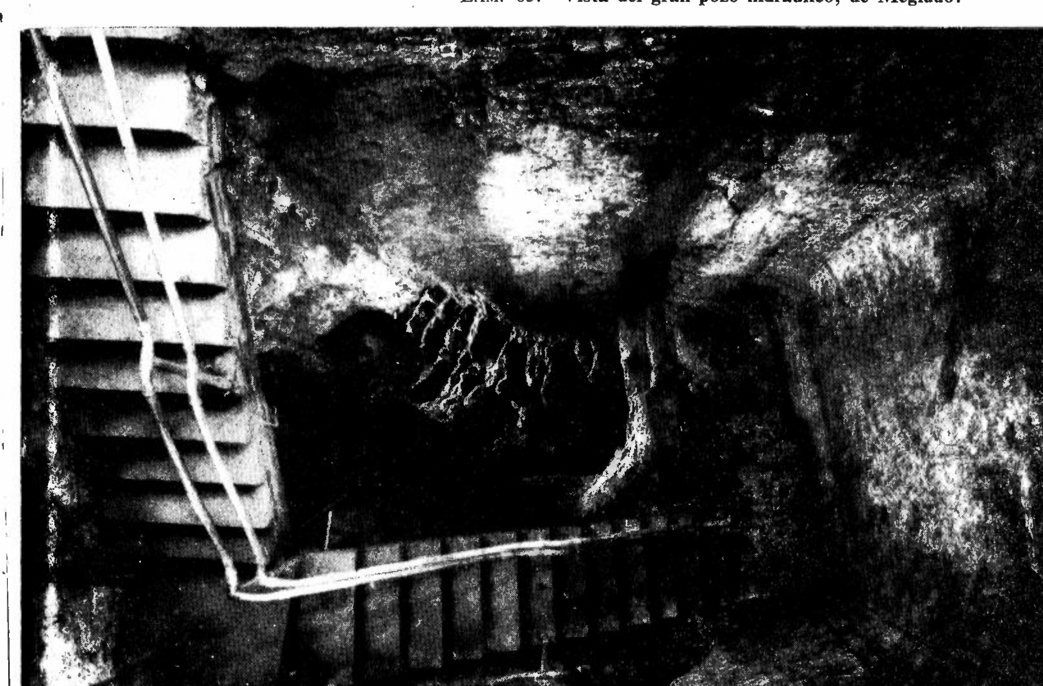


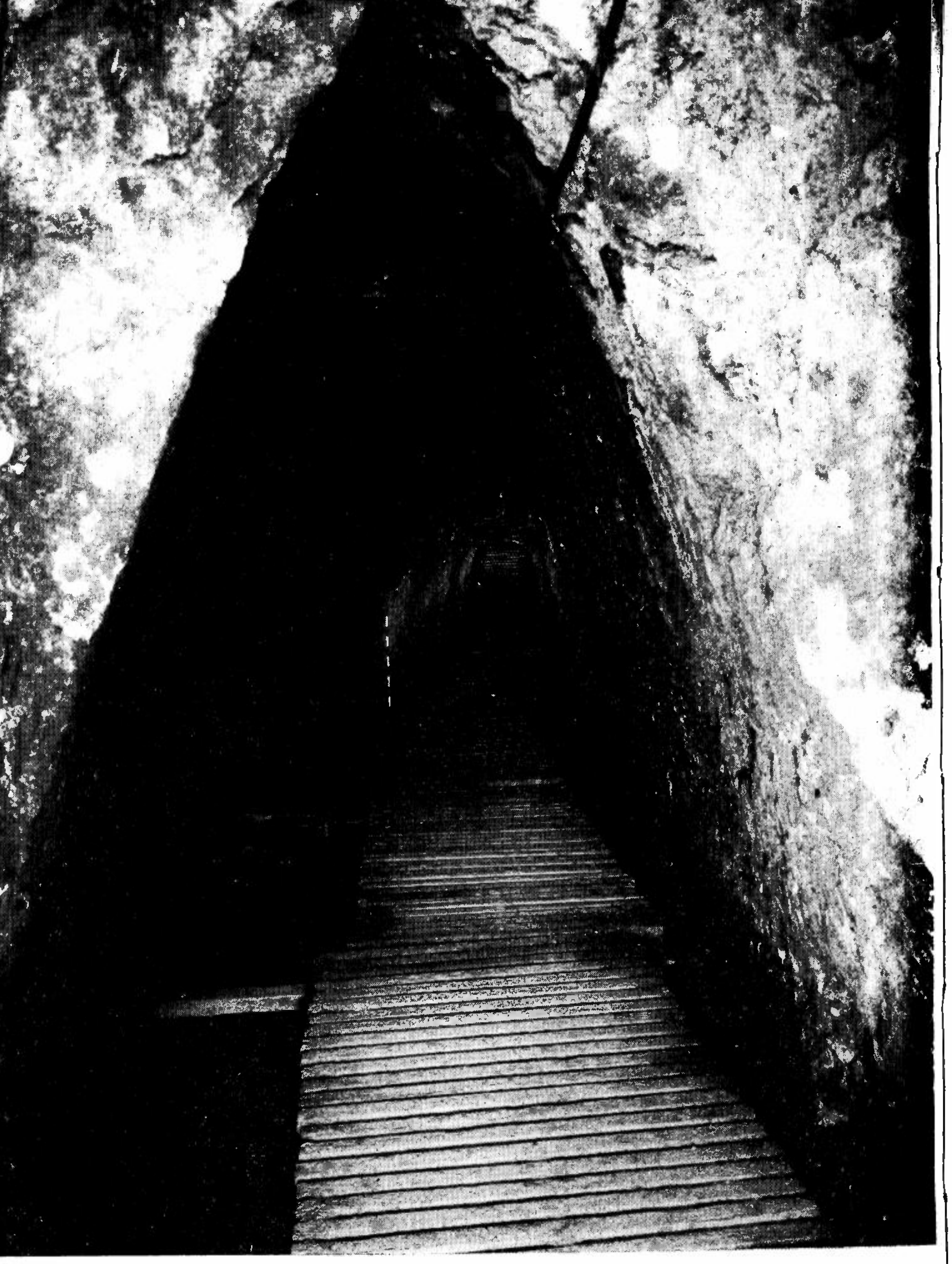
LÁM. 61. **Placa de marfil representando a una esfinge. Megiddo.**



LÁM. 62. **Tapa de ataúd antropomorfo de cerámica, de un sepulcro filisteo, de Tell Fāra.**

LÁM. 63. **Vista del gran pozo hidráulico, de Megiddo.**





LÁM. 64. **Megiddo. Túnel que desde el pozo hidráulico conducía al manantial o fuente.**

Las excavaciones de Ḥāṣōr [1] indican que, con respecto a este lugar, se pueden interpretar literalmente los documentos literarios que afirman que él fundó la ciudad, por lo menos en el sentido de que, cuando él comenzó los trabajos el lugar no estaba ocupado. En el capítulo VIII hemos descrito la destrucción de Ḥāṣōr en el Bronce reciente, probablemente a principios del siglo XIII A. C. No parece que la volviesen a ocupar hasta el siglo X A. C. La ciudad creada entonces era de dimensiones insignificantes comparada con su predecesora, pues incluia sólo la parte occidental de la zona alta, el tell, en el ángulo sudoeste (lám. 45). Esta zona estaba circunscrita por una muralla con casamata, sistema defensivo típico del período. En 1957, cerca del centro del lado oriental se excavó una magnífica puerta (lám. 66); consistía en un paso de entrada interior, flanqueado por cuatro cuartos de guardia sucesivos. Lo interesante es que a esta puerta se le encuentran paralelos exactos en cuanto al trazado, y casi exactamente en cuanto a dimensiones, en Gézer y Megiddo. En Gézer las excavaciones se efectuaron demasiado pronto para poder datar estratigráficamente la construcción; al Dr. Yadin [2] se debe la identificación de una parte de su trazado, relacionada con una muralla con casamata parecida a la de Ḥāṣōr. En Megiddo la puerta, al igual de lo que probablemente sucede en Gézer, a la que se accede por una rampa oblicua con una puerta exterior (fig. 59), se atribuye al estrato IV. En este estrato hay un grupo de edificios públicos que se han atribuido a Salomón. Incluyen cierto número de primorosos establos; no hay duda de que Salomón añadió al ejército de infantería de David, carros y jinetes. Sus «ciudades de carros» se mencionan en el libro de los Reyes y en el de las Crónicas (I Reyes 9, 19; 10, 26 y II Crónicas 1, 14) y en un pasaje (I Reyes 9, 15-19) se asocia la construcción de Megiddo con la construcción de sus ciudades-almacenes y ciudades para sus carros y ciudades para sus jinetes; sin embargo no se dice de un modo específico que Megiddo sea una de éstas. Pero, como veremos (página 270 y siguientes) las pruebas cerámicas y arquitectónicas que se han publicado demuestran que estos edificios no son anteriores al siglo IX antes de Cristo. El estrato que, según las pruebas de la cerámica,

[1] *Hazor*, I. [2] Y. Yadin, *I. E. J.*, 8.

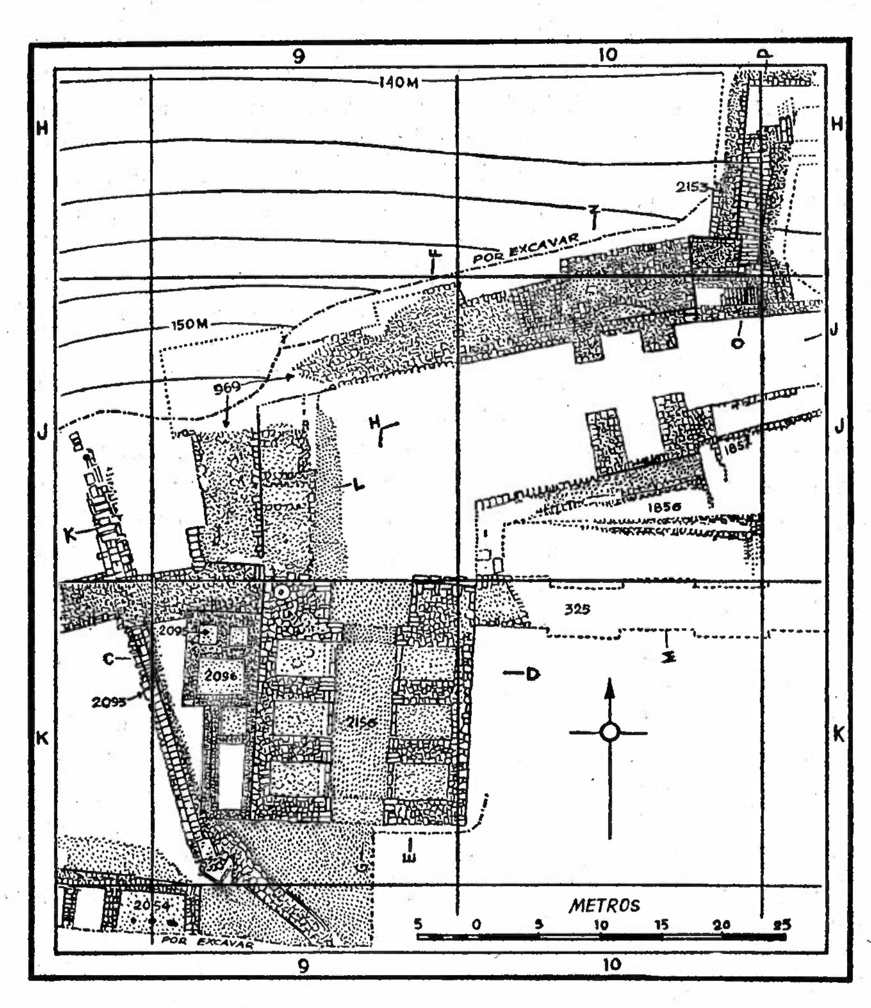


FIG. 59. Puerta de entrada de Megiddo, posiblemente del período salomónico.

pertenecen al período de Salomón, es el que está debajo del estrato V. Éste fue reconstruido, después de un período de abandono desde más o menos el 1100 A. C., al principio del siglo X A. C., y es posible que la reconstrucción, al igual que en Ḥāṣōr, fuese obra de Salomón. No son claras las pruebas para asociar la puerta con el estrato[1]. Es difícil eludir la conclusión, basada en la semejanza de trazado, de que es contemporánea de la puerta de Ḥāṣōr, y quizá en origen pertenece al estrato V.

El estrato VI de la ciudad de Megiddo fue destruido alrededor del 1100 A. C.; después de esto, el lugar estuvo sin ocupar durante un tiempo considerable. Es muy posible que, precisamente durante este período de abandono, pasase a poder de los israelitas, porque, si no fuese así, sería difícil explicar el hecho de que no se haga mención de esta captura por parte de los israelitas. Quizá fue en el período de expansión de David hacia el norte cuando quedó incluida por primera vez en el reino israelita. Su reconstrucción probablemente data de este tiempo, o bien puede deberse al interés de Salomón por el comercio con el extranjero, porque este lugar domina la importante vía de comunicación a través del valle de Esdrelón. Las pruebas arqueológicas sugieren la época de principios del siglo X A. C. para su reconstrucción.

La ciudad del estrato V no tenía en verdad grandes pretensiones arquitectónicas. La mayor parte de los edificios son pequeños, las paredes delgadas y no demasiado bien construidas. El trazado concuerda con el de otras varias ciudades contemporáneas. Alrededor del perímetro y en una franja de unos 20 metros, las casas están construidas radialmente; por el contrario, en el interior, y probablemente separadas por una vía circular, están uniformemente orientadas hacia el norte y el sur. En este estrato no parece haber muralla defensiva; se ha sugerido que la fila de casas construidas alrededor de la circunferencia hacía las veces de muralla. Sin embargo, esto no parece probable; ya se hizo mención de que las paredes exteriores se habían derrumbado pendiente abajo; es, pues, posible que lo mismo le sucediese a la muralla, o bien quizá la destruyó una muralla posterior. Esto es muy improbable, puesto que se atribuye a este período una parte bien trabajada, con una rampa de acceso que formaba un codo en ángulo recto para pasar por la puerta. Hemos indicado más arriba que quizá los restos que se atribuyen a este período son en realidad

[1] En realidad en la fotografía, *Megiddo,* II, fig. 108, el aparejo que está debajo del nivel indicado del pavimento no es del tipo encontrado en los fundamentos de Samaria, y las líneas trazadas por el albañil sólo se encuentran en las superestructuras de este lugar. Además, en *ibid,* figs. 89 y 97, las piedras de la supuesta puerta del estrato V que están debajo parecen mucho más las hiladas del fundamento de la misma muralla.

los fundamentos de una bella puerta superpuesta. En todo caso, presuponen la existencia de una muralla defensiva, aunque es incierto el modo cómo se puede relacionar con la publicada como perteneciente al estrato IV. No se han recuperado edificios manifiestamente públicos; quizá estaban situados en la parte central que queda por excavar. Un elemento interesante es la gran cantidad de objetos de culto recuperados (lám. 65). Incluyen altares con cuernos, peanas para el incienso, braseros y cálices; se encontraron en profusión en tantos edificios, que es difícil concluir que todos estos lugares fuesen construcciones religiosas. Parece más probable que fuesen capillas privadas en casas particulares.

También Beisán pasó a dominio israelita por primera vez en este período. Según consta por las pruebas cerámicas, el Templo del estrato VI siguió en uso hasta finales del siglo XI A. C. En el estrato siguiente, el V, atribuido al tiempo de Ramsés III, aunque en realidad hay que datarlo hacia el 1000-850 A C., aparecen dos templos, uno sobre el templo del estrato VI, y otro al norte de éste. Es posible que estos templos existiesen en la época de la batalla del monte Gelboé, ya que el relato bíblico alude a un templo de Dagón y a un templo de ᶜAštārōt. Sin embargo, quizá fueron construidos después de que la ciudad pasase a manos de los israelitas.

El templo meridional se construyó sobre las ruinas que cubrían los restos de la construcción anterior. Representa una revolución en el trazado de templos en la localidad, ya que rompe completamente con el plan de los estratos precedentes. Su planta se parece a la que indicamos antes para el Templo de Jerusalén, y, por tanto, es de tipo fenicio. Consiste en una entrada, cuyos detalles son algo oscuros, pero que quizá tenía la forma de un pórtico, una sala central, y un santuario al fondo, destruido por desgracia por un depósito helenístico. Unas habitaciones-almacén flanqueaban la sala central, al igual que en el Templo de Jerusalén. Un elemento diferencial es que unas columnatas dividen la sala central en una nave central y naves laterales; sin embargo, éstas están dispuestas oblicuamente al eje del edificio y apoyadas en cimientos mucho más débiles que las otras paredes; los excavadores indican que quizá fueron secundarias, y que se colocaron allí porque el techo parecía inestable, aunque sus dimensiones no eran mayores que las de Jerusalén.

El templo septentrional era un sencillo edificio oblongo, con dos hileras de columnas que sostienen el techo. En una reconstrucción subsiguiente se suprimieron las columnas. No se han recuperado restos de ningún altar o santuario.

Tanto si estos templos fueron construidos antes de que los israelitas capturasen la ciudad como si no, la cerámica que se ha encontrado en ellos demuestra que ciertamente siguieron empleándose en el período israelita. Las pruebas que demuestran dicha utilización constituyen por otra parte, interesante comentario de las religiones cosmopolitas que Salomón permitió, y contra las que tantas veces se alzaron los profetas. El culto, de hecho, difiere muy poco del de los períodos precedentes. Todavía es mayor la profusión de objetos de culto relacionados con ritos de fecundidad, sobre todo capillas, muchas de ellas decoradas con serpientes y palomas, y peanas para el incienso (como las descubiertas en Megiddo). Parece como si el templo septentrional se emplease para el culto de ᶜAntit-ᶜAštōret, y el meridional quizá para el de una deidad masculina compañera; pero no se han encontrado pruebas concretas. Los objetos de culto eran semejantes en ambos.

Conocemos algo de la historia de cierto número de ciudades más pequeñas de este período. Bēt Šémeš II posiblemente es un modelo típico de una ciudad de esta clase. El fuego destruyó por completo y de manera violenta la ciudad precedente, la III, alrededor del año 1000 A. C., probablemente durante las luchas de David con los filisteos. La nueva ciudad se construyó según un plan nuevo, que tenía muy poco de común con el trazado primitivo. Las fortificaciones, que siguieron la línea de las murallas anteriores y en parte las incorporaron, introdujeron un principio nuevo, que iba a ser común en Palestina durante la Edad del Hierro. Era el de una doble muralla unida por medio de muros perpendiculares, y formando una serie de casamatas. Donde las pruebas son claras, es cierto que las partes posteriores de las casamatas estaban rellenas de manera compacta, y que de hecho el conjunto formaba una pared muy gruesa, aunque con un considerable ahorro de piedra. La muralla exterior de Bēt Šémeš tenía casi 1,50 metros de espesor, la interior 1,10 metros y el espacio intermedio casi 1,50 metros; por tanto, el grosor total de las defensas compuestas era de casi 4,10 metros, y en algunos lugares mayor aún.

El estrato II se dividió en tres fases; la primera de ellas, la II, data del 1000-950 A. C. No se ha recuperado mucho de esta fase, pero, al parecer, muchos de los edificios posteriores no eran sino reconstrucciones de los de esta fase, de modo que se ha podido fijar el plan de esta segunda ciudad de la Edad del Hierro. El trazado es un magnífico ejemplo del tipo de plan con dos zonas, al que nos referimos al tratar de Megiddo. A una distancia de unos 16 metros al interior de la muralla había una vía circular. El espacio entre ella y las murallas estaba edificado de modo compacto con casas distribuidas en forma radial respecto a la muralla. Por el interior de la vía circular el trazado es algo irregular, aunque los edificios tienden a estar orientados hacia el norte y el sur.

En esta fase aparecen unos cuantos rasgos característicos de los lugares palestinenses de la Edad del Hierro. Uno de ellos es la planta de una casa en la que el bloque principal está dividido en forma longitudinal en dos paredes, formando así tres divisiones paralelas y casi iguales, mientras que en un extremo hay una habitación de la anchura total del edificio. De ordinario se admite que la división formaba una casa de cuatro habitaciones; sin embargo, en ninguno de los ejemplos publicados hasta ahora hay pruebas evidentes de que las paredes longitudinales se elevasen por encima del nivel del piso; por lo tanto, quizá eran paredes de asiento sobre las que se apoyaba una hilera de pilastras, de modo que el bloque principal formase una sala dividida en naves. Otra característica introducida por este tiempo fue el empleo de piedras verticales hasta de un metro de altura. Algunas de ellas estaban incorporadas en paredes de mampostería, y otras independientes. Por las pruebas publicadas no es posible asegurar dónde estaba el nivel del piso en relación con ellas; es probable que estuviesen, al menos en parte, hundidas en el suelo y que formasen bases para pilastras de madera que sostenían el techo. Un rasgo que se presenta por última vez en esta fase es la presencia de silos de almacenaje circulares, pozos revestidos de piedra, hundidos en el suelo. Este método se usaba desde el Bronce reciente, pero ya no se encuentra en el Hierro antiguo II.

El estrato II A se caracteriza por la desaparición de artículos filisteos. No cabe duda de que, al expulsar a los filisteos u hacerlos retroceder hacia la llanura costera, disminuyó su influencia cultural, pero,

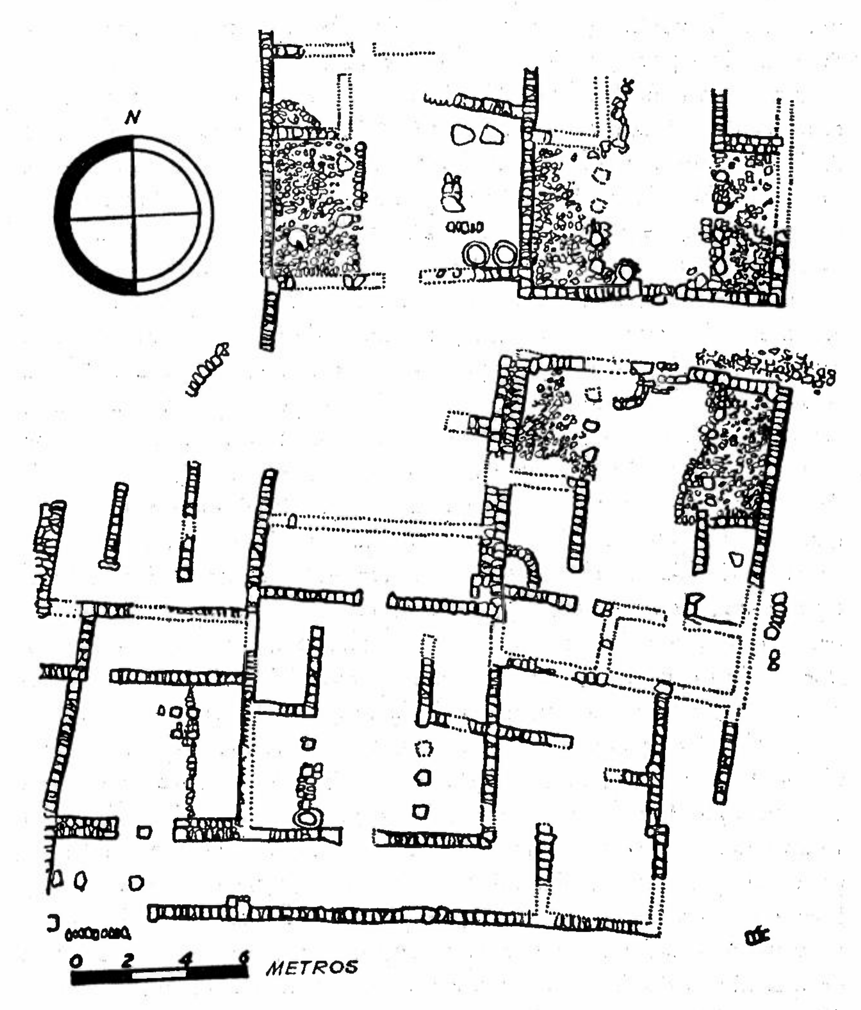


FIG. 60. Plano del estrato III de Tell el-Fārᶜah.

en este período, incluso en Filistea, desaparece la cerámica típica; unas formas derivadas y con una nueva técnica ocupan su puesto. La nueva técnica, que hace su aparición a principios del siglo XI A C. y tiene gran preponderancia en el X, consiste en el empleo de un engobe de un rojo hematites oscuro, casi invariablemente pulimentado a mano. El efecto a menudo es realmente hermoso. Representa

una curiosa vuelta a una práctica del Bronce medio, que había desaparecido por completo en el intervalo.

La ciudad de Tell Beit Mirsim del Hierro antiguo I reproduce muchas de las características de Bēt Šémeš. Este estrato, el B, se dividió en tres fases, de las que la tercera, la B3 data de 1000-930 A. C. que corresponde a Bēt Šémeš II A. Una vez más, la muralla, construida al parecer en el B3, adopta la forma de casamata; su espesor máximo es de 3,75 metros. Se ve la misma franja de edificios radiales alrededor de las murallas, separadas por una vía de las casas del centro de la ciudad, orientadas de modo distinto. Siguen utilizándose silos circulares, pero desaparecen en el estrato A. La cerámica la componen los mismos objetos rojos pulidos a mano. Lo mismo que en Bēt Šémeš, tampoco aquí hay nada que indique que el grado de civilización era elevado. Los pocos fragmentos moldeados, tallados o pintados nos hablan tan sólo de un arte muy tosco. Los objetos más interesantes son las figurillas de la fecundidad. Se trata de placas, como las de ᶜAštarté del Bronce reciente, pero representan una mujer encinta. Se hallan tan sólo en el estrato B, pero no se puede fechar de un modo más concreto dentro de esta fase. Indican, no obstante, la fuerza de los viejos ritos de la fecundidad, a pesar de los preceptos de la religión de Israel.

Tell el-Fārᶜah nos ha proporcionado pruebas muy buenas y poco frecuentes de la planta de las casas del siglo X A. C. La ocupación de este lugar fue ininterrumpida desde el Bronce medio II hasta la Edad del Hierro; sin embargo, del trazado de los períodos primeros poco ha quedado. El del Hierro antiguo I se ha conservado muy bien en todas las zonas excavadas y presenta unas casas de planta muy poco usual. Las paredes son delgadas, y su grosor suele ser el de una hilada de piedras, aunque a veces tenían un refuerzo de albañilería, rellenado el espacio intermedio con toscas piedras. Las casas están agrupadas y unidas por la parte posterior, dando a calles paralelas. La planta de la casa particular es esencialmente tripartita (fig. 60). La puerta desde la calle lleva a un patio flanqueado por departamentos subsidiarios, en parte separados del mismo por medio de pilares y en parte por medio de paredes. Al extremo del patio hay otras habitaciones, una o más. En el patio hay hornillos y otras instalaciones domésticas. Todas las casas tienen planta semejante y

aproximadamente las mismas dimensiones. Es evidente que había muy pocas desigualdades sociales.

Por consiguiente la arqueología nos ha suministrado pocas pruebas directas de las glorias de la corte de Salomón, y ha demostrado que, lejos de la capital, la civilización no rayaba a gran altura, ni tampoco se dan signos manifiestos de prosperidad económica. A pesar de la civilización cosmopolita de la corte, seguía siendo un país de campesinos. La religión aún tenía como rival los ritos nativos de la fecundidad establecidos durante tanto tiempo, y estimulados, sin duda, por la aceptación en la corte del culto de deidades de las culturas cananeas aliadas.

Además, los yacimientos que nos han proporcionado las mejores pruebas arqueológicas, poco dicen para ilustrar otros aspectos de las innovaciones de Salomón que conocemos por la Biblia, es decir, sus actividades como príncipe comerciante. En la misma Palestina, apenas si se han encontrado objetos de importación en estratos de este período. Sin embargo, en Transjordania las excavaciones han revelado pruebas de una rama del comercio e industria, y han demostrado que una fuente de su riqueza era el control de la explotación del cobre en ese distrito.

A ambos lados del Wādī el-ᶜArabah, el empinado barranco que continua la línea del valle del Jordán y el Mar Muerto hasta el golfo de ᶜAqabah, se han conocido durante mucho tiempo lugares que ofrecen pruebas de la explotación del cobre. En los años 1930 y siguientes, la *American School of Oriental Research*, de Jerusalén, llevó a cabo una exploración sistemática de la zona, que puso al descubierto una sorprendente abundancia de lugares en los que se efectuaba la explotación y fundición del cobre. Sin duda, la riqueza mineral del distrito fue una causa de las prolongadas luchas entre Israel y Edom, ya que su control era evidentemente de gran importancia económica. El indicio más obvio que presentan estos lugares son grandes montones de escorias ennegrecidas. Cerca de ellos se encontraron hornos de fundición muy bien conservados y los restos de las chozas en las que vivían los trabajadores. Muchos de estos lugares estaban fortificados y en algunos se encuentran restos de grandes recintos fortificados, que servían probablemente de recintos cerrados en los que vivían confinados los esclavos o prisioneros que allí trabajaban, y sobre los

que es lógico pensar que se apoyaba la industria. Gran parte de la explotación minera se hacía a roca abierta, aunque en algunos lugares hay galerías excavadas a los lados de la colina con el techo apoyado sobre pilares, y de los que partían estos túneles más hacia el interior. Parece que el mineral cuprífero se extraía y llevaba a centros próximos; allí era fundido o calcinado en parte, y luego se llevaba a otras partes para completar el proceso.

La expedición americana recogió grandes cantidades de objetos de cerámica en los distintos yacimientos. Algunos pertenecen al período nabateo, aunque la mayor parte son del Hierro antiguo, datándolos los descubridores en el siglo X A. C. Parece que muchos lugares sólo estuvieron ocupados en ese período.

Incluso sin esta prueba, no hubiera parecido carente de lógica sugerir que el período más floreciente de estas realizaciones fue el del reinado de Salomón. El control de los recursos minerales explica en gran parte su riqueza, porque lo que ellos producían suministraba las mercancías exportables que se cambiaban por los materiales lujosos que sabemos que importaba. Además, casi no hay ningún otro período de la historia de Palestina en el que hubiese un poder central capaz de proporcionar la dirección y organización necesarias. El grado de organización evidentemente debió ser elevado. La zona es muy desolada; casi no dispone de nada al alcance de la mano para sustentar la vida y la industria. Las reservas de agua son escasas, combustibles casi no hay. El agua, alimentos, herramientas y casi todo lo necesario tenían que traerlo en caravanas de camellos o asnos; la única fuente de combustible para la fundición que puede indicarse es la de los bosques de Edom, muy abundante hasta tiempos bastante recientes, de los cuales probablemente se traía en forma de carbón vegetal. Las caravanas que traían estos suministros y sin duda se llevaban el mineral parcialmente terminado, la provisión de instalaciones para el proceso y su compra-venta subsiguiente, todo forma parte de la organización requerida.

La expedición americana también descubrió un centro, posiblemente el principal, para estas etapas finales. El lugar era un pequeño tell, llamado Tell Teleyfah, a unos 500 metros de la actual orilla del golfo de ᶜAqabah, y probablemente sobre la antigua orilla. La posición de este poblado es sorprendente, porque las reservas de agua no son tan buenas como más al este, y recibe además de lleno la fuerza de los vientos que soplan por el-ᶜArabah. Sin embargo, las excavaciones demostraron que gran parte del mismo consistía en hornos de fundición muy bien construidos, y la posición sin duda se escogió para aprovechar el máximo los vientos que darían la inyección de aire necesario para los hornos.

El primer poblado no era grande, pero estaba defendido por una muralla muy fuerte. Se construyó sobre terreno virgen como un todo planeado; los excavadores dataron el primer estrato en el siglo X antes de Cristo, basándose en las pruebas de la cerámica. Parece, pues, muy probable que este fuera el puerto de ᶜEṣyōn-Géber de Salomón, que debió estar por estos alrededores; en él se construyó su flota de barcos comerciales — debe recordarse que no controlaba ningún puerto de la costa mediterránea —, y a él se llevaban el «oro, plata, marfil, monos, pavos» de Ofir.

Después de la época de Salomón, los israelitas controlaron el-ᶜArabah sólo intermitentemente, porque sólo durante la Monarquía unida o, después de la división, cuando Judea era particularmente fuerte, se supo tener subyugados a los edomitas. Pero ᶜEṣyōn-Géber siguió siendo importante como centro comercial durante cinco siglos, tanto bajo los israelitas como con los edomitas. Se han identificado tres reconstrucciones del poblado. En el tercer estrato se encontró un jarro en el que se habían incidido letras de la escritura sudarábiga minea; esto es una señal de la parte que tuvo que desempeñar el puerto en el comercio de las especies sudarábigas con el norte; por otra parte, en el terreno de la superficie había fragmentos de vasijas áticas de figuras negras, de mediados del siglo V A. C., lo cual demuestra que también ocupó un lugar en el comercio entre el oeste y el interior de Arabia.

En el-ᶜArabah tenemos, pues, pruebas de la posición de Salomón como gran príncipe mercader, comprobación que hasta ahora no nos han dado las excavaciones efectuadas en Palestina. Parece evidente que este esplendor material estaba concentrado en Jerusalén, donde probablemente nunca se encontrarán restos de este período La civilización fenicia debió estar firmemente establecida en ella. En las ciudades menores continuó mucha de la antigua sencillez. Es cierto que los restos indican que las ciudades estaban bastante

bien ordenadas, con un tipo homogéneo de trazado y arquitectura; por primera vez desde el Bronce medio hay una cantidad apreciable de verdaderas ciudades, en lugar de pueblos dispersos; sin embargo, pocas pudo haber con pretensiones de distinción arquitectónica; desde luego, no poseemos pruebas de ningún lujo especial.

El contraste entre el lujo de la capital y la pobreza relativa de otras zonas, a la que sin duda contribuyeron materialmente las exacciones para sostener las ambiciones reales, fue una de las causas fundamentales de la desintegración del reino de Salomón. No hay duda de que la base económica del reino era defectuosa, y esta deficiencia se acentuó grandemente cuando Edom, y con ella las minas de cobre, se perdieron, lo que al parecer ocurrió antes del término del reinado de Salomón. La otra causa, que es la única puesta de relieve en el relato bíblico, fue religiosa. La heterodoxia de Salomón y su tolerancia de los dioses extranjeros produjo una fiera oposición por parte de los fieles seguidores de la austera religión de Yahweh, y ellos fueron quienes estimularon la sublevación de las tribus septentrionales contra Jerusalén. Salomón murió hacia 935 A. C., y en 930 A. C. Jeroboam había guiado las tribus septentrionales sublevadas contra su sucesor Roboam, con lo cual terminó el corto período de la Monarquía Unida.

Capítulo XI

Los reinos de Israel y Judá

Aunque la sublevación de las tribus del norte contra los lujos y errores religiosos de Jerusalén fue la causa de la disgregación de la Monarquía unida, el reino septentrional de Israel fue de hecho el heredero de la civilización que Salomón introdujo en Palestina, mientras que Judá, al reaccionar contra los anteriores lujos de Jerusalén en un intento de contrarrestar los efectos del mismo, recuperó de nuevo gran parte de la sencillez e incluso barbarie del período anterior.

En realidad esto era inevitable. Israel estaba en estrecho contacto geográfico con Fenicia y los demás países civilizados del norte, mientras que Judá estaba encerrado entre Israel, con quien estaba casi siempre en guerra, los reinos belicosos y atrasados de Transjordania al este, y el desierto al sur.

Por fortuna, la arqueología ha revelado pruebas de lo que probablemente es la última manifestación en Palestina de la civilización fenicia que Salomón introdujo. Estas pruebas provienen del lugar que al final se convirtió en capital permanente del reino septentrional, Samaria.

En los primeros años de la Monarquía dividida, los reyes de Israel no tenían residencia fija. Después de haber estado en Siquem, transfirieron la capital a Tirsa, al menos en tiempo de Basá, tercer rey, y posiblemente antes. Hacia 885 A. C. Omri asedió y capturó Tirsa, y el usurpador Zimri murió entre las llamas del palacio. Las recientes excavaciones de la *École Biblique* dan certeza —en cuanto las pruebas arqueológicas pueden darla— de que Tirsa

debe identificarse con Tell el-Fārᶜah. En el capítulo anterior describimos Tell el-Fārᶜah tal como era en el siglo X A. C. Fue destruida violentamente, y el contenido de las casas quedó sepultado en los escombros de las superestructuras. En la zona excavada, las sencillas casas particulares fueron substituidas por algo del todo distinto, un edificio de dimensiones mucho mayores y de paredes mucho más gruesas. Pero este edificio nunca se terminó. Se empezaron sus cimientos a ras de los escombros dentro de los edificios anteriores. Sobre el piso descansaban piedras laterales que habían de servir para la superestructura, aunque nunca fueron colocadas en su sitio, y nunca se igualó el piso que debía sepultar las partes altas de las paredes antiguas (lám. 67).

En I Reyes 16, 23-24 se dice: «El año treinta y uno de Asá, rey de Judá, empezó Omri a reinar sobre Israel doce años; seis años reinó en Tirsa. Y compró la colina de Samaria a Šémer por dos talentos de plata, y la fortificó, denominando a la ciudad que había edificado, según el nombre de Šémer, propietario de la colina, Samaria». Esto concuerda muy bien con las pruebas de Tell el-Fārᶜah. Los cuatro primeros años de Omri estuvieron ocupados en luchas con su rival Tibni. Sólo entonces se vio libre para concentrar sus esfuerzos en su capital. Empezó a construir, pero abandonó los trabajos. Según las pruebas de la cerámica, Samaria comienza donde Tell el-Fārᶜah acaba. En la cerámica de Tell el-Fārᶜah faltan por completo los tipos que se encuentran en los dos primeros períodos de Samaria, mientras que en Samaria no se encuentra la cerámica de la etapa precedente de Tell el-Fārᶜah. Cuando Omri se decidió a trasladarse a Samaria llevó consigo a su corte, y probablemente a la mayoría de los habitantes de Tirsa. Tan sólo en tiempos del período III de Samaria vuelve a aparecer una breve ocupación en Tell el-Fārᶜah, y sólo en tiempo del período IV de Samaria se convierte una vez más en una ciudad floreciente.

Las razones que tuvo Omri para trasladar la capital eran dobles. Según demostrará la descripción de los edificios de Samaria, tenía ideas grandiosas acerca del trazado de su capital. Por esta causa, un lugar desahogado como Samaria servía mucho mejor a sus proyectos. Pero más importante era su posición estratégica. Aunque las comunicaciones de Tell el-Fārᶜah son buenas, mira principalmente hacia el este. Samaria está situada en la vía principal norte-sur, vigilando cualquier avance desde Judá y en fácil contacto con Fenicia y, como la historia de Samaria lo demuestra, Omri deseaba el intercambio con las ciudades cosmopolitas de Fenicia; una prueba ulterior de ello la tenemos en el matrimonio de su hijo Ajab con Jezabel de Tiro. Era igualmente importante para él, el tener comunicación fácil con el oeste, donde estaban las regiones más ricas de su reino. A fin de cuentas, Samaria era un foco mucho mejor que Tell el-Fārᶜah.

Samaria ofrece el singular interés de ser la única ciudad grande que los israelitas fundaron. Arqueológicamente tiene importancia porque, puesto que conocemos la fecha exacta de su fundación, podemos fijar con mucha precisión la cronología de la cerámica y otros objetos descubiertos en relación con su primera fase. Culturalmente tiene importancia porque permite apreciar cómo trazaban los israelitas una ciudad, cuando los edificios de una etapa interior no les estorbaban.

El lugar en sí mismo no es imponente, aunque, sin embargo, tiene cierto número de ventajas a su favor. La colina de Samaria (lám. 69) está aislada en una cuenca rodeada de altas colinas, aunque no lo suficientemente próximas como para dominarla, y se eleva de modo bastante empinado sobre los valles que la circundan. El hecho más importante es que, como Jerusalén, domina la gran vía de comunicación norte-sur a lo largo de la divisoria de aguas. La carretera moderna pasa por su base occidental, y la antigua debió seguir aproximadamente la misma línea. Hay caminos bastante buenos que descienden hacia el Jordán al este, mientras que al oeste mira hacia la llanura costera y el Mediterráneo.

Las excavaciones confirman el relato bíblico de que Omri fundó su ciudad sobre un terreno virgen. En unas cavidades en la roca se encontró algo de cerámica protourbana, junto con unos pozos excavados en la roca y pertenecientes al mismo período. Luego el lugar fue abandonado desde, cuando menos, principios del tercer milenio hasta que comenzaron las obras de construcción de Omri. Los niveles de los pisos pertenecientes a sus edificios, descansan directamente sobre la roca. El trazado de la ciudad aprovechó la forma natural de la colina. Desciende desde una meseta superior,

a unos 430 metros sobre el nivel del mar, hasta unos 350 metros en el punto englobado por la ciudad en su extensión mayor, en el período romano, el cual todavía está bastante por encima del nivel de los valles circundantes. La pendiente desde la cumbre es pronunciada por todos los lados, excepto hacia el este. Las dimensiones de la meseta superior tienen hoy unos 250 metros de este a oeste y 160 metros de norte a sur. Una parte considerable de esta superficie se debe, sin embargo, a antiguas construcciones, comenzando con las de Omri, y la anchura original de norte a sur era sólo de unos 90 metros.

Toda esa meseta superior se proyectó para ser barrio real (fig. 61). Hoy nos hallamos ante una nueva concepción en el modo de planear ciudades en Palestina. Sin duda hubo un trazado parecido en la Jerusalén de Salomón; sin embargo, las primeras pruebas concretas de ello nos vienen de Samaria. Corresponde hasta cierto punto con la acrópolis griega, casi siempre asociada con sus ciudades, pero su significado es bastante distinto. La acrópolis griega es el centro cívico defendible de una comunidad democrática. El barrio real de Samaria quizá fue defendible, porque, al menos en la segunda fase, lo circundaba una fuerte muralla. Que ésta no era su finalidad principal lo demuestra el hecho de que la primera muralla no tenía carácter militar; además, lo que conocemos de su trazado demuestra con evidencia que de ninguna manera era un centro cívico, sino más bien un cercado reservado exclusivamente para un rey autocrático y para sus servidores. La evolución social había progresado mucho desde los simples labradores guerreros que se convirtieron en los primeros reyes de Israel en el siglo XI.

A la primera fase de construcción pertenece el recinto de la cima con una muralla que, como indicamos antes, no pudo tener una finalidad defensiva primaria, ya que sólo tenía 1,60 metros de grosor. Además de ser una muralla para cercar, servía de muralla terraplén para aumentar la superficie de la meseta superior. Por la parte septentrional estaba edificada donde la roca empieza a descender bruscamente, adosada a un declive preparado de unos 2 metros de altura, mientras que el nivel del suelo de la parte interior del recinto (destruido por construcciones posteriores) tuvo que estar cuando menos, a 4 metros por encima del nivel exterior. La muralla fue

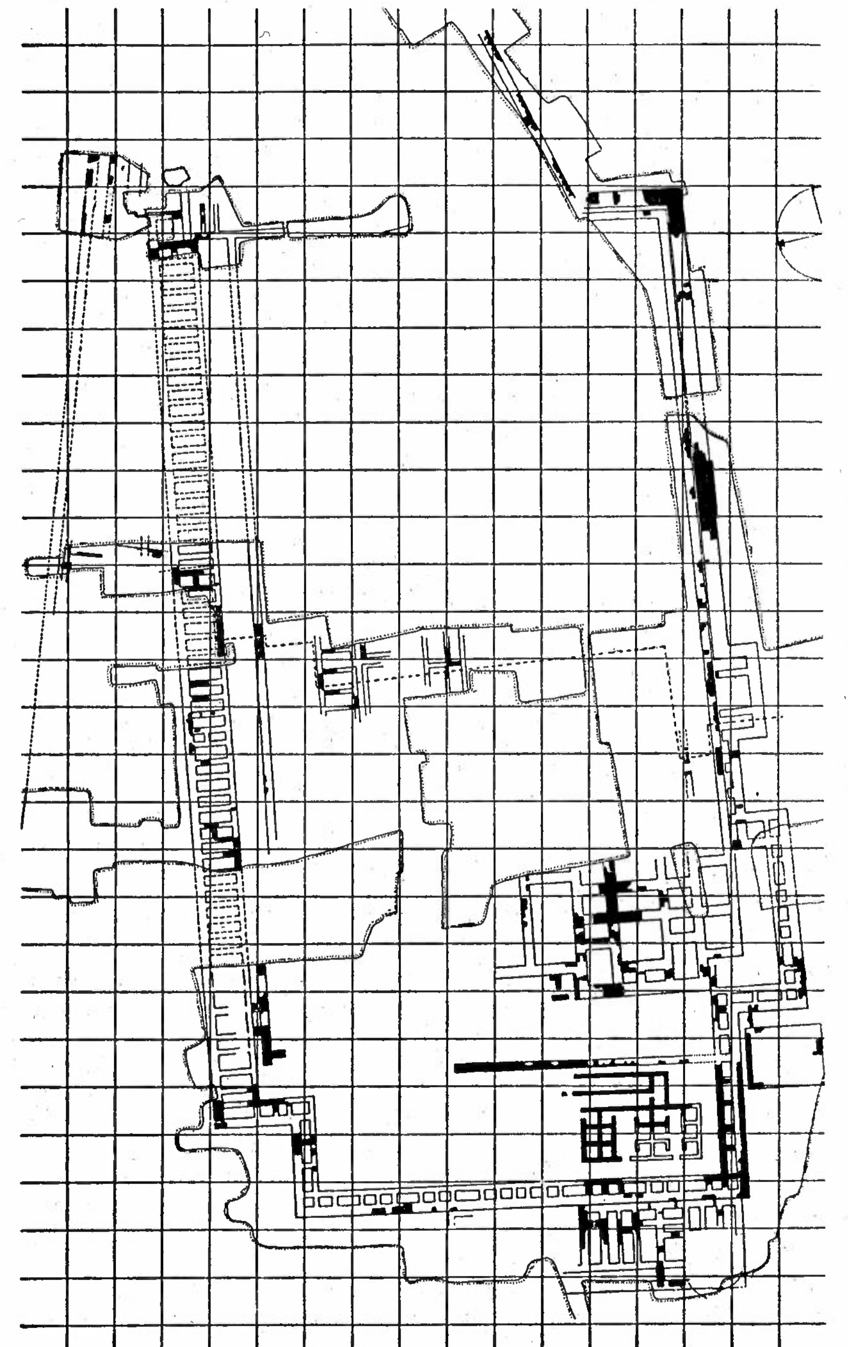


FIG. 61. Plano del barrio real Omri-Ajab de Samaria.

de tal modo saqueada en todas sus partes que no ha quedado ninguna sección de la cara interior, aunque se han encontrado algunos sectores de la cara exterior. A pesar de ser fragmentarios, nos permiten sacar una impresión del magnífico aparejo de la Samaria de Omri. La fachada es un soberbio ejemplo del arte de los albañiles (lám. 70). En la roca se ve una hilada con las protuberancias irregulares características de los fundamentos y paredes más macizas de la Samaria israelita. Encima, las piedras están alisadas y colocadas con toda exactitud.

Se ha descubierto el trazado de esta magnífica muralla alrededor de toda la meseta superior. Teniendo en cuenta el perfil del terreno, la entrada del recinto debió estar al este. En este punto, la muralla presenta una prominencia que probablemente llevaba hacia una entrada monumental, aunque se perdieron las huellas en una cantera posterior. En el extremo oriental de la cima había un edificio del mismo aparejo de primera calidad. En todos los demás puntos del interior del recinto sólo han quedado cimientos, pero fueron suficientes para demostrar lo regular y espacioso de su trazado. Dentro del área excavada, un gran atrio de piso de argamasa batida ocupaba un espacio considerable; los edificios se alineaban a lo largo de la muralla, aunque algo apartados de la misma, y las habitaciones eran bastante grandes.

Esta era, pues, la concepción que tenía Omri del trazado de un barrio real. En un espacio de tiempo bastante breve se hicieron añadiduras a este plan original. Podrían atribuirse a Ajab, quien sucedió a su padre antes de que pasaran seis años del traslado de la capital a Samaria. De hecho, podemos considerar como un proceso continuo las operaciones de construcción de Omri y Ajab. La añadidura principal consistió en extender la meseta superior en unos 15 metros por el lado norte y unos 30 metros por el oeste. La muralla que sostenía esta extensión tenía al mismo tiempo una finalidad claramente defensiva, con lo cual convirtió el barrio real en una fortaleza interior. Se edificó según el tipo con casamata, que, como vimos, es típico de Palestina en la Edad del Hierro. En el lado septentrional el espesor llegaba a 10 metros, mientras que en los demás lados tenía 5 metros. Al igual que la muralla recinto anterior, la muralla con casamata sale hacia afuera por el lado oriental,

hacia la supuesta entrada. En los lados septentrional y occidental, la muralla primera siguió en uso, aunque en parte sepultada por el relleno del terraplén adicional; pero en los otros lados, la nueva muralla se construyó junto a ella y la incorporó.

Además de la nueva muralla en la cima, hay murallas que rodean los terraplenes medios de la colina y que probablemente pertenecen a esta fase, aunque es posible que reemplacen a otros que pertenecían a la primera fase. Constituyen una muestra de otro bello estilo de aparejo israelita en el que se construyeron las casamatas, a saber, con márgenes suavizados y protuberancias irregulares muy atractivas (lám 68).

Estas murallas, sin embargo, no son murallas de la ciudad, de las que por desgracia poco se ha recuperado. Debajo de la Puerta Occidental de la ciudad romana se hallan los restos de lo que probablemente fue una puerta; además, se han encontrado restos de ocupación israelita bastante abajo de la colina, lo cual sugiere que la ciudad israelita debió ser casi tan grande como la romana

Es decepcionante el hecho de que subsistan tan pocos fragmentos verdaderamente arquitectónicos de este período. Constituyen una excepción cierto número de capiteles de columnas de estilo protojónico. Todos estos capiteles aparecieron en murallas posteriores, en las que se habían usado de nuevo; sin embargo, los lugares donde se hallaron, en el extremo oriental de la meseta superior, sugieren la idea de que quizá formaban parte de la estructura de la entrada (figura 62).

Unos fragmentos de tallas de marfil constituyen un indicio importante de los adornos de los edificios. La Biblia menciona la «casa de marfil» de Ajab, y no hay duda de que esos fragmentos provenían de sus adornos, aunque se recuperaron en las ruinas de la destrucción que causaron los asirios en el año 720 A. C. En estos marfiles tenemos pruebas materiales sorprendentes, que casi no se han conservado en ninguna otra forma, de los gustos artísticos de los reyes de Israel. Los objetos originales eran pequeños en sí mismos, y muchos de ellos muy destrozados, y aunque se encontraron algunos centenares de fragmentos, muy pocos pudieron restaurarse por completo. Parece que esto no sea mucho, para deducir de ello el estilo de decoración del palacio, pero es preciso recordar que lo que

se recuperó probablemente eran tan sólo los restos después que los asirios saquearon el palacio. Por lo tanto, es razonable suponer que la decoración original tuvo que ser muy rica, y muy abundante el uso del marfil.

La mayor parte de los fragmentos pertenecen a placas, en bajo o en alto relieve, o en calado (láms. 71 y 72). Incluyen pocos objetos tallados en toda su circunferencia. Las tallas estaban enriquecidas con panes de oro y con incrustaciones de vidrio y pastas dispuestas

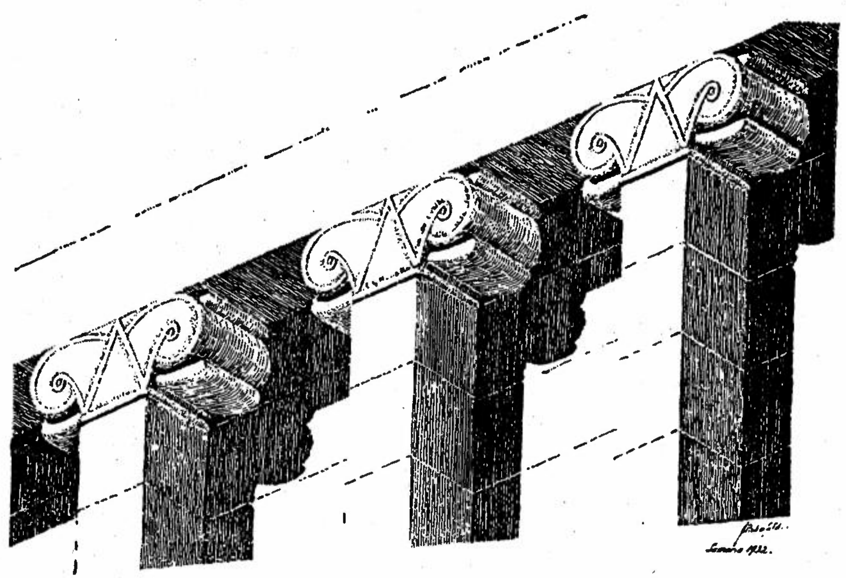


FIG. 62. Restauración del muro de la entrada de Samaria.

según el procedimiento «cloisonné». La mayor parte de las placas son egipcias tanto por el tema como por el procedimiento básico. Pero ninguna de ellas es verdaderamente egipcia; son obra de hombres que habían visto los originales egipcios pero que los copiaban según propio estilo nacional. También demuestra que los marfiles no eran obra de egipcios el hecho de que algunos tenían letras del alfabeto hebreo-fenicio talladas en su parte posterior. Estas letras, además, nos dan una de las bases para asignar las tallas al período de Omri y Ajab, porque la forma de las letras es la usada en el siglo IX A. C. El estilo de los marfiles es de hecho fenicio, un

arte derivado en su inspiración, pero con la vida y sensibilidad suficientes para convertirlo en uno de los productos más bellos de un período que no destacó por su gran inspiración artística.

Otros descubrimientos de materiales semejantes nos ofrecen más pruebas acerca del origen y fecha de los marfiles. Hay múltiples referencias al empleo del marfil con fines decorativos en Siria. Existen, además, dos grandes colecciones que contienen material comparable con los marfiles de Samaria. Una de ellas la descubrió, en 1928, una expedición francesa en Arslan Taš, Siria septentrional. Muchos de los objetos son casi idénticos a los de Samaria, pero es menos corriente el tipo con influencia egipcia más acentuada. Esta colección da importantes pruebas cronológicas: una cama, que era uno de los muebles decorados con talla, tenía una inscripción con el nombre de Hazael de Damasco, quien subió al trono hacia 842 A. C. Layard encontró la segunda colección en 1849 en en palacio de Nimrud, en Asiria. Sargón II había restaurado el palacio y muchos de sus objeto pertenecen a este período. Los marfiles no tienen nada de asirios en su estilo. Muchos de ellos podrían proceder del mismo taller que los de Samaria, y, puesto que probablemente fueron saqueados o entregados como tributos, quizá procedían de la misma Samaria, saqueada por Sargón en 722 A. C.[1]

Así pues, la decoración del palacio de Omri y Ajab fue de estilo fenicio. Pocas dudas quedan de que la técnica constructiva ya descrita provenía de la misma fuente. Como veremos, se encuentran otros ejemplos de dicha técnica en Palestina. Fuera de Palestina, los hay también en Ras Shamra, y datan del Bronce reciente, y en las ruinas del gran puerto de Tiro. Parece muy probable que Omri importó albañiles fenicios, como había hecho Salomón; demuestra la intimidad de sus relaciones con Tiro el matrimonio de su hijo Ajab con Jezabel de Tiro.

Así pues, Samaria fue proyectada como una ciudad nueva, dominada por un barrio real que fue embellecido por la pericia de artesanos fenicios. La arqueología nos ha dado leves indicios de ello,

[1] Recientemente el profesor Mallowan ha rescatado enormes colecciones de marfiles en excavaciones efectuadas últimamente en Nimrud. Incluyen algunos muy parecidos en estilo a los de Samaria, pero su variedad es mucho mayor, lo cual es indicativo de los ricos recursos artísticos de los países gobernandos por los reyes asirios.

porque los edificios subsiguientes lo han destruido casi todo; pero, con la imaginación podemos reconstruir algo de la vida de la corte de Ajab y Jezabel, cuyo lujo y malas acciones despertó hasta tal punto la ira de los profetas. En otros lugares de la colina debieron vivir los demás habitantes de Samaria, siete mil de «todos los hijos de Israel», según el censo de Ajab, y posiblemente también muchos extranjeros. Ciento cincuenta años más tarde, Sargón deportó 27290 personas de la ciudad. Hasta ahora, los barrios en que residían las gentes corrientes no han sido excavados, por lo cual no podemos decir si compartieron el elevado grado de civilización de la residencia real o si sus moradas y su ajuar seguían siendo sencillos.

En el estrato V de Beisán había algunos edificios del mismo estilo; pero el lugar de Palestina que nos ha ofrecido edificios que guardan la mayor semejanza con esta fase de Samaria, es Megiddo, cuyo estrato IV presenta gran parecido, tanto en el trazado como en el estilo de construcción. Como ya indicamos en el capítulo X, los excavadores atribuyen este estrato al período de Salomón. Sin embargo, basándose en las pruebas de la planta y del aparejo así como en pruebas independientes aportadas por la comparación de la cerámica de este período, del anterior y de los siguientes con la de Samaria, detalles de los que se carecía cuando se publicaron los resultados de Megiddo, es evidente que los edificios del estrato IV se contruyeron poco después de la fundación de Samaria, hacia 850 A. C. y siguieron en uso hasta aproximadamente 750 A. C.[1].

En Megiddo V, casas particulares de carácter poco notable ocupaban la cima de la colina, según ya dijimos (págs. 251-252). Los constructores del estrato IV las arrasaron todas y proyectaron toda la zona de edificios públicos grandes y espaciados. El parecido con la primera etapa de Samaria es estrecho. Los excavadores consideraron que hubo dos fases en las obras de construcción. La primera fue la construcción de un gran palacio o recinto residencial, dentro del cual había un edificio más pequeño. El recinto tenía 57 m², con la superficie del piso recubierto de caliza apisonada, semejante al patio de Samaria. Se entraba en él por un ángulo y a través de una puerta flanqueada de torres; adosado al lado más

[1] *Samaria*, III, págs. 199-204.

alejado había un edificio muy sólido, posiblemente el palacio del gobernador. El aparejo de la puerta (lám. 73) es muy parecido al de los primeros edificios de Samaria. No queda casi nada de la superestructura del palacio, pero las pocas piedras que subsisten eran del mismo estilo. En la puerta se encontraron algunos capiteles de pilastra protojónicos, también semejantes a los de Samaria. La muralla del recinto propiamente dicho se construyó según un estilo peculiar de Megiddo en este período. A intervalos de 2,5 a 3 metros había pilares de sillares formados por hiladas alternados con una soga o dos tizones; sus piedras estaban labradas como las de la entrada. Los espacios entre los pilares los rellenaban de cascotes bastante pequeños e irregulares.

Después de que este conjunto llevaba muy pocos años de existencia — hay incluso algunos indicios de que nunca fue completado en su forma original —, se iniciaron los edificios de la segunda fase, uno de los cuales provocó la supresión de parte de la casa que se hallaba junto al recinto del palacio. Estas nuevas construcciones eran exactamente del mismo estilo que las ya descritas, y parece como si las hubieran edificado los mismos constructores. Involucraron el trazado de todo el resto de la cima (en cuanto ha sido excavada hasta ahora) con edificios oficiales. Uno de éstos era probablemente otra residencia importante. El resto de la zona descombrada lo ocupaban dos grandes complejos de establos. El más primoroso está inmediatamente unido al palacio. Consistía en un patio de 55 metros cuadrados, flanqueado a un lado por establos y a otro por largos edificios que posiblemente albergaban carros. En el centro había una cisterna. Los establos estaban constituidos por cinco unidades, consistentes en un paso central flanqueado a cada lado por una fila de establos. En el extremo de cada cuadra había un pesebre tallado en piedra y un monolito vertical en el que había un agujero para atar. El grupo total podía albergar unos ciento cincuenta caballos. El segundo grupo de establos estaba formado por unidades semejantes. En este caso no parece que hubiese un patio recinto, pero la zona no ha sido completamente excavada. Este grupo quizá albergara otros trescientos caballos.

Una muralla maciza, atravesada por una entrada primorosa cerraba la ciudad. Esta entrada consistía en una rampa de acceso

oblicua que llevaba a una doble puerta exterior. Detrás había un atrio, en el que se apreciaba un brusco recodo hacia la puerta interior, construcción refinada en la que cuatro pares de contrafuertes ofrecían emplazamiento para cuatro puertas, con tres pares de cuartos de guardia entre ellas. La entrada, probablemente basada en la del estrato V[1], es del mismo estilo de construcción que los demás edificios del estrato V, con pilares de sillares y piedras angulares alternando con mampuestos. Sin embargo, no sucede lo mismo con la muralla del recinto, que era casi por entero de mampuestos bastante toscos. Se construyó sobre los fundamentos depredados del palacio perteneciente a la primera fase del estrato IV. De hecho puede conjeturarse que esta muralla es una reconstrucción perteneciente al estrato IV. En realidad puede admitirse que esta muralla es una reconstrucción perteneciente al estrato III, época en la que ciertamente se empleaba.

Así pues, como en Samaria, la cima de la colina de Megiddo estuvo ocupada durante este período para fines oficiales. A pesar del atractivo de la teoría de que los edificios representaban una de las ciudades que Salomón tenía para los carros, el plan, el estilo constructivo y las pruebas de la cerámica, todo señala una contemporaneidad aproximada de este estrato con el primer trazado de Samaria. Sin embargo, la importancia estriba más en los fines defensivos que en el hecho de ser residencia real, lo cual es comprensible dada la importancia estratégica del lugar. Como en Samaria, la masa de la población debió vivir en las laderas inferiores, habiéndose observado algunas huellas de una muralla defensiva exterior.

Samaria y Megiddo sobresalen por encima de otras ciudades palestinenses de este período, de las que tenemos noticia, sobre todo por este plan, con un barrio oficial que dominaba la ciudad; pero, sin duda, Jerusalén era semejante, y Lākīš quizá tuvo algunos rasgos comunes con ellas.

Parece como si en Ḥāṣōr también hubiese habido ciertas evoluciones importantes en el plan de la ciudad. En el estrato VIII, que se asigna a este período, la zona defendida se emplió hacia el extremo oriental del «tell». Por consiguiente, se dobló la superficie

[1] Véase pág. 249.

de la ciudad, aunque todavía era pequeñísima en comparación con la ciudad del Bronce medio. En la extremidad occidental del lugar se construyó una gran ciudadela rectangular, tan sólida, que siguió en uso hasta el período helenístico, incluso cuando el resto del lugar estaba abandonado. En el centro, y a través del trazado de la muralla salomónica, construyeron un edificio macizo dividido en dos naves por medio de dos hileras de pilares de piedra de 2 metros de altura; se ha sugerido que quizá fuese un almacén. Así pues, hay muchas cosas en este lugar que sugieren que se trataba de una residencia real.

En Tell el-Fārᶜah se formó otra ciudad importante hacia el 800 A. C., con cerámica muy semejante a la del período IV de Samaria. En ella no había un barrio real, aunque un edificio importante situado inmediatamente al interior de la puerta quizá fuera un centro administrativo o la residencia del gobernador. Sin embargo, en el resto de la ciudad, sí que parece que hubo una marcada distinción entre un barrio rico y otro pobre. Un grupo de casas particulares excelentes, construidas con la misma planta que las del siglo X A. C., con un atrio flanqueado por habitaciones en tres de sus lados, está separado por un muro largo y recto, de un barrio en el que se amontonan casas más pequeñas. Esta prueba del desarrollo de una desigualdad social es fiel reflejo de las denuncias de los profetas contra los ricos por atropellar a los pobres.

La planta de las demás ciudades excavadas es mucho más sencilla y mucho más parecida a las del período precedente. Por ello, gran parte de nuestra información proviene de ciudades de Judá. En cuanto a las ciudades excavadas en el reino septentrional, en Beisán el descombro se limitó casi tan sólo a la zona del templo, donde las dos construcciones de estrato V (véase págs. 252-253) siguieron utilizándose hasta el período persa, en tanto que los restos fragmentarios de este período, descubiertos en otros lugares, son insuficientes para decirnos mucho acerca de la historia o el plan de las ciudades.

En cierto número de yacimientos se puede identificar una fase de ocupación que data de principios de la monarquía doble: Sigue a una violenta destrucción, que probablemente puede atribuirse a la campaña de Sisac I de la XXII Dinastía de Egipto, con quien hubo

un renacer del poder egipcio. Al parecer aprovechó la debilidad causada por la secesión de las tribus septentrionales para llevar a cabo una extensa incursión hasta el valle de Esdrelón al norte, hacia 926 A. C.; en el curso de la misma, muchas de las ciudades más pequeñas sin duda sufrieron intensamente. Al pie del monte Carmelo, por ejemplo, Tell Abu Ḥawām fue destruida, y quedó abandonada durante varios siglos.

A Sisac se atribuye la destrucción de la ciudad del estrato B de Tell Beit Mirsim. Esta destrucción fue muy severa. Arrasó por completo la ciudad anterior, y su superficie fue ocupada por edificios muy poco parecidos en cuanto al plan, a sus predecesores. Siguió utilizándose la muralla defensiva de la ciudad en lo esencial, pero las casamatas fueron reconstruidas, al menos en parte. Se ha excavado casi una quinta parte de la superficie de la ciudad. El plan general es el que ya vimos en la Palestina de la Edad del Hierro, aunque en esta localidad incluía el estrato precedente, con una vía circular que separaba las casas distribuidas radialmente alrededor del recinto de la zona central de la ciudad. Las casas son pequeñas y de planta irregular. Uno de los puntos más interesantes del lugar es la prueba que nos ofrece del gran desarrollo de la vida ciudadana, comparado con el período precedente. En el estrato B, la ocupación había sido relativamente diseminada. Cuando menos hacia fines del A, al que pertenecen casi todas las construcciones recuperadas, la ciudad estaba construida de manera más continua; las catas efectuadas al exterior de las murallas demostraron que se había extendido bastante más allá de las mismas.

Poco podemos deducir de las plantas de las casas, porque en esta fase no se podía seguir ningún plan regular, debido a que el espacio era demasiado apretado; cada casa tenía que acomodarse a las exigencias del lugar disponible. Un rasgo característico era el templo extensivo de piedras verticales, que ya señalamos como característica de la Edad del Hierro (véase pág. 254). Las explicaciones de la función de estas piedras no son del todo satisfactorias; sin embargo, una sugerencia es que, en parte, las que eran exentas se empleaban como pies para telares verticales. La prueba ciertamente hace pensar que Tell Beit Mirsim fuese centro de una industria textil. Se encuentran muchos centenares de pesas de telares, y, diseminadas

por toda la zona excavada, había una cantidad extraordinariamente grande de instalaciones para tinte. Se ha calculado que hubo unas veinte o treinta en toda la ciudad, que, por otra parte, era pequeña, con una población de unas dos o tres mil personas. Otra característica es la desaparición de los silos de almacenaje hundidos en el suelo; unos recipientes colocados sobre el suelo de las casas hicieron sus veces.

También Bēt Šémeš fue violentamente destruida en la segunda mitad del siglo X A. C.; en ella, los edificios del estrato II A estaban cubiertos con una capa de cenizas producidas por un fuego voraz. Los excavadores indican que esto sucedió alrededor del 950 A. C. Si esto es así, debe atribuirse a una conflagación casual, porque es improbable que un enemigo causase una destrucción en el apogeo del poder de Salomón; históricamente es más probable que la destruyese Sisac hacia 926 A. C., y las pruebas cronológicas no son tan precisas para hacer que esto sea imposible. La ciudad reconstruida del estrato II B, siguió las líneas principales de la del II A, antes descrita (pág. 254); pero también en este caso hay pruebas de un crecimiento considerable de la población.

En Tell el-Naṣbeh hay otra pequeña ciudad cuyos restos, pertenecientes a este período, han sido excavados. El yacimiento quizá corresponda a la Miṣpāh bíblica. Después de la ocupación del Bronce antiguo, quedó abandonada hasta comienzos de la Edad del Hierro. Parece que la ocupación anterior a fines del siglo X tuvo poca importancia. Quizás pertenezca a este período una muralla defensiva anterior, bastante sencilla. Si realmente corresponde a Miṣpāh, parecería que en tiempo de Samuel era poco más que un pueblo, aunque esto no estaría en desacuerdo con lo que sabemos de lugares mencionados en los documentos de la época. Miṣpāh es importante por primera vez al efectuarse la división de dos reinos, porque entonces se convierte en puesto fronterizo de Judá, siendo fortificada por Asá de Judá en su lucha con Basá de Israel. Pueden muy bien pertenecer a este período las fortísimas defensas que sustituyeron a la muralla anterior. Por desgracia, la complejidad de la estratificación hizo imposible que los excavadores fijaran con exactitud la fecha de las murallas o la de los edificios. Sin embargo, es evidente que el trazado, considerado en su conjunto, pertenece al período de la monarquía dividida.

La muralla defensiva de la ciudad es extraordinariamente sólida, y constituye un ejemplo de un segundo tipo que se utilizaba en la Edad del Hierro, además del tipo con casamatas. La muralla misma tenía 4 metros de espesor y estaba construida con pesados mampuestos. Es interesante que, tanto aquí como en todas las demás ciudades pequeñas excavadas, no haya trazas del sistema fenicio de tallar las piedras. De la muralla sobresalían una serie de torres rectangulares, a intervalos irregulares y de varios tamaños. La base de las torres y de las murallas en los lados oriental y occidental de la ciudad estaba protegida por un glacis macizo, revestido de piedra, cuya base tenía, en algunos lugares, 8 metros de espesor delante de los cimientos de la muralla. El conjunto constituye un sistema defensivo formidable. La única entrada estaba formada por la superposición, en una distancia de 14 metros, de los dos extremos de la muralla, estando el exterior reforzado por una torre; la puerta misma, consistente en contrafuertes dobles, con cámaras de guardia, estaba situada en el extremo interior del paso así formado.

Al interior de las murallas, el trazado presenta muchas de las características de las ciudades de este período. Los edificios más próximos a las murallas están distribuidos en forma radial, con una vía circular a unos 26 metros de la muralla. Sin embargo, no están construidos adosados a la muralla; casi siempre hay un espacio de unos 10 metros, en el cual había silos de almacenaje en gran cantidad. Se ha recuperado muy poco del trazado del centro de la ciudad debido a la proximidad de la roca con la superficie. El empleo de piedras verticales, independientes o en las muralles, es común, y hay cierto número de ejemplos de plantas de casas con una habitación que va de una parte a otra del extremo de un bloque principal, dividido sea en tres habitaciones sea en tres naves (véase pág. 254).

Otro yacimiento relacionado con las defensas del reino meridional contra el septentrional es el de Tell el-Fūl, identificado con la Gabaa bíblica. La primera fortaleza, que en tiempo de Saúl, había sido acrópolis del poblado circundante, se dejó derrumbar en el período del reino unido. Fue reconstruido como fortaleza a finales del siglo X A. C., utilizándose como avanzada de las defensas de Jerusalén. La planta era cuadrada, con una sólida muralla, cuyo pie estaba protegido por una muralla más delgada; el espacio entre ambas estaba relleno de tierra y había un glacis exterior de piedra. La anchura total de la base de esta muralla defensiva compuesta, era de 9 metros. Se pudo descubrir muy poco de las instalaciones interiores de la fortaleza, que abarcaba un espacio de unos 13 metros cuadrados; sin embargo, la superestructura interior se apoyaba en una serie de sólidos pilares. Si la identificación de Tell el-Fūl con Gabaa y de Tell el-Naṣbeh con Miṣpāh son correctas, los dos lugares quizá fueron fortificados al mismo tiempo, porque en I Reyes 15 se narra que, cuando Asá de Judá hubo persuadido al Rey de Damasco para que atacara desde el norte a Basá de Israel, obligándole con ello a suspender su propia campaña contra el reino meridional, Asá destruyó la fortaleza que Basá había construido en Rāmāh, y empleó el material para fortificar Gabaa y Miṣpāh. La asociación de la fortificación de estos dos lugares con este incidente, queda confirmado por la semejanza del método empleado, con el uso de un glacis envolvente, y la utilización en las murallas de Tell el-Fūl de piedras ya empleadas con anterioridad.

La fortaleza de Tell el-Fūl no formaba parte de una ciudad o pueblo, como sus predecesoras. De hecho es un ejemplo de una torre fortificada o *migdal,* cuyas representaciones aparecen en los monumentos que narran las campañas de Palestina. Estas torres quizá constituían una parte característica de las defensas de Judá en este período, porque en el Négeb, en los límites meridionales del reino, se han identificado algunas construcciones contemporáneas semejantes.

Las pruebas acerca de este período en relación con las dos ciudades mayores de Judá, aparte de Jerusalén, son por desgracia escasas. Gézer se excavó en una fecha demasiado temprana, ya que la técnica de escavación que entonces se utilizaba no permitió desligar los restos superpuestos de los sucesivos. Las pruebas, sin embargo, indican que la ocupación entre 900 y 500 A. C., fue de poca importancia. Las excavaciones de Tell el-Duweir, que debe identificarse con Lākīš, ya que no hay ningún otro lugar de suficiente importancia en los alrededores, tuvieron que suspenderse antes de que el descombro de la colina misma hubiese llegado a algo más que a tocar los estratos de este período. Lākīš es una de las ciudades que la Biblia incluye en la lista de las que Roboam fortificó, cuando

la división del reino de Salomón y la resurrección de Egipto como potencia militar bajo Sisac I, convirtió el defenderse en un problema urgente. Es posible que deban atribuirse a Roboam las fortificaciones que rodean el lugar, y que siguieron utlizándose hasta el final del período israelita. El método de construcción de esta muralla es interesante. La parte inferior está hecha con piedras colocadas sobre un talud muy fuerte, constituyendo de hecho otro ejemplo de defensa del tipo glacis. Sobre esta parte había una sección de muro de piedras verticales, y sobre ella otra sección de adobes. Esto ilustra cómo se combinaban la piedra y los adobes, incluso en sitios donde la piedra abundaba bastante. Dentro de las fortificaciones se identificó una gran fortaleza-palacio, enfrente de la cual había un gran patio abierto. Así pues, quizá hubo ahí algo parecido a un barrio oficial; sin embargo, el descombro llevado a cabo en la cima no ha sido suficiente para determinar cómo se relacionaba con otras partes de la ciudad. La existencia de un barrio oficial bastante extenso quizás se explica por el hecho de que al parecer la población rebasó las murallas, ya que se han encontrado restos de casas de este período en las laderas al exterior.

Las excavaciones, pues, nos han demostrado que la vida ciudadana fue floreciente durante la época de la monarquía doble. Las ciudades estaban bien pobladas, y parece que hubo cierta cantidad de especialidades en los oficios; en Tell Beit Mirsim hubo muchos obreros textiles, y en Bēt Šémeš hubo una concentración de la industria del vino y del aceite de oliva. Existen evidentemente dos tipos de ciudad: las dominadas por un barrio oficial extenso y exclusivo, y las que parece que únicamente estuvieron ocupadas por casas particulares, en cuyo trazado y distribución hay muchas características comunes. Todas las ciudades están amuralladas, y al parecer hay dos tipos principales de fortificación: el tipo con casamata y el tipo con un glacis al pie.

Las grandes ciudades de Samaria y Megiddo nos permiten hacernos una idea del lujo real y oficial. Los hallazgos realizados en otras localidades indican una prosperidad bastante general, pero poco lujo. Se ha encontrado muy poco que nos hable de un alto grado de habilidad y gusto artísticos. Los adornos, consistentes en broches, anillos, pendientes, cuentas u otros objetos pendientes, son senci-

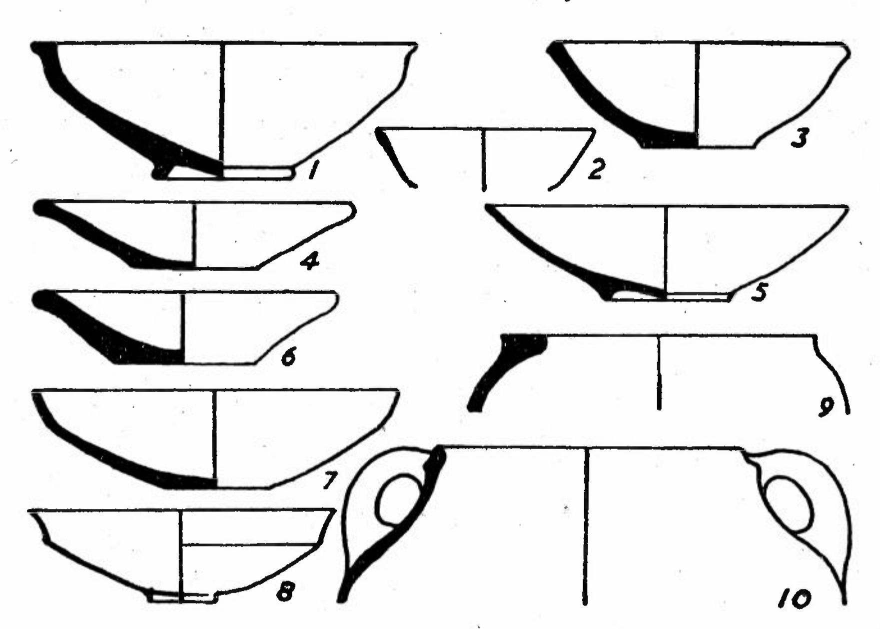


FIG. 63. Cerámica del período IV de Samaria.

llos; los de metal casi siempre son de bronce, aunque unos pocos son de plata. Se ha encontrado muy poco oro en este período. El hierro suele usarse para toda clase de herramientas y armas, por ejemplo, las hoces de hierro desplazan a las de sílex hacia el año 1000 A. C., y casi por la misma época empiezan a ser de uso común las puntas de flecha de hierro. Se han hallado los suficientes ejemplares de todos los tipos de herramientas de hierro, tanto para trabajar la madera como agrícolas, por ejemplo, rejas de arado, para demostrarnos que el metal era fácilmente asequible a todos. La cerámica que se utiliza está bien hecha y es abundante, aunque objetos realmente bellos se han encontrado muy pocos. Un tipo interesante de objeto de tocador, indicativo del primor de Jezabel y de sus damas, es una pequeña paleta de caliza que se empleaba probablemente para mezclar cosméticos; se han encontrado ejemplares en muchos lugares, por lo cual se ve que su uso no se limitaba a los círculos cortesanos. No se han hallado muchos objetos de culto perteneciendo a este período, lo cual demuestra que la religión de Israel no tuvo

que hacer frente a tanta competencia como anteriormente. Una excepción, sin embargo, la constituyen las figurillas de la fecundidad que se encuentran en muchos lugares del reino meridional, pero no en el septentrional. Son de un tipo moldeado en todo su contorno y no en forma de placas; aparece por primera vez en el Hierro antiguo II.

En Samaria, el trazado de la ciudad con su barrio real, perduró durante todo el período israelita. No obstante, hay cierta decadencia en los tipos de construcción. En el barrio real se levantaron nuevos edificios; para hacerles sitio fue suprimida la bella muralla defensiva anterior. Los nuevos edificios eran sólidos, pero el aparejo muy tosco. Edificios posteriores, de planta y alineación irregulares, se construyeron adosados a la muralla defensiva con casamata, echando a perder con ello la simetría original del trazado. El más antiguo de estos edificios inferiores debe fecharse todavía dentro del siglo IX A. C., quizá cuando Jehú expulsó la dinastía de Omri en 841 A. C. Hacia el 800 A. C. la muralla defensiva con casamata tuvo que ser reconstruida en parte después de algún desastre; la muralla reconstruida, de piedras rotas y mal colocadas, no muestra de ningún modo la pericia tan evidente en la muralla anterior. Es evidente que, cuando los artífices fenicios traídos por Omri y Ajab dejaron de encargarse del trabajo, los israelitas volvieron a su técnica constructiva, anticuada y tosca.

En uno de los nuevos edificios del patio apareció una gran cantidad de óstraca (documentos escritos sobre fragmentos de cerámica). Son recibos de impuestos percibidos en especie. El edificio que los contenía quizá fue un almacén del Gobierno. La prueba que nos ofrecen la construcción y el material de los fragmentos cerámicos sugieren una fecha hacia el 800 A. C. Los recibos se extienden desde el año noveno hasta el decimoséptimo de algún rey. Las circunstancias políticas que convendrían mejor son las del reinado de Joacaz, quien reinó durante diecisiete años, desde 813 a 796 A. C., aunque, durante los ocho primeros años de su reinado, Hazael y Ben-Hadad de Damasco tenían sojuzgado a Israel. Cuando la invasión de ese país por Adadnirari III de Asiria acabó con la amenaza aramea, Joacaz recuperaría una vez más el dominio de todo el reino, y podría percibir impuestos, lo cual explicaría el hecho de que los recibos



LÁM. 65. Objetos cultuales de la Edad del Hierro, hallados en Megiddo.

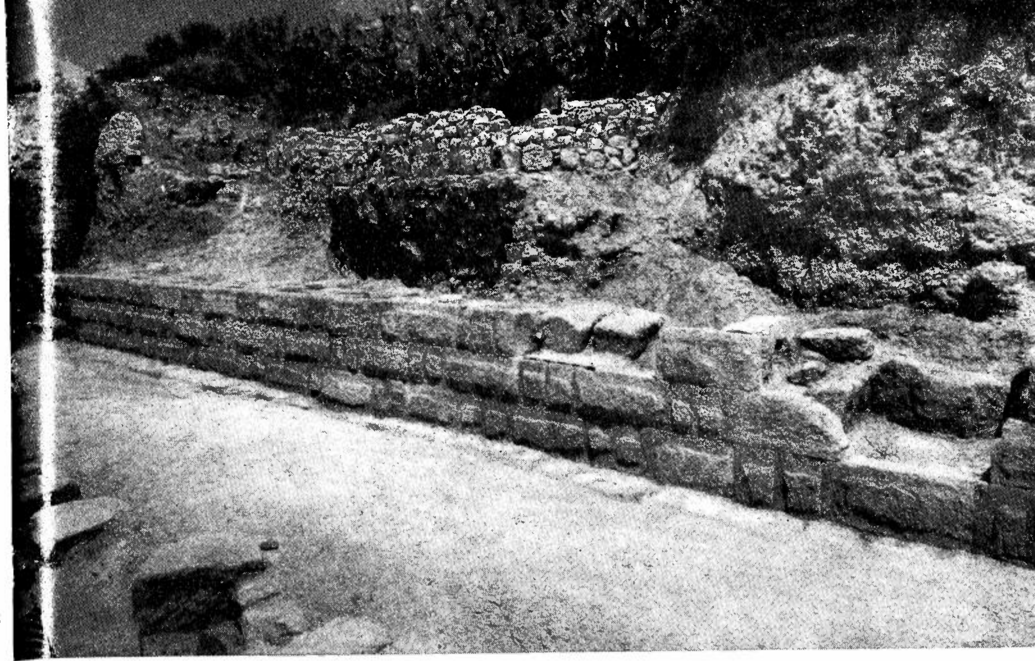


LÁM. 66. **Vista aérea de la puerta salomónica, de Ḥāṣōr.**



LÁM. 67. **Tell el Fār'ah. Edificio sin terminar de principios del siglo IX.**

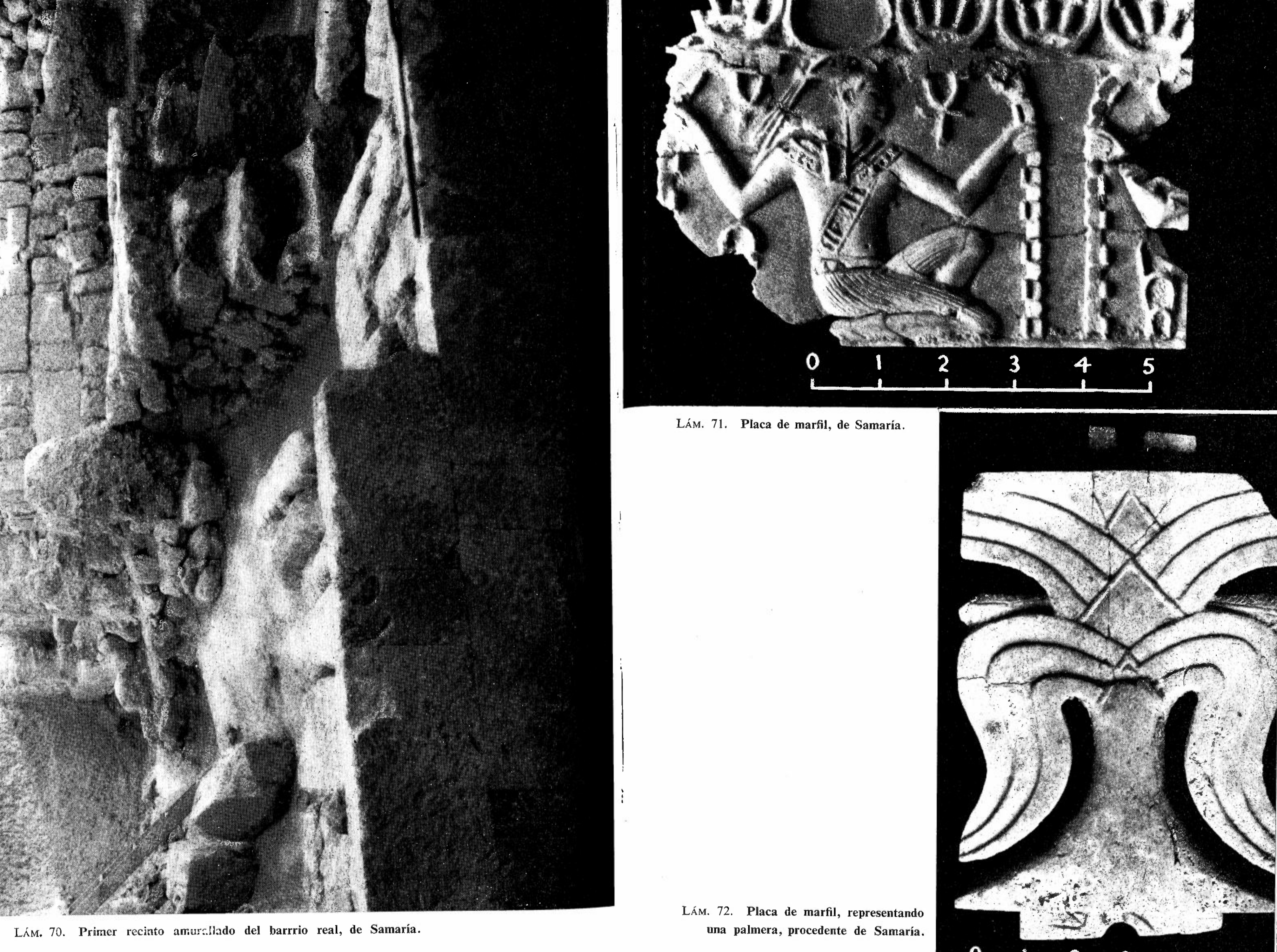




LÁM. 68. **Recinto exterior de la muralla, de Samaría.**

LÁM. 69. **La colina de Samaría, vista desde el este.**

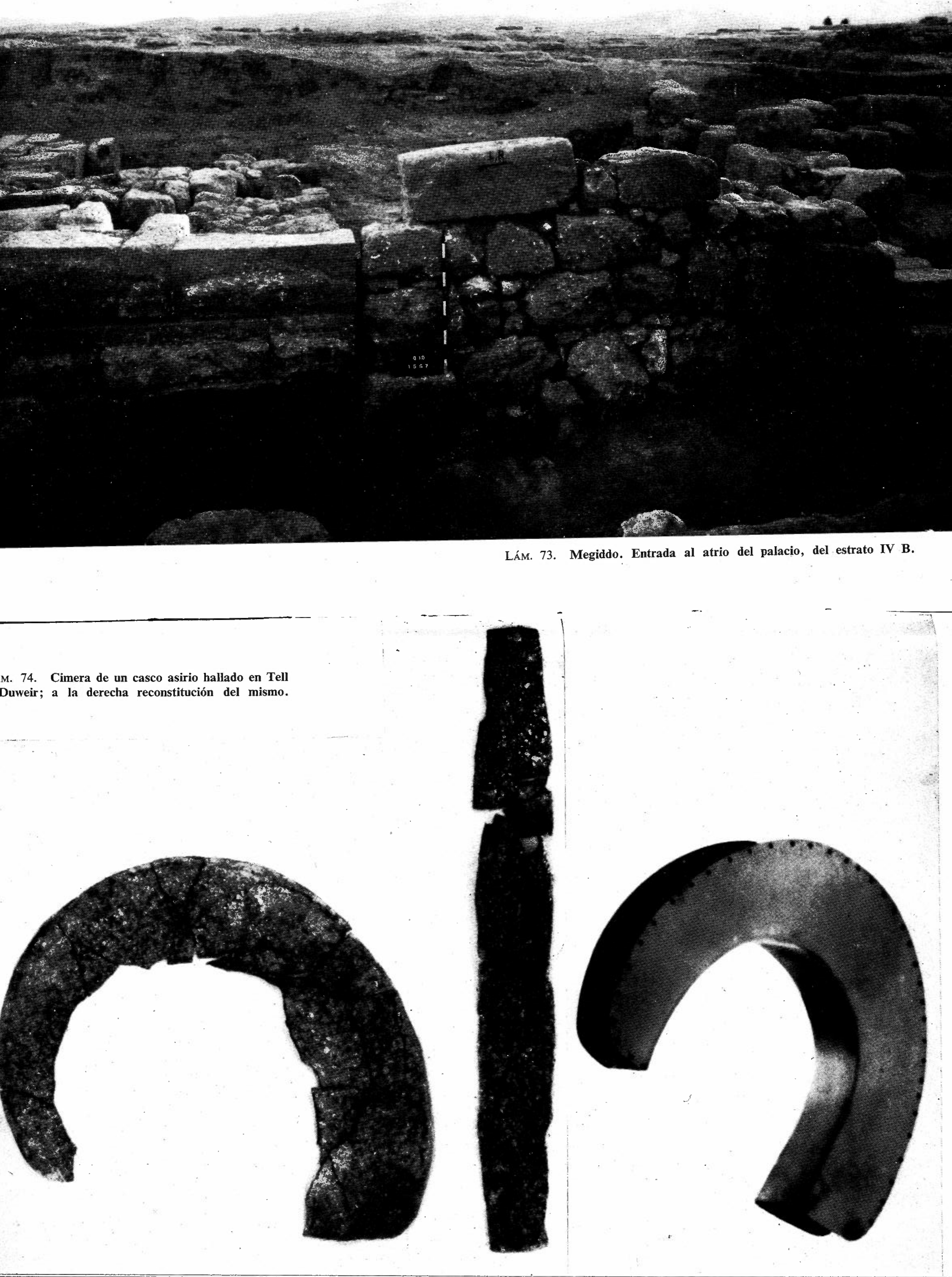




LÁM. 70. Primer recinto amurallado del barrrio real, de Samaría.

LÁM. 71. Placa de marfil, de Samaría.

LÁM. 72. Placa de marfil, representando una palmera, procedente de Samaría.



Lám. 73. **Megiddo. Entrada al atrio del palacio, del estrato IV B.**

м. 74. **Cimera de un casco asirio hallado en Tell Duweir; a la derecha reconstitución del mismo.**

LÁM. 75. Una calle del estrato III, del Tell el-Duweir.

FIG. 64. Cerámica del período VI de Samaria.

comiencen sólo en el año noveno. Así pues, las pruebas arqueológicas y los relatos históricos concuerdan bien en la datación y proporcionan un punto fijo importante en la cronología de los escritos hebreos.

En Megiddo, al igual que en Samaria, el estilo fenicio de construcción tuvo corta vida. El gran barrio oficial siguió en uso durante un siglo aproximadamente. Luego fue destruido, y en el nuevo trazado que los sucedió, alrededor del 750 A. C., quedó suprimido el barrio oficial, ocupando su lugar una ciudad ordinaria de casas particulares. Ésta se proyectó de un modo bastante regular en zonas aisladas entre sí por calles bien planeadas; los edificios eran relativamente espaciosos; en este aspecto es completamente distinta de las ciudades anteriores de este período y no hay huellas del anillo de edificios alrededor de las murallas. Sin embargo, la construcción volvió a la antigua técnica de la muralla de mampuestos, sin ninguno de los bellos trabajos en sillares del estrato precedente.

CAPÍTULO XII

La caída de los reinos hebreos y el período postexílico

En el capítulo anterior hemos dicho muy poco de los acontecimientos políticos que afectaron a los reinos de Judá e Israel. El relato bíblico, complementado por nuestros actuales conocimientos de la historia escrita del Próximo Oriente, evidencia que sólo se dieron circunstancias pacíficas en lapsos de tiempo muy cortos a lo largo de todo el período de la monarquía doble. Los testimonios arqueológicos vienen en apoyo de los históricos. Por ejemplo, la fortificación del barrio real de Samaria pudo tener un origen en el asedio de la ciudad por Ben-Hadad II de Damasco al acceder al trono Ajab. La destrucción del bello recinto amurallado y su sustitución por edificios más toscos quizá se debió a las devastaciones de Jehú cuando exterminó la dinastía de Omri. Las reconstrucciones de mediados del siglo VIII A. C. quizá fueron necesarias después de la anarquía que siguió a la muerte de Jeroboam II. El fin del estrato IV de Megiddo pudo deberse al ataque que los asirios efectuaron sobre Israel, hacia 734 A. C., en el que el reino perdió casi toda su parte septentrional. A la misma causa se debe ciertamente la violenta destrucción del estrato V de Ḥāṣōr. En realidad, en muchos lugares hay pruebas de sucesos violentos durante este período, pero, por lo regular, las pruebas arqueológicas no suministran una cronología suficientemente exacta que permita elaborar una positiva correlación de los acontecimientos arqueológicos e históricos. El cuadro general sin embargo, es parecido, y la correlación exacta a menudo inmaterial.

Ahora sabemos que detrás de todos los sucesos políticos descritos en el relato bíblico están las vicisitudes de la historia del imperio asirio. Después de unos tres siglos en los que su historia es casi una laguna, Asiria se convierte de nuevo en un factor poderoso bajo Asurnasirpal (884-859 A. C.). Durante los dos siglos y medio siguientes adopta una política de expansión y conquista, interrumpida a veces por sublevaciones de los pueblos sometidos, de ordinario en los momentos de subida al poder de un nuevo rey. Entre los reinos hebreos y Asiria está situado el reino arameo de Damasco. Cuando Asiria era débil, Damasco estaba dispuesta a ser una espina en la carne de Israel. Cuando Asiria amenazaba a Damasco, Israel quedaba libre de presiones y podía recuperar sus perdidas posesiones. Cuando Israel estaba a la greña con Damasco, Judá se libraba del dominio israelita. Cuando Judá sufría la opresión de Israel, Edom se podía sublevar contra ella; y cuando, a su vez, Israel era débil, los demás reinos al este del Jordán podían igualmente liberarse o atacar a su vez. Y de este modo avanzaba la cadena de acontecimientos, teniendo su ascendiente ahora un país ahora otro.

Pero en cada ola de agresiones, los asirios presionaban cada vez más hacia el Mediterráneo y hacia el sur. En 734 A. C. Tiglatpileser III avanzó directamente hacia Palestina. Los hebreos se dieron tan poca cuenta de los peligros que implicaba el tratar con el cruel poder mesopotámico, que Ajaz de Judá recurrió al mismo en busca de ayuda contra Israel, y atacó tanto a Israel como a las ciudades filisteas, quienes, después de un largo período de quietud, una vez más se aprovecharon de la debilidad de Judá. Asiria se anexionó Filistea, dejando a Oseas de Israel solamente la mitad sur de su reino. Los asirios anexionaron Galilea y el territorio al este del Jordán, siendo llevadas en cautiverio las tribus de Rubén, Gad y Manasés. Esta era de hecho la despiadada política de los asirios para dominar el territorio capturado: deportaban poblaciones enteras, cuyas localidades eran ocupadas por exilados de otras partes del imperio. Esta política tiene un sello singularmente moderno.

Este fue el principio del fin del reino septentrional. En las últimas etapas aparece un factor nuevo, el renacer de Egipto, que no había intervenido en la política siria desde la época de Sisac I, dos siglos antes. Los reinos sirios que quedaban, confiados en la ayuda

egipcia, intentaron librarse de los tributos de los asirios, pero la única consecuencia fue acelerar el fin. En 724 A. C., Salmanasar V asedió Samaria, la que resistió durante dos años y sucumbió a manos de su sucesor, Sargón II, en 722 A. C. Sargón avanzó luego directamente hacia la frontera egipcia y derrotó a los egipcios y a los filisteos y a sus demás aliados sirios. En su camino de regreso en 720 A. C. arrastró al cautiverio a todas las demás tribus de Israel. En lugar de ellos estableció en Samaria hombres de Babilonia y de otras ciudades extranjeras.

Judá y Fenicia fueron los únicos reinos sirios que sobrevivieron al gran ataque; pero iban a llegar futuros avances. En 705 A. C. Senaquerib condujo una vez más a los asirios hacia el sur, devastando gran parte de Judá. Capturaron y saquearon Lākīš, lo mismo que otras ciudades más pequeñas. Jerusalén fue asediada, y, aunque resistió, Ezequías de Judá tuvo que librarse de los asirios mediante el pago de un tributo. Judá sobrevivió durante un siglo más, aunque sólo como vasallo semi-independiente. Los documentos asirios demuestran lo ilusorio de esta independencia; en ellos se hace referencia a la guanición de mercenarios filisteos que se mantenía en Lākīš.

En algunos lugares se han encontrado pruebas arqueológicas de estos acontecimientos, ya que sus efectos fueron tan catastróficos, que raras veces quedan dudas en cuanto a la correlación de las pruebas arqueológicas e históricas.

En Samaria, el barrio real israelita fue completamente destruido. En todos los lugares donde se han encontrado estratos intactos de los últimos edificios israelitas, había espesas capas de materiales quemados. Entre estos restos se encontraron muchos fragmentos de los adornos de marfil del palacio de Omri y Ajab; los demás, se descubrieron en escombros semejantes que habían sido alterados en operaciones posteriores de construcción. Muchos de los marfiles estaban totalmente ennegrecidos por el fuego. Los que no lo estaban se encontraron empotrados en sedimentos viscosos de color claro, que evidentemente corresponde a la superestructura de adobes de los edificios que se habían derrumbado sobre ellos durante la destrucción, y de este modo había evitado que se quemasen. Un período de saqueo sin duda precedió al incendio del edificio, y es tentador considerar como procedentes de este pillaje, los marfiles casi idénticos

encontrados en el palacio de Sargón en Nimrud. De este período apenas si queda una pared que sobresalga por encima del nivel del suelo. No siempre consta con claridad qué parte de la destrucción de murallas tuvo lugar por este tiempo, qué parte en períodos posteriores, cuando los cimientos fueron excavados en busca de piedras para la construcción. Es cierto que ninguno de los edificios interiores sobrevivió en medida apreciable, porque las edificaciones subsiguientes ignoran por completo sus contornos. La muralla con casamata alrededor de la cima sobrevivió en parte, porque la muralla helenística del siglo II siguió su contorno; y, quizá algo antes, dentro del mismo período helénico, fue ella misma reparada, mientras que la muralla del terraplén medio, ciertamente estaba lo suficientemente intacta en el siglo III A. C. para poder ser reforzada con las grandes torres helenísticas. Parece bastante razonable suponer que las murallas defensivas fueron conservadas y reparadas, porque Samaria se convirtió en centro de un distrito administrativo bajo los asirios, mientras que los edificios interiores fueron arrasados. Los demás habitantes y los extranjeros establecidos allí debieron vivir lo mejor que pudieron en las ruinas. Como último recurso emplearían los grandes edificios reales de la cima, donde sin duda se había concentrado de modo especial la destrucción. Los barrios en que vivía la gente sencilla, de los que no tenemos ninguna prueba, quizá sufrieron menos deterioros, pudiendo vivir en ellos los habitantes que quedaban.

Las pruebas de una interrupción en la cultura del lugar son muy notables. Desde el período I al VI, entre las fases identificadas en las excavaciones, hay un constante desarrollo de la cerámica y otros hallazgos, pero no hay ni cambios bruscos ni influencia exterior. En la capa que cubre la destrucción sigue habiendo algo de la última cerámica israelita, pero, junto con ella, aparecen vasijas completamente nuevas. Entre ellas son dignas de mención algunas con reborde alto abocinado y de material delgado, muy bello; son totalmente distintas de todo lo encontrado antes en el lugar, y no tuvieron ulteriores desarrollos en Palestina. Nos hallamos con claridad ante la cerámica que importaron algunos de los nuevos ocupantes, y que desaparece después de un espacio de tiempo relativamente corto, cuando los ocupantes empiezan a utilizar la cerámica local.

En Tell el-Fārʿah puede señalarse un curso exactamente similar de los acontecimientos. El fuego destruyó los edificios de esta ciudad, que se había formado hacia el 800 A. C. La ocupación subsiguiente es mucho más pobre y en ella aparecen los mismos tipos importados de cerámica que en Samaria.

Megiddo sin duda se perdió para Israel bastante antes que Samaria, al anexionarse el territorio septentrional en 734 A. C. Como ya indicamos, los edificios del estrato IV quizá fueron destruidos en esta etapa. La cerámica del estrato III no presenta un bache tan acentuado como la de Samaria, aunque sí aparecen cierto número de formas nuevas, sin antecedentes locales manifiestos Pero es muy posible que el nuevo trazado del estrato III se deba a los asirios o a sus ocupantes Su planta, con zonas aisladas rectangulares, grandes y regulares, no tiene nada de palestinense. Por desgracia, nada se conoce de las ciudades asirias de este período — sólo se han excavado los palacios —, por lo cual es imposible decir si el plan tiene alguna influencia asiria directa, si bien se nota fuertemente alguna especie de influencia extranjera.

Aunque sólo quedó anexionado el reino septentrional, las ciudades del reino meridional sufrieron mucho en las últimas campañas asirias. Probablemente por este tiempo el fuego destruyó Bēt Šémeš II B. La fortaleza de Gabaa fue destruida por el fuego casi por la misma época. Tell Ǧemmeh, cerca de Gaza, quizá sufrió la misma suerte, y es interesante señalar que también aquí aparece cerámica extranjera. Hay unas pocas vasijas muy parecidas a las encontradas en Samaria, ya mencionadas; pero lo más notable de todo fue un gran depósito hallado en un sólo hoyo, al que Sir Flinders Petrie llamó el Servicio de Comedor del gobernador asirio. Algunas de las vasijas sin duda son asirias, de finales del siglo VIII A. C.; pequeñas copas, delgadas como cáscaras de huevo, de bordes altos abocinados, bases ridículamente pequeñas, y hoyuelos en las paredes. Al resto ciertamente se le puede llamar servicio de comedor; no es verdaderamente asirio, aunque es copia de los tipos encontrados en Asiria a finales del siglo VIII A. C.[1] Consiste en docenas de bandejas; cerca de la base tienen unos perfiles escalonados de un modo peculiar

[1] Material de las excavaciones del profesor MALLOWAN en *Nimrud,* todavía inédito.

y rebabas debajo del borde corto replegado. Unas son mucho más bellas que otras, y de material diferente. Quizá los importó algún oficial del ejército asirio; las demás piezas copian localmente su tendencia, imitando sus propias vasijas indígenas.

Que Lākīš fuese capturada lo sabemos tanto por los relatos bíblicos como por los asirios. Los relieves hallados en Nínive presentan el asedio en acción. La prueba más clara de la destrucción proviene de las ruinas situadas en la calzada inferior; en ellas se encontró la cimera de un yelmo de bronce, idéntica a las que llevan en los relieves asirios los soldados que están atacando Lākīš (lám. 74). También se encontraron fragmentos de algunas corazas y armas asirias. Sin embargo, es probable que en el interior de la ciudad no se haya llegado al estrato de destrucción[1].

Jerusalén no sucumbió ante los asirios pero quedó en situación desesperada. Ante la amenaza asiria, Ezequías reforzó la ciudad, llevando a cabo otra de esas obras de ingeniería relacionadas con el suministro de agua, de las que ya hemos dado ejemplos. El antiguo acceso secreto al venero, conocido ahora como fuente de la Virgen, descrito en el capítulo x, había quedado abandonado por mucho tiempo, y posteriormente se utilizó el venero para regar huertos de las laderas de Ofel. El antiguo túnel no se restauró, porque la geografía de la ciudad había cambiado para entonces. En lugar de ello se construyó un túnel directamente a través de la colina de Ofel desde la ladera nordeste a la sudoeste, que estaban entonces dentro de las murallas de la ciudad; mediante él las aguas del venero eran llevadas a una alberca, la alberca de Siloé del Nuevo Testamento, donde todavía siguen yendo.

En 2 Reyes y 2 Crónicas hay varias alusiones a las realizaciones de Ezequías quien «cegó la salida superior de las aguas del Gīhōn y las dirigió directamente hacia el lado occidental de la ciudad de David». Hace tiempo que se conoce el túnel de Siloé; en 1880 se descubrió una inscripción en sus muros, que recuerda la emoción de los trabajadores cuando los dos grupos, que comenzaron a trabajar en

[1] En *Lachish* III, también se atribuye a este ataque la destrucción del estrato III en la cima. Pero la comparación de los hallazgos procedentes de las casas de esta fase con las de otros lugares indica más bien que el estrato III fue destruido en la primera campaña babilónica de 598 A. C. (véase *Samaria*, III, págs. 204-208.)

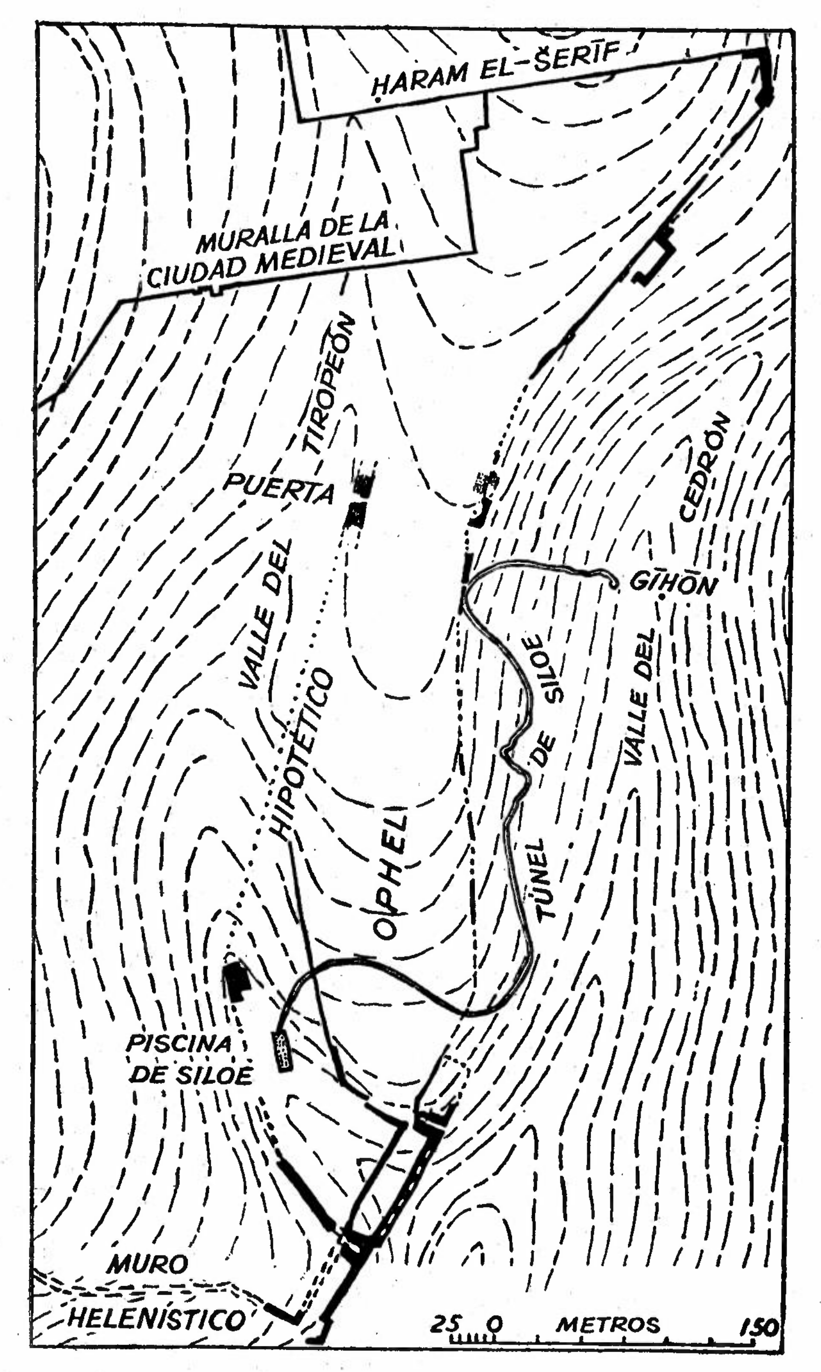


FIG. 65. Plano de las murallas de Ofel y del túnel de Siloé.

extremos opuestos, se encontraron en el interior de la colina. En las excavaciones de 1909-1911 se descombró todo el túnel. Las pruebas arqueológicas, aunque no nos dan confirmación exacta de ello, concuerdan bien con la atribución de esta obra a Ezequías; el examen meticuloso que el P. Vincent llevó a cabo en aquella época demostró cómo se había realizado el trabajo. La línea del túnel sigue un curso sinuoso muy curioso, para el que no se encuentra explicación satisfactoria, aunque se ha sugerido que en parte fue para evitar alterar sepulcros reales ocultos. El punto de unión de las dos secciones, con incomprensibles cambios de dirección de acá para allá, ilustra con frecuencia el triunfo que la inscripción recuerda. Mantuvieron el nivel del túnel con mucho más cuidado que su trazado, aunque también él necesitó algún ajuste. El Padre Vincent ha demostrado que esto explica por qué la altura del túnel varía tanto de un extremo a otro, desde 5 metros en el meridional hasta llegar a 1,60 metros. Un examen concienzudo demostró que el túnel, tal como comenzó a horadarse, tenía una altura entre 1,60 y 2 metros, pero que la pendiente del piso no era del todo regular. Se igualó rebajando el piso donde era necesario, formando de este modo las partes más altas del túnel. El nivel resultante garantiza el perfecto fluir del agua desde el venero hasta la alberca, con un desnivel de 2,18 metros en una distancia de 512,50 metros. Aun cuando fueron necesarios algunos ajustes, constituye una obra de ingeniería asombrosa con los primitivos instrumentos de medición. Sin duda alguna este suministro de agua tan seguro que el túnel proporcionaba, facilitó mucho la resistencia de la ciudad ante el asedio asirio.

El reino de Judá no acabó hasta más de un siglo después de la caída de Israel. No hay duda de que su independencia era nominal, y que de hecho era vasallo de Asiria. En 612 A. C., el imperio asirio cedió su puesto al imperio babilónico de Mesopotamia, quien heredó los dominios y la política asirios. El cambio, de hecho, supuso pocas diferencias para los palestinenses; al principio del siglo VI Nabucodonosor dio el paso final anexionándose Judá. Esto se llevó a cabo en dos campañas, en 598 y en 589-587 A. C. De este último siglo de existencia del reino hebreo, la arqueología hasta ahora no nos ha ofrecido muchas pruebas. En algunos casos se reconstruyeron ciudades que habían sido destruidas. En Bet Šémeš, por ejemplo,

la ciudad del estrato IIc fue edificada sobre las ruinas de la IIb, aproximadamente según el mismo plan.

Es posible que deba atribuirse a este período el estrato III de Lākīš[1]. La ciudad de este período era grande; abarcaba probablemente la totalidad de la cima del montículo y estaba rodeada por una sólida muralla. No se ha determinado la asociación de las fases de construcción de esta muralla con las casas del estrato III. Tampoco se había descubierto la puerta de entrada de este período cuando tuvieron que suspenderse las excavaciones; parece, sin embargo, que su plan era semejante al del estrato superior, y la calzada ascendía oblicuamente por una rampa y luego daba la vuelta hacia la derecha a través de una puerta, que consistía en una serie de pilares de ladrillos con cimientos de piedra. En el interior de la ciudad se excavaron secciones de hileras de tiendas que daban a la vía que desde la puerta llevaba al centro de la ciudad (lám. 75). El barrio ciertamente era pobre, con casas amontonadas, de construcción frágil. La parte inferior de las paredes era de piedra y la superestructura casi siempre de ladrillo o barro, cubiertas con una capa de barro y paja cortada, y acabadas con otra capa de revoque de cal; los pisos eran de guijarros o tierra apisonada; en los escombros de la combustión, cuando fue destruida la ciudad, había restos de techos de madera, de broza y barro. Había casas semejantes junto al único edificio imponente que se ha localizado. Este edificio estaba representado por un gran podio de piedra de 35 por 78 metros, en el cual había varias fases de construcción pertenecientes a la Edad del Hierro la última de las cuales posiblemente pertenece a este período. No se pudo recuperar nada del plan interior, aunque con toda probabilidad fue una ciudadela o palacio. Por consiguiente, las pruebas que nos proporcionan las excavaciones son parcas, pero no hay nada en los edificios o en su contenido que indique un gran lujo.

Otras ciudades, que habían escapado a la destrucción asiria, siguiendo más o menos como antes. En Tell Beit Mirsim no se vislumbran alteraciones notables entre 930 y 588 A. C. Asimismo, en Tell el-Naṣbeh la ocupación es ininterrumpida. Sin duda que en muchas otras ciudades más pequeñas, la situación fue similar. La cultura

[1] Véase la nota de la pág. 288.

sigue siendo la misma, aunque quizás incluso haya menos cosas que antes que sugieran gusto artístico. Se puede distinguir la cerámica del siglo VII de la del siglo VIII, pero no es más que una evolución de la misma y no hay una línea divisoria marcada. El desarrollo o evolución procede del embotamiento y de la producción masiva; de hecho, la cerámica de este período es fea y carente de interés, aunque muy hecha técnicamente. Parece reflejar el punto más bajo de la vida política del reino.

La arqueología confirma plenamente las pruebas bíblicas de los desastrosos efectos por las campañas babilónicas que acabaron con este período. Muchas ciudades fueron destruidas y nunca más volvieron a ocuparse. Ejemplos típicos nos lo ofrecen Tell Beit Mirsim y Bet Šémeš. Había habido con anterioridad períodos de interrupción en la ocupación de ciertos lugares, pero en ningún otro momento habían dejado definitivamente de ser ciudades gran número de lugares. Esto demuestra con claridad los efectos desastrosos que tuvo la política babilónica en la economía del país. Probablemente tan sólo una cuarta parte de la población fue en realidad llevada al cautiverio; pero entre los cautivos estaban todos los dirigentes, con lo cual la organización y el comercio del país quedó deshecho. Su economía no podía ya sustentar las superpobladas ciudades del período de los reinos judíos.

La propia Jerusalén fue saqueada y el Templo destruido. De ello sólo tenemos testimonios literarios. Pero la arqueología ha suministrado pruebas patentes de los acontecimientos del período; las excavaciones realizadas en Lākīš han proporcionado material que probablemente debe interpretarse[1] como demostrativo de las dos campañas babilónicas del 599 y del 588 A. C. En la primera campaña, fue totalmente destruida la ciudad del estatro III. Un enorme túnel excavado en la roca, de planta rectangular con lados de una profundidad de 24 y 21 metros, era quizá el último esfuerzo para preparar a la ciudad para resistir el próximo asalto. Esta obra colosal nunca se terminó. El piso era completamente irregular y mucho más bajo al sur que al norte. No hay pruebas concluyentes de su finalidad, aunque probablemente estaba en relación con el suministro de agua,

[1] Samaria, III, págs. 204-208.

FIG. 66. Cerámica del estrato III de Tell el-Duweir.

ya como túnel de un venero ya como depósito. Pero el asalto babilónico debió llegar antes de que pudiese utilizarse. En el fondo mismo del relleno hay fragmentos de cerámica del siglo VI, y el hoyo se dejó abierto para ser rellenado gradualmente en el curso de los siglos siguientes.

Los escombros que cubren las ruinas de la ciudad del estrato III demuestran la violencia y totalidad de la destrucción. En la puerta de entrada 2,50 metros de escombros incinerados separaban los pisos de este período de los subsiguientes. La ciudadela-palacio quedó totalmente derruida, y una masa de ladrillos calcinados cubre sus cimientos de piedra. Cerca del palacio se excavó una hilera de tiendas, una de las pocas secciones descombradas en el interior de la ciudad. Las habitaciones aparecieron llenas de objetos en uso en el momento de la destrucción, que los habitantes no tuvieron tiempo de salvar; grandes vasijas de almacenaje para cereales, y una instalación para tejer, representativa de la industria y comercio típicos de una ciudad palestinense de la época. Fuera de la ciudad se encontró un extraordinario depósito de unos dos mil cuerpos arrojados en un antiguo sepulcro a través de un agujero en el techo. Algunos de los huesos quedaron en parte calcinados, lo cual hace pensar que los cuerpos fueron rescatados de los edificios incendiados. J. L. Starkey creyó que los restos representaban el descombro de la ciudad después de la salvaje matanza realizada por los babilonios. Algunos de los craneos presentan heridas de guerra, pero el descubrimiento más curioso lo presentan tres cráneos que habían sido trepanados. En dos casos se había extraído un trozo cuadrado de hueso mediante cortes de sierra. La cirugía era muy imperfecta, y los pacientes no sobrevivían. ¿Representa esto experimentos realizados por los conquistadores en los prisioneros, a la manera de los nazis, o bien los esfuerzos desesperados de los supervivientes para salvar la vida de un hombre herido en la batalla? Quizá la segunda explicación sea la más probable en el tercer caso, en el cual hicieron un agujero raspando, y en el que el paciente al parecer vivió el tiempo suficiente para que el hueso sanase; por lo tanto, debía tratarse de una operación antigua y no la causa inmediata de la muerte. Así pues, la trepanación debió ser una práctica quirúrgica israelita admitida, empleada en otros casos para accidentes de guerra.

Sobre los escombros de la destrucción, la ciudad se reconstruyó con unas pocas casas miserables. El gran túnel incompleto se dejó abierto, siendo rellenado gradualmente. Sólo las defensas presentan cierta perfección en la reconstrucción, con una puerta nueva construida en la cima de los 2,50 metros de escombros que cubrían las ruinas de su predecesora. En el asalto final de Babilonia contra Judá, Jeremías cita a Lākīš, junto con Jerusalén y Azeqá, como una de las últimas plazas fuertes de Judá «pués estas habían quedado como ciudades amuralladas entre las ciudades de Judá» (Jer. 34, 7).

Pero estas «ciudades amuralladas» cayeron pronto ante el poder babilónico. Las excavaciones demostraron que el fuego destruyó una vez más la restaurada Lākīš. En un cuarto de guardia, entre la puerta exterior e interior de la ciudad, en la capa de cenizas que corresponde a este fuego, se encontró una colección de ostraca, o fragmentos de vasijas utilizadas para escribir mensajes. En total se encontraron diez y ocho ostraca, de los cuales siete son lo suficientemente legibles para encontrarles sentido, mientras que en los otros sólo se pueden leer frases y palabras sueltas. La interpretación de los documentos es difícil, en parte porque en ciertos lugares la lectura es incierta y en parte porque aluden a sucesos y a otros documentos que sólo se pueden conjeturar. Los expertos difieren tanto en la lectura como en la interpretación. Pero si se acepta la interpretación del profesor Torczyner, autor de la publicación total, los documentos son de extraordinario interés debido a su conexión con el relato bíblico de los últimos días del reino hebreo.

Todos los documentos son cartas. Unas cuantas son de un tal Hōšaᶜyāhū a su señor Yāᶜūš, y es muy posible que las menos legibles sean parte de la misma correspondencia. Hōšaᶜyāhū es, al parecer el jefe de un puesto fortificado y Yāᶜūš el gobernador de Lākīš. La correspondencia llega al cénit en la carta IV, en la que Hōšaᶜyāhū dice «ya que estamos observando los puestos de señales de Lākīš, según todas las indicaciones que mi señor da, porque no vemos las señales de ᶜĂzēqāh». Ya hemos citado la mención que hace Jeremías de Lākīš y ᶜĂzēqāh como dos de las últimas ciudades supervivientes de Judá. Esta frase sugiere aún más la inminente tragedia; parece como si ᶜĂzēqāh hubiera sucumbido, y Hōšaᶜyāhū estuviese pendiente de órdenes que le llegaban desde la más alejada Lākīš

Pero no parece que los documentos representen una colección de las últimas cartas recibidas antes de la caída de Lākīš, como si fueran las cartas que estaban por archivar. En primer lugar parecen referirse a sucesos que abarcan un espacio de tiempo considerable. En segundo lugar, parecen proceder todas de la misma persona — en algunos casos están escritas en trozos de la misma vasija — y sería extraño que, mientras un corresponsal escribía diez y ocho cartas, ningún otro escribiese ninguna más. Hay, además, un tema que está presente en todas las cartas inteligibles, porque en cada una de ellas Hōšaᶜyāhū parece intentar excusarse y negar que haya cometido algún crimen, lo cual parece tener relación con el hecho de haber leido algunas cartas. El profesor Torczyner ha sugerido una interpretación muy ingeniosa, basada en otro pasaje de la carta III, que parece referirse a sucesos narrados en Jeremías.

Los esfuerzos de los jefes militares de la Jerusalén de entonces para oponerse al poder de Babilonia eran muy obstaculizados por el profeta Jeremías, que predicaba sumisión a Babilonia y amenazaba con la ira de Yahweh a todos aquellos que luchasen contra su poder. Otro profeta que predicaba en el mismo sentido era Urías. Jeremías, aunque a menudo fue amenazado y estuvo en peligro, logró escapar como emboscado. Pero Urías fue menos afortunado. Le amenazaron con el arresto inminente y huyó a Egipto; pero «Joaquim, el rey, envió a Egipto hombres: ᵓElnātān, hijo de ᶜAkbōr, y otros hombres con él». Urías fue traido de allí y ejecutado. En la carta III de Lākīs, en la que se menciona un profeta innominado — se lee el pasaje «Allí fue el jefe del ejército Yikbaryāhū, hijo de ᵓElnātān, para ir a Egipto y... sus nombres que envió para traer de allí», y el profesor Torcyner interpreta que la continuación de la carta implica que el profeta había escrito una carta para advertir a un amigo. Considera que las dos narraciones se refieren al mismo incidente, en uno de los cuales se había traspuesto el nombre del general y el de su padre. Sugiere que aquí, de hecho, reside el fundamento de cuando menos uno de los cargos que se le hacían a Hōšaᶜyāhū, a saber, que indebidamente había leído cartas confidenciales que le habían sido confiadas para remitirlas, y que había revelado al rey o a sus oficiales que Urías había huido a Egipto. Esto supondría, desde luego, que Yāᶜūš pertenecía al grupo que apoyaba a los profetas Jeremías y Urías.

Esta interpretación explicaría también la presencia de esta especial colección de documentos en el cuarto de guardia. Una sala junto a la puerta de la ciudad suele ser la situación tradicional de los tribunales de justicia en los países orientales. Quizá se le incoó a Hōšaᶜyāhū un consejo de guerra para responder de la acusación de traición a Urías; en otras cartas hay indicaciones de que quizá también se le hacían acusaciones militares; los ostraca quizá formaban parte de los documentos que constituian una prueba de dicho caso, estando probablemente las otras en papiros, por lo cual quedarían destruidas a causa del incendio subsiguiente.

Una explicación inteligible de documentos tan antiguos siempre es difícil y en parte debe ser sólo conjetural. Pero, tanto si las deducciones del profesor Torczyner son exactas en todos los aspectos como si no lo son, los nombres utilizados, el lenguaje, y muchos pequeños detalles reflejan las condiciones predominantes en la época en que escribió Jeremías. También ofrecen un interés muy humano. La mayor parte de los documentos antiguos que se han conservado son oficiales, religiosos o de negocios. Estos, en cambio, son cartas que tratan de hechos de individuos. Está firmenente establecida su conexión con los últimos días del reino judío, porque las cenizas que las cubrían representan la destrucción final de Lākīš, que nunca más volvió a ser ocupada como ciudad, aunque posteriormente sirviera de centro administrativo.

El nivel más bajo de civilización en Palestina, que persiste más o menos durante los tres siglos siguientes, dificulta mucho a la arqueología la recuperación de pruebas. La vida ciudadana sufrió un notable retroceso, y los reducidos poblados que existían, con muy pocos edificios sólidos, quedaron en gran parte ahogados por las obras de construcción posteriores.

Con el saqueo de Jerusalén, el centro administrativo del distrito, que ahora era una provincia babilónica, se trasladó a Miṣpāh. Si esta localidad debe identificarse con Tell el-Naṣbeh, quizá podamos ver qué golpe tan serio le dio a la vida ciudadana en Palestina. Se han encontrado unos cuantos objetos, principalmente improntas de jarros, que deben ser de fecha postexílica; pero en cuanto a construcciones no hay casi nada que pueda atribuirse a este período. De hecho ésta es la situación en todos los lugares de Palestina que no fueron com-

pletamente abandonados. Lo que quedaba de la población debió seguir viviendo en esos pueblos tal como habían sobrevivido a la destrucción, pero contribuyeron en poco a su historia estructural. Sin duda, una razón, es que fue, sobre todo, la poco adelantada gente del campo la que se libró de la deportación. Otra causa es que, mezclados con estos supervivientes judíos, había inmigrantes de muchos otros países, llevados allí por los asirios y los babilonios. De este modo quedó deshecha la homogénea cultura israelita, y no hubo un poder unificador que constituyese otra en su lugar.

En el año 540 A. C., los persas, bajo Ciro, se anexionaron el imperio babilónico. La política de los persas, de tolerancia de las culturas y religiones nacionales de las razas sometidas, trajo consigo cierta mejora en la situación de los judíos. Durante los cien años siguientes, bajo jefes sucesivos a quienes movía el celo religioso, grupos de judíos volvieron de Babilonia e intentaron restaurar Jerusalén. En 520 A. C. Zorobabel reconstruyó el Templo, y en 444 A. C Nehemías restauró las murallas de la ciudad. Pero la homogeneidad del pueblo judío había quedada demasiado quebrantado para que, alrededor de ello, pudiese crearse un nuevo reino, aun cuando los persas lo hubiesen permitido. Muchos judíos prefirieron permanecer en Babilonia, entre las comodidades de la civilización. Los que volvieron estaban en continua enemistad con las «gentes del país», a quienes despreciaban por ser de sangre mixta, y cada grupo procedente de Babilonia formulaba la misma acusación contra aquellos que le habían precedido, a quienes acusaban de haberse mezclado con los demás habitantes. Estos habitantes, a su vez, se ofendían por la pretensión de los refugiados repatriados y sus descendientes de ser los únicos judíos verdaderos y los únicos verdaderos seguidores de la fe judía. Disputas de este género condujeron en su momento al cisma samaritano, cuando Manasés, nieto del sumo sacerdote ʾElyāšib, fue expulsado por Nehemías bajo la acusación de haber emparentado su familia con los de la raza mixta. Sanbal.lat, gobernador de Samaria, se construyó un templo en el monte Gerizim, como competidor del de Jerusalén, con lo cual, a la enemistad por motivos raciales, vino a sumarse un conflicto de centros religiosos, que ha continuado hasta los tiempos modernos.

Hasta ahora la arqueología no ha recuperado vestigios del templo reconstruido por Zorobabel ni de las murallas restauradas por Nehemías. De hecho, todo lo que tenemos en el país entero son unos pocos edificios relacionados con la administración del país por los babilonios y los persas. Posiblemente tan sólo estos edificios tenían la solidez suficiente para sobrevivir a los trastornos subsiguientes.

De entre todos estos edificios, el mejor conservado se halla en Lākīš. Se construyó sobre las ruinas del palacio-fortaleza del período judío; el anterior edificio, a su vez, se había erigido sobre un podio por encima del estrato contemporáneo; esta posición elevada quedó acentuada con la construcción posterior, que estaba rodeada por una rampa de tierra. El plan es sintomático de las nuevas influencias en Palestina, porque es completamente distinto de los anteriores edificios oficiales de ese país. Comprende un gran atrio, rodeado en dos de sus lados por hileras de habitaciones y los otros dos con pórticos. El más profundo de estos pórticos, levantado sobre el nivel del atrio, lleva a una gran sala que se extiende a todo lo ancho del atrio, al fondo del cual unas puertas llevan a habitaciones particulares y a departamentos domésticos. La gran sala sin duda servía para reuniones públicas; las habitaciones alrededor del atrio quizá fueron departamentos administrativos, y las de la parte posterior de la sala, la vivienda del gobernador. Rasgo estructural interesante es que las habitaciones eran abovedadas, en contraste con los edificios preexílicos, en los que, a juzgar por las pruebas que poseemos, los techos eran planos. En algunas habitaciones, trozos del techo desplomado se recuperaron tal como habían caído, por los que se veía que las bóvedas estaban formadas por dovelas dispuestas diagonalmente. El mejor paralelo de este tipo de construcción se halla en Arslan Taš, en Siria septentrional. Es una ilustración del carácter cosmopolita del imperio persa.

La historia de Lākīš probablemente es la típica de las ciudades palestinenses. Había estado en ruinas durante más o menos un siglo después de que los babilonios la destruyeran. Luego se repararon las fortificaciones, y la convirtieron en centro administrativo, con los edificios oficiales necesarios, pero, al parecer, con muy pocas casas para el pueblo. Además, era un centro administrativo no en Judá, sino en la nueva provincia de Idumea, lo cual nos indica cómo

los edomitas y otros pueblos seminómadas se habían introducido en Palestina durante su período de debilidad.

Un edificio posiblemente similar, aunque su planta no es idéntica, y del mismo período general postexílico, ha aparecido en Tell Ǧemmeh, donde el último edificio es una construcción muy sólida a tres lados de un atrio largo y estrecho. Tampoco aquí parece haber casas particulares contemporáneas.

En la provincia septentrional de Samaria, sucesora del Reino de Israel, un edificio de Megiddo muy parecido al de Tell Ǧemmeh se atribuye a los estratos II y I. Por desgracia, los estratos más altos fueron muy despojados, y su datación exacta es incierta. Pero es probable que, asociada con esta fortaleza o residencia, hubiese una ciudad, que abarcaba sólo parte de la zona de la antigua ciudad, formada de casas pequeñas y mal construidas. Han desaparecido los bloques regularmente distribuidos que fueron atribuidos al período asirio, y, de hecho, el lugar es más un pueblo que una ciudad. Su ocupación quizá duró hasta mediados del siglo IV A. C., pero antes del comienzo del período helenístico incluso esta ocupación había cesado, y la historia de Megiddo había concluido.

También en Samaria está bien ilustrado el declive de la vida ciudadana. El lugar siguió siendo centro administrativo, pero en la zona excavada no se han descubierto edificios oficiales del período. Hay restos de unos pocos edificios insignificantes en la cima, que deben fecharse en los siglos VII y VI; otros quizá fueron destruidos en obras de construcción subsiguientes. La prueba más evidente de que el lugar no estaba edificado de un modo compacto procede probablemente de los comienzos del siglo V, cuando una zona de unos 50 por 45 metros en la cima fue convertida en primoroso huerto. En esta zona todas las paredes anteriores fueron extirpadas de raíz, los materiales de los pisos contemporáneos arrojados en los hoyos resultantes y luego aplanados. Sobre este conjunto, cuidadosamente libre de piedras y escombros, se extendió una capa, de unos 25 centímetros de grosor, de tierra rocosa color chocolate. Esta clase de tierra se encuentra en hendiduras de la roca en Samaria y en las colinas circundantes, y debió ser recogida especialmente con este propósito. Los obreros empleados en las excavaciones advirtieron que era muy fértil y se la llevaron para sus

propios huertos. La única explicación para este recinto parece ser que sirviese como jardín o huerto, que quizá estuvo en relación con una residencia de un gobernador persa, situada en la zona no excavada al este.

En Samaria, son muy parcas las huellas de ocupación para todo el período prehelenístico. En siete campañas de excavaciones se han recuperado sólo nueve monedas anteriores al año 300 A. C. Igualmente raras son la cerámica y otros hallazgos de este período, al que sólo se le podrían atribuir unos pocos grupos aislados de edificios. Los descubrimientos fueron suficientes para demostrar que el lugar estuvo ocupado; pero el número de ellos, en comparación con los de períodos anteriores y posteriores, pone de relieve la poca importancia de esta ocupación.

Por consiguiente, las grandes ciudades del período israelita desempeñaron un papel poco importante en la vida del país bajo los babilonios y el imperio persa subsiguiente. Los tenues destellos de la cultura de Palestina que llegan a nosotros provienen de lugares sin importancia. Quizás sea significativo que la mayoría procedan de la faja costera. El imperio persa había reunificado los países del Mediterráneo oriental hasta un grado desconocido desde el Bronce reciente, y una vez más se encuentran en Palestina y Siria cerámica y otros objetos idénticos a los hallados en Egipto, Chipre y Grecia. Por consiguientes, la Palestina costera volvió a estar en la corriente del comercio del Mediterráneo oriental, mientras que la región montañosa era un remanso.

Tell Abu Ḥawām, al pie del Carmelo, abandonada desde su destrucción a finales del siglo X A. C., fue ocupada de nuevo. Los restos arquitectónicos son poco notables; no era más que un pueblo; sin embargo, en él aparecen vasos corintios y áticos, datados desde el siglo VI hasta principios del IV. Parte de la burda cerámica presenta afinidades fenicias; estos descubrimientos griegos y fenicios, ponen de relieve dos de los elementos hallados en la cultura cosmopolita del período.

En ʿAtlīt, cerca de Haifa, debajo del castillo de las Cruzadas, se han encontrado sepulcros que datan de los siglos V y IV A. C. En ellos había monedas y escarabeos fenicios, mucha cerámica griega; pero había una preponderancia de un tercer elemento de la cultura

contemporánea, a saber, escarabeos y adornos de tipo egipcio. En Tell Ğemmeh se ha encontrado cerámica egipcia de los siglos VI y V A. C. en cantidad suficiente para pensar que se trataba de una colonia egipcia, y otros fragmentos se han hallado en la costa, en Ascalón y Tanṭūrah.

En Tell Fārʿah se descubrió un sepulcro que proyecta mucha luz sobre los contactos con otras partes del imperio persa, y también ha revelado objetos de mérito artístico[1]. Consiste en el armazón de una cama y escabel de bronce, y un bol y un cazo de plata. En vasos griegos de los siglos VI y V aparecen representaciones de camas y escabeles semejantes; que fueran manufacturados para el mercado sirio lo demuestra el hecho de que, como guía para su montaje, los diferentes componentes están señalados con letras hebreas de la escritura del siglo V. El cazo es de estilo sirio; en el Delta egipcio y en Susa (Mesopotamia) se han encontrado boles muy parecidos a los de Tell Fārʿah. También se han encontrado en Gézer sepulcros que pertenecen al mismo período y que contenían objetos que ilustran las mismas afinidades culturales.

Los párrafos precedentes habrán mostrado algo del carácter de la cultura de la Palestina postexílica y prehelenística. La civilización judía, de escaso mérito artístico, aunque homogénea y con una vida ciudadana vigorosa, ha sido totalmente quebrantada. Los únicos restos arquitectónicos pertenecen a edificios oficiales, posiblemente asociados con la administración persa, y las pocas sepulturas ricas probablemente pertenecen a miembros de la jerarquía oficial. Los centros administrativos no parecen asociadas grandes ciudades. Las pocas ciudades y pueblos que pueden adscribirse a este período sólo poseen construcciones humildes. Pero, con todo, en la zona costera tenemos pruebas de que Palestina estaba una vez más en relaciones comerciales con los países mediterráneos vecinos. En especial, vemos que los contactos con Grecia van siempre en aumento, lo cual abre el camino para la inclusión de Asia occidental en el imperio helenístico, bajo el cual una vez más empieza a prosperar la vida ciudadana.

[1] El sepulcro número 650 lo fechó el excavador en el año 850 A. C., pero J. H. ILIFFE *(Q.D.A.P., IV)* ha demostrado que pertenece a los siglos V ó IV A. C.

APÉNDICE

Yacimientos excavados y bibliografía

La mayor parte de los yacimientos a los que nos hemos referido en el cuerpo de la obra han proporcionado pruebas acerca de los restos de varios o muchos períodos diferentes. Por consiguiente, es mejor dar en un apéndice una breve descripción de las distintas excavaciones. Por lo general, sólo se describen las excavaciones posteriores al año 1920, puesto que casi todas las pruebas provienen de las mismas.

ABREVIATURAS

A.J.S.L.L.	*American Journal of Semitic Languages and Literature.*
A.A.S.O.R.	*Annual of the American Schools of Oriental Research.*
A.D.A.J.	*Annual of the Department of Antiquities of Jordan.* Amman.
A.P.E.F.	*Annual of the Palestine Exploration Fund.* Londres.
B.A.S.O.R.	*Bulletin of the American Schools of Oriental Research.* New Haven, Connecticut.
Eretz Israel	*Annual of the Israel Exploration Society.* Jerusalén, Israel.
I.E.J.	*Israel Exploration Journal.* Jerusalén, Israel.
J.P.O.S.	*Journal of the Palestine Oriental Society.* Jerusalén, Palestina.
L.A.A.A.	*Liverpool Annals of Art and Archaeology.* Universidad de Liverpool.
O.I.P.	*Oriental Institute Publications.* Universidad de Chicago.
P.E.F.Q.S.	*Palestine Exploration Fund Quarterly Statement.* Londres.
P.E.Q.	*Palestine Exploration Quarterly.* Londres.
Q.D.A.P.	*Quarterly of the Departament of Antiquities of Palestine*, Jerusalén.
R.B.	*Revue Biblique.* École Biblique et Archéologique de Saint Etienne, Jerusalén, Jordania.
S.A.O.C.	*Studies in Ancient Oriental Civilization.* Universidad de Chicago.

TELL ABU ḤAWÂM

Pequeño montículo situado en la llanura costera, al pie del monte Carmelo. Lo excavó en 1932-1933 Mr. R. W. Hamilton, del Palestine Department of Antiquities. La primera ocupación tuvo lugar en el Bronce reciente II, y perduró hasta finales del siglo x A. C. sin ninguna interrupción prolongada. Después de un intervalo, fue ocupado de nuevo desde el siglo VII hasta el V A. C.

Bibliografía:

Q.D.A.P., IV.

TELL ABU MATAR

Está situado a 1,5 kilómetro al sudeste de Bersabee; ocupa un montículo de loes recubierto de limo aluvial. Lo excavó M. Jean Perrot en 1954. Los restos pertenecen a una sola época cultural, el calcolítico; consisten en moradas que, en las primeras fases, eran subterráneas, excavadas en el limo y a veces en la misma roca subyacente hasta profundidades diversas. Pudieron identificarse cuatro fases principales; en la última de ellas, unas construcciones hechas en la superficie sustituyeron a las moradas subterráneas. La cultura de sus habitantes puede asociarse a la de Gasul.

Bibliografía:

I.E.J., 5,6.

'AY

Mme. Judith Marquet-Krause llevó a cabo las excavaciones en 'Ay entre 1933 y 1935 con fondos aportados por el barón Edmond de Rothschild. Se reconstruyó el circuito principal de las murallas del Bronce antiguo; dentro de la ciudad, el trabajo se concentró en la zona que comprende una gran torre en las murallas, un gran edificio que pudo ser un palacio o un templo, un santuario con una triple sucesión de habitaciones, y una pequeña superficie de casas. Los sepulcros demuestran que el yacimiento estuvo ocupado en la fase protourbana. Mme. Marquet-Krause murió en 1936, cuando sólo se habían publicado los informes preliminares; su marido publicó el material basándose en sus anotaciones, aunque sólo comprende sus relaciones preliminares y una transcripción de su diario de campo.

Bibliografía:

Les Fouilles de 'Ay (Et-Tell), 1933-35. Y. Marquet. 1949. Institut Français d'Archéologie de Beyrouth.

TELL EL-'AĞĞŪL

Excavó este emplazamiento la British School of Archaeology in Egypt entre 1930 y 1934 bajo la dirección de Sir Flinders Petrie. Está situado en la desembocadura del Wadī Gazzah, a unos 9 kilómetros al sur de la actual ciudad de Gaza. Las primeras ruinas excavadas en el «tell» consistían en un cementerio perteneciente al Bronce medio I. Está situado debajo de un gran edificio, al que Petrie denominó un palacio, perteneciente al Bronce medio II, al que a su vez sucedieron otros cuatro grandes edificios, el último de los cuales probablemente es de principios de la Edad del Hierro. También se excavaron algunas porciones de casas-vivienda de los mismos períodos. Al parecer la ciudad alcanzó su máxima extensión en el Bronce medio, al ser defendida por un gran foso del tipo atribuido a los hiksos. Sin embargo, la ocupación del lugar data de un período anterior al de los estratos excavados, ya que se encontraron sepulcros con cerámica y armas típicas de la fase intermedia Bronce antiguo-Bronce medio.

Bibliografía:

Ancien Gaza, I-IV, Flinders Petrie. British School of Archaeology in Egypt and Bernard Quaritch, 1931-34.

A.D.A.J., III. Tombs of the Intermediate Early Bronze-Middle Bronze Age at Tell Ajjul. K. M. Kenyon.

A.J.S.L.L., 1938. The Chronology of a South Palestinian City. W. J. Albright.

ASCALÓN

En 1920 y 1921 el profesor Garstang, en nombre de la Palestine Exploration Fund, llevó a cabo las excavaciones del yacimiento costero de Ascalón. Las excavaciones en la cima sólo revelaron restos del período romano; sin embargo' se efectuaron cortes transversales en la parte frontal del montículo que pusieron de manifiesto la sucesión de la ocupación. La consecuencia más importante fue el tener pruebas de una interrupción total entre el fin del Bronce reciente y los comienzos del Hierro antiguo, lo cual probablemente puede atribuirse a la invasión filistea.

Bibliografía:

P.E.F.Q.S., 1921, 1923.

TELL BEIT MIRSIM

La American School of Oriental Research in Jerusalem, bajo la dirección del profesor W. F. Albright realizó las excavaciones en Tell Beit Mirsim durante cuatro campañas entre 1926 y 1932. El «tell», al que se ha pretendido identificar con Qiryat Séfer, es un montículo bastante pequeño situado en la región sudoeste de Hebrón, suavemente montañosa. La importancia de las excavaciones está no en los méritos intrínsecos de las ruinas halladas, sino en las capas sucesivas de ocupación que datan desde finales del tercer milenio al siglo VI A. C., y en la perfección con que fueron estudiados y publicados los objetos recuperados, en especial la cerámica. La primera ocupación pertenece a la fase tardía y decadente del Bronce antiguo III; siguió la etapa intermedia Bronce antiguo-Bronce medio (que el profesor Albright denominó Bronce medio I), y una serie de estratos del Bronce medio. Al final del Bronce medio hay una destrucción a la que sigue el abandono del lugar; se reanuda la ocupación en la segunda mitad del siglo XV A. C. Entre los estratos del Bronce reciente y del Hierro an-

tiguo hay una destrucción, aunque no una interrupción apreciable en la ocupación. El yacimiento quedó definitivamente abandonado después de la destrucción babilónica en 588 A. C.

Bibliografía:

The Archaeology of Palestine and the Bible. W. F. Albright.
Tell Beit Mirsim I: The Pottery of the First Three Campaigns. *A.A.S.O.R.*, XII.
Tell Beit Mirsim IA: The Bronze Age Pottery of the Fourth Campaign. *A.A.S.O.R.*, XIII.
Tell Beit Mirsim II: The Bronze Age. *A.A.S.O.R.*, XVII.
Tell Beit Mirsim III: The Iron Age. *A.A.S.O.R.*, XXI-XXII.

BETEL

El emplazamiento de Betel se ha identificado con el actual pueblo de Beitīn, hacia el nordeste de Rām Allāh. El profesor W. F. Albright, por encargo de la *American School of Oriental Research*, en Jerusalén, excavó una pequeña zona en 1934. Parece que la ocupación del lugar empezó en el período Bronce antiguo-Bronce medio, y continuó casi hasta el final del Bronce reciente. El profesor Albright sugiere que la ocupación de Betel fue complementaria de la de 'Ay, a 3 kilómetros de ella, porque los dos yacimientos rara vez estuvieron ocupados al mismo tiempo. La ciudad del Bronce reciente estaba magníficamente bien construida. El período acaba con una gran destrucción causada por el fuego probablemente a principios del siglo XIII A. C.; el profesor Albright considera que la destrucción fue obra de los israelitas. Cuando se reanudó la ocupación, hubo una interrupción completa, con una cultura mucho más pobre. El lugar fue finalmente destruido en el siglo VI A. C.

Bibliografía:

B.A.S.O.R., 56, 57.

BEISÁN

Al igual que en Megiddo, la Universidad de Pennsylvania planeó la excavación de Beisán a gran escala, y lo mismo que ocurrió en aquella tampoco en ésta pudo llevarse a cabo. Dirigió los trabajos Alan Rowe. El nivel más bajo alcanzado en la cima fue el IX, probablemente del siglo XIV A. C. La mayor parte de los trabajos se concentraron en una zona en la que había una serie de templos superpuestos, que duraron desde esa fecha hasta bien entrado el Hierro antiguo; les sucedieron un templo helenístico y una iglesia bizantina. Mediante una carta, se alcanzaron los estratos inferiores; las viviendas al parecer estaban en hoyos comparables a los de Tell Abu Matar y eran del período calcolítico; les sucedieron fases pertenecientes al período protourbano y al Bronce antiguo. Se excavaron también gran número de sepulcros de todos los períodos, desde el Bronce antiguo al período bizantino. El material se ha publicado sólo en parte. Informes provisionales describieron el desarrollo de las excavaciones; y Mr. G. M. Fitzgerald describió con detalle la cerámica desde el calcolítico hasta el Bronce antiguo, aunque el informe final sólo trata de los períodos últimos, los templos desde el estrato IX en adelante y la cerámica a partir del estrato VIII. Suele aceptarse que hay que disminuir drásticamente las fechas que los excavadores asignaron a los estratos; parece probable que la cronología aproximada sea ésta: estrato VIII, 1350 A. C.; estrato VII, 1300 A. C.; estrato VI, 1150 A. C., estrato V, 1000 A. C.

Bibliografía:

Beisán I: *The Topography and History of Beth-shan.* A. Rowe. 1930.
Beisán II.i: *The Four Canaanite Temples of Beth-shan.* A. Rowe. 1940.
Beisán II.ii: *The Four Canaanite Temples of Beth-shan.* The Pottery. G. M. Fitzgerald. 1930.
Beisán III: *Beth-shan Excavations 1921-1923. The Arab and Byzantine Levels.* G. M. Fitzgerald. 1931.
Beisán IV: *A Sixth Century Monastery at Beth-shan.* G. M. Fitzgerald. 1931.
(Todos ellos publicados por la University of Pennsylvania Press para el University Museum.)
P.E.F.Q.S., 1927, 1928, 1929, 1931, 1932, 1934.
The Museum Journal, Philadelphia, XXIV. *The Earliest Pottery of Bethshan.* G. M. Fitzgerald.

BĒT ŠÉMEŠ

En 1911-1912 el Palestine Exploration Fund excavó por primera vez el «tell» de 'Ain Šems, situado casi al oeste de Jerusalén, donde el importante Wādī Ṣōrēq sale del territorio montañoso de Judá para entrar en la Šĕfēlāh. Entre 1928 y 1931 efectuaron grandes excavaciones la Pacific School of Religion y la American School of Oriental Research in Jerusalem, bajo la dirección del profesor Elihu Grant. Los restos más antiguos pertenecen al Bronce medio. Se descubrieron toda una serie de estratos que van desde el Bronce reciente hasta finales del Hierro antiguo II. Son particularmente útiles las pruebas referentes a un plano típico de ciudad de la Edad del Hierro.

Bibliografía:

A.P.E.F., I y II: Duncan Mackenzie.
Ayn Shems I: *Ain Shems Excavations.* E. Grant. 1931.
Ayn Shems II: *Ain Shems Excavations.* E. Grant. 1931.
Ayn Shems III: *Rumeilah.* E. Grant. 1934.
Ayn Shems IV: *Ain Shems Excavations (Pottery).* Text. E. Grant y G. E. Wright. 1939.
(Todos ellos publicados en Haverford.)

TELL EL-DUWEIR

El gran montículo de Tell el-Dûweir está situado en las bajas colinas al oeste de Hebrón. Se suele aceptar su identificación con el emplazamiento de

Lākīš. Inició las excavaciones Sir Henry Wellcome, ayudándole posteriormente Sir Charles Marston. Los trabajos comenzaron en 1932, y se pretendía excavar el montículo entero en todos sus estadios de ocupación; sin embargo, las perturbaciones políticas de 1937-1938, en las que el director, Mr. J. L. Starkey, fue trágicamente asesinado por unos bandidos, acabaron con los trabajos. La excavación de los estratos de la ciudad, de los cuales el último perteneció a los períodos helenístico y persa, alcanzó tan sólo la ciudad del Hierro antiguo II. Las pruebas referentes a una ocupación en períodos anteriores nos vienen de cuevas y sepulcros, de un corte transversal efectuado en el borde del montículo y del descombro de ciertas zonas para la descarga. La primera ocupación, en cuevas situadas en la proximidad del «tell» posterior, pertenece al período calcolítico. Durante el Bronce antiguo siguieron utilizándose estas cuevas como habitación; pero hacia finales de este período comenzó la ocupación del emplazamiento de la ciudad, y se utilizaron las cuevas como sepulturas. Se encontraron numerosos sepulcros pertenecientes al período Bronce antiguo-Bronce medio y a las Edades del Bronce medio y reciente. Se descubrió alrededor de la ciudad un macizo margen. Después de quedar inutilizado, se construyó un templo al pie del mismo, cuyas tres fases de construcción perduraron desde principios del siglo xv hasta finales del xiii a. c. La destrucción del 588 a. c., obra de los babilonios, acabó con el principal período de ocupación de la ciudad; en los restos de la destrucción se encontraron fragmentos de vasijas en los que se habían escrito cartas durante los últimos meses de existencia del Reino Judío.

Bibliografía:

Lachish I: *The Lachish Letters.* H. Torczyner, G. L. Harding, A. Lewis, J. L. Starkey. Oxford University Press. 1938.

Lachish II: *The Fosse Temple.* O. Tufnell, C. H. Inge, G. L. Harding. Oxford University Press. 1940.

Lachish III: *The Iron Age.* O. Tufnell, con contribuciones de Margaret A. Murray y David Diringer. Oxford University Press. 1953.

Lachish IV: *The Bronze Age.* O. Tufnell. Oxford University Press. 1957.

En *Samaria III* (q. v.), págs. 204-208, se sugiere que la destrucción del estrato III debe datarse en el 596 a. c. y no en el 700 a. c. Cf. *P.E.Q.* 1960 para la respuesta a esta sugerencia.

Tell Fāra

Tell Fāra está situado a unos 22 kilómetros sobre Tell el-ʿAǧǧūl en el Wādī Gazzah, en el punto en que el wādī desemboca en la llanura costera. Al igual que Tell el-ʿAǧǧūl, lo excavó Sir Flinders Petrie por la British School of Archaeology in Egypt, entre 1938 y 1930. Se excavaron los estratos de la ciudad desde el Bronce medio II hasta la Edad del Hierro; se recuperó también, procedente de sepulcros, gran cantidad de material de los mismos períodos. Destacan entre todos cinco sepulcros con rica cerámica filistea. También se efectuaron excavaciones en cierto número de emplazamientos de ocupación prehistórica próximos al «tell». La mayor parte de ellos pertenecían al período calcolítico, encontrándose cerámica, utensilios de piedra y otros objetos parecidos a los de Gasul; otros emplazamientos pertenecían al Bronce antiguo.

Bibliografía:

Beth-pelet (Tell Fāra), I-II. Flinders Petrie. *British School of Archaeology in Egypt* y Bernard Quaritch. 1930 y 1932.

Tell el-Fārʿah

El Tell el-Fārʿah septentrional está situado cerca del nacimiento del importante Wādī el-Fārʿah, el cual proporciona una carretera que va desde el valle del Jordán a la región montañosa. Se han ido realizando excavaciones desde 1946, dirigidas por el P. R. De Vaux, en nombre de la *École Biblique de St. Étienne* de los Padres Dominicos. Se ha reconstruido la ocupación de este yacimiento hasta el calcolítico, aunque no se han encontrado construcciones de este período. Representan al período protourbano siguiente cierto número de grupos de grandes sepulcros, cuya cerámica presenta una mezcla del protourbano A y C. Las primeras construcciones del emplazamiento de la ciudad pertenecen a los comienzos del Bronce antiguo. En el Bronce antiguo II se construyeron macizas murallas y hasta ahora se han identificado cinco fases sucesivas dentro del Bronce antiguo. Parece, sin embargo, que la ocupación acabó en el Bronce antiguo II. A partir de este período hubo un bache hasta el Bronce medio II. El lugar siguió siendo importante hasta comienzos del siglo ix a. c. En este momento, una interrupción, con un edificio sin terminar, confirma la identificación del emplazamiento con Tirsa, la capital de Omri antes de que se trasladase a Samaria. La ocupación comienza de nuevo, a escala más reducida, en la segunda mitad del siglo ix, y prosigue hasta que los asirios destruyeron la ciudad en 722 a. c. Hasta el 600 a. c., momento en que el lugar fue abandonado, continuó la ocupación.

Bibliografía:

R.B., LIV, LV, LVI, LVIII, LIX, LXII, LXIV.

P.E.Q., 1956.

Gézer

Gézer es uno de los yacimientos más importantes entre los situados en los bordes occidentales de la región montañosa. Lo excavó en 1902-1905 y 1907-1909 el profesor R. A. S. Macalister por el *Palestine Exploration Fund.* Aunque el material fue estudiado y publicado con el máximo cuidado, los métodos de excavación y la falta de conocimiento de la cerámica en aquella época hizo muy difícil la interpretación de la complicadísima historia del yacimiento. En 1934 Mr. Alan Rowe efectuó algunas excavaciones más reducidas. El material publicado demuestra que el lugar estuvo ocupado sin interrupción desde el calcolítico hasta el Hierro antiguo, y quizá posteriormente, incluso en los tiempos romanos y bizantinos.

Bibliografía:
The Excavations of Gezer. Vols. I-III. R. A. S. Macalister. Londres, 1912.
P.E.Q., 1935.

GASUL

Las excavaciones en Teleilat Gasul las realizó el *Pontificio Instituto Biblico* entre 1930 y 1938. El yacimiento consistía en un grupo de pequeños montículos en el valle del Jordán; las excavaciones se llevaron a cabo en dos de ellos. Se averiguó que hubo cuatro estratos principales de ocupación, aunque casi todo el trabajo se limitó al estrato IV superior, el cual se subdividió en dos estadios. La duración total de la ocupación parece que se limitó al período calcolítico.
Bibliografía:
Teleilat Gasul I: A. Mallon, R. Koeppel, R. Neuville, 1934.
Teleilat Gasul II: R. Koeppel. 1940.
(Publicados en Roma por el *Pontificio Instituto Biblico.*)

GABAA

La *American School of Oriental Research*, en Jerusalén, bajo la dirección del profesor W. F. Albright, excavó el yacimiento de Tell el-Fūl, a 5 kilómetros al norte de Jerusalén; los trabajos se realizaron en 1922. Dominaba el yacimiento un edificio a modo de fortaleza, en el cual se identificaron cuatro fases, todas ellas pertenecientes al Hierro antiguo. Las primeras estaban rodeadas de un pequeño pueblo; no así la última que, al parecer, estaba aislada, a manera de una torre de observación.
Bibliografía:
A.A.S.O.R., IV.

ḤAṢOR

Este yacimiento, muy extenso e importante, está situado en el valle del Jordán, entre el lago el-Ḥūleh y el lago de Tiberiades. Lo excavó el *Israel Exploration Fund* entre 1955 y 1958, bajo la dirección del Dr. Y. Yadin. Está compuesto de dos partes, un «tell» en el ángulo suroeste y, al norte, una gran meseta protegida. La ocupación en el «tell» comenzó en el Bronce antiguo, y duró hasta el período helenístico. La meseta, que se halla protegida por una eminencia, fue añadida en el Bronce medio II, continuando su ocupación hasta principios del siglo XIII A. C., cuando los israelitas probablemente capturaron el lugar. El «tell» fue un paraje importante durante el Bronce antiguo; probablemente lo fortificó Salomón. Los asirios lo destruyeron en 730 A. C., aunque la ciudadela siguió utilizándose hasta el período helenístico.
Bibliografía:
Hazor I., Y. Yadin.
I.E.J., 6, 7, 8, 9.

ḤEDERA

Está situado en la llanura de Sarón. Los descubrimientos se efectuaron en una cueva excavada por el profesor E. L. Sukenik. Pertenecían al período calcolítico, con afinidades con los hallazgos de Gasul. Lo más interesante eran unos osarios de cerámica en forma de casas.
Bibliografía:
J.P.O.S., XVII.

TELL EL-ḤESI

Está situado en el borde de la llanura costera, exactamente al oeste de Hebrón. Lo excavó por vez primera Sir Flinders Petrie en 1890; en este yacimiento hizo Petrie por vez primera excavaciones estratigráficas en Palestina y los primeros intentos de concatenación de los estratos con la cerámica. Registró sus descubrimientos en pies sobre el nivel del mar y advirtió las variaciones de los tipos de cerámica en los distintos estratos. Mediante la observación de los estratos en los que se encontraron objetos egipcios reconocibles, inició la fijación de la cronología de los yacimientos palestinenses, poniéndoles en relación con Egipto; la cronología palestinense casi siempre depende de estos puntos de contacto con Egipto. Debido a que su datación de las primeras Dinastías egipcias es demasiado alta, ha sido preciso revisar la cronología que propuso para Tell el-Ḥesi, no aceptándose en la actualidad su identificación de este emplazamiento con Lākiš; sin embargo, sus trabajos en este lugar fueron revolucionarios por su importancia.

F. J. Bliss continuó las excavaciones en 1892, siguiendo los mismos métodos. En el estrato más bajo de ocupación se encontró un importante grupo de armas de cobre. Una cabeza de hacha en forma de media luna es casi exactamente igual que otra encontrada en Jericó, en un sepulcro del Bronce antiguo III, con lo cual se puede fechar la primera ocupación del yacimiento alrededor del 2600 A. C.
Bibliografía:
Tell el-Hesy (Lachish). W. Flinders Petrie. Londres 1891.
A Mound of Many Cities. F. J. Bliss. Londres, 1894.
Eleventh Annual Report of the Institute of Archaeology, University of London. K. M. Kenyon. A Crescentic Axehead from Jericho, and a Group of Weapons from Tell el Hesi.

TELL ǦEMMEH

Fue el primer yacimiento que se excavó, en 1926-1927, después del traslado a Palestina de las actividades de la British School of Archaeology in Egypt; realizó los trabajos Sir Flinders Petrie. La importancia de las excavaciones radica, no en los restos descubiertos, sino en la ininterrumpida sucesión de estratos desde el siglo XIII hasta el V A. C.
Bibliografía:
Gerar. Flinders Petrie. *British School of Archaeology in Egypt* y Bernard Quaritch. 1928.

JERICÓ

La primera excavación de Jericó la llevó a cabo el *Palestine Fund* en 1873; estos trabajos, sin embargo, fueron a escala reducida. Las primeras excavaciones mayores las realizó entre 1907 y 1909 una misión conjunta austro-alemana, bajo la dirección de Sellin y Watzinger. Estas excavaciones demostraron las grandes posibilidades de este yacimiento; sin embargo, el desarrollo alcanzado en el estudio de la cerámica palestinense después de la Primera Guerra Mundial hizo necesaria una revisión de las fechas propuestas. En consecuencia, se llevaron a cabo ulteriores excavaciones entre 1930 y 1936; las dirigió el profesor John Garstang, patrocinando la expedición el *Institute of Archaeology* de la Universidad de Liverpool y financiándola unos cuantos museos y personas particulares, las principales de las cuales fueron Sir Charles Marston y Lord Melchett. Más excavaciones se efectuaron entre 1952 y 1958 a cargo de una expedición patrocinada por la *British School of Archaeology*, en Jerusalén, el *Palestine Exploration Fund* y la *British Academy*, en colaboración con la *American School of Oriental Research*, en Jerusalén, y el *Royal Ontario Museum*, bajo la dirección de la autora. La última expedición demostró que casi todas las huellas de la ciudad del Bronce reciente del tiempo de Josué, habían quedado destruidas por la erosión, y que era errónea la identificación de uno de los trazados de las murallas defensivas como perteneciente a este período. La ocupación del lugar comenzó en el Mesolítico, alrededor del 8000 A. C., y hubo una continua evolución desde esta fase hasta la ciudad del Neolítico precerámico hacia el 7000 A. C., ocupándola sucesivamente dos grupos distintos de gente. Hubo luego una ocupación mucho más reducida por un pueblo neolítico con cerámica, aunque todavía no consta con claridad si hubo un vacío antes de la llegada de estos últimos, y también antes de la llegada de los grupos protourbanos. A partir de esta época, a finales del cuarto milenio, hubo una ocupación ininterrumpida hasta la destrucción de la ciudad, hacia 1580 A. C. Probablemente volvió a ser ocupada alrededor del 1400 A. C., pero no queda casi nada de la ciudad de este período.

Bibliografía:

Jericho. E. Sellin and C. Watzinger. Leipzig, 1913.
L.A.A.A., XIX, XX, XXI, XXII.
P.E.F.Q.S., 1930, 1931, 1935, 1936.
The Story of Jericho. J. Garstang y J. B. E. Garstang. Londres 1948.
P.E.Q., 1951, 1952, 1953, 1954, 1955, 1956, 1957.
Excavations at Jericho, Vol. I., K. M. Kenyon. Londres 1960.

JERUSALÉN

Innumerables expediciones han investigado los problemas de la arqueología de Jerusalén; pero la ocupación ininterrumpida del lugar durante milenios ha dificultado mucho las excavaciones y la mayor parte de los resultados han sido poco convincentes. Casi todo el emplazamiento está situado debajo de la actual ciudad amurallada, y en aquellas partes que están fuera de las murallas, las fases

sucesivas de ocupación han fragmentado mucho los restos primitivos. Las primeras excavaciones mayores se efectuaron en nombre del *Palestine Exploration Fund*, dirigiéndolas el capitán (después Sir Charles) Warren en 1864-1867; Warren consiguió mucho en la investigación de las murallas de la zona del Templo y se anotaron adecuadamente todos los resultados. Entre 1894 y 1897 F. J. Bliss y A. C. Dickie efectuaron extensas excavaciones en la zona al sur de la ciudad amurallada, también en nombre del Fund. Ambas excavaciones se efectuaron admirablemente bien, teniendo en cuenta la época en que se llevaron a cabo, y se registraron adecuadamente; sin embargo, en esa época los métodos estratigráficos y la cronología de la cerámica no tenían el suficiente desarrollo para poder ayudar en la datación de los estratos, por lo cual la adscripción de construcciones a determinados períodos no eran más que teorías, y desde entonces se ha demostrado que estaban equivocadas. En 1909 y 1911 la Misión Parker efectuó muchos sondeos y perforaciones en Ofel, estribación sudeste de Jerusalén, generalmente aceptado como emplazamiento del poblado original, en busca del sepulcro de David. La consecuencia principal fue descubrir una serie de canales hidráulicos en conexión con la fuente de la Virgen. En 1913-1914, R. Weill, en nombre del Barón Edmond de Rothschild, dirigió unas excavaciones en la extremidad meridional de Ofel, durante las cuales se descubrieron fragmentos de una complicada serie de fortificaciones. La interpretación de los resultados de estas dos expediciones debe mucho al constante interés del Padre Hugues Vincent, de la Escuela Bíblica de los Dominicos. En 1923 el *Palestine Exploration Fund* reanudó su arremetida acerca de los problemas de la historia de la ciudad, con excavaciones en la colina de Ofel, al exterior de las murallas de la Jerusalén medieval y moderna. Desde 1923 hasta 1925 las dirigió el profesor R. A. S. Macalister, y en 1927 Mr. J. W. Crowfoot. El emplazamiento había sido muy alterado, y sólo se recuperaron restos fragmentarios. La atención se dirigió de modo preferente a recoger testimonios acerca de las defensas jebuseas e israelitas primitivas. En las excavaciones de 1927 se encontró una impresionante puerta de entrada encima mismo del lado interior de la lomera de, Ofel, que se utilizaba en el período macabeo; y también se obtuvieron pruebas de que el extremo meridional del valle Tiropeon, que separa Ofel de la sierra occidental, no fue ocupado hasta este período. En las excavaciones efectuadas en la ciudadela actual entre 1934 y 1948 en nombre del *Department of Antiquities of Palestine*, Mr. C. N. Johns pudo datar estratigráficamente el antiguo trazado de la muralla en dicho lugar (en el ángulo noroeste de la primera ciudad) y demostrar que el primer trazado de la muralla que atravesaba el valle Tiropeon y unía las puntas de las sierras occidental y oriental no era anterior al período helenístico. Excavaciones ulteriores, que realizó Mr. R. W. Hamilton en nombre del *Department*, junto a la muralla norte de la ciudad actual nos suministran fechas para la expansión de la ciudad hacia el norte en los tiempos herodianos y romanos, lo cual cae fuera del alcance del presente volumen.

Puede trazarse con brevedad un esquema de la historia del emplazamiento tal como resulta de las excavaciones. El lugar consiste en dos estribaciones que

van hacia el sur desde una sierra que se destaca de la cordillera norte-sur principal; cada una de las estribaciones está casi dividida en dos por valles laterales hacia el norte. La primera ocupación al parecer se asentó en Ofel, punto sur de la sierra oriental. Sepulcros del pueblo protourbano B indican que hubo ocupación ya en la última parte del cuarto milenio. Se han atribuido al Bronce antiguo subsiguiente restos fragmentarios y fragmentos de vasijas; pero nada de esto convence plenamente. Se ha encontrado muy poco que pueda atribuirse al Bronce medio. En el Bronce reciente hubo una fortaleza jebusea, que resistió los intentos israelitas de captura; se han atribuido a este período unos fragmentos de murallas de piedra toscamente construidas. Alrededor del año 1000 A. C. por fin la capturaron los israelitas con David, probablemente mediante una penetración a través de un pozo hidráulico que localizó la Misión Parker. La ciudad de David probablemente fue la de los jebuseos, y se limitó a Ofel. Con Salomón, se edificó el Templo en la parte norte de la sierra oriental. La fecha de la expansión de la ciudad hacia la sierra occidental es incierta; pudo ser en el siglo VIII A. C.; por la pruebas que nos proporcionan los hallazgos de cerámica de esa época consta con certeza que la colina occidental ya había estado ocupada en el siglo VII A. C. En 587 A. C. la ciudad cayó en manos de los babilonios, fue destruida y despoblada. En 538 A. C. Ciro permitió la vuelta de algunos de los exilados y autorizó la reconstrucción del Templo. Sin embargo, no se reconstruyeron las murallas hasta el mandato de Nehemías, probablemente 445-433 A. C.; su reconstrucción siguió claramente el trazado de las murallas destruidas en 587 A. C. A base de las pruebas de la identificación de Johns del trazado primitivo que unía la extremidad de las dos sierras como helenístico, y de las pruebas de Crowfoot de que una puerta muy al norte desde la punta sur de Ofel todavía se utilizaba en tiempo de los Macabeos, y de que el valle Tiropeon no fue ocupado en este punto hasta esa fecha, puede insinuarse que la muralla meridional de la ciudad desde el siglo VII A. C. hasta el período helenístico tuvo dos salientes siguiendo el contorno de las dos sierras; de hecho Bliss y Dickie encontraron dos escarpas de roca muy indicativas y fragmentos de muralla que seguían los lados oeste y este de la sierra occidental.

Bibliografía:

The Survey of Western Palestine. Jerusalem. C. Warren y E. R. Conder.
Excavations at Jerusalem. 1894-1897. F. J. Bliss y A. C. Dickie.
Jérusalem sous terre. H. V(incent). Londres 1911.
La Cité de David, I y II. R. Weill. París, 1920 y 1947.
A.P.E.F., IV. *Excavations on the Hill of Ophel, Jerusalem,* 1927. J.W.Crowfoot. 1929.
Hastings One Volume Dictionary of the Bible, Revised Edition. Jerusalem. K. M. Kenyon (de próxima aparición).

MEGIDDO

El primer promotor de las grandes excavaciones realizadas en Megiddo entre 1925 y 1939 por el *Oriental Institute of Chicago* fue el profesor James Breasted. Dirigieron el trabajo sucesivamente el Dr. C. S. Fisher (1925-1927), Mr. P. L. O. Guy (1927-1935) y Mr. G. Loud (1935-1939). De todas las excavaciones llevadas a cabo en Palestina éstas fueron las más monumentales. El Oriental Institute adquirió todo el montículo, y la primera intención fue ir excavándolo, capa a capa en su totalidad. Pero dicho proyecto resultó estar fuera del alcance de los recursos, incluso del *Oriental Institute.* Los estratos I al V (numerados de arriba a abajo), que datan aproximadamente desde el 350 A. C. hasta el 1000 A. C. (la fecha de los excavadores es el 1060 A. C.) fueron totalmente descombrados. La excavación del «tell» mismo se efectuó más allá de esta fase solamente en cuatro zonas y sólo en una se llegó hasta el lecho de roca, en una zona aproximada de 40 por 25 metros. Además del trabajo realizado en el mismo tell, se limpió una vasta zona en las laderas inferiores de la colina, con el propósito de hacer sitio para la descarga de escombros. En ella se encontró una serie ulterior de los primeros períodos de ocupación desde comienzos del Bronce antiguo hasta finales del tercer milenio, y también una gran cantidad de sepulcros de todos los períodos.

Bibliografía:

Megiddo I: Campañas de 1925-1934, Estratos I-V. R. S. Lamon y G. M. Shipton. 1939. *O.I.P.* XLII.
Megiddo II: Campaña de 1935-1939 (I vol. texto, I láminas) G. Loud. 1948. *O.I.P.* LXII.
The Megiddo Water System. R. S. Lamon. 1935. *O.I.P.* XXXII.
Material Remains of the Megiddo Cult. H. G.. May. 1935. *O.I.P.* XXVI.
Megiddo Tombs. P. L. O. Guy y R. M. Engberg 1938. *O.I.P.* XXXIII.
Notes on the Chalcolitic and Early Bronze Age Pottery of Megiddo. R. M. Engberg y G. M. Shipton. 1934. *S.A.O.C.* 10.
The Pottery of Megiddo Strata VI to XX. G. M. Shipton. *S.A.O.C.* 17.
(Todos editados por la University of Chicago Press.)
Eretz Israel V. Some notes on the Early and Middle Bronze Age strata of Megiddo. K. M. Kenyon.

WĀDĪ EL-MUGĀRAH

En el Wādī el-Mugārah, que discurre desde la cordillera del Carmelo hasta el Mediterráneo, hay cierto número de cuevas que fueron excavadas entre 1929 y 1934 por la profesora Dorothy Garrod, en nombre de la *American School of Prehistoric Research* y la *British School of Archaeology,* en Jerusalén. Las cuevas proporcionaron series superpuestas de depósitos desde el Paleolítico medio hasta el Mesolítico. Para el período que abarca el presente volumen, la parte importante de la serie es el Mesolítico. Una rica serie de depósitos, acompañados de sepulturas, pertenecían al Natufiense inferior, el Mesolítico de Palestina. Ellos indicaron la posibilidad de que se empezaba a practicar una agricultura incipiente. Les suceden depósitos del Natufiense medio y superior; en el Natufiense medio había pruebas de que el perro había sido domesticado. Los depósitos del Natufiense inferior se concatenan con el Mesolítico de Jericó.

Bibliografía:

The Stone Age of Mount Carmel, I.D.A.E. Garrod y D.N.A. Bate, Clarendon Press, Oxford. 1937.

Proceedings of the British Academy, XLIII. Natufian Culture. D.A.E. Garrod.

TELL EL-NAṢBEH

Tell el-Naṣbeh está situado junto a la ruta principal entre Israel y Judá, cerca de la frontera entre los dos reinos, a unos 13 kilómetros al norte de Jerusalén. Lo excavó completamente entre 1926 y 1935 el Dr. W. F. Badé por el *Palestine Institute of the Pacific School of Religion,* Berkeley, California. Son escasos los restos de construcciones anteriores al Hierro antiguo, pero se encontraron sepulcros pertenecientes al período protourbano. La ocupación principal del yacimiento no comienza hasta el siglo XI A. C., y continua durante todo el período del Reino Judío, con restos de importancia, decreciente en el período postexílico.

Bibliografía:

Tell en-Nasbeh I: *Archaeological and Historical Results.* C. C. McCown.

Tell en-Nasbeh II: *The Pottery.* J. C. Wampler. Palestine Institute of the Pacific School of Religion and American School of Oriental Research, Berkeley and Newhaven.

SAMARIA

La ciudad de Samaria está situada sobre una colina baja, junto a la ruta principal norte-sur que atraviesa Palestina, a unos 15 kilómetros al noroeste del paso entre el monte Gerizim y el monte Ebal, y dominando el ancho Wādī el-Ša'īr que discurre hacia la llanura costera. Efectuó las primeras excavaciones el profesor G. A. Reisner desde 1908 a 1910, en nombre de la Universidad de Harvard. Desde 1931 a 1935 dirigió otras excavaciones Mr. J. W. Crowfoot., en nombre de una expedición conjunta patrocinada por la Universidad de Harvard, la Universidad Hebrea de Jerusalén, el *Palestine Exploration Fund,* la *British Academy* y la *British School of Archaeology,* en Jerusalén. Los resultados de los trabajos de las dos expediciones proporcionaron pruebas satisfactorias para la historia completa del yacimiento. Aunque se había dado alguna ocupación esporádica en la colina en el período protourbano, la fundación de la ciudad data tan sólo del siglo IX A. C., aunque luego tuvo una existencia ininterrumpida hasta el período bizantino. La historia del barrio real de la ciudad israelita fue reconstruida en detalle, al igual que la de la fortaleza helenística y el templo romano que le sucedieron sobre la cima de la colina. Los hallazgos más importantes son un grupo de óstraca del tiempo de Jeroboam II y una colección de tallas de marfil, probablemente procedentes del palacio de Ajab.

Bibliografía:

Harvard Excavations at Samaria. G. A. Reisner, C. S. Fisher, D. G. Lyon. Cambidge, Mass., 1924.

Samaria-Sebaste I: The Buildings. J. W. Crowfoot, K. M. Kenyon, E. L. Sukenik. Palestine Exploration Fund. 1942.

Samaria Sebaste II: Early Ivories from Samaria. J. W. y G. M. Crowfoot. Palestine Exploration Fund. 1938.

Samaria-Sebaste III: The Objects. J. W. Crowfoot, G. M. Crowfoot, K. M. Kenyon. Palestine Exploration Fund. 1957.

Breve bibliografía de artículos que tratan de los problemas discutidos.

ᶜAtlit: «Phoenician Tombs». C. N. Johns. *Q.D.A.P.,* VI.

Minería de cobre en el ᶜArabah: N. Glueck. *B.A.S.O.R.*

El Éxodo: *From Joseph to Joshua.* H. H. Rowley, Schweich Lectures. British Academy, 1948.

Ḫabiru, etc.: «Ethnic Studies in the Near East». E. A. Speiser. *A.A.S.O.R.*
«Ḫabiru and Hebrew». H. H. Rowley. *P.E.Q.,* 1942.
«The Ḫabiru, the Hebrews and the Arabs». A. Gillaume. *P.E.Q.,* 1940.
«New Light on the Ḫabiru-Hebrew Question». J. W. Jack. *P.E.Q.,* 1940.

Los hiksos: *The Hyksos Reconsidered.* R. M. Engberg. *O.I.P.*

Jerusalén: «King Salomon's Temple and other buildings and works of art». J. L. Myres. *P. E.Q.,* 1948.
«Tell Tainat». C. C. McCown, *American Journal of Archaeology.* 1937.

Los filisteos: *The Philistines.* R. A. S. Macalister. Schweich Lectures. British Academy 1911.

Cerámica: *The Pottery of Palestine from the Earliest Times to the end of the Early Bronze Age.* G. E. Wright.
«A Palestine Potter». W. A. Heurtley. *Q.D.A.P.*

Índice de láminas fuera texto

Entre págs.

Entre págs.

Entre págs.

Índice de ilustraciones en el texto

Pág.

Pág.

Índice de nombres citados